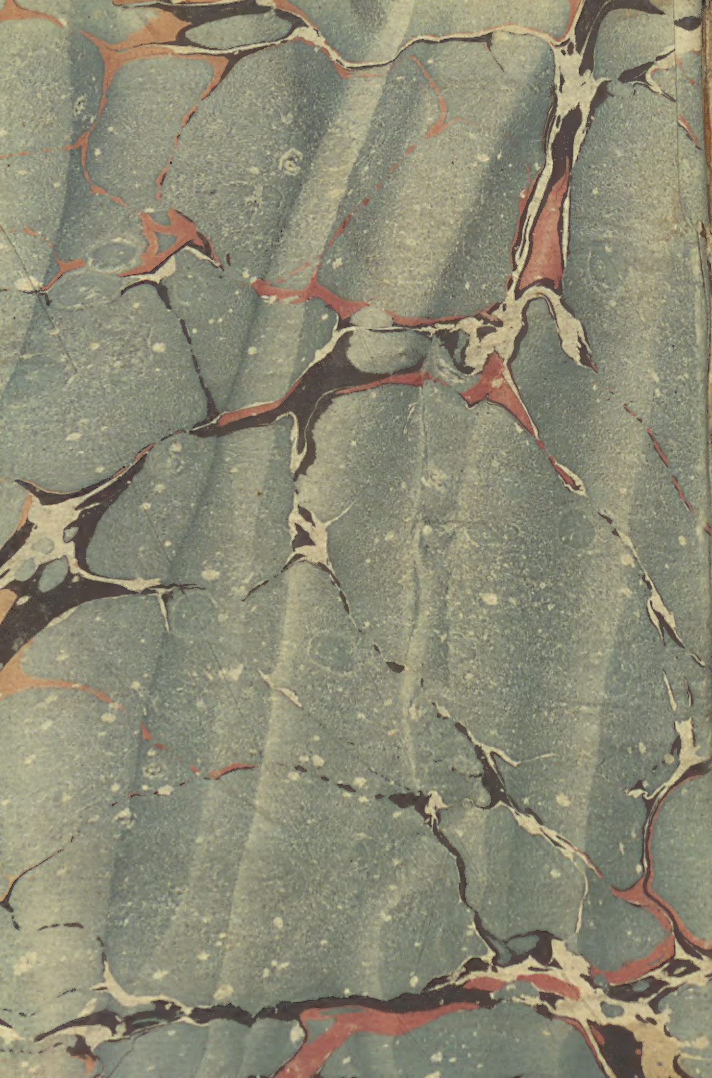






Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XIV.

HISTORIA
Universal.

HISTORIA MODERNA
Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XIV.

MADRID: Enero, 1832.
Imprenta de D. Tomas Jordan.
Calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO XIII.

Pipino, Carlos primero y Carlomano.

Pipino, rey de Francia. Guerra contra los sajones, bretones y sarracenos. Primera espedicion de Pipino en Italia. Segunda espedicion de Pipino en Lombardía. Tratado de Pavía. Guerra de los sajones y esclavones. Defeccion de los bávaros. Guerra de Aquitánia. Victoria decisiva de Pipino. Conquista de Aquitánia. Carlos y Carlomano, reyes de Francia.

Pipino, rey de Francia (751). Pipino fue el primer príncipe que sin derecho de nacimiento, y solo por el de eleccion, reinó en Francia. Su poder se legitimó por el consentimiento general de los grandes y el pueblo:

pero la violacion del juramento, que él y los franceses habian hecho al rey destronado, le hacia juzgar ilegítimo su poder. Creyó borrar la memoria de dicho juramento con la intervencion de la autoridad religiosa; y por este motivo, y tambien por oponer un fuerte contrapeso á la ambicion turbulenta de la nobleza, indócil y orgullosa, restituyó al clero una parte de los bienes que le habia quitado Carlos Martel, y le convocó siempre á las asambleas nacionales que durante su reino se juntaron dos veces cada año. Por la misma razon favoreció las pretensiones del gefe de la Iglesia al exarcado, y consolidó el poder temporal de los pontífices. Esta política era necesaria en aquellos tiempos, principalmente para los reyes, que deseaban consolidar por medio del principio religioso las monarquías establecidas por la fuerza de las armas.

Pipino consiguió así templar la demasiada autoridad de los grandes, y alejar el peligro de su persona; mas no pudo preservar de él á sus sucesores. La historia de su familia es un drama trágico, cuyos primeros actos representan, á la verdad, escenas heróicas y brillantes, pero cuya catástrofe fue una sangrienta y vergonzosa anarquía. Dos grandes hombres, elevados al trono de Francia, son admirados del Oriente y del Occidente por su genio, victorias y leyes, por la mag-

nificencia de sus cortes, por el miedo que inspiran á sus enemigos, por la obediencia que les tributan sus pueblos, por la tranquilidad interior que hacen gozar á su patria, y por la gloria esterior que corona sus armas. La nobleza misma, deslumbrada con el esplendor de estos héroes, se humilla con respeto á su cetro reverenciado: cede á sus consejos, obedece á sus órdenes, se consagra á su servicio, y se muestra celosa de complacer á sus reyes, restableciendo en Francia las ciencias, las lestras, las costumbres, el órden y la civilizacion. Pero apenas descendieron al sepulcro estos dos grandes príncipes, la ignorancia recobró sus tinieblas, la ambicion su ferocidad, la hipocresía su máscara: los pueblos indefensos volvieron á caer en la servidumbre: el trono sin apoyo, vaciló: los parlamentos, ya sin vigor, fueron mas raros, y al fin desaparecieron: los grandes tributarios se separaron del trono monárquico, y formaron diversos reinos: la nacion, divida, sin libertad, sin gloria, entregada á la licencia, no pudo resistir á los resentimientos ni á la codicia de los bárbaros: los normandos insultaron las costas, subieron por los rios, talaron los campos, robaron las ciudades, se apoderaron de la capital é impusieron vergonzosos tributos á los reyes, mas débiles que los indolentes merovingios, sostenidos al

menos por los intrépidos gobernadores de palacio. En fin, no presentó la Francia al espectador entristecido sino el cuadro de un pueblo en disolucion, que iba á perecer víctima de la anarquía mas deplorable, si uno de los grandes, que eran tan temibles á la corona y á la nacion, no hubiese con brazo firme arrojado los bárbaros, levantado y consolidado el trono sentándose en él, y dado orígen á una tercera dinastía, que aun reina, y que durante diez siglos, aumentando siempre su poder, á pesar de la inconstancia de la fortuna, supo fijar en Francia el foco de la civilizacion, y conservarle el primer puesto entre los estados de Europa. Los franceses jamás perdieron el primitivo carácter de los francos; jamás se sometieron tranquila y voluntariamente sino á los reyes que les daban esperanzas de satisfacer sus dos pasiones mas dominantes, que son el amor de la gloria y el de la libertad. Y así, los gefes de las tres familias reales debieron su elevacion á grandes triunfos: la primera tomó su nombre y su poder de la derrota de Atila por Meroveo, y de las victorias de Clodoveo contra los romanos, borgoñones y visigodos. La expulsion de los sarracenos permitió á Carlos Martel dejar á Francia sin rey, y su gloria abrió á Pipino la senda del Trono. En fin, París salva, y los normandos

vencidos derribaron la casa de Carlomagno y pusieron el cetro en las manos de los capetos. La revolucion que dió la corona á Pipino estaba preparada muy de antemano por la celebridad de su familia y la decadencia de la de Clodoveo; de modo que ni produjo convulsiones, ni costó sangre. Sin embargo, el ejemplo de un señor que se apoderaba de la corona, debia hallar imitadores y envidiosos, principalmente en una época en que los reyes, careciendo de ejércitos pagados, no tenian mas fuerzas que las mesnadas que alistaban y mandaban los feudatarios, mas poderosos por sus riquezas y vasallos, que por las magistraturas que el rey les confiaba. Aun no se habia organizado el sistema feudal; pero el observador menos atento podia ya descubrir sus fuertes raices dispuestas á brotar fecundos renuevos. En Italia, los duques de Espoleto, de Benevento y del Triul, vasallos mas bien que súbditos del rey de los lombardos, se habian hecho casi independientes: los duques de Baviera, Frisia y Turingia, y los gefes de las tribus sajonas llevaban con impaciencia el yugo de los reyes franceses, que poco antes se hallaban en su misma clase. El duque de Aquitánia, descendiente de la familia de Clodoveo, cansado, tiempo habia, de rendir homenage á los duques de Austrasia, se preparaba á vengar su

dinastía, ó por lo menos á aprovecharse de su caida para fundar un nuevo reino. Los condes de Auvernia y de Bourges prometian á este príncipe su alianza y sus armas. Los sarracenos, señores todavía de Narbona, esperaban, al favor de estas turbulencias, reparar sus derrotas y presentarse segunda vez como conquistadores en las Galias. En fin, el rey de los lombardos, despreciando la debilidad de los emperadores de Oriente, y creyendo á los franceses harto ocupados en las tempestades de un nuevo reinado para oponerse á sus designios, meditaba la conquista de Roma y de la Italia meridional. Tal era la situacion de los negocios cuando Pipino subió al trono. Feliz en no verse obligado á afirmar su poder con proscripciones, conoció facilmente que no podria mantenerse en él sino á costa de muchas victorias; que su reinado debia ser una larga série de combates y triunfos; que le era forzoso acallar con el ascendiente de su fortuna las pretensiones ambiciosas de sus contrarios, y que sus reveses ó su indolencia despertarian y harian formidable la envidia de sus rivales mas oscuros.

Guerra contra los sajones, bretones y sarracenos (753). Los sajones fueron los primeros en tomar las armas. Sus tribus belicosas habian conservado siempre en los bos-

ques sombríos la libertad, la sencillez, la turbulencia, el orgullo y la ferocidad germánica. Habia cuatro siglos que eran célebres por su indomable valor: sus soldados y buques habian aterrado todas las playas del Oceano: conquistaron á Inglaterra y penetraron muchas veces hasta el centro de Gália: iguales á los francos en valor y celeridad, superiores en número, menos ablandados por la civilizacion, quizá los hubieran arrojado de sus conquistas, si hubieran sabido reunirse en cuerpo de nacion, dejando sus débiles y ligeras armas, sometídose á una disciplina regular, y combatido con tanto orden como era su denuedo: pero su pasion á la independencia era grande osbtáculo para estas innovaciones necesarias. Los sajones eran muy tenaces de sus costumbres, usos y crueles supersticiones. Nunca supieron oponer á la táctica y armas de los romanos, adoptadas por los franceses, sino furor ciego, ódio implacable, ejércitos sin gefes, y valor sin disciplina. Habian negado el tributo que les impuso Carlos Martel, y sus cuadrillas devastadoras talaban las orillas del Rin. Pipino marchó rápidamente contra ellos; los sorprendió y dispersó, haciendo gran matanza, y los obligó á pedir la paz. Impúsoseles un tributo anual de trescientos caballos. . . . .

Mientras que el nuevo monarca ennoblecia con esta victoria el principio de su reinado, Bretaña levantaba el estandarte de la rebelion: Pipino pasó á esta provincia y la sometió. La prontitud y vigor eran los únicos medios de obligar á los nobles, móviles y orgullosos, á respetar una dominacion reciente, y á reconocer por gefe á su igual. Así es que las crónicas antiguas refieren un suceso, quizá fabuloso, pero conforme por lo menos á las costumbres de aquel siglo. El rey, segun cuenta la Crónica de san Gall, sabía que muchos señores se burlaban de su pequeña estatura, y le llamaban Pipino el chico. Dioles en Ferrieres el espectáculo de un combate entre un toro y un leon: el toro cae, el leon se arroja furioso sobre el enemigo vencido, y vá á destrozarlo. Pipino pregunta entonces á los señores ¿sí hay entre ellos alguno que se atreva á separar á aquellos dos terribles combatientes? Todos enmudecen: el rey dice: "pues iré yó." Levántase, saca la espada, baja al circo, corta la cabeza al leon de un tajo, vuelve, y dice á los espectadores admirados: "David no era grande, y derribó á Goliat: Alejandro era pequeño, y mostró mas valor y fuerza que los capitanes de su ejército membrudos y de mayor estatura." En aquellos tiempos bárbaros la principal recomendacion era la fuerza del

cuerpo y la osadía, así como la instruccion y el talento en los siglos de luces. Pipino, merecedor de reinar, se mostraba superior á su siglo: unia á la fuerza la sutileza del ingenio y la prudencia al valor. En esta época fue cuando Grifon, su hermano, procuró sublevar contra él al duque de Aquitánia, á cuya corte se habia refugiado: pero, ó temeroso de los celos de este duque, cuya esposa, segun cuentan, habia seducido, ó temiendo la proximidad de Pipino, vencedor ya de Bretaña y de los sajones, se escapó para buscar asilo en los estados del rey de los lombardos, y pereció en el camino, segun unos, asesinado por los emisarios del duque de Aquitánia; segun otros, acometido en Saboya por Teodon, conde de Viena, y Federico, duque de Borgoña, afectos á Pipino. Parece que el combate fue largo y sangriento, y que los tres gefes murieron en la pelea. La fortuna, siempre favorable á Pipino, le dió amigos útiles entre vecinos envidiosos, y aun entre sus mas temibles enemigos. Un godo, llamado Ansimando, gefe de una tropa de valientes aventureros, se apoderó de Nimes, Agde y Beziers, ocupadas nuevamente por los sarracenos: obtuvo de Pipino la posesion de estas tres ciudades, mediante homenage; y pronto á servirle, arrojó los musulmanes de Narbona. La discordia dividia á la sazon los

feroces conquistadores de España. Solimán, uno de los gefes rebelde al Califa, solicitó la proteccion de Pipino, se declaró su vasallo, y le rindió homenage por Barcelona y Cataluña.

Primera espedicion de Pipino en Italia (754). Otros sucesos anunciaban, preparaban y acrecian en Italia la tempestad que acabó de destruir los últimos vestigios del imperio griego en Occidente, y volvió á levantar el de los césares bajo el cetro de los francos. Habia mucho tiempo que los emperadores, arrojados de Africa y de gran parte de Asia por los musulmanes, y del norte de Italia por los lombardos, solo poseían en Occidente una sombra de autoridad. La rebelion siguió de cerca al menosprecio. En vano estos débiles monarcas, conservando de su antigua grandeza solo un orgullo pueril, quisieron de tiempo en tiempo oponerse á los progresos del poder pontifical: poder debido á las virtudes de los papas, cuya sabiduría y firmeza fueron el único antemural de los romanos contra los bárbaros. El pueblo, que no conocia á los principes sino por las vejaciones de sus ministros, prefirió un poder suave y protector á una autoridad ilusoria, y sin embargo opresiva: tomó las armas contra los exarcas, que ni sabian gobernar ni combatir. La heregía contra el

culto de las imágenes irritó mas los ánimos, é hizo eterna la separacion entre Roma y Bizancio.

Tal era el estado de Italia. Los emperadores Leon y Constantino Coprónimo, sitiados en su misma corte por los musulmanes, querian todavía hablar en tono de señores al sumo pontífice, que los separaba de la comunion de la Iglesia. Los romanos soñaban en establecerse como república, mientras el rey de Lombardía formaba el proyecto de someterlos. Los pontífices temian igualmente la ambicion de los lombardos, el espíritu turbulento de los romanos y el resentimiento de los griegos, cuyas tropas se reunian en Sicilia y Calabria con la esperanza de reconquistar á Roma y el exarcado. El pontífice, á vista de estos dos peligros, no tenia mas esperanza que la proteccion de los franceses, cuyos príncipes mas lejanos parecian dominadores menos peligrosos. Era ya inevitable una grande crísis: era preciso que Italia sufriese el yugo de los griegos, de los lombardos ó de los francos. La probabilidad estaba entonces á favor de Lombardía, pues una marcha rápida habria hecho cierta la facil conquista de Roma; pero los reyes lombardos vacilaron, y dejaron escapar la presa. No supieron ser ni monarcas conquistadores, ni príncipes pa-

cíficos; y su política ambigua fue la causa de su ruina. El papa Zacarías habia muerto: sucedióle Esteban II, y despues de un corto pontificado Esteban III. Astolfo, rey de los lombardos, manifestando sus intenciones ambiciosas, entró al principio del año 752 en el territorio mal defendido, que aun poseía el emperador de Oriente en las playas del Adriático. Los griegos no le opusieron ninguna resistencia: y así, se apoderó de todo el exarcado, bloqueó al exarca Eutiquio en Ravena, y llevó su ejército hasta las puertas de Roma; pero allí quedó repentinamente encadenada su audacia por el respeto religioso; y cediendo á las súplicas del papa Esteban, le concedió una tregua de 40 años, y se retiró. Su ambicion triunfó poco despues de su piedad: rompió el tratado que acababa de firmar, y volvió á tomar las armas. Este príncipe exigia que los romanos le pagasen *un sueldo de oro* por cabeza, y le reconociesen por soberano. Muchos prelados que el papa le envió para desarmar su enojo, fueron mal recibidos, y despedidos con desaire. El emperador Constantino, incapaz entonces de socorrer á Roma con sus tropas, esperó salvarla por su mediacion, y envió á Italia al patricio Juan el silenciario, á quien el rey entretuvo mucho tiempo con vanas promesas. Esteban advirtió inútilmen-

te al emperador que le engañaban, y que solamente un ejército podria desbaratar los designios de Astolfo. Esta advertencia no produjo efecto, y el peligro era cada dia mas inminente. El papa, conociendo cuán necesario era un socorro eficaz, imploró la proteccion del rey de Francia, el cual, antes de resolverse á tomar las armas, envió á Italia dos embajadores, el obispo Rodigango y un señor, cuyo nombre era Antario. Estos hallaron á Roma cercada y bloqueada por los lombardos.

El emperador de Oriente, que no podia dar mas que consejos, persuadió á Esteban que diese un paso humillante é infructuoso. El papa fue á Pavía con el intento de aplacar á Astolfo, esperando desarmar al rey de los lombardos, como la cruz de Leon el grande habia triunfado de la espada de Atila. Los enviados de Francia y Constantinopla le acompañaron y apoyaron sus instancias. Astolfo no les respondió sino con amenazas y negándose formalmente á restituir las tierras invadidas. Entonces los embajadores franceses declararon que el papa, no pudiendo ya habitar en Roma con seguridad, debia buscar asilo en Francia. Astolfo, no atreviéndose ni á retener como cautivo al gefe de la Iglesia, ni á enojar á un mismo tiempo al emperador de los griegos y al rey

de los francos, hubo de conceder libre paso al pontífice, que llegó sin obstáculo á Francia. Pipino, sabiendo en Thionville esta noticia, envió á recibir al papa á su hijo Carlos, que le encontró en Pont Yon en Perthois. El príncipe no quiso que el papa bajase del coche, y caminó á pie delante de él. Esteban cayó enfermo en San Dionis, se restableció, dió gracias al santo mártir por la salud recobrada, y fue á hablar con el rey á la villa de Quierzy, cercana á Noyon. Segun el bibliotecario Anastasio, Pipino se postró á los pies del pontífice, le prometió obediencia, y caminó ante él, llevando su caballo por la brida. Los anales de Metz dicen, por el contrario, que Esteban, cubierto de un cilicio, abrazó las rodillas del rey, implorando su socorro contra los bárbaros. Lo mas probable es que ambos se pidieron mutuamente el ausilio de que necesitaban. Pipino, inquieto siempre por la ilegitimidad de su elevacion, solicitaba ser absuelto y consagrado de nuevo: Esteban suplicaba al rey que le libertase de los lombardos. La necesidad era recíproca; y así convinieron con prontitud y facilidad, y se prometieron los ausilios que entrambos reclamaban con igual ardor. Sin embargo, el rey, que deseaba entonces repudiar á su esposa Berta, no pudo lograr que el papa consintiese en este di-

vorcio. Esteban manifestó, en favor de la indisolubilidad del matrimonio, el debido vigor, muy necesario en aquellos siglos de licencia y disolucion. Pipino, su muger y sus dos hijos fueron consagrados por Esteban en la iglesia de San Dionis. El papa declaró patricios romanos al rey y á sus hijos, y les exortó á que cumpliesen los deberes de esta dignidad, defendiendo á Roma y á la Iglesia contra los lombardos. Al mismo tiempo amenazó con la escomunion á los grandes y al pueblo si quitaban la corona á la familia de Pipino. De este modo empezó á establecerse en Europa el poder de los sumos pontífices en materias temporales. La necesidad de fijar con la sancion moral y religiosa el poder político, acometido siempre por las facciones en aquellos siglos bárbaros, estendió poco á poco la supremacía del gefe de la Iglesia sobre todos los reinos de la cristiandad, que durante muchos años fueron considerados como partes del dominio superior y eminente de los papas. Pipino, que puso su poder bajo la proteccion y salvaguardia de la Iglesia, convocó los obispos y abades á las juntas de la nacion, en las cuales se introdujo entonces la lengua latina y las formas oratorias de la antigua Roma: se mezclaron las cuestiones de dogma y disciplina con las de política é interes público,

como sucedia en los concilios nacionales de Toledo. Pero estas juntas cesaron muy pronto. La prepotencia que adquirieron los grandes en la decadencia de la dinastía carlovingia, dejó desiertos los campos de marzo y de mayo. La legislacion de los pueblos, todavía bárbaros, sufrió una reforma muy importante por la introduccion del clero en los parlamentos. Hasta entonces las acciones mas criminales se creían solo delitos privados, y parecia que las leyes no eran mas que formas inventadas para suavizar y regularizar las venganzas particulares. Pero los obispos, conservando los principios de la legislacion romana, hicieron que los crímenes se considerasen como ofensas públicas, dignas de ser perseguidas y castigadas por la autoridad: y este fue un paso muy importante para la civilizacion. En esta misma época, la escomunion, arma que antes era puramente espiritual, recibió una fuerza temporal, semejante á la que habia tenido entre los visigodos. Un capitular declaró formalmente que "todo escomulgado no solo sería escluido de la Iglesia, sino que ningun cristiano podria tratar, comer ni beber con él: que nadie debia unirse con él en la oracion, ni abrazarle, ni saludarle antes que se reconciliára con la Iglesia, y que el rey debia castigar toda infraccion de esta ley." Este acto

declaraba la autoridad del poder eclesiástico como superior á la del cetro; y así el papa Esteban, aunque desterrado y suplicante, dando su bendicion á los señores franceses, les dijo: "En nombre de San Pedro, Dios me ha dado el derecho de mantener la corona en los príncipes de la familia de Pipino, escogidos por el Señor para defensa de la Iglesia." Los reyes y los grandes aceptaron esta nueva autoridad, que sancionaba el régimen civil establecido entonces: los pueblos la admitieron gozosos, porque les daba una proteccion eficaz contra la tiranía y la barbarie de los señores. A la verdad, se introdujeron abusos en el ejercicio del nuevo poder temporal de los eclesiásticos; pero esa es la condicion necesaria de toda potencia puesta en manos del hombre: la historia debe señalar estos abusos, así como debe reconocer los inmensos beneficios que recibió la civilizacion del orden de cosas establecido en esta época. En las conferencias de Esteban con Pipino solo faltaba que tratar de los medios de libertar á Roma. Celebróse un parlamento en Crecy: y cuando el sucesor de los Apóstoles describia en él patéticamente las calamidades de la capital del mundo cristiano, los peligros de la Iglesia y los escesos cometidos por los bárbaros lombardos; cuando procuraba inflamar con todas las ar-

mas de la elocuencia en favor de la libertad de Roma el ardor guerrero y el zelo religioso de los francos, aparece en medio de la asamblea un adversario, cuya presencia inopinada le llenó de sorpresa y temor. Este antagonista formidable era Carlomano, hermano de Pipino, antes duque de Austrasia, y vencedor de los sajones. Fastidiado de gloria, habia dejado la púrpura por el sayal, y el palacio por el desierto: pero, ó fuese porque la memoria de su antiguo esplendor le inspirase el deseo de volver á presentarse en la escena del mundo, ó fuese porque se creyó obligado, como súbdito fiel, á obedecer al príncipe lombardo, bajo cuyas leyes vivia en su monasterio, se presentó en el parlamento como embajador de Astolfo para defender su causa y disuadir á los franceses de la guerra que el papa y el rey querian hacerle. Les representó la injusticia de la agresion intentada contra un rey que ningun motivo de queja le habia dado, y por una causa enteramente agena á sus intereses. Conociendo las miras y pasiones de los señores franceses, procuró persuadirles cuán inútil era prodigar su sangre y tesoros por tomar parte en una disputa que solo tocaba al rey de los lombardos, que era católico, y al emperador de los griegos, que era herege: empresa sin utilidad para los franceses, pues solo

se dirigia á enriquecer á Roma á costa de Constantinopla: espedicion funesta, pues privaba á Francia de sus defensores, esponiendo la Neustria á las invasiones de los aquitanos, y la á Austrasia á las talas de los sajones. Concluyó en fin que solo empleasen á favor de la santa sede el medio de las negociaciones, cuyo buen éxito creía poder asegurarles. En vano el pontífice y el rey opusieron á estos argumentos motivos de gloria y de religion: en vano los obispos y los nobles mas adictos al rey procuraron excitar el parlamento á la guerra: los austrasios y la mayor parte de los señores franceses se negaron á tomar las armas antes de habet tentado el medio de una intervencion pacífica. Esteban y Pipino se vieron obligados á ceder. Carlomano emprendió su viage á Italia para volverse á su monasterio; y murió en Viena antes de pasar los Alpes. Ninguno de los historiadores de aquel tiempo habla de la suerte que tuvieron sus hijos. El rey, cediendo al dictamen del parlamento, envió embajadores á Lombardía. Astolfo, confiando demasiado en la repugnancia de los leudes franceses á la guerra estrangera, recibió con insolente orgullo á los enviados de Pipino: prometió á la verdad no incorporar en su reino la ciudad de Roma, pero no quiso abandonar las conquistas que habia hecho

en el exarcado. Su negativa y sus amenazas irritaron la altivez de los franceses: movidos por las incitaciones del rey y los discursos del pontifice, declararon unánimemente la guerra, y tomaron las armas.

Pipino sorprendió á los lombardos por la rapidez de su marcha: forzó el paso de los Alpes, mal defendido: venció en una gran batalla las tropas de Astolfo, y lo persiguió y sitió en Pavía. El rey lombardo, tan tímido en el infortunio como presuntuoso en la prosperidad, pidió y obtuvo la paz, dando rehenes y prometiendo la entera cesion del exarcado y de la Pentapolis. De esta segunda provincia cedió en el momento de firmar el tratado la ciudad de Narni. Entonces Pipino hizo al papa la donacion formal de las rentas del exarcado. Esta donacion fue el primer título del poder temporal de los sumos pontífices sobre aquella provincia; estando ya reconocida por apócrifa la primer donacion de Constantino, no en cuanto á tierras y rentas, pues es notorio que concedió muchas á la Iglesia Romana, sino en cuanto á la soberanía.

Segunda espedicion de Pipino en Lombardia (755). Esteban volvió á Roma escoltado por un cuerpo de tropas francesas, y Pipino entró en Francia triunfante. Apenas vió Astolfo lejano el peligro, recobró su au-

dacia, violó sus promesas, rompió el tratado, reunió tropas, acometió á Roma, é intimó á sus habitantes que le entregasen al papa. Los romanos, sostenidos por un cuerpo de tropas francesas que mandaba Gerónimo, hijo natural de Carlos Martel, en vez de ceder á las amenazas de los lombardos, les opusieron ostinada resistencia. El papa, temeroso y afligido, imploró el socorro de Pipino y de los franceses con tanta perturbacion de ánimo, que en sus cartas daba los títulos de *rey* y de *patricio*, segun el historiador Daniel, no solo al monarca y á su hijo, sino tambien á los obispos, abades, sacerdotes, duques, condes, y á todos los caudillos del ejército frances.

Un abad romano, llamado Garnier, y el conde Homarico, burlando la vigilancia del enemigo, hallaron medio de salir de Roma, se embarcaron y trageron á Francia los pliegos de Estéban. Sus cartas manifiestan el espíritu del siglo, y la superioridad que el principio moral y religioso tenia ya entonces sobre la fuerza física y brutal. El pontífice, que pedia, temeroso de su enemigo, auxilio como suplicante, habla en nombre del cielo con toda la autoridad propia del gefe de la religion: y las circunstancias calamitosas en que se hallaba no le impiden dictar leyes á los monarcas y á los pueblos.

Los escritores que, aunque católicos, no han considerado ni las ideas, ni la situacion de aquellos tiempos; y los filósofos poco afectos al cristianismo, han censurado las cartas de Esteban, porque manifiestan demasiada solicitud por los bienes temporales de la Iglesia; sin reparar que la independencia de la Iglesia Católica estaba necesariamente ligada al poder temporal de los pontífices, sin el cual no habria podido defenderse ni contra los heterodoxos de Oriente, ni contra los bárbaros del Norte y del Africa. Así es que estas cartas, tan desdeñosamente criticadas por algunos modernos, produgeron completo efecto; prueba de que estaban en armonía con las ideas é intereses de la época. "Lo que habeis prometido dar á san Pedro, decia Esteban á Pipino, debeis entregárselo. Considerad cuan poderoso es vuestro acreedor: es san Pedro, llavero del Cielo, príncipe de los Apóstoles. Apresuraos, pues, á realizar vuestras promesas y cumplir vuestra deuda, si no quereis ser condenado en la vida futura á lágrimas eternas. Sabed que el acta de vuestra donacion ha sido recibida por el príncipe de los Apóstoles, que la tiene muy segura en sus manos: llenad escrupulosamente sus condiciones; sino, se levantará contra vos en el último juicio, cuando vendrá el Juez Supremo á juzgar por medio del fuego á los vi-

vos y á los muertos." Otra carta estaba dirigida á todos los franceses en nombre del santo Apóstol. Esteban decia haberla recibido de san Pedro: su tenor era el siguiente: "Yo Pedro, apóstol de Dios, soy quien os hablo: os miro como hijos adoptivos mios. Creed las palabras que os dirijo, como si yo me apareciese entre vosotros vivo y en mi propia carne. Mas os diré: la Vírgen María nuestra Señora, Madre de Dios, une á las mias sus solicitaciones, protestas, consejos y mandatos. Los tronos y dominaciones, toda la milicia celeste, los mártires y confesores de Cristo, y todos los siervos de Dios se unen á mí para exortaros á que socorrais la ciudad de Roma que nuestro Señor me ha confiado, mi pueblo que la habita, y la santa Iglesia que Dios mismo os recomienda." Despues los incita á defender á Italia contra los impíos lombardos, sopena de castigo eterno (1). El abad Fleuri, historiador de la Iglesia, acusa á Esteban por haber confundido el reinado espiritual de Jesucristo con los intereses temporales: pero para juzgar las

(1) El conde de Segur manifiesta dudar si Pipino y los francos creyeron que San Pedro habia escrito dicha carta. Pero ¿quién no vé que la intencion del Papa no fue que se creyese aquel escrito venido del cielo, sino dar mas fuerza á sus razones y argumentos, poniéndolos en boca del Apóstol? (*N. del T.*)

personas es menester transferirse á los tiempos en que vivieron. La grande idea del pontífice era libertar la Italia, con el ausilio de los franceses, de la tiranía de griegos y lombardos, y de las irrupciones de los musulmanes: y este fué entonces no solo un interés político, sino espiritual: pues el triste ejemplar de España acababa de demostrar al mundo á qué estado tan infeliz quedaba reducida la Iglesia en los paises donde, á favor de las divisiones intestinas, se introducia la espada del alcoran. Al mismo tiempo recibió Pipino una embajada del Emperador de los griegos que le daba gracias por sus esfuerzos contra los lombardos, y le pedia que restituyese el exarcado despues que le reconquistase. El rey le respondió que su agradecimiento era inútil, pues no habia emprendido la guerra sino á favor de Roma, y su utilidad sería para la Iglesia, y el honor para Francia.

Los franceses, impelidos por el celo religioso y por el honor, indignados del perjurio de Astolfo, volvieron á pasar prontamente los Alpes. Pipino desbarató las tropas que defendian las gargantas de las montañas, y obligó otra vez al rey de los lombardos á encerrarse en Pavía.

Tratado de Pavía (756). Astolfo, despues de un largo sitio, perdiendo toda es-

peranza de resistir, se reconoció vasallo de Francia; le pagó un tributo anual de doce mil sueldos de oro, y devolvió á la Santa Sede el exarcado y la Pentápolis. El abad Fulrado llevó al pontífice, en nombre del rey de Francia, el tratado concluido con los lombardos, y depositó sobre el sepulcro de los apóstoles el acta de donacion firmada por Pipino y las llaves de veinte y dos ciudades, cuya soberanía se reservaba el monarca frances.

Estos triunfos brillantes, estas victorias repetidas, aseguraron al rey el amor del clero, la sumision de los grandes, la admiracion del pueblo y la confianza de las tropas, que centuplica las fuerzas de los ejércitos. Seguro ya de su autoridad, afirmada por la gloria, creyó el rey que debia reformar algunos abusos introducidos en el clero, cuya causa habia favorecido tan útilmente: y así reunió en Vernon un concilio, en el cual se sometieron los abades á la autoridad de los metropolitanos, que podrian deponerlos en caso de desobediencia. Para evitar la relajacion de la disciplina eclesiástica se mandó celebrar dos sínodos cada año, uno en primavera y otro en otoño, y que se reuniesen en las mismas épocas que las juntas nacionales. Francia gozó entonces de alguna tranquilidad. Astolfo, vencido dos veces, renun-

ció á la esperanza de nuevas conquistas. El emperador griego, despojado de sus dominios, exalaba su sentimiento mas bien en quejas que amenazas, y buscaba aliados en todas partes, sin hallarlos en ninguna.

Guerra con los sajones y esclavones (757). Pipino convocó un parlamento en Compiegne, en el cual recibió el homenage de Tasilon, duque de Baviera, sometido momentáneamente, y leal por miedo. Presentáronse tambien los embajadores de Constantino, que enviaba al rey presentes muy ricos, entre ellos un órgano, el primero que hubo en Francia. El rey lo dió á la iglesia de Compiegne. Los embajadores griegos no lograron otra satisfaccion, en cuanto á las reclamaciones de su soberano, que respuestas vagas y acogimiento benigno. El espectáculo de las fiestas militares de una córte guerrera no les dejó esperanzas de recobrar con la astucia lo que la fuerza les habia quitado. El Occidente era entonces acometido de una enfermedad á la cual durante muchos siglos no se halló ningun remedio, y que despues desapareció felizmente: esta era la lepra. El parlamento de Compiegne permitió el divorcio, por un reglamento, cuando uno de los consortes enfermase de este mal contagioso.

La paz de que gozaba Francia se pro-

longó algun tiempo por los alborotos que se movieron en Italia. Astolfo murió de una caida del caballo. Raquis, príncipe en otro tiempo, y despues monge, fastidiado del desierto, como antes se habia fastidiado del mundo, salió del claustro, y apoyado por un partido numeroso quiso subir al trono; pero Desiderio, guerrero hábil y ambicioso, le disputó la corona, y supo, prometiendo sumision á Francia y á la Santa Sede, grangear la proteccion del pontífice y de Pipino. La guerra civil de los lombardos se terminó en breve: despues de algunos combates, Raquis, vencido y abandonado, hubo de volver á su monasterio, y Desiderio quedó dueño tranquilo del cetro de Lombardía. En este tiempo murió el papa Esteban, y los romanos eligieron para sucederle á su hermano Paulo. El nuevo pontífice envió embajadores á Pipino, encargados de asegurar al rey su fidelidad, y de presentarle, como un regalo estraordinario en aquel siglo, muchos libros, entre ellos la Dialéctica de Aristóteles. Llegó hasta España el movimiento de la revolucion, acaecida entonces en Oriente. Los musulmanes que por su union habian conseguido tantas victorias en las tres partes del mundo, que se conocian divididos en facciones, dejaron respirar á los emperadores de Oriente. Despues de muchos combates sangrientos,

fue vencida la dinastía de los omeyas, y cedió el califado á la de los abasides. Abderaman, último descendiente de la familia destronada, buscó su salud en la fuga; vino á España con el ausilio de algunas tribus de Africá, que permanecieron fieles á su dinastía, y fundó el reino de Córdoba; cuyos príncipes, independientes de los califas, tomaron el título de Emir al mumenin, palabra árabe que los franceses convirtieron en *Miramolin*, y los españoles en *Miramamolin*. Muchos sarracenos de España, adictos á los abasides, no quisieron reconocer la autoridad del nuevo comandante de los creyentes, establecido en Córdoba. Estas disensiones favorecieron las armas de Fruela I, rey de Asturias; y afirmaron y estendieron la denominacion goda en esta provincia y en la de Galicia y Leon. Pipino se aprovechó tambien de estas turbulencias para arrojar enteramente los árabes del Mediodia de Francia, y adquirir en España la soberanía de algunas ciudades por el homenaje que de ellas le hicieron sus gefes mahometanos.

Los únicos pueblos que se atrevieron entonces á resistir al rey de los franceses fueron los sajones y esclavones: irritados de ver las Galias y el Rin mejor defendidos por los francos contra sus invasiones que lo habian sido nunca por los romanos, cansados

de sufrir, reprimido su ardor militar, é impacientes del yugo que se les imponia, tomaron todos las armas. Pipino, sabedor de su rebelion, se anticipó á su ataque con aquella rapidez que dió tanta gloria y potencia á su familia: peleó con los bárbaros, los venció, y los obligó á pedir la paz. Los sajones prometieron pagar el tributo acostumbrado: el rey de los esclavones hizo mas, porque reconoció ser vasallo de Francia.

Defeccion de los bávaros (759). Una guerra mas larga y dificil llenó los últimos años del reinado de Pipino, y ejercitó su infatigable valor. Gaiferos, duque de Aquitánia, envidioso de su gloria, y enemigo irreconciliable de su familia, aprovechó la ocasion en que las tropas francesas estaban lejanas de sus estados en la espedicion de Sajonia, para vengar las injurias de la dinastía de Clodoveo, y colocarla, si pudiese, en el trono de Francia. Exortábale secretamente á esta empresa el nuevo rey de los lombardos, del cual esperaba una poderosa cooperacion: animábale á ella Tasilon, que acababa de casar con Luitberga, hija de Desiderio, y que solo esperaba el momento propicio para romper su forzado juramento de fidelidad: auxiliábanle descubiertamente los condes de Auvernia, Limosin, Anjou y Berry; y esperando ademas hallar partidarios

entre los neustrios, que por su antigua rivalidad con los austrasios llevaban á mal la dominacion de estos, pasó el Loira al frente de un ejército numeroso y taló las provincias de Borgoña.

Pipino, al ver tan formidable tempestad, convoca en Duren, ciudad cercana á Juliers, los francos que se le habian conservado fieles, y que le juran unánimemente sostenerle en el trono ó morir. El rey se pone á su frente; les pasa revista en Troyes, y marcha con denuedo al enemigo; pero en el momento de empezar la campaña, Tasilon y los bávaros le abandonan y se vuelven á Germánia. Esta desercion detuvo al rey y le hizo variar de plan: antes de pelear con sus adversarios, determina castigar á un rebelde, y dirige sus banderas al Rin. Tasilon, sorprendido, teme: implora la clemencia del rey, se somete, y logra su perdon por la mediacion del sumo pontífice.

Guerra de Aquitania (760). Pipino, no temiendo ya nada por la frontera de Germánia, marcha contra Gaiféros, entra en sus estados, y los tala horriblemente en venganza de los daños que los aquitanos habian hecho en Borgoña. La narracion de una guerra tan estraordinaria sería fastidiosa. Durante seis campañas, estos príncipes, sin pensar en dar batallas, solo trataban de

arruinar el territorio enemigo; y así, de entrambas partes no hubo mas que saqueos y estragos recíprocos.

Victoria decisiva de Pipino (766). Gaiféros fue el primero que se cansó de este género de lid. Volvió á sus provincias, desmanteló las fortificaciones de las ciudades, salió á campaña, é incomodó mucho tiempo á Pipino, haciendo la guerra de puestos: pero en fin, viéndose cada dia mas ostigado, se resolvió á dar batalla, y fue vencido.

En todos tiempos, desde César, y aun en nuestros dias, los pueblos de Flándes, Borgoña, Franco-Condado, y de las orillas del Rin han sido mas belicosos que los habitantes del centro, occidente y mediodia de Francia. Todos fueron y son igualmente valerosos: pero los paises orientales, animados constantemente del antiguo espíritu de los francos, y apasionados á la guerra, fueron siempre semillero inagotable de soldados.

Conquista de Aquitánia (767). Gaiferos, vencido, prometió rendir vasallage al rey; mas no fue atendida su propuesta. Pipino se apoderó, en lo mas fuerte del invierno de Tolosa y Alby. Remistano, duque de Gascuña, y tio de Gaiferos, fingió someterse, se rebeló de nuevo, y fue preso y aborcado. En fin, Gaiferos, haciendo el

último esfuerzo, fue completamente derrotado, huyó, y sus mismos soldados le mataron. Su muerte completó la sumision de toda Aquitánia, y Pipino la reunió á la corona de Francia.

Durante esta guerra, Desiderio, socolor de algunas leves desávenencias con los duques de Espoleto y Benevento, volvió á tomar las armas y amenazó á Roma. El papa advirtió á Pipino que no fiase de las protestaciones pacíficas del rey de los lombardos, y le informó de las conexiones secretas de este príncipe con el emperador de los griegos, que le ofrecia una armada y un ejército. Las amenazas del rey de Francia, sostenidas por algunos preparativos militares, bastaron para aterrar á este flaco enemigo. Desiderio retiró sus tropas, y el emperador de Oriente pidió al rey la mano de la princesa Gisela para su hijo Leon; pero Pipino no quiso contraer este lazo con un príncipe heterodoxo. Gisela, obedeciendo á su padre, desdeñó la corona de Constantinopla, y despues tomó el velo de religiosa en Chelles. En esta época se celebró un sínodo en Gentilly, en el cual los obispos griegos, que habian venido de Oriente con el objeto, segun se cree, de terminar la disputa acerca del culto de las imágenes, la encendieron mas, moviendo nuevas cuestiones y dificulta-

des acerca de la *procesion del Espíritu Santo*, de donde despues resultó el cisma, cuya verdadera causa fue la rivalidad de Bizancio con Roma y la ambicion de los patriarcas de Constantinopla. El rey mantenia una correspondencia seguida con los papas, cuyas cartas son los monumentos históricos mas importantes de esta época. En ellas se vé la solicitud de los sumos pontífices por la independencia de Roma, y el temor que les inspiraba el rey de los lombardos, que unas veces parecia hijo sumiso y otras enemigo declarado. El pontificado de Paulo duró poco, y su muerte escitó en Roma grandes alborotos, en los cuales no pudo intervenir Pipino, ocupado entonces en la guerra de Aquitánia. Dos facciones disputaron la cátedra pontifical: la una favorable á la independencia romana, la otra á la dominacion de los lombardos. Toton, duque de Nepi, gefe del partido romano, dominando los votos con la violencia, obligó al pueblo á elegir papa á su hermano Constantino, aunque todavía no estaba ordenado. El nuevo pontífice recibió los homenages del clero, intimidado, y escribió á Pipino solicitando su proteccion; pero gozó poco tiempo de la tiara, arrebatada por la fuerza mas bien que concedida. El duque de Espoleto, escitado por Desiderio, marchó á Roma, y se apo-

deró de la ciudad: Toton murió en el combate. El pueblo se sublevó contra el pontífice que le habian puesto por fuerza; le depuso, ultrajó y aprisionó; le sacó los ojos, y eligió en su lugar á Esteban IV, natural de Roma. El clero reunido confirmó la eleccion, y lejos de desaprobar las violencias populares, las legitimó. Reunido en concilio, condenó á Constantino, no sin haberle injuriado antes de dar la sentencia, echándole en cara su usurpacion. Esteban, apenas ascendió á la santa sede, envió á Francia al monge Sergio para informar á Pipino de su elevacion, pero cuando llegó, el rey habia muerto yá.

Pipino enfermó en Saintes de hidropesía: pasó á Tours á visitar el sepulcro de San Martin, y luego á San Dionis. Perdida toda esperanza de salud, dividió sus estados entre sus dos hijos con el consentimiento de los grandes, y murió el 24 de setiembre de 768, despues de haber gobernado á Francia 27 años, y 16 con título de rey. Fue enterrado, segun sus deseos, á la puerta de la iglesia de San Dionis, con el rostro vuelto á la tierra, para espiar, dice el abad Suger, la usurpacion que hizo Carlos Martel de los bienes de la Iglesia. Pipino tuvo dos hijos que le sucedieron, Carlos y Carlomano: su tercer hijo, Pipino murió niño, y Giles ó

Gines, que fue el cuarto, entró en religion. Adelaida y Rotada, hijas suyas, vivieron poco: Gisela fue religiosa en Chelles. Algunas crónicas le atribuyen otras dos hijas, Berta, que casó con Milon, conde de Angers, padre del famoso Roldan y Chiltrudis, madre de Ogier el danés. Pipino, usurpador sin violencia, guerrero valiente, sabio gobernador, hábil estadista, triunfó del amor de los franceses á la primera dinastía, del orgullo de los grandes, del espíritu independiente de los príncipes tributarios y de las armas de todos los enemigos de Francia. Supo afirmar su trono, dándole por cimiento la religion; y quizá sería tenido por el mas grande de los monarcas franceses, si la fortuna no le hubiese hecho reinar entre un padre y un hijo que eclipsaron su gloria. Se le culpa justamente por la muerte de su primo Teodoaldo y de su hermano Grifon, y por el suplicio del duque de Gascuña, vencido y prisionero. En cuanto á la usurpacion del trono no se le puede echar en cara: estaba ya consumada un siglo antes por los gobernadores de palacio; y si Pipino usurpó algo fue el título, pues ya gozaba la autoridad. En la tumba de Pipino se halla grabada esta sencilla inscripcion: *Aqui yace Pipino, padre de Carlomagno;* como si su mérito consistiese solo en haber echado los

cimientos del poder de su sucesor, semejante á Filipo de Macedonia, cuyos afanes prepararon las conquistas de su hijo Alejandro.

Carlos y Carlomano, reyes de Francia (768). Los francos, bajo las órdenes de Clodoveo, Carlos Martel y los dos Pipinos, se habian hecho por su valor y conquistas, y desgraciadamente por su ferocidad, los mas célebres de los pueblos bárbaros, y los herederos mas fuertes del coloso romano, destruido por tantos invasores. No obstante, á pesar del aumento de su poder y el esplendor de sus armas, siendo ignorantes, crueles y opresores de los pueblos conquistados, no presentaban á la vista del mundo otro espectáculo que el de un inmenso campamento de salvages, adiestrados en la táctica de los últimos siglos de Roma, y algo superiores en disciplina á los sarracenos, hunnos, lombardos y sajones, que eran sus enemigos. Sumergidos, como el resto de Europa, en densas tinieblas, obedeciendo al cuchillo mas que al cetro, no parecia posible que saliesen de la barbarie en que estaba sumergido todo el orbe romano,

Improvisamente aparece entre ellos un grande hombre, y con él una gran mudanza y una brillante luz. Carlos dió vida á la civilizacion, restableció el orden social, re-

novó los vínculos políticos entre los pueblos del universo, hizo renacer la justicia, el orden, las ciencias y las letras, triunfó por las armas, reinó por las leyes, y fundó un nuevo imperio de Occidente. Semejante al sol, despues de una larga tempestad, esparció vivas luces en medio de la oscuridad de la barbarie. " Carlos, dice el sabio inglés Hallam, se presentó solo como un fanal en una playa desierta, como una roca en medio del vasto Oceano. Su cetro era el arco de Ulises, que brazos mas débiles no podian encorvar.

Parece cierto que Carlos descendia de Clodoveo por las mugeres: una hija de Clotario III, rey de Neustria y Borgoña, casó con Ansberto, leude distinguido, y padre de Arnulfo, que llegó á ser gobernador de palacio, respetado de la nacion, como ministro firme y prudente, y por la Iglesia como uno de sus santos. Su hijo Andegiso, que heredó su dignidad, fue padre de Pipino de Heristal, bisabuelo de Carlomagno. Comunmente se cree que Carlos nació en Ingelheim el año 742: pero los franceses estaban entonces tan mal instruidos aun en los sucesos de mas interés para ellos, y tan faltos de sábios y de historiadores, que no ha sido posible señalar auténticamente el lugar ni la época del nacimiento de su mas ilustre monarca; de aquel cuya grandeza pareció tan insepa-

rable de su persona, que la voz de su siglo, confirmada por la de la posteridad, ha reunido las dos palabras *Carlos* y *grande*, para componer con una sola el nombre de *Carlomagno*. Muchas ciudades de entrambas riberas del Rin disputan la gloria de haber poseido su cuna. Eginardo, su secretario, amigo y canciller, confiesa que nada pudo saber de la infancia de Carlomagno, y que serían vanos todos los esfuerzos para averiguar algunas particularidades de ella. Solo se sabe que tenia cerca de ocho años cuando su padre Pipino fue coronado por san Bonifacio, y doce cuando fue consagrado por el papa Esteban III. La veneracion con que fue recibido el papa, el poder de la religion sobre los ánimos, la pompa de las solemnidades religiosas y de las dos coronaciones de su padre, fueron con los juegos militares y los combates los primeros objetos que hicieron impresion en su juvenil fantasía. Estas primeras impresiones formaron su carácter; y así, los dos afectos que dominaron su alma fueron el amor de la fama y la piedad; y todas sus vigilias, afanes y guerras se dirigieron siempre á aumentar el poder y la gloria de Francia y de la Iglesia. Es un error comun en los filósofos del siglo XVIII reprender en Pipino y Carlomagno el genio belicoso, y el espíritu de devocion con el pre-

testo de que costaron guerras, sangre y dinero. Estos dos príncipes no hicieron mas que obedecer al espíritu de su siglo. Los grandes hombres de todos los paises y de todas las épocas no han adquirido celebridad, sino poniéndose al frente de sus coetáneos, y dirigiendo el movimiento general de su tiempo. Los hombres vulgares perecen oponiéndose á las ideas comunes, como el que quiere nadar contra la corriente, cuando los genios privilegiados, adoptándolas, las dominan, y pareciendo obedecer mandan.

Solo se cumplió una parte del testamento de Pipino. Sus hijos reunieron un parlamento, en el cual, consintiéndolo la nacion, hicieron nueva division de Francia. No se sabe con exactitud de qué manera la arreglaron. Fredegario y Eginardo no están concordes en este punto; pero la duda es poco importante, y la investigacion inútil, porque Carlomano murió poco despues. Carlos fue coronado en Noyon, y Carlomano en Soissons. Estas ceremonias, tan frecuentemente repetidas, muestran la inquietud de un poder nuevamente establecido. Parece mas probable que Carlomano poseyó á Austrasia, y Carlos á Neustria y Borgoña: el primero se manifestó poco satisfecho de la parte que le habia tocado; y la poca conformidad de los dos hermanos alentó las esperanzas de sus ene-

nigos. Los aquitanos no podian acostumbrarse á ser franceses, y se conservaban visigodos y romanos en el afecto. Hunoldo, uno de sus príncipes, y padre del último duque Gaiferos, habia trocado mucho tiempo antes la púrpura por el sayal; pero no pudo desprenderse en el retiro de la memoria de su grandeza, ni del aborrecimiento contra una familia que acababa de derribar á la de Clodoveo, y de llevar á su pais el hierro y la llama. Sabiendo desde su soledad la disposicion de los ánimos, salió del monasterio; volvió al trono, y exortó los pueblos á tomar las armas. Carlos no le dejó tiempo para juntar sus fuerzas: marchó rápidamente contra los aquitanos, sin aterrarse por la defeccion de Carlomano, que no quiso darle tropas ni acompañarle en esta espedicion. Los soldados de Hunoldo, amedrentados por la prontitud de la invasion, cuando creían á los francos entretenidos con discordias intestinas, opusieron muy poca resistencia; se dispersaron y sometieron, y abandonaron á su gefe, que entregado por su sobrino Lupo, duque de Gascuña, cayó en poder de los francos. Poco despues se escapó de la prision, y se refugió en la corte de Desiderio, rey de los lombardos, que fue desde entonces asilo de todos los enemigos de Carlos. El rey de los francos, para reprimir el carácter turbulento de los

aquitanos, construyó sobre el Dordoña un fuerte, llamado entonces *Castillo Fráncico*, y despues *Fronsac*. La pronta derrota de los aquitanos causó algun temor á los estrangeros, porque veían que el jóven rey de los franceses llevaria con gloria la terrible espada de Carlos Martel. El mismo rey de los lombardos, receloso de sus armas, solicitó al principio su amistad; le pidió la mano de Gisela, su hermana, para Adalgiso, hijo de Desiderio, y le rogó que aceptase por esposa á Hermengarda ó Desiderada, hija del mismo rey. La reina Berta, madre de Carlomagno, favoreció con ardor estas proposiciones. La paz era el único objeto de sus votos: no pudiendo medir el vasto genio de su hijo, temia á un mismo tiempo su ardor impetuoso, la envidia de Carlomano, la inconstancia de los grandes, el enojo de los aquitanos, las intrigas de Tasilon, el ódio de los sajones y el de los lombardos. Esperando reunir intereses tan opuestos, calmar pasiones irreconciliables, y terminar con tratados, antiguas querellas, que solamente podia decidir la espada, empleó el resto de su vida y de su actividad en viajar muchas veces á Austrasia, Baviera é Italia para impedir que estallase una guerra, de la cual no veía mas que los peligros. El sumo pontífice hizo la mayor oposicion al nuevo enlace,

Carlos era ya casado, y habria sido preciso anular su matrimonio con la reina Imiltrudis para formar el que deseaba Berta con la hija de Desiderio. El papa se opuso á este divorcio, y sostuvo vigorosamente el principio de la indisolubilidad del matrimonio, salvaguardia de la moral doméstica. Por otra parte, no pudiendo verse libre de la dominacion de los lombardos sino por las armas del rey de los francos, no podia convenir á la política de Roma la union íntima de las dos cortes, y así escribia á Carlos: "acordáos de que el papa Esteban, mi predecesor, no permitió al rey Pipino repudiar á la reina vuestra madre. El indigno enlace que proyectais hacer con los lombardos es una mezcla impía y diabólica. ¿Seréis tan ciego que mancharéis la ilustre sangre de los francos, confundiéndola con la del pueblo lombardo, pueblo pérfido y fétido, arrojado del seno de las demas naciones, y que ha estendido por el mundo la infame plaga de la lepra? Eso sería asociar la fé con la infidelidad, y la luz con las tinieblas. Debeis imitar á los reyes mas ilustres de vuestra patria, escojer vuestra esposa en la noble nacion de los francos, y reservarle esclusivamente todo vuestro amor. No os es lícito confundir vuestra sangre con la de los estrangeros. Ninguno de vuestros parientes, ni

vuestro abuelo, ni vuestro bisabuelo, ni vuestro padre buscó para esposa una muger de otro pais. No olvideis que cuando el emperador Constantino quiso persuadir á vuestro padre Pipino, de gloriosa memoria, que concediese á su hijo Leon la mano de Gisela, vuestra ilustre hermana, él respondió que no podia unirse su familia con personas estrangeras, ni formar semejante lazo, contrario á la voluntad de los pontífices de la Sede Apostólica. Si á pesar de vuestras súplicas y advertencias, alguno de vosotros pretendiere contradecir en este punto nuestras representaciones y deseos, sepa que por la autoridad del Señor San Pedro, príncipe de los apóstoles, caerá en los lazos del anatema; será desterrado del reino de Dios, y condenado á las llamas eternas del demonio con los demas príncipes idólatras de las pompas funestas del siglo: cuando el que, sometido á nuestras exortaciones, guarde y observe nuestros preceptos, será ilustrado con las bendiciones de Dios, y participará en la bienaventuranza eterna de las recompensas celestes con todos los santos y elegidos del Señor." Estas últimas amonestaciones son contra el designio de disolver el matrimonio legítimo que Carlos habia contraido. Algunos escritores modernos, censurando la conducta de este pontífice, citan la

relajacion que habia en este siglo relativamente al divorcio: y dan por testo al abate Vely, que afirma haberse declarado en el sínodo de Verberie: "que una muger, cuyo marido hubiese tenido trato con su entenada, podia casarse con otro, con tal que no hubiese cohabitado con su consorte despues del incesto:" y en otro: "que la muger que pudiendo seguir á su marido en un viage necesario, se negase á ello, no pudiese pasar á otras nupcias mientras viviese el consorte; y que el marido, ausente de su muger por necesidad, pudiese tomar otra esposa, sometiéndose á una penitencia." Pero si es cierto que habia tan grandes abusos, nada mejor que ellos prueba la necesidad de que los sumos pontífices los reformasen con decretos severos, principalmente en los reyes, cuyo ejemplo es mas contagioso que el de los demas.

Carlos, á pesar de la oposicion del papa, siguió el consejo de su madre y casó con Hermengarda. Desiderio, complacido con este casamiento, dejó de amenazar á Roma por entonces, y aun restituyó al pontífice algunas ciudades. Esta concordia duró poco: Carlos, fastidiado de su nueva esposa, condenada á la esterilidad por un mal oculto, la repudió, y casó con Hildegarda, descendiente de una familia ilustre de Suevia. Asi

el lazo efímero formado entre Carlos y Desiderio, solo sirvió para que su odio fuese despues mas irreconciliable. Este rompimiento produjo en Italia nuevas alteraciones. El papa Esteban, engañado por las protestaciones artificiosas de Desiderio, despidió á Cristobal y á Sergio, dos fieles ministros suyos. Habiendo quedado espuesto por este yerro á las asechanzas de su enemigo; le dejó aproximarse á Roma, á donde venía con el pretesto de visitar el sepulcro de los santos Apóstoles. Desiderio veía ya acercarse el momento de sorprender la ciudad: la hora estaba señalada; las tropas dispuestas: una faccion numerosa le favorecia; pero Dodon, enviado de Carlomagno, avisa el riesgo á los romanos, hace que se guarnezcan los muros, y auxiliado por los valientes amigos de Cristobal y Sergio, desbarata el proyecto de los lombardos. Sin embargo, el papa no se desengañó: creyó que este movimiento era una traicion de sus ministros, y los abandonó á la venganza de Desiderio, que les mandó sacar los ojos. El rey lombardo, para dar mas confianza á Esteban, y engañarle mejor, le prometió restituirle todo el exarcado: tanto mas resuelto á quebrantar su palabra, cuanto el pontífice se habia privado de todo apoyo insultando al enviado de los reyes de Francia. En

medio de estos sucesos murió Carlomano, y Austrasia reconoció á Carlos por su rey, á pesar de las reclamaciones y quejas de Gerberga, viuda del príncipe difunto, la cual fue con sus hijos á la corte de Desiderio á solicitar proteccion y venganza. Carlos se quejó de esta fuga, diciendo que " no habia merecido ser temido de su propia familia." Sin embargo, se apoderó sin escrúpulo ni reserva de toda la herencia de su hermano. La guerra de Aquitánia, movida por la esperanza de los alborotos que pudo causar la division del reino entre los hijos de Pipino, sirvió á Carlos de pretesto para triunfar de las ideas vulgares y de la costumbre, y manifestar á los pueblos la necesidad de cimentar su fuerza con la union, y de estar sometidos á un solo rey. Su conducta en este caso habria sido tan moral como política, si hubiese dado á sus sobrinos, no reinos, sino territorios con que sostener su alta clase.

CAPITULO XIV.

Carlomagno.

Carlomagno reina solo. Primera campaña contra los sajones: batalla del Torrente. Conquista de Lombardía. Guerra de Vitikindo y del Friul. Espedicion de Carlomagno á España: batalla de Roncesvalles. Batalla del Lipa. Luis, rey de Aquitánia, y Carlomano, rey de Italia. Batalla del Sontal. Batalla de Dietmall. Batalla de Draigny. Pacificacion de Sajonia. Guerra contra bretones y lombardos. Guerra contra los griegos. Reunion de Baviera á Francia. Guerra de los esclavones. Guerra de los hunnos. Invasion de los sarracenos en Aquitánia. Sumision de los sajones rebelados. Nueva campaña contra los sajones. Destruccion de los hunnos. Ultima campaña de Carlomagno contra los sajones. Sublevacion en Roma. Restauracion del imperio de Occidente. Prohibicion de las guerras particulares. Conquista de Boemia y Cataluña. Colonia de sajones en Bélgica. Division del

imperio. Guerra contra Gutrico, rey de Dinamarca. Paz general. Luis, rey de Aquitánia, asociado al imperio. Última enfermedad de Carlos.

CARLOMAGNO *reina solo* (770). El grande estado que componia el reino de Carlomágno abrazaba la Francia actual, y una parte de Alemania: sus límites eran al norte el mar Báltico, los sajones y los frisones; es decir, la baja Sajonia; Westfalia y Holanda al Oriente, los turingios desde el Fulda hasta el Saal, porque los bávaros poseían lo que hoy se llama Baviera, Salzburg y gran parte de Austria: al mediodia los Alpes, el Mediterráneo y los Pirineos, y al Occidente el Océano y la provincia de Bretaña.

Los turingios y frisones reconocian á Carlos por soberano, y eran gobernados por los condes franceses que enviaba. Su padre habia obligado á los sajones á pagar un tributo. El duque de Baviera se reconocia vasallo del rey de los francos, y le prestaba homenage. Los sarracenos ocupaban las tres cuartas partes de España: Italia, dividida entre el papa, los lombardos y el emperador de los griegos, daba á Francia mas codicia que inquietud. Los anglo-sajones, pro-

cedentes del septentrion de Germánia, habian conquistado la gran Bretaña; y este pais, dividido en siete reinos pequeños, estaba muy ágitado con sus discordias interiores para tener influencia en los otros estados. En el estremo opuesto de Europa, los esclavones estendian progresivamente sus conquistas por las dos riberas del Oder. Los hunnos y ávaros, ya enemigos, ya aliados del imperio griego, habian quedado poseedores de Ungría. Tal era el cuadro de Europa cuando Carlomagno subió al trono. Sus mas temibles y ostinados enemigos fueron los sajones, cuyas tribus selváticas, belicosas y turbulentas, con su innumerable poblacion, valor invencible, ostinada perseverancia, y costumbres feroces, amenazaban continuamente á Galia de una invasion semejante á la que en el siglo v y en el reinado de Honorio cubrió el Occidente de ruinas, y lo inundó de sangre. Carlos no tardó en conocer que en ellos estaba el mayor peligro de que debia precaverse, y que en su pais debia fijar la atencion y dirigir á él todas las fuerzas. Sin duda por este motivo, mal conocido de la mayor parte de los historiadores, en vez de establecer su capital en París, Tours, Milan ó Roma, puso su residencia ordinaria en Aix-la Chapelle. Su genio descubrió el puesto de seguridad cerca

del peligro, donde estaba en su disposicion de anticiparse á él y de pelear. Este peligro era grande; pues un monarca tan belicoso tuvo que hacer los mayores esfuerzos para triunfar de él. La sangrienta lid duró treinta y tres años. Casi siempre venció á sus selváticos adversarios; hartas veces se creyó obligado á imitar su ferocidad, y no consiguió subyugarlos sino transplantando una parte de la poblacion y degollando la otra. Esta guerra fue de esterminio: en otros paises Carlos peleaba por la gloria; en éste, por la existencia de Francia y por la suya. Francia y Sajonia fueron la Roma y la Cartago de este siglo bárbaro: pero Vitikindo, el annibal de los sajones, se mostró menos firme en sus últimas derrotas que el de Africa, y Carlos solo fue inferior á los escipiones en templanza y humanidad.

El orígen de los pueblos sajones fue siempre desconocido de los romanos. Créese que en una época posterior á la de Tácito salieron de Escandinavia y se estendieron por el septentrion de Germánia. Hegewish, sabio historiador aleman, observa que su dialecto tudesco, mas suave que el de los francos, se parece mas á la lengua dinamarquesa. El primer escritor que habló de los sajones fue san Gerónimo en el siglo IV de la Iglesia. En tiempo de Honorio, la noticia de las

dignidades del imperio menciona un conde de la ribera sajona. Sidonio dice de ellos que son navegantes intrépidos y temibles. Un poeta de Paderborn pinta en pocas palabras el carácter feroz de los sajones: *Saxonum natura ferox et pectora dura.* Salviano los llama *nacion ferrea.* Fortunato los representa como un pueblo montaraz, que vivia como los animales feroces. Sus principales dioses eran Odin y Friga. Adoraban al primero bajo la figura de un viejo montado en un pez, y que tiene en sus manos una urna y una rueda; y á Friga bajo la imágen de una muger desnuda, que lleva en el pecho una antorcha ardiendo; en su mano derecha tiene un globo, y en la izquierda tres manzanas de oro. A Odin le llamaban tambien Herman, y á su estátua Irmensul. Otros escritores dicen que su dios supremo era Taut, Teut ó Toron. En tiempo de Carlomagno estaban los sajones divididos en muchos pueblos: los ostfaliós habitaban la ribera derecha del Weser; los Wesfaliós poseían los territorios cercanos al Rin: enmedio estaban los angrevarios; una parte de ellos habitaba la orilla del mar. En las márgenes septentrional y meridional del Elba vivian los nortelbanos y los transelbanos. Ademas de estas grandes divisiones, estaba repartida la nacion sajona en un gran

número de pequeñas tribus, que se reunian algunas veces en dieta general para tratar de los intereses comunes. En Sajonia habia tres clases de habitantes; los nobles, los hombres libres, llamados en su lengua *frilingos*, y los tributarios, cultivadores ó siervos del terruño, conocidos con el nombre de *litos*. La libertad, la guerra, la caza, la piratería y el saqueo eran sus pasiones dominantes. Sus gefes, casi sin poder durante la paz, solo tenian autoridad en la guerra; y los que lograban mas victorias eran los mas obedecidos. La supersticion daba á los sacerdotes un influjo mas durable y estenso: eran ardientes defensores del culto de sus belicosas y crueles deidades: creíase que se complacian en las matanzas; que se hartaban de sangre; que solo recompensaban el valor y solo castigaban la timidez; que se agradaba al cielo destruyendo la tierra, y que no se obtenian los favores de los dioses sino inmolando con frecuencia víctimas humanas. Este era el pueblo que Carlomagno, movido por el espíritu que caracterizaba su siglo, emprendió conquistar y convertir, y obligarlo á ser sumiso, benigno y cristiano. "Nunca, dice Eginardo, se ha emprendido conquista mas larga, laboriosa y atroz para el pueblo de los francos. Los sajones, así como las demas naciones germánicas, eran san-

guinarios, adoradores de los demonios, é implacables enemigos de la religion. No tenian por malo quebrantar con nosotros las leyes divinas y humanas"

Por otra parte, muchas causas contribuían á turbar la paz entre ambas naciones: nuestro territorio y el suyo eran contiguos, solamente separados en algunos sitios por altas montañas y bosques estensos: en las demas partes, los límites inciertos de los campos daban motivo á sangrientas peleas, á robos frecuentes, á perpetuos incendios. En fin, los francos, irritados, llegaron á conocer que no bastaba contentarse con pequeñas represálias, y resolvieron hacer contra aquel pueblo guerra general y decisiva. De entrambas partes se emprendió con igual animosidad; duró treinta y tres años, y causó á los sajones mas daño que á nosotros. Se hubiera concluido mas pronto, á no haberla prolongado y renovado incesantemente su perfidia. Es difícil contar lás veces que rendidos y suplicantes se sometieron al rey, le dieron rehenes, le prometieron obediencia, y juraron abandonar el culto de los demonios por el cristianismo. Pero eran tan prontos en quebrantar su palabra como en darla: de modo que no se puede asegurar si les era mas fácil someterse que rebelarse. Nunca en este largo espacio de tiempo pasó un año entero

entre el fin de la guerra y su renovacion; pero tan ostinada inconstancia no pudo triunfar ni de la magnanimidad del rey en la victoria, ni de su firmeza en los reveses. Ningunos afanes, por grandes que fuesen, le hicieron renunciar á sus vastos designios: jamás su ánimo se doblegó por la audacia del enemigo, ni dejó sin castigo sus traiciones. Las tropas, mandadas, ya por sus condes, ya por él mismo, reprimieron en todas partes las sublevaciones. En fin, despues de haber ahuyentado á cuantos osaban todavía résistirle, sacó de las márgenes del Elba á diez mil de los guerreros mas ostinados que transmigraron con sus mugeres é hijos á Galia y Germánia. Esta providencia, en la cual consintieron ellos, terminó la guerra. Renunciaron al culto de los demonios y á sus costumbres bárbaras; abrazaron la fé de los francos, y formaron con ellos un solo pueblo. Carlos no peleó con ellos en persona, sino en las dos grandes batallas de Dietmall (hoy Teutburg) y de Ofental; en las cuales los derrotó tan completamente, que despues no se átrevieron á irritarle."

Primera campaña contra los sajones: batalla del torrente (772). Cuando Carlomagno, no bien avenido con su hermano y colega, hizo la guerra en Aquitánia, se sublevaron los sajones, movidos de engañosas

esperanzas de conquistas y de su antiguo rencor contra la familia de los Pipinos. Su primer acto de venganza fue atroz: despues de haber procurado asesinar á san Libuanio, que les predicaba el Evangelio, y que se libertó de su furia ocultado por uno de los gefes, degollaron á todos los sajones convertidos por este anciano, y quemaron la iglesia de Deventer, que se acababa de construir. Despues se negaron á pagar el tributo acostumbrado; entraron con armas en el territorio franco, esparciendo por todas partes el incendio, el estrago, la muerte y el terror. Carlos, vencedor de Aquitánia, y rey de toda Francia, por la muerte de su hermano, convocó un parlamento en Wormes. Allí los francos reunidos juran vengar su patria invadida, su religion ultrajada y su príncipe injuriado. Los condes, los duques, los patronos de las iglesias concurren de todas las provincias con un gran número de guerreros, animados por los dos afectos comunes del siglo; pues entonces con estas dos palabras, *conversion* y *conquista*, habia seguridad de poner sobre las armas toda la nacion. Carlomagno, puesto al frente de su ejército, aterró al enemigo, antes de herirle, con la rapidez de su marcha: le dispersó, le arrojó de la frontera, y le persiguió hasta la fortaleza de Eresbourg, centro principal

de las fuerzas y de la religion de los bárbaros.

Los sajones le opusieron allí resistencia ostinada. El ejército franco estuvo á pique de perecer antes de combatir: fatigado por una larga marcha, debilitado por la sed, y sin hallar fuentes ni arroyos, no podia ya sostener el peso de las armas; cuando estalló una tempestad repentina, y un torrente, que el dia antes estaba seco, se llenó y restituyó á los franceses la esperanza y el vigor. Atribuyeron aquel fenómeno estraordinario á milagro de la proteccion divina, y lo creyeron presagio seguro de la victoria. Se arrojaron impetuosamente contra los bárbaros: estos se resistieron maravillosamente, animados por el ódio á los francos y el amor de la independencia. La batalla fue ostinada, sangrienta, y quedó mucho tiempo indecisa. En fin, el valor, dirigido por la disciplina, triunfó del ímpetu ciego de los bárbaros. Los franceses vencieron; se apoderaron de Eresburg, y plantaron la señal de la rendencion sobre las ruinas del ídolo de Herman. A esta batalla se dió el nombre de *batalla del Torrente;* y se consagró su memoria con una medalla, en la cual se veía un trofeo plantado en frente de un torrente con esta inscripcion: *saxonibus ad torrentem devictis.* Los sajones consternados se sometieron, pi-

dieron la paz, pagaron el tributo, y dieron rehenes. Carlos volvió triunfante á la patria, cuya tranquilidad interior quedó asegurada para lo sucesivo; pero quizá le costó demasiado cara por las espediciones contínuas á paises remotos que tuvieron que hacer los franceses sin intermision durante cuarenta y siete años, impelidos por el genio infatigable de su rey. El ídolo sajon que derribó Carlomagno, era, segun los autores romanos, el de Marte ó el de Mercurio. Otros, con mas fundamento, creen que representaba á Arminio, héroe de Germánia, y vencedor de las legiones de los césares, divinizado por la gratitud y el espíritu de independencia. Esta opinion es mas probable, porque *Arminio* es palabra germánica, alterada y latinizada segun la costumbre de los romanos: la palabra tudesca es *Herman*, que quiere decir hombre de armas ó guerrero; así como *Irmensul* es corrupcion de *Herman-saule*, ó columna de Herman. El nombre de *Eresbourg* procede de las palabras *Ehre*, honor, y *bourg*, ciudad, ó *berg*, montaña: y quiere decir ciudad ó montaña de honor. Carlos hizo desmantelar á Eresbourg, y la despojó de las grandes riquezas que estaban allí amontonadas por las contínuas rapiñas é invasiones de muchos siglos.

Conquista de Lombardía (774). Mien-

tras que el nombre de Carlos se hacia célebre con triunfos tan rápidos y brillantes, su reino se engrandecia y su poder se consolidaba: el pontífice, desengañado tarde de los designios del rey de Lombardía, imploraba contra él los socorros de Francia. Carlos parecia poco sensible á las quejas de Roma, que le habia irritado maltratando á los enviados franceses, y que se habia puesto ella misma á merced del rey de los lombardos por su ciega credulidad. Por otra parte, los francos no estamban muy dispuestos á emprender una guerra, de la cual no preveían ninguna utilidad para ellos mismos. Este era el estado de las cosas, cuando murió Esteban, y le sucedió en la cátedra de san Pedro Adriano I, pontífice hábil, que por su talento y firmeza mereció el aprecio y la amistad de Carlomano. Desiderio, conociendo mal el carácter del nuevo papa, creyó poderle engañar tan facilmente como á su predecesor; y cuando Adriano le instó á que le cediese las plazas de Faenza, Ferrara y Comaquio, y desistiese de sus correrías y estragos en el exarcado, convidó al pontífice á una conferencia. Paulo Affiarte, que habia sido camarero de la santa Sede, y estaba vendido á Desiderio, habia formado el designio de poner al papa en sus manos: descubierta la trama, fue preso y condenado á muerte. En-

tonces Desiderio, quitándose la máscara, empleó la fuerza en lugar de la astucia; manifestó á las claras su envidia contra Carlomagno, y resolvió vengar el repudio de su hija Hermangarda. Entró en Umbria al frente de su ejército, amenazó á Roma, y al mismo tiempo ofreció á Adriano la paz y la restitucion del exarcado, á condicion de que coronase y consagrase por reyes de Francia á los hijos de Carlomano, que estaban con su madre en el campamento lombardo. Así, con una estraña contradicion, que solo puede esplicarse por la lucha del principio de la fuerza con el religioso, al mismo tiempo que los reyes, humillándose á los pies de los pontífices, reconocian en ellos la facultad de disponer de las coronas, los amenazaban é insultaban y les movian guerra: y mezclando estravagantemente la ofensa y la súplica, se arrodillaban ante la santa Sede y la injuriaban. Adriano no era de estos hombres vulgares que solo miran al peligro presente: mirando en los lombardos enemigos tan implacables como pérfidos, y en Carlos el único protector en que pudiese confiar, cerró sus puertas, defendió sus murallas, desechó las ofertas del rey de Lombardía y despreció sus amenazas: al mismo tiempo encargó á uno de sus mas fieles sirvientes que llevase sus pliegos á Carlos. El enviado del papa,

embarcándose con prontitud; llegó á Francia, halló al rey en Thionville, y le informó de las empresas de Desiderio, que intentaba someter á Roma, é introducir en Francia las semillas de la guerra civil.

Carlos reunió al momento los grandes y el pueblo en Ginebra: escitó la altivez de los francos contra la audacia del rey de los lombardos, que pretendia usurpar sus derechos y disponer de su corona. La junta tomó parte en su resentimiento. El rey dividió su ejército en dos cuerpos; se dirigió con el uno á Mons Cenis, y dió el mando del otro al duque Bernardo, hijo natural de Carlos Martel, que tomó el camino de Mont Joux. Al mismo tiempo, conociendo la repugnancia de la mayor parte de los señores á las guerras de Italia, emprendió antes de pelear el medio de las negociaciones; envió embajadores al pontífice para darle confianza y á Desiderio para exortarle á la paz, y aun ofreció pagarle 14,000 sueldos de oro si dejaba las hostilidades y restituía á los romanos el patrimonio de San Pedro. Desiderio, creyendo sin duda que esta moderacion y estas ofertas eran hijas del temor que inspiraban á Carlos sus armas, y el partido poderoso de Carlomano, respondió con altivez que nada restituiría, y que si le declaraba la guerra estaba pronto á sostenerla. Al mismo tiempo

apresuró su marcha contra Roma. Adriano, sin intimidarse, opuso á sus armas los rayos de la Iglesia. Los obispos de Albano, Palestrina y Tivoli llevaron de orden suya al campamento de Desiderio la bula de su escomunion. El rey de los lombardos, sorprendido y asustado, se detiene en Viterbo, y parece que se le cae la espada delante de la cruz.

Mientras que pierde, vacilando, el único momento en que era posible conquistar á Roma, supo que los franceses, irritados de su altanería, le habian declarado guerra, y que sus huestes belicosas ocupaban ya la cima de los Alpes. Acudió para defender los desfiladeros; pero en vano. Cuando daba á sus tropas la órden de defender el valle de Aoste, los lombardos, viéndose ya rodeados por un cuerpo frances, sobrecogidos de un terror pánico, no dejaron á su rey mas recurso que encerrarse en Pavía, donde llevó consigó á Hunoldo, el que habia sido duque de Aquitánia. Adalgiso, hijo de Desiderio, se hizo fuerte en Verona con los hijos de Carlomano, Gerberga su madre, Autarico su ayo, y algunos señores austrasios, fieles al infortunio. Carlos avanzó rápidamente sin hallar obstáculo; sitió á Pavía y á Werona; y fuese por ahorrar sangre francesa, ó porque los francos carecian entonces de máquinas de guerra y eran ignorantes en el arte de los sitios, se contentó

con bloquear estrechamente las dos plazas con parte de su ejército: con el resto se hizo dueño de la provincia de Milán, y en seguida de toda Italia, escepto Nápoles y Calabria, que estaba en poder de los griegos. Se puede juzgar á qué grado de decadencia habia llegado el poder de los lombardos, pues bastó al rey de Francia presentarse para ahuyentarlos y quitarles toda esperanza y deseo de defensa. Á la vista de los francos huyen los conquistadores de Italia: sus armas caen, sus puertas se abren, sus ciudades se entregan, y sus pueblos se someten. Carlomagno, seguro de hacerse dueño por hambre de las dos solas ciudades que le resistian, no esperó á su rendicion, y quiso gozar del triunfo antes de la victoria. Deseando añadir á sus títulos de patricio y exarca el poder que tenian en otro tiempo estas dignidades, atravesó la Toscana, y entró el 1.º de abril de 774 en la ciudad de Roma, que le recibió como libertador. Esta entrada solemne del primer rey de los francos, que llevó sus armas al Tiber, tuvo todo el esplendor que los antiguos romanos decretaron para los triunfos de los Camilos, Césares, Constantinos y Teodosios. Los senadores, los patricios, el clero y todo el pueblo, salieron á recibirle, precedidos de la cruz, y llevando en sus manos ramos de olivas. El aire resonaba con los acentos de la

muchedumbre, que cantaba estas palabras: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* Al ver la cruz, Carlos se apeó del caballo, y continuó su marcha á pie hasta la basílica de san Pedro, en cuyas gradas le esperaba el pontífice. Entrambos hicieron oracion en el sepulcro de los apóstoles, y se juraron eterna amistad. Los señores franceses y romanos repitieron este juramento. El bibliotecario Anastasio y el cardenal Baronio atribuyen los actos de devocion de Carlomagno, y su deferencia al papa, á testimonios de vasallage hácia la santa Sede: pero los anales de Metz, y los historiadores franceses de esta época, hablan de un modo contrario á la supremacía temporal de Roma. Las medallas que se acuñaron en esta ocasion, los edictos que se promulgaron, la autoridad que Carlos ejerció en la ciudad, el juicio del papa Leon que compareció ante su tribunal, y las promesas de fidelidad de los pontífices que se hallan en sus cartas, conservadas en el *Códice Carolino*, prueban que el rey de Francia fue entonces verdadero soberano de Italia. Todo el tiempo que estuvo en la ciudad de los césares se empleó en fiestas religiosas y públicas, en que los romanos celebraban la independencia que habian conseguido bajo los auspicios de la religion y con el ausilio de los francos. Parece cierto que en esta ocasion confirmó Car-

lomagño la donacion hecha por Pipino á la santa Sede, y que hizo signar el acta por los señores franceses de su comitiva. Segun las cartas de Adriano, esta donacion comprendia á Ravena, la Pentápolis, la Sabinia, Terracina, Espoleto, Benevento, la Marca de Ancona, Ferrara, Bolonia, y algunas tierras en Córcega, Toscana é Istria. Si se ha de creer al bibliotecario Anastasio, fueron cedidas toda la Córcega é Istria, Venecia, Parma, Mántua y Reggio. Pero el acta de esta donacion no se publicó nunca. Durante el reinado de Carlos solo gozaron los sumos pontífices el dominio útil de estas tierras, cuya soberanía quedó reservada al rey. Carlos, habiendo llenado así las miras de su política y de su piedad, volvió al campamento de Pavía. Los habitantes de esta ciudad, sin esperanzas de socorro, y cansados del largo cerco, mataron á Huneldo, cuya ostinacion prolongaba la resistencia del rey, y obligaron á Desiderio á capitular. El vencedor no le concedió mas que la vida, esperanza del cobarde destronado, y suplicio del valiente vencido. El rey cautivo terminó sus tristes dias en la oscuridad del claustro de Corbie. Adalgiso, su hijo, huyó de Verona; burlando la vigilancia de los sitiadores, buscó asilo en Constantinopla. El emperador le nombró patricio y le prometió venganza y proteccion. Verona,

abandonada por su príncipe, abrió las puertas á los franceses, y entregó en manos de Carlos á Gerberga, á sus hijos, y á los señores de su partido. Créese que fueron encerrados en diferentes monasterios. La duda que hay acerca de la suerte de los hijos de Carlomano es un borron que deslustra la gloria de Carlos. Este príncipe derribó con la toma de Pavía el reino lombardo, que habia durado doscientos seis años desde la conquista de Alboino. La nacion se consoló de haber perdido su rey, porque Carlos no hizo mudanza alguna en sus leyes. Dueño del Piamonte, Montferràto, Génova, Parma, Módena, Milán, Toscana, Brescia, Verona y el Friul, puso en estas provincias gobernadores lombardos, temiendo sin duda mover sediciones en los pueblos si los sometia ó los reunia á los francos; y aun quiso que la Lombardía continuase formando, bajo su cetro, un reino separado: por lo cual tomó el título de rey de los Lombardos. Este hecho se prueba con medallas, que en un lado tienen la efigie de Carlos, con esta inscripcion: *Dominus noster Karolus imperator, augustus rex francorum et longobardorum*: y en el otro un templo y una cruz con este mote: *Christiano religio.* Otra medalla se acuñó para perpetuar la memoria de la toma de Verona con esta inscripcion: *Verona rendida, los lombardos recibidos á prestar fé y homenage*

por la clemencia del príncipe: y en el reverso habia una muger arrodillada, que entregaba las llaves al rey. El papa, restituidas sus posesiones por la victoria y munificencia de Carlos, le regaló varios objetos preciosos, entre ellos una coleccion de cánones, precedida de cuarenta y cinco versos acrósticos, cuyas primeras letras componian estas palabras: *Domino excellentissimo filio Karolo magno regi Adrianus papa.*

Una medalla conservó la memoria de su conferencia y juramentos. Representaba al papa y al rey con los evangelios en la mano, con este evergo: *Tecum sicut cum Petro; tecum sicut cum Gallia*: y alrededor, *sacrum foedus.* El conquistador de Italia no pudo gozar mucho tiempo los homenages de sus nuevos vasallos. El estruendo de las armas sajonas, que resonaba de nuevo en el Rin, le obligó á pasar aceleradamente los Alpes.

Guerras de Vitikindo y del Friul (776). Vitikindo, creyendo que la guerra de Italia ocuparía mas tiempo las armas de los francos, estendió por los bosques de Sajonia el grito de venganza y libertad. A la voz de este guerrero, el mas hábil y valiente de los caudillos de aquella nacion, se reunió y armó, olvidó su derrota, soñó en la victoria, arrojó á los franceses de sus fortalezas, recobró á Eresburg, levantó el ídolo de Herman, y le

sacrificó prisioneros cristianos. Vitikindo, gefe de los angrios, fue elegido general por todas las tribus sajonas: las ordenó y animó, y marchó con ellas hácia el Rin. Entretanto Carlos, á quien creía detenido aun en Italia, estaba ya en Austrasia. Convocó un parlamento en Duren, y los francos, reunidos con armas en el campo de Mayo, juraron castigar la perfidia de los sajones y hacerles guerra de esterminio. Al punto pasan el Rin con rapidez muchas columnas francesas: sorprenden al enemigo, entretenido en el saqueo, y que halla de improviso la guerra. Los sajones huyen dispersos: los francos recobran y fortifican á Eresburg. Carlos persiguió á los vencidos hasta el Weser, en donde encuentra al valeroso Vitikindo que los reune y se prepara á disputarle el paso del rio. No habia en Sajonia fábricas de armas. Estos guerreros, medios salvages, peleaban casi desnudos con la pica y hacha: cubrian su cabeza con un bonete de cuero: un débil escudo de mimbres, revestido de piel, era la única defensa de sus cuerpos, adornados mas bien que cubiertos con los despojos de las fieras. Así, los caudillos que podian conquistar ó comprar algunos petos, que se ponian debajo del vestido de pieles, eran creidos por el pueblo invulnerables y favorecidos por los dioses ó las hadas. Los franceses, acostumbrados á la disciplina, y formados en compañías y escua-

drones, oponian el arte regular á la furia ciega; y sin embargo, á pesar de la desigualdad de armas y táctica, el ostinado valor delos sajones y su amor á la independencia, hicieron que la batalla del Weser fuese larga, y algun tiempo indecisa. Cubrieron con sus muertos las orillas del rio antes de abandonarlas. Carlos, no queriendo dejarles esperanza de rehacerse, los persiguió largo trecho mas allá del Weser con parte de su ejército: lo restante se quedó acampado en el sitio mismo de la batalla. El rey, tan precavido como político, lo habia dispuesto así para que ningun cuerpo enemigo pudiese cortarle la retirada. El suceso justificó pronto su prevision: un gran número de sajones, dispersos en los bosques, se reunen por la noche, se acercan á los reales franceses, se mezclan con los forrageadores que encuentran, y á favor de la oscuridad penetran con ellos en los atrincheramientos. Las legiones francesas, sorprendidas y rodeadas por una multitud de bárbaros, ven sus tiendas entregadas al fuego: muchos guerreros son degollados antes de que pudiesen tomar las armas. La oscuridad, el ruido de las espadas, los lamentos de los heridos, los gritos de furor de los asaltadores, horriblemente repetidos por los ecos de las montañas, parecian renovar la escena sangrienta de las legiones de Varo, esterminadas antiguamente en aquellos

parages. Sin embargo, los generales franceses, habiendo reunido en la estremidad del campamento todos los soldados que habian podido tomar las armas, estrechan sus filas, hacen frente por todas partes, venden caras las vidas, reciben, y dan la muerte. Su indomable denuedo sobrevive á la esperanza: solo pelean ya para retardar su derrota, y perecer con mas honor; y sino pueden triunfar de la furia de los sajones, la amortiguan por lo menos. Pasan las horas: Carlos llega, reanima la esperanza de los vencidos, espanta á los vencedores, los acosa, los hiere, los ahuyenta, y libra en fin su ejército. Las tribus sajonas, desalentadas por tantos reveses, pidieron la paz. Los francos, reunidos, desecharon sus ruegos, determinados á pelear hasta la muerte contra un pueblo feroz que no creían posible vencer sino degollándolo. Pero habiéndoles dicho Carlos que una nueva tempestad formada en Italia llamaba otra vez sus armas al otro lado de los Alpes, suspendieron su enojo, y consintieron en el tratado. El rey de los francos, superior á los hombres de su siglo, habia querido ganar con la suavidad á los lombardos, sometidos á sus armas, y fundar su autoridad, no en el temor, sino en el afecto de los pueblos: y así les habia dejado sus leyes, costumbres, bienes, gobierno, y aun sus duques; y solo

en Pavía puso guarnicion francesa. Los lombardos le habian visto marchar entre ellos sin guardias y sin desconfianza. En fin, para lisongear la vanidad de la nacion vencida, tomó el título de *rey de los lombardos*, y ciñó sus sienes con la antigua corona de hierro, depositada en Monza, castillo cercano á Milán, y que segun la antigua tradicion, habia regalado al rey Agilulfo su esposa Teodolinda.

Pero apenas se alejó Carlos de Italia, se manifestó el descontento en todas las provincias. Los duques del Friul y de Espoleto, y los señores lombardos, escitados por los emisarios de Adalgiso, hijo de Desiderio, se coligaron y sublevaron los pueblos, prometiéndoles el ausilio de un ejército que enviaría el emperador de Constantinopla. Solo Roma permanecia fiel en Italia, y aun se puede decir sometida; porque las ideas de independencia temporal eran todavía nuevas para la santa Sede; la cual solo exigía entonces las rentas necesarias para el esplendor del culto divino. Despues adquirió el poder soberano, cuando desterrada de Italia la autoridad de los Carlovingios, fue menester evitar los horrores de la guerra interior, remediar los desórdenes de la cristiandad, y libertar á Roma de los sarracenos de Africa. El papa Adriano escribia á Carlos que desde su salida de Roma, el pue-

blo y él no cesaban de rogar á Dios á favor suyo: "créeme, le decia, gran monarca, rey cristianísimo, bueno y escelente hijo: cree que mientras, segun tu promesa, permanezcas fiel al amor del príncipe de los apóstoles, Dios Omnipotente te concederá victorias, no interrumpidas, y triunfos sin término." Informaba tambien al rey de los progresos de la alianza griega y lombarda. Carlos desvarató esta trama con su celeridad, cuando apenas estaba urdida. Se arrojó como un rayo sobre el Friul; y el duque rebelde, Ratgardo, fue preso, juzgado y degollado. El rey celebró las fiestas de pascuas en Treviso: su pronta aparicion en Italia obligó á los rebeldes á someterse, perdiendo con la esperanza el ánimo. Los duques lombardos, teniéndose por muy felices en lograr su perdon, fueron reemplazados por duques franceses: los de Espoleto y Benevento conservaron sus ducados, y juraron obediencia y fidelidad. El obispo de Ravena habia tenido parte en la rebelion: fue preso, y no recobró su libertad sino por la intercesion del pontífice, de cuya autoridad se burlaba poco antes. Paulo Diácono, historiador estimado en aquel tiempo, y que habia sido secretario del rey Desiderio, fue arrestado tambien como cómplice en la insurreccion de los gefes lombardos. Compareció delante de Carlos; y como este le reprendiese su rebe-

lion, el animoso escritor le dijo: "las obligaciones no se mudan al arbitrio de la fortuna. Desiderio es mi príncipe, y yo le soy fiel." El rey, enojado, y cediendo á la ferocidad de los francos, que su genio y razon á penas bastaban á reprimir, mandó, segun cuentan, en el primer movimiento de su ira que le cortasen las manos: pero revocando al instante aquella órden bárbara, esclamó: "¿dónde hallaremos un historiador tan hábil, si el hierro cortase la mano del que ha escrito tantas obras admirables?" Paulo Diácono no sufrió mas castigo que el de destierro. Carlomagno procuró en lo sucesivo ganar su afecto. Paulo se retiró á la corte del duque de Benevento, yerno de Desiderio, y acabó su vida siendo monge en la abadía de Monte Casino. Sometida enteramente Italia, Carlos volvió á pasar los Alpes con la misma celeridad, para marchar otra vez contra los sajones, rebelados de nuevo. Su presencia inopinada les atemorizó; y despues de corta resistencia pidieron y lograron la paz.

Si estos hechos no fuesen atestiguados positivamente por todos los autores contemporáneos, no sería posible creer que Carlos haya podido en cuatro meses comenzar y terminar dos campañas tan gloriosas en paises tan distantes. Pocos viages se han hecho tan rápidos como sus conquistas: la pluma del

historiador imita apenas la rapidez de la espada de Carlos, y parece faltar á la verisimilitud contando la verdad. Es probable que no fuesen unas mismas tropas las que dirigía, en tan poco tiempo del Mosa á los Pirineos de Germánia, y las orillas del Rin á las del Tiber. Debe creerse que los condes y duques de las provincias cercanas á los lugares donde el rey pensaba guerrear, reunian en sus fronteras los soldados que se destinaban á aquella lid. Se sabe que cuando se publicaba el *bando de guerra*, cada leude ó señor estaba obligado á marchar: los hombres libres debian dar un soldado por cada tres hogares: á unos se mandaba venir con peto, lanza y espada; á otros con arco y determinado número de flechas. Todos los propietarios enviaban al lugar de la reunion, proporcionalmente á sus rentas, cierta cantidad de caballos, carros y granos. A pesar de todas estas providencias, cuya ejecucion era segura, atendida la firmeza del rey, no es posible esplicar cómo en un estado tan grande, sin servicio arreglado de postas, sin caminos bien construidos, podian transportarse con tanta celeridad Carlos y los grandes y principales dignatarios que le acompañaban de una estremidad de Europa á otra. Es verdad tambien que estos gastos para el viage de los reyes eran la única contribucion á que estaba sometida hasta enton-

ces la independencia de los francos. Pero con tales medios, retardados muchas veces por la avaricia, ó negados por la rebelion, ningun príncipe que no fuese él, habria podido reunir y dirigir sus ejércitos sino con lentitud. Los de Carlos aparecian y volaban á su voz; su genio les prestaba alas. Carlomagno conocia harto bien la turbulencia de los sajones para descuidarse fiado en sus juramentos. Habiendo pasado el invierno en su palacio de Heristal, convocó el campo de Mayo en Paderborn, ciudad de Germánia: todos los nobles sajones concurrieron á él, escepto Vitikindo, que, constante en su ódio, fiel á la independencia, rebelde á la fuerza, luchando contra la fortuna, é indignado de la cobardía de su pueblo, se retiró á Dinamarca, alimentando en los desiertos de Escandinavia su ardiente sed de guerra y venganza.

Espedicion de Carlomagno á España: batalla de Roncesvalles (778). Carlomagno recibió en Paderborn el homenage de un emir sarraceno, rebelado contra el califa de Córdoba: llamábase Ybanalarabi; imploraba la proteccion de Francia, y ofrecia á Carlos someterle una parte de Aragon y Cataluña. El monarca de los francos, ya por el deseo de aumentar sus dominios, ya por el de enflaquecer, dividiendolos, á aquellos terribles sarracenos, que su abuelo no pudo vencer sino en

el centro de la patria asolada, aceptó las proposiciones de alianza del infiel; y dejando á sus generales el cuidado de contener los sajones, pasó á Aquitánia, juntó tropas, dividió su ejército en dos columnas, atravesó al frente de la una los Pirineos hácia la parte de Navarra, que habia implorado su auxilio contra los moros, y mandó á la otra que penetrase en España por el Rosellon. Los sarracenos, vencidos en muchos combates, huyeron. Dejó guarnicion en Pamplona, Zaragoza, Barcelona y Gerona, y habiendo sometido los paises que median entre los Pirineos y el Ebro, volvió á Francia cubierto de gloria con un rico botin, y llevando en su comitiva numerosos rehenes. La fortuna, hasta entonces tan favorable, le abandonó por algunos momentos, y sufrió un gran reves, no tanto por el valor de sus enemigos, como por la traicion de sus vasallos.

El rey habia entrado en Francia: su retaguardia atravesaba las montañas. Lupo, duque de Gascuña, habia puesto en emboscada junto á las gargantas un gran número de soldados. Las tropas francesas, que iban pasando por la profundidad de Roncesvalles, fueron acometidas de repente por todas partes: las montañas de alrededor estaban cubiertas de enemigos que lanzaban dardos, y hacian rodar enormes peñascos sobre los franceses.

En vano opusieron á este peligro inevitable el valor mas intrépido: todos fueron hechos pedazos, no habiendo querido ninguno rendirse. Roldan, el héroe de los franceses en esta época, segun las novelas, y el menos conocido en la historia, sobrino de Carlomagno, é hijo de Milon, conde de Angers, pereció en esta jornada calamitosa. Para conservar la memoria de este suceso se construyó en aquel sitió sobre los huesos amontonados de los guerreros una capilla, en la cual habia una inscripcion con los nombres de Tierry de Ardennes, Rioles de Mas, Gui de Borgoña, Oliveros y Roldan. En 1707 se publicó una relacion de las antigüedades de aquel país, y en ella la descripcion de dicha capilla, cercana al monasterio de Roncesvalles. Añade que habia pintado al fresco un combate, y que de diez siglos á esta parte se ha conservado la costumbre de no enterrar en la capilla mas que franceses. ¿Por qué los castellanos y leoneses, aliados entonces de Francia, enemigos de los sarracenos, y sobre todo, muy lejanos del teatro de la batalla, se han atribuido durante muchos siglos la gloria de haber triunfado en aquellos desfiladeros del ejército de Carlomagno y de sus doces pares? Sin duda esta tradicion se arraigó en España, propagada por las canciones populares, habiéndola tomado de los libros de caballerías,

escritos en Italía y Francia. Lo cierto es que de todos los pueblos que en el dia componen la monarquía española, solo los navarros ausiliaron en esta sorpresa al duque de Gascuña, irritados con los franceses, porque en lugar de ausiliares afectaban el orgullo y la tiranía de señores. Eginardo, el mas fidedigno de los historiadores de este tiempo, no dá mas detalles acerca del combate de Roncesvalles: solo añade que Eghart, maestre sala del rey Anselmo, conde del palacio, y Roldan, prefecto de la frontera de Bretaña, perecieron con otros muchos en el campo de batalla. "La venganza, dice, no pudo ser pronta, porque despues de la accion se dispersaron los agresores por no ser conocidos." Atribuye la derrota á la dificultad de los lugares, á la desigualdad del terreno, á la densidad de los bosques, á la pesadez de las armas de los franceses, y á la levedad de las que llevaban los gascones. No hablaremos de la narracion del arzobispo Turpin, que es una novela desatinada. Solamente en los siglos de ignorancia pudo darse crédito á semejantes consejas, á los desafios de diez contra diez, y treinta contra treinta, y á los diálogos entre Carlomagno y los gefes sarracenos. No puede dudarse que Carlomagno conquistó una parte de España, hizo acuñar una medalla en memoria de su entrada en Pamplona, y restituyó

sus posesiones á todos los emires aliados que despues fueron los vasallos mas fieles de su imperio. Los cristianos que habitaban en España hasta el Ebro, le debieron verse libres del tributo que pagaban á los mahometanos; y esta gloria, que alejaba de las fronteras de Francia las temibles fuerzas de los sarracenos, solo le costó los bagages y guerreros de su retaguardia, sorprendidos en Roncesvalles.

El rey, estando ya de vuelta en sus estados, descubrió la traicion del duque de Gascuña, y le hizo prender, juzgar y ahorcar. Despues de este acto de justicia calmó su ira, y dejó algunos territorios á su hijo. Pero deseando precaverse contra los peligros de semejantes conjuraciones, confió el gobierno de Aquitánia á muchos condes franceses; y nombró á Humberto conde de Bourges, á Abon, de Poitiers; á Vibada, de Perigueux; á Ithier, de Auvernia; á Bulo, de Velay; á Corson, de Tolosa; á Seguin, de Burdeos; á Aymon, de Alby; á Rugero, de Limoges. En fin, despues de haber asegurado la tranquilidad del mediodia distribuyendo muchos beneficios á los leudes mas afectos, volvió á las orillas del Rin, donde le esperaban otros trabajos y otros peligros.

Batalla del Lipa (780). Vitikindo, aprovechándose de la lejanía del rey, y creyendo que los sarracenos le detendrian por mucho

tiempo al otro lado del Pirineo, bajó del norte inflamado en ira y deseo de venganza; é inspiró de nuevo á los sajones su amor á la guerra y á la libertad. A su voz se avergüenzan de su quietud, renuncian á sus juramentos, vuelven á levantar sus ídolos, corren á tomar las armas, derriban la cruz, destruyen las iglesias, arrojan las guarniciones francas, penetran en gran número en el territorio enemigo, y llevan el hierro y la llama á la ribera del Rin, amenazando á Maguncia y Colonia su total ruina. Cuatro columnas francesas, enviadas por Carlos, detuvieron pronto este torrente devastador. Despues de muchos combates sangrientos, y victorias ostinadamente disputadas, aquellas columnas procuraron en vano llevar el terror al suelo de Sajonia: el número y valor de los bárbaros resistian á su táctica y á su denuedo. En fin, Carlos, llegó y fijó la victoria. Vitikindo le dió batalla en las orillas del Lipa. El héroe sajon hizo todos los esfuerzos que la furia puede oponer al genio: pero despues de haber visto morir á su lado á los mas intrépidos compañeros, cedió, se retiró, y buscó asilo de nuevo en Dinamarca. Carlos corrió toda la Sajonia, y la devastó: permaneció en ella hasta fines del año 780, tratando á los enemigos rendidos, no como á vencidos, sino como á traidores, delincuentes y apóstatas.

Enagenado de ira, se mostró en sus venganzas tan bárbaro como la nacion selvática que deseaba someter. Hasta entonces su celo religioso habia convidado á los sajones á mudar de creencia: en lo sucesivo no aconsejó, sino mandó que se bautizasen, contra los principios del evangelio y cánones de la iglesia, é imitando el fanatismo de los musulmanes que propagaban su religion por medio de la espada. Estremecen en sus capitulares las disposiciones crueles que condenan á muerte, tanto al que haya asesinado un sacerdote, como al que haya quebrantado el ayuno ó la abstinencia en la cuaresma. La apostasía, no querer bautizarse, la falsa declaracion de una conversion forzada, eran igualmente castigados con pena capital; y para probar estos delitos se empleaban los medios tiránicos del espionage y la delacion. La hechicería era tambien parte de la creencia de aquellos pueblos ignorantes. Todos los sajones, acusados de hechiceros, y reconocidos como tales, fueron declarados siervos de las iglesias. En medio de estos actos feroces, la única ley digna de alabanza fue la que abolió los sacrificios humanos en Sajonia: y ella sola podria disculpar la fiereza de las anteriores: pues manifiesta la necesidad de destruir un culto bárbaro, que derramaba la sangre de los hombres. Al año siguiente estendió el rey sus conquistas

hasta mas allá del Elba, reunió un concilio en Leipsik, fundó el obispado de Osnabruk, comprimió una rebelion de los esclavones y volvió á Francia.

Luis, rey de Aquitánia, y Carlomano, rey de Italia (781). Carlos, creyendo necesaria su presencia en Italia para la tranquilidad de esta provincia, hizo en 781 otro viaje á Roma. Ya el pueblo romano, cansado de las discordias que se movian en las elecciones de los sumos pontífices, de acuerdo con el mismo papa, habia dado á Carlomagno en 775, con el título de patricio, el derecho de nombrar los obispos de Roma: derecho que se redujo despues por la costumbre al de confirmar las elecciones que se hacian en dicha capital. Carlos llevó consigo á dos hijos Carlomano y Luis, que aun eran niños, é hizo que el papa los coronase reyes; al primero de Italia y al segundo de Aquitánia. Carlomano fue tambien bautizado por el sumo pontífice, que le mudó el nombre en el de Pipino. Carlos, el mayor de los hijos del rey, y que debia sucederle, no tuvo ningun reino. En estas disposiciones se vé cuál era el sistema político de Carlomagno. Temiendo, ó debilitar demasiado la monarquía, dividiendo á Francia como sus predecesores, ó arruinarla estendiendo mucho sus límites, hizo de Neustria, Borgoña y Austrasia un solo estado, que era la Francia pro-

piamente dicha, y consideró los paises conquistados; es decir, Italia, Aquitánia y la marca de España, como dos reinos separados, cuya sumision sería mas durable bajo el cetro de los príncipes de su familia que si los gobernase como provincias. Y así lograba á un mismo tiempo lisongear la vanidad de los pueblos vencidos y tener en medio de ellos una autoridad siempre activa y atenta.

Una muger, célebre por su talento y ambicion, y aun mas por sus crímenes, tenia entonces el cetro de Oriente, con mano flaca, pero atrevida, y manchada con la sangre de su esposo y de muchos príncipes de su familia. Irene, mal asegurada en un trono, al cual habia subido por semejantes escalones, buscaba todos los medios de consolidar su poder, ganando á los grandes por su liberalidad, al pueblo gobernándolo con dulzura, y al clero restableciendo el culto de las imágenes. Al mismo tiempo, en vez de imitar la política de sus predecesores, y luchar con armas impotentes contra el genio de Carlomagno, procuró buscar apoyo en su amistad, y le pidió para su hijo Constantino la mano de Rotrudis, princesa de Francia. El rey admitió con placer una proposicion que dividia sus enemigos, y desbarataba, á lo menos por algun tiempo, las intrigas tramadas contra él en la corte de Bizancio con los sajones, bávaros,

lombardos y hunnos, y con los descontentos de Aquitánia, recientemente sometida. Por otra parte, á pesar de tantos siglos de decadencia, el nombre de los césares, y la sombra del imperio, conservaban todavía su prestigio. El mismo Carlomagno, conquistador de Italia, parecia no mandar en ella sino en calidad de patricio: así, el homenage que le tributaba la emperatriz Irene daba nuevo esplendor para los ojos de los pueblos á la grandeza de Carlos. Abatiendo ante su trono el imperio de Oriente, preparaba la opinion general para el vasto designio que meditaba de levantar el trono de Augusto, y fundar el nuevo imperio de Occidente. Aceptó pues la alianza, concluyó el tratado, y firmó el contrato. Rotrudis era todavía niña: Irene envió á Francia al eunuco Eliseo para que le enseñase el griego. La emperatriz, en favor de este casamiento, prometió formalmente abandonar la causa de Adalgiso, hijo de Desiderio, y príncipe de los lombardos. Carlos estaba obligado á pasar alternativamente á Germánia para oponerse á la furia de los sajones, y despues al otro lado de los Alpes para desbaratar las intrigas de los italianos. Apenas brillaba su formidable acero, los conspiradores se ocultaban, los descontentos huían, y los duques de Espoleto y Benevento se sometian. Tambien tenia que examinar las diver-

sas acusaciones que recíprocamente se hacian la corte de Roma por una parte, y por otra los lombardos y griegos. En una carta del papa Adriano á Carlos se lee lo siguiente: "Sabemos que tienes sospecha de que los romanos han vendido cautivos cristianos á la raza infame de los sarracenos. Nunca consentimos una bajeza tan criminal; nunca consentimos un comercio tan vergonzoso. En las costas de Lombardía se ha perpetuado ese delito: los execrables griegos las frecuentan; y allí, comerciando con los lombardos, les compran sus esclavos, y aun sus parientes, para venderlos á los mahometanos. Hemos dado orden al duque Alo de armar bageles y apresar y quemar los navíos griegos; mas él ha despreciado nuestras órdenes; y como no tenemos fuerzas navales, ni marineros, no hemos podido castigar el desorden sino cogiendo los navíos griegos que se hallaban en el puerto de Civita Vequia, y vendiendo las tripulaciones. Es muy cierto que los lombardos han vendido gran número de esclavos, y aun muchos de ellos, obligados por la necesidad, han vendido su libertad propia á cambio de víveres con que sostener su miserable vida. Pero la acusacion dirigida en esta materia contra nuestros sacerdotes es una calumnia horrible, y vuestra Alteza no debe creer que en perjuicio de su salvacion se hayan man-

chado con semejante infamia." Estas acusaciones recíprocas, estas semillas de odio, discordia y anarquía, dieron probablemente motivo á la resolucion de hacer á Lombardía reino separado, y de confiar la suerte de Italia á los ministros y tropas que debian rodear y consolidar el trono de su hijo.

Durante su mansion en Roma hizo conquistas mas útiles para Francia que las estensas provincias de Germania, mas devastadas que sometidas. Se aficionó á los sabios mas célebres de aquel tiempo, se aprovechó de sus consejos, se instruyó con sus lecciones; y volviendo con ellos á Francia, esparció en ella luces que poco á poco disiparon las tinieblas en que estaba sumergida la Europa occidental. Esta claridad, debil entonces, no produjo en los primeros tiempos grande esplendor; pero bastó para ver el abismo de donde era menester salir; y á estos primeros rayos debió la Europa moderna su civilizacion restaurada. Pedro de Pisa enseñó á Carlos la gramática y la dialéctica: el famoso Alcuino la retórica, la historia, y la astronomía: este sabio ingles fue alumno de la universidad de Pavía. Teodulfo, visigodo y escritor distinguido, instruyó al rey en las reglas de la poesía y de la música: era el poeta mas correcto y puro de aquel siglo medio bárbaro. En la procesion del domingo de Ramos

canta la Iglesia un himno suyo, que empieza con este verso:

« *Gloria, laus et honor tibi sit, rex Christe Redemptor.* »

En fin, el célebre Eginardo, secretario, canciller é intendente de los edificios de Carlomagno, tuvo parte en los entretenimientos, afanes y progresos de su príncipe; leyó con él los autores antiguos, compuso un resúmen de la historia del rey, y escribió, dictándole Carlos, todas las cartas y preámbulos de leyes, cuya mayor parte, respetada del tiempo, ha llegado hasta nuestros dias. Carlos hablaba con felicidad y aun con cierta elegancia los idiomas griego y latino: compuso una gramática de lengua tudesca, que era entonces la de los francos orientales. Se han conservado de él muchos fragmentos de poesía latina, que no carecen enteramente de dulzura y armonía. Conocía que era preciso que fuese superior á la nacion que deseaba reformar y regenerar; y así como en tiempos posteriores Pedro el Grande corrió la Europa para aprender lo que queria enseñar á sus pueblos, así Carlomagno buscó en las ruinas de la patria de Ciceron, Virgilio, Tácito y Marco Aurelio, la antorcha que debia iluminar á los francos y germanos: y como en su tiempo el sacerdocio era un poder político, procuró instruirse en la teología con el objeto de refor-

mar las costumbres, tanto del clero como de la nacion. Así, el guerrero mas atrevido, el mas rápido conquistador, el mas hábil político de aquellos tiempos, fue tambien el teólogo mas habil, el orador mas elocuente, y uno de los hombres mas sabios de su siglo, y dió motivo á la posteridad para admirar lo que procuró hacer y lo que hizo, atendida la ignorancia general de aquella época, mas bien que para censurar lo que no pudo conseguir.

En todas partes fundó escuelas y academias; é hizo renacer en Europa las ciencias, las artes, la música, la poesía y la arquitectura. El esplendor de su corte, la magnificencia de sus monumentos, elévaron las almas groseras de los pueblos que le obedecian: les dió, por decirlo así, nuevos sentidos, hiriendo sus ojos con un esplendor desconocido. Se puede juzgar de la impresion que producia por los versos que se compusieron entonces á los nuevos y suntuosos edificios construidos en Aix la Chapelle: su sentido es este: "Una segunda Roma, floreciendo nuevamente, levanta en los aires su mole venerable. El piadoso y augusto Carlos, desde lo alto de su palacio, parece tocar á las estrellas: Él anima los trabajos, arregla su distribucion, señala los sitios, y dirige la construccion de las magníficas murallas de la Roma futura." Un manuscrito antiguo de la abadía de San Gall

atribuye estos versos al sabio Alcuino. Es difícil concebir, despues de tantas pruebas, de la superioridad de Carlos sobre los hombres mas instruidos de su siglo como algunos autores modernos, interpretando siniestramente un pasage oscuro de Eginardo, han podido creer y asegurar que aquel gran príncipe no sabia escribir, cuando las espresiones del historiador solo dicen que Carlos nunca pudo tener buena forma de letra, aunque se aplicó á ello con mucha perseverancia." En sus viages, dice Eginardo, ponia siempre las tablillas debajo de la almohada para escribir; pero jamas consiguió formar hermosos caractéres. " Este gran príncipe y sus ministros conocian muy bien los obstáculos que las costumbres y la ignorancia del siglo oponian al cumplimiento de sus nobles deseos. Ni en vuestra mano ni en la mia está, les decia, convertir á Francia en una Atenas cristiana." Carlomagno preferia la literatura sagrada á la profana, como mas propia para destruir la ferocidad de costumbres, que era el principal obstáculo del siglo á la civilizacion; y decia á Rochodo, arzobispo de Treveris, admirador entusiasta de las poesías de Virgilio: " Mejor querria poseer el espíritu de los cuatro evangelios que el de los doce libros de la Eneida." Esto no se oponia á la admiracion que le causaban los soberbios monumentos de Italia: exortaba á

todos sus amigos á que dejasen las tinieblas del norte y fuesen á gozar las bellezas de la antigua patria de las ciencias, letras y artes: " Abandonad, escribia á Alcuino, las paredes ennegrecidas del monasterio de San Martin de Tours, y venid á habitar en los palacios dorados de los romanos." Estas paredes ennegrecidas, le respondió Alcuino, son morada de la paz; y esa opulenta Roma, con sus turbulencias sanguinarias, con sus discordias eternas, recuerda siempre el fratricidio que infamó sus débiles principios." Alcuino era director de la escuela de palacio, que fue la primer academia que se estableció en Francia. Tuvo un sucesor poco digno de él, llamado Clemente Scot. Teodulfo decia de este profesor, "que la letra *c* era un yerro de ortografía en su nombre, y que era menester suprimirla (1)." El rey fundó otras escuelas en París, Corbie, Fenieres, San Dionis, Fontenelle, San German, Auxerre; y en Alemania, en Prom, Fulda y San Gall: Osnabruk poseyó una cátedra de lengua griega: otra se estableció en Italia, en la abadía de Montecasino. Solo en el clero halló hombres capaces de favorecer sus proyectos, y aun estos eran muy raros; su instruccion muy corta, y su in-

(1) Quitada esta letra, el nombre quedaria en *sot*, que en frances quiere decir, zote, necio. (*N. del T.*)

dolencia escesiva: Carlos tenia que estimular su celo incesantemente, como lo prueban sus circulares á los metropolitanos. " Mejor es, les decia, hacer el bien, que conocerle; pero se hace con mas seguridad cuando es conocido. Los soldados de la Iglesia deben ser hombres piadosos y sabios. Ciertamente queremos que seais virtuosos; pero tambien deseamos con ardor que os ejerciteis en hablar bien." La vanidad perezosa de la nobleza jóven, que solo queria distinguirse por las armas, y no deseaba mas que guerra, era tambien contraria á la ejecucion de sus planes. El rey, visitando las nuevas escuelas y los seminarios, conoció que los alumnos ó plebeyos, ó de familias poco distinguidas, eran los únicos que móstraban zelo y actividad; y que en todas clases de estudios eran superiores á los hijos de los leudes y grandes. Animaba á aquellos, prometiéndoles beneficios y obispados; y á los nobles decia: " Confiais en el mérito de vuestros abuelos; pero sabed que ya recibieron su recompensa, y que el estado no debe nada sino á los que adquieren por la instruccion los medios de servirle y honrarle." ¡ Admirable príncipe, bastante grande para hablar de esta manera en aquel siglo! Estos primeros gérmenes de independencia contra la supremacía esclusiva de los grandes, fuente de luces y de emulacion, no fructificaron sino muy tarde

en Europa, aunque Carlos los sembró en la misma academia de su palacio, consagrada al estudio de la gramática, ortografía, retórica, poesía, historia, astronomía, y matemáticas. Era mas semejante al instituto moderno que á la universidad, cuya fundacion atribuyen algunos, sin razones valederas, á Carlomagno. Este príncipe, deseando borrar todas las distinciones de clase entre los académicos, quiso que cada uno escogiese un nombre literario. Engilberto, el mas ingenioso y amable de los grandes de su corte, se llamó Homero: el arzobispo de Maguncia, Dameto: Alcuino, Albino: Eginardo, Caliopo: Adelardo, abad de Corbie, Augustino: Teodulfo, Píndaro: y Carlomagno, David.

El rey no queria que fuese perdida para la instruccion ni aun la hora de comer; y así, se leía en ella la historia Sagrada y profana y las obras de san Agustin. No pudiendo hallar otros monumentos históricos que recordasen las antiguas hazañas de los francos y germanos, mandó hacer una coleccion de sus cantos de guerra, que desgraciadamente se ha perdido: continuacion suya eran las canciones de Roldan y Oliveros. Carlos fue el primero que sometió á principios el dialecto aleman, é hizo de él un idioma regular: queria, contra el uso de su tiempo, redactar en lengua vulgar los himnos, las oraciones y las

leyes; pero el clero se opuso constantemente á esta innovacion, creyendo fundadamente que se degradaría la magestad del culto introduciendo en él un idioma bárbaro é informe. El príncipe no se limitaba á animar á los escritores: él mismo lo era, y compuso un tratado sobre los eclipses, sobre las conjunciones de los astros, y sobre las auroras boreales. Leía con inteligencia á Vitruvio: y así dibujó por su misma mano el plan de la basílica de Aix, la Chapelle. Alcuino decia de él que "era un obispo en la predicacion y un filósofo en las artes liberales." "Este gran príncipe, escribia Teodulfo, exortó siempre los obispos al estudio de la sagrada Escritura, los sacerdotes á la observancia de la disciplina eclesiástica, los monges á la regularidad, los grandes á dar buenos consejos y ejemplos, los jueces á la rectitud, los superiores á la razon, los inferiores á la obediencia, y todos á la virtud y á la concordia, nobles frutos del conocimiento de las obligaciones, derechos y verdaderos intereses de los hombres." ¿Qué no habria hecho este monarca á favor de la civilizacion, sino se hubiese visto obligado á salir con frecuencia del santuario de las leyes y volar á los campos de batalla para reprimir el ódio de los sajones, lombardos y sarracenos, y el espíritu turbulento de los grandes vasallos de Francia?

Batalla del Sontal (782). Tasilon, duque de Baviera, escitado á un mismo tiempo por un orgullo, y por el resentimiento de su muger Luitlerga, hija del rey destronado de Lombardía, habia tenido mucha parte en las tramas urdidas contra Francia por los griegos y los duques de Italia. Pero como estaba unido á Carlos con el vínculo del parentesco, el rey procuraba someterlo sin verse en la precision de castigarlo. Encargó, pues, esta negociacion á dos obispos que el pontífice Adriano envió á Baviera; los cuales recordaron á Tasilon sus deberes, sus juramentos y sus verdaderos intereses, y le demostraron el peligro inminente á que le espondria la guerra contra el formidable monarca de los francos. El temor triunfó por un momento de las pasionnes: el duque prometió que vendria á implorar la clemencia de su tio, y á rendirle homenage, con tal que le diesen rehenes para garantía de su seguridad. Carlos, con mas razon, los exigió para que fuesen fianza de una lealtad tan dudosa. Enviados recíprocamente los rehenes, Tasilon se presentó en la junta de Wormes, hizo nuevo juramento de fidelidad á Carlos, que le perdonó sus intrigas. El rey pasó todo el invierno en Austrasia. Preferia á todos los paises de su dominacion aquella provincia belicosa y afecta á su familia desde un siglo. Allí se encontraba en el centro de sus fuer-

zas, en medio de sus vasallos mas adictos, y dispuesto siempre á comprimir el eterno ódio de los sajones, sus mas implacables enemigos. Bastaba que se presentase, para conservar la tranquilidad en Italia, calmar las agitaciones de Bretaña y de Aquitánia, y para contener á los sarracenos de España. Descuidaba la Neustria, la Borgoña y la ciudad de París, que aunque afectas en otro tiempo á los morovingios, estaban sometidas y tranquilas, y ni eran amadas del rey, ni le causaban inquietudes. En otro tiempo el arma principal de los francos era la infantería; pero mientras mas se enriquecian los leudes, mas numerosa se hizo la caballería por vanidad; y así, la necesidad de buscar forrages retardaba la época de su reunion, y los campos de Marzo fueron campos de Mayo. Esta mudanza en las costumbres militares produjo otra en la legislacion. Los francos, que peleaban á pie, solo estaban armados á la ligera: los guerreros jóvenes eran declarados mayores y ciudanos á la edad de quince años, porque cuando llegaban á ella tenian ya la fuerza necesaria para manejar aquellas armas; pero cuando prevaleció la costumbre de pelear á caballo y llevar armaduras mas pesadas, se fijó á los veinte y un años la época de la mayor edad.

Carlos convocó el campo de Mayo á Lippspring, pueblo situado á orillas del Lipa, mas

bien por prudencia que por necesidad. Los sajones estaban sosegados; pero el rey tuvo por conveniente mostrarse armado en medio de ellos, para quitarles el deseo de rebelarse, que tan frecuentemente les acometia. En este campo recibió los embajadores de los príncipes hunnos y ávaros, y los de Sigefredo, rey de los daneses. Su gloria escitaba á un mismo tiempo respeto y envidia: y su poder, segun la costumbre de todos los siglos, era obsequiado con enhorabuenas, homenages y lisonjas de todos aquellos que meditaban en secreto su ruina. Un gran número de sajones concurrió al campo de Mayo: Carlos oyó sus quejas, y les hizo justicia. Con el designio de consolidar por las leyes la autoridad que solo debia á la victoria, sometió la Sajonia al mismo régimen de administracion que habia en Francia; nombró obispos, condes y jueces para instruir y gobernar aquellos pueblos, y traerlos á la obediencia con el aliciente de los goces, que proporcionan la civilizacion y la propiedad: pero creyendo que podria someterlos separándolos, y ganarlos por interes, cometió el yerro de limitar el derecho de heredar en las familias á los hijos y hermanos, reservándose en los demas casos la facultad de disponer de la herencia á favor del mas digno: "lisongeándose, dice Anquetil, que todos los colaterales se someterian á sus

leyes con la esperanza de lograr propiedades.

El suceso fue contrario á sus designios; y estas disposiciones arbitrarias escitaron el furor de los sajones. "No es posible, decian, aumentar ya nuestra humillacion. Se nos dan como en regalo los despojos de nuestras familias: se nos quiere obligar á recibir, y aun solicitar infamemente las propiedades robadas á nuestros parientes, vecinos y amigos. De este modo el hombre sujeta el caballo, haciéndole un cabestro de sus propias crines." Aquella ley tiránica sembró el ódio y produjo la rebelion. Apenas el rey volvió á Austrasia, los sajones de todos los distritos formaron juntas secretas, en las cuales se escitaban mútuamente á sacudir el yugo de los francos. Vitikindo acude aceleradamente de Dinamarca, inflama su ira, anima su esperanza, los llama á las armas, y les promete el socorro de los esclavones, que no tardaron en entrar á sangre y fuego por las fronteras de Turingia. Carlos, sabedor de esta sublevacion, vuelve á juntar las tropas que habia licenciado, y las divide en dos cuerpos: el uno á las órdenes del condestable Geilon, del camarero mayor Adelgiso y de Vorades, conde de palacio, marchó contra los esclavones; y despues de derrotarlos, debia reunirse con el otro cuerpo, mandado por el conde Teudorico, compañero de armas y pariente del rey, para

atacar á Vitikindo. Las órdenes de Carlos fueron mal ejecutadas: los tres generales de palacio, envidiosos de Teudorico, y queriendo quitarle la gloria de esta espedicion, se ensoberbecieron con la facil victoria que lograron de los esclavones, que huyeron apenas se acercaron los francos: y en lugar de pasar el Weser para reunirse con Teudorico, marcharon solos contra los sajones que ocupaban una escelente posicion en el monte Sontal: y así, cuando pensaban ir á un triunfo cierto, hallaron su estrago. Vitikindo los observaba; y mientras en columna cerrada acometen furiosamente el centro de los enemigos que resisten con intrepidez, el héroe sajon, aprovechándose de la superioridad del número, los rodea: los francos, asaltados por todas partes, venden cara la victoria; pero su valor, aunque honró el desastre, no lo hizo menor; pues casi todos perecieron. Los tres generales, cuatro condes, y los mas intrépidos guerreros, quedaron en el campo de batalla. Un corto número, abriéndose paso con las espadas, se arrojaron al rio, le pasaron á nado, y anunciaron al conde Teuderico que los enemigos venian sobre él. El general frances, tan prudente como valeroso, no quiso arriesgar un combate desigual: retiróse con órden, y rechazando siempre á los contrarios. Vitikindo gozó poco tiempo de su triunfo: era facil incitar los sa-

jones á la pelea, pero imposible disciplinarlos y gobernarlos; y así el ejército victorioso se disolvió. Carlos reunió el suyo antes del fin del estío: volvió á entrar en Sajonia y la aterró con su nombre. Vitikindo no pudo reunir tropas suficientes para hacer resistencia eficaz; é irritado, y digno de mejor suerte, se refugió en Jatlandia. Los caudillos de las tribus sajonas vinieron á pedir á Carlos el perdon de haber vencido; y llevaron la cobardía hasta tal punto, que echaron á Vitikindo toda la culpa de la gloria que habian adquirido y de su sublevacion. Carlos, despreciando sus disculpas, é inflexible con los rebeldes, exigió que le entregasen los mas valientes de los que habian tomado las armas. Los caudillos sajones, justificando con su vileza su desgracia y la de su patria, obedecieron á este orden bárbaro, y entregaron en las orillas del Aller cuatromil quinientos guerreros, á quienes el despiadado Carlos hizo degollar. Despues de esta horrible escena, confiando á sus generales el encargo de aterrar las reliquias del pueblo vencido, volvió á Francia á celebrar la fiesta de pascuas en Tionville. Los hombres sábios desaprobaron su crueldad, y hablaron al rey con entereza. "No oprimais á los sajones, le decia Alcuino, con rigores, tributos ni diezmos: debeis enviarles solo misioneros moderados, instruidos y desinteresados, imitado-

res de los apóstoles, y que presenten á sus discípulos la leche de la caridad y de la mansedumbre." Carlos conoció demasiado tarde cuán prudentes eran estos consejos: debe creerse que la muerte de sus mas antiguos compañeros de armas le movió á tan atroz y cruel venganza, que no era propia de su carácter, porque en los demas paises este grande hombre se mostró siempre generoso con los vencidos, benigno y afable con sus pueblos, clemente con muchos traidores que conspiraron contra su vida, y quizá muy indulgente á las culpas de sus amigos y á la mala conducta de sus hijas: y así puede decirse con verdad, que si para los sajones fue tirano, las demas naciones de Europa veneraron reunidas en él las virtudes de Trajano y de Marco Aurelio. Este año de error y de sangre fue para Carlos año de luto y de infortunio. En él perdió á su madre y á la reina Hildegarda, la mas querida de sus mugeres, y la mas amada del pueblo por su benignidad. Paulo Diácono escribió su epitafio. Fastrada, hija de Rodulfo, conde frances, con quien el rey partió su lecho y su trono, debió aumentar su pesar en vez de amortiguarlo: pues Eginardo y los demas historiadores de aquella época atribuyen al odio universal que inspiraba esta reina altanera y cruel, los movimientos y conjuraciones que turbaron despues el palacio y familia de Carlomagno.

Batalla del Dietmall (783). El rey no tardó en conocer que creyendo aterrar, solo habia èscitado la desesperacion de los sajones. Bien pronto supo que Vitikindo habia vuelto á Sajonia con otro gefe llamado Albion, no menos ardiente que él y tan ilustre y conocido por su valor. Entrambos hicieron resonar en las selvas el grito de venganza é independencia. A su voz se levantan todos los sajones, toman las armas, juran vencer ó morir: las mugeres, olvidan su temor, los niños su debilidad, los viejos el hielo de los años, el resentimiento dió á todos fuerza y esperanza.

Carlos, al acercarse la tempestad, que crecia por instantes, no dejó esta vez á sus generales el cuidado de disiparla; reune los francos, marcha á su frente, y encuentra en Dietmall al enemigo resuelto á presentarle la batalla. La fortuna, fiel á Carlos, coronó de nuevo sus armas, á pesar de todos los esfuerzos de Vitikindo y Albion. El valor ostinado de los sajones hizo que fuese mas horrible la carnicería. El campo de batalla quedó cubierto de sus cadáveres; pero esta derrota no los desarmó: instruidos por lo pasado, la sumision les parecia el principio de matanzas mas duraderas. Sus gefes los reunieron cerca de Osnabruk, á donde se les juntaron en breve numerosos refuerzos. La victoria habia costado mucho á los francos; y el rey, por la dimi-

nucion de sus fuerzas, tuvo que retirarse á Paderborn. Allí acudieron tropas de todas las provincias de Francia, y repararon con prontitud las pérdidas: marchó de nuevo contra los sajones, les dió otra batalla, y esta vez la derrota fue completa: una parte del ejército de Vitikindo pereció en los campos de Osnabruk; pocos se escaparon, y los demas quedaron prisioneros.

Los francos, continuando su marcha sin obstáculos y sin piedad, llevaron el estrago y la venganza hasta las orillas del Elba. Carlos satisfecho volvió á Francia, y licenció los soldados hartos de botin y de sangre. Sajonia quedaba asolada, mas no sometida. La flor de sus guerreros habia muerto; pero Vitikindo, Albion, y el amor de la independencia, estaban vivos aun. Carlos, resuelto á subyugarlos, suspendió las operaciones militares no mas que hasta la primavera, y pasó todo el invierno con la nueva reina en el palacio de Heristal.

Batalla de Draigny (784). Al año siguiente se anticiparon los sajones, y atacaron junto á Draigny, cerca del Lipa, un ejército frances que habia pasado el Rin á las órdenes de Carlos, hijo mayor del rey, que á la sazon solo tenia doce años; pero el nombre de Carlos, aunque en un niño, consiguió la victoria.

Vitikindo y Albion, vencidos y rechazados en el Lipa, conocieron cuán inutilmente pelearia siempre el valor indisciplinado contra la táctica francesa; y así no arriesgaron mas batallas, y mudaron la guerra de ejércitos en guerra de partidas, dejaron las llanuras, se hicieron fuertes en las montañas, y fatigaron á sus enemigos con sorpresas, emboscadas y acciones de puestos, renovadas contínuamente. Era preciso pelear con ellos á cada instante, y nunca se les podia alcanzar. No habia para los franceses ni posicion segura, ni noche tranquila, ni ventaja que fuese decisiva.

Pacificacion de Sajonia (785). Este nuevo género de guerra acabó con la paciencia de los francos, é hizo abrir los ojos al rey, que renunciando en fin á las violencias, devastaciones y matanzas, empleó las únicas armas que pueden triunfar de los corazones nobles, de los caractéres vigorosos, de las almas elevadas. Adoptando el lenguage de la prudencia y moderacion, ofreció á los caudillos sajones paz sólida y amistad durable; en lugar de amenazas insultantes y órdenes tiránicas, dió consejos á los vencidos; persuadió, y conmovió los pueblos con el cuadro de los horrores de la guerra; alhagó á los gefes pintándoles la dulzura de la civilizacion, las tinieblas de la vida selvática, las crueldades de la

idolatría, y la superioridad de la moral evangélica. Su rigor anterior solo halló rebeldes; su generosidad le adquirió aliados. Los sajones mas instruidos, que preferian la muerte á la servidumbre, consintieron ser franceses. Albion y Vitikindo, ciertos de la sinceridad de Carlos por los rehenes que les ofreció, vinieron á verle al palacio de Attigny sobre el Aisne; se presentaron en medio de la junta de los francos, prestaron juramento al rey, y recibieron el bautismo. Vitikindo fue siempre fiel, y gobernó la provincia de Angria con el título de duque. La historia no habla con certeza ni de su familia, ni de su muerte; y despues las casas reinantes mas ilustres de Europa buscaron su orígen en las tinieblas que envuelven la gloria y el sepulcro de aquel héroe. Algunos genealogistas afirman que desciende de él la tercera dinastía de los reyes de Francia.

Cuando Carlos estaba aun en Sajonia al frente de su ejército, descubrió una grande conspiracion formada contra su vida. Los principales conjurados eran señores turingios, que cansados de la guerra contínua entre Francia y Sajonia, cuyo peso recaía principalmente sobre ellos como mas cercanos al teatro de las batallas, espuestos muchas veces á las venganzas y correrías de los sajones, arruinados por las contínuas requisiciones de hombres,

caballos y víveres, é irritados en fin por el orgullo imperioso de la reina Fastrada, habian resuelto asesinar al rey y sacudir el yugo de los franceses. Carlos, temiendo que entrasen tambien en la conspiracion muchos señores austrasios, cansados de la guerra y maltratados por la reina, disimuló su resentimiento, retardó su venganza, y habiendo vuelto á Francia, no quiso todavía acusar á los turingios ante el parlamento por una causa que solo tocaba á su persona. El último año de la guerra, aprovechándose con destreza de una querella entre los señores francos y turingios, porque estos en desprecio de las leyes francesas habian anulado un matrimonio legítimo, inflamó el amor propio nacional contra los turingios, y les declaró guerra. Las tropas del rey entraron en Turingia, la aterraron y sometieron. Entonces Carlos mandó prender á los conjurados y al conde Hastradio, su gefe, y los entregó al parlamento para que los juzgase. Hastradio, desdeñando justificarse, confesó con altivez su delito: "Si me hubieran auxiliado, decia, Carlos no habria pasado el Rin." Fue condenado á muerte con sus cómplices; pero el rey conmutó la pena en que le sacasen los ojos. Algunos señores fueron desterrados, otros indultados; y si se ha de dar crédito á lo que refieren muchas crónicas, la cruel y vengativa Fastrada hizo

prender en el camino á los desterrados, y privarlos de la vista. Sea como fuere, las costumbres del siglo eran tan feroces, que causó admiracion la clemencia de Carlos: los descontentos se hicieron adictos suyos, y no conservaron odio sino á la reina. En el mismo año hizo venir el rey á su campamento á Luis, rey de Aquitania, de edad de siete años. Este niño, sumamente amable y gracioso, era entonces la esperanza de su padre y de Francia, á la cual arruinó despues con su debilidad. Presentóse en medio de los guerreros franceses á caballo, manejándole y disparando el dardo con habilidad, vestido á la moda de Aquitania, con chaqueta estrecha, pantalon, capa redonda, toca con plumas y botin corto. Todos los condes de su reino y muchos leudes componian su brillante comitiva. Carlos, tan buen padre como gran príncipe, gustaba de vivir en medio de su familia, y dirigía los estudios de sus hijos; les enseñaba los ejercicios militares, esponia muchas veces á los peligros su valor naciente para fortalecerlos, y en fin, los adiestraba en todo lo que era útil para reinar con esplendor; pero dejándoles su poder, su gloria y sus tesoros, no pudo dejarles los bienes que no se heredan, á saber: la fuerza de alma y el genio.

Este príncipe, sabiendo por sus embajadores las turbulencias de Oriente, los vicios

de Irene, y las tempestades que el odio de los grandes preparaba contra ella, no quiso que su hija Rotrudis pasase á Constantinopla. Irene deseaba tambien que se anulase un tratado, desagradable á los griegos, y que en lo sucesivo podia dar armas contra ella á su propio hijo cuando se viese protegido por las fuerzas de Carlos. Comparando las narraciones opuestas del griego Teófanes, y del franco Eginardo, se conoce que este rompimiento, del cual se acusaron mútuamente entrambas cortes, era igualmente agradable á entrambas. Siguiéronse pronto odios, intrigas y hostilidades.

Guerra contra bretones y lombardos (786). Carlos tuvo noticia de una liga que se formaba contra él en Italia. Los lombardos se alteraban: una armada griega dominaba el mar; el duque de Benevento esperaba á los griegos para unirse con ellos, y escitaba á Tasilon, su cuñado, á que sublevase los bávaros, se apoderase del Friul, y pasase con un ejército á Lombardía. El papa Adriano, que temia igualmente á los griegos y á los lombardos, no cesaba de escitar con sus cartas la atencion y las armas de Carlos. Al mismo tiempo, los príncipes, duques y condes de Bretaña se negaron á pagar el tributo acostumbrado, y levantaron el estandarte de la rebelion. Pero la infatigable actividad del rey hacía frente á

todos los peligros, y la rapidez de sus marchas desbarataba todas las intrigas de la envidia aun antes de que estuviesen completamente formadas. Un cuerpo de tropas francesas entró en Bretaña, venció á los insurgentes, y se apoderó de sus principales fortalezas, con lo que se sometieron los rebeldes.

Carlos, aseguradas las espaldas con este triunfo, juntó los franceses en Wormes, partió al frente de ellos, y atravesó los Alpes. Apoderóse el terror de sus enemigos: el duque de Benevento se encerró en Salerno, y envió á su hijo mayor Romualdo para que aplacase el enojo del rey. Carlos le retuvo prisionero, ocupó sus estados, y dió al papa las ciudades de Capua, Sora, Teano y Arpi. Contento con esta venganza, concedió al duque la paz, le restituyó á Benevento, y se llevó en rehenes á Grimoaldo, segundo hijo del lombardo. Tasilon, atemorizado con la prontitud del monarca, que parecia volar mas bien que marchar, imploró la intercesion del papa; dió en rehenes á su hijo Teudon y doce señores bávaros, y vino á los pies del rey á jurar por las reliquias de San German y de San Martin fidelidad y obediencia, que solo duraron mientras duró el miedo que tenia. Carlomagno, al volver de Italia, introdujo en las iglesias de su reino el canto gregoriano y la liturgia romana, mudanza que no se verificó sin dificul-

tades; porque los francos y los antiguos galos eran muy adictos á la música *ambrosiana* que tanto tiempo habia prevalecido en sus templos. El canto italiano, demasiado difícil para ellos, incomodaba sus rudas orejas; y opusieron á las órdenes de Carlos casi tanta resistencia como los sajones á admitir su creencia, y someterse á sus armas. Arigiso, duque de Benevento, y yerno de Desiderio, murió en esta época, y poco despues su hijo mayor Romualdo. La corte de Roma, siempre recelosa de los lombardos, manifestó á Carlos la mala voluntad de los beneventinos y del último hijo del duque, y los peligros de Italia, donde siempre debia temerse una nueva rebelion: y le exortó á no dar libertad á Grimoaldo. "Es necesario, escribia el pontífice, que reprimais á los rebeldes beneventinos con las armas; y aunque se sometan, cometereis una grande imprudencia si les dais el hijo de Arigiso. Dios os iluminará sin duda para conocer lo que conviene á vuestros intereses y á los nuestros. ¡Asegúrese el pronto castigo de los rebeldes, el bien de nuestra santa Iglesia y de vuestra escelencia! ¡No atribuyais mis consejos á ambicion personal, sino al deseo de la prosperidad de la santa Iglesia y de vuestra gloria!" Carlos no creyó que debia seguir este dictamen. Queriendo ver hasta dónde se estendia el poder de los beneficios,

Carlos, libre ya de toda inquietud con respecto á Italia, solo pensó en consumar la grande obra de convertir y civilizar á Germánia. Su genio atrevido y perseverante emprendia una revolucion, jamás intentada por los romanos aun en los tiempos de todo su poder y gloria. Los Césares, terror del mundo, resignándose á una guerra eterna, se habian contentado con rechazar á los bárbaros, con talar algunas veces su pais, y manifestar, en la frecuencia misma de sus triunfos, cuán imposible era someter y domar enteramente aquella guarida inmensa, feroz é indestructible de guerreros.

Guerra con los esclavones (789). El resultado de la lid entre Germánia y Roma, despues de cinco siglos, fue la caida del imperio romano: la Belona selvática derribó al Marte del Capitolio, enervado por la riqueza, afeminado por el lujo. Carlos se acordaba de esta catástrofe: las lecciones de lo pasado le mostraban el peligro de lo futuro: su ingenio penetrante conoció que era absolutamente necesario, ó conquistar y civilizar á Germánia, ó esponerse á que fuesen invadidas Italia y Francia, y saqueadas de nuevo por los sajones, hunnos y escandinavos, tan valientes y bárbaros, y mas numerosos que los vándalos, herulos, godos, borgoñones y francos. Para preservar el reino de Italia de

toda invasion, Pipino, por orden suya, conquistó á Istria, y estableció en ella dos duques, cuyas armas le ayudaron luego á pelear contra los hunnos.

Al mismo tiempo supo Carlomagno que los Wilses ó Welches, tribu esclavona, favorecidos por algunos sajones rebeldes, habian saqueado el territorio de los abodritas, tambien esclavones; pero sometidos á Francia, y establecidos al Oriente del Elba. El rey marchó cóntra los Welches, construyó un puente sobre el Elba, y lo guarneció con torres; acometió á los bárbaros, los dispersó, y cercó á Dragabit, su principal poblacion. Witzan, príncipe de aquellos esclavones, atemorizado por la rapidéz del enemigo, capituló, depuso las armas, y juró permanecer fiel.

Despues de este pronto triunfo, que estendió el imperio y la gloria de Carlos hasta las playas del Báltico, volvió á Wormes, donde convocó el parlamento. Allí se resolvió enviar cuatro mil hombres en socorro de los escoceses, atacados por los piratas de Noruega y Dinamarca. En aquella ciudad recibió á los embajadores de los hunnos; pero no pudieron convenirse acerca de los límites que ellos deseaban estender á su arbitrio y Carlomagno estrechar, la negociacion se rompió, y se declaró la guerra.

Guerra contra los hunnos (791). Este pueblo belicoso, que vino desde la estremidad del Asia hasta el centro de Europa, y que arrojando hácia el Occidente á los godos, vándalos y borgoñones, talando el imperio de Oriente y subyugando toda la Germánia, corrió y devastó, á las órdenes de Atila, las Galias é Italia; conservaba, aun despues de perdidas sus conquistas, la misma ambicion y ferocidad de costumbres. Aun poseían lo que hoy es Austria y Bohemia: su gobierno era en el siglo VIII republicano, por lo cual estaban menos dispuestos á invadir y mas difíciles de vencer en su territorio. La independencia multiplicaba su fuerza, porque no tenian esclavos, y todos los ciudadanos eran guerreros. Al mismo tiempo el lujo y la servidumbre del terruño quitaban á los griegos, italianos y franceses los medios de alistar ejércitos numerosos; pues solo se permitia á un corto número de hombres libres el manejo de las armas, y este número disminuía contínuamente en Francia. Las disensiones sangrientas de los sucesores de Clodoveo, las guerras civiles de tantos años entre Neustria y Austrasia, las invansiones de los musulmanes, las espediciones frecuentes á paises lejanos de Carlos Martel, Pipino, y sobre todo de Carlomagno, habian agotado á un mismo tiempo los caudales y la sangre de los

franceses. Solo los ricos podian resistir á sacrificios tan grandes; pero los propietarios pequeños, para conservar el resto de su patrimonio, se veían obligados á comprar la seguridad á costa de la libertad, y á reducirse á la situacion de tantos galos y francos como habian caido en servidumbre por las calamidades de las guerras civiles. Se puede juzgar del grado de la concentracion de riquezas, y por consiguiente de la ruina y degradacion nacional, observándo que el sabio Alcuino, amigo de Carlos, pero que no era grande del reino, era señor en sus dominios de doscientos mil siervos. Solamente el genio del grande hombre, que gobernaba esta monarquía, compuesta de tan pocos señores y tantos esclavos, de tantos ricos y tan pocos guerreros, pudiera sostener con esplendor el trono levantado sobre bases tan frágiles, vencer en todas partes naciones de soldados, y llevar continuamente en medio de ellas, de una estremidad á otra de Europa, su espada siempre vencedora. Su gloria y su poder fue un prodigio, y al mismo tiempo una ilusion que desaparecieron con él: sus sucesores, sin fuerza ni autoridad, dejaron caer el trono en el abismo de la anarquía; y los francos, poco antes tan respetados, se hallaron muy pronto sin fuerzas para resistir á las cuadrillas de los piratas normandos que talaron sus cóstas,

insultaron su capital, é impusieron tributo á sus reyes. ¡Tan precaria es la potencia, que depende solamente de un héroe, y no está fundada en una sábia organizacion social!

El nombre de Carlos era respetado aun en los paises donde no llegaba el esplendor de sus armas. Sabiendo que los cristianos de Jerusalen y del resto de Asia gemian bajo el peso de la mas humillante opresion, se declaró su protector, encargó á muchos grandes de su corte que les llevasen limosnas y consuelos, é invocó en su favor la justicia del gefe de sus enemigos. Harun Alrasquild, califa, célebre por sus victorias y escelentes cualidades, reinaba entonces en los mahometanos. El héroe de Oriente émulo mas bien que rival del de Occidente, condescendió con sus deseos, alivió la suerte de los cristianos, y puso bajo la proteccion del rey de los francos el santo sepulcro, cuyas llaves le envió á Wormes con una soberbia embajada. Los enviados musulmanes llevaron á Carlos ricos presentes: todos los autores contemporáneos celebran su magnificencia. Entre los regalos se distinguian un relox, adornado de doce puertas, por las cuales salian bolas que señalaban las horas cayendo en un plato riquisimo, y una tienda, tejida del lino mas sutil, y tan grande, dicen, como los palacios mas vastos. Las crónicas de aquel tiempo, en sus

descripciones exageradas, aseguran que la elevacion de la tienda era tan prodigiosa, que una flecha, disparada por el brazo mas fuerte, no habria podido llegar al vértice del pabellon que la cubria. Es probable que el califa, solicitando la amistad del rey, seguia no menos su política que su inclinacion; pues Carlos era enemigo de los califas Omeyas de España, y rival de los emperadores griegos, cuyo poder queria derribar Harun Alrasquild. En medio de tanta gloria sufria el rey los tiros del infortunio. Algunos pesares domésticos turbaron su vida: el carácter imperioso y vengativo de la reina Fastrada le grangeaba contínuamente muchos enemigos, al mismo tiempo que sus hijas le afligian con defectos contrarios y con la liviandad de sus costumbres, que llenó la corte de desórdenes y escándalos. Eginardo confiesa que el escesivo amor de este príncipe á sus hijas fue una de las causas de sus estravíos. No pudiendo consentir en separarse de ellas, las dejó sin casar, y buscaron en amores ilegítimos el resarcimiento de los lazos nupciales que les negaban. Engilberto, el mas estimado por su discrecion de los grandes de palacio, sedujo á Berta, y tuvo de ella dos hijos: uno de ellos fue Nitardo, que escribió la historia de su tiempo. Engilberto, ó arrepentido ó temeroso, recibió los órde-

nes sagrados, y fue poseedor de ricas abadías. La princesa Rotrudis, destinada antes al trono de Oriente, entregó su corazon al conde de Roscon; y tuvo por fruto de este amor un hijo, llamado Luis, que despues fue canciller de Francia. El conde Odilon era amante de la princesa Iltrada. En fin, se cuenta que Ema, otra hija de Carlomagno, habia contraido matrimonio clandestino con Eginardo, y que el rey los perdonó á entrambos. Esta anécdota se tiene por fabulosa; porque el héroe de la novela no dice de ella en toda su historia una sola palabra, aunque dá á entender con bastante claridad la mala conducta de las hijas de Carlomagno, y la indulgencia del padre. Sea como fuere, algunos cronistas cuentan que Ema, despues de haber recibido en su aposento á Eginardo una noche de invierno, temió que al salir la señal de sus pisadas en la nieve manifestase su secreta correspondencia. El amor la hizo triunfar de la flaqueza mugeril, y le dió tanta fuerza como ánimo. Toma al amante sobre sus hombros, atraviesa de este modo el patio, y le hace salir de palacio. Carlos, que estaba dispierto, vió desde su ventana tan estraordinaria escena. Al dia siguiente manda llamar al culpable ministro, y le pregunta en tono severo, qué castigo merecia quien osaba deshonrar la familia y la magestad del

rey. Eginardo, afligido responde que merece la muerte, y se postra. Carlos le levanta, le perdona, y consiente en que case con Ema. Debe creerse que si este rasgo de clemencia y generosidad hubiese sido cierto, Eginardo, ó por vanidad ó por gratitud, no habria omitido en su historia tan señalado favor, honorífico para él y glorioso para Carlomagno.

Estas contrariedades domésticas, veneno mortal en la vida privada; hieren débilmente los corazones de los ambiciosos y conquistadores. Carlos, empleando el invierno en prescribir leyes á su nacion, y el verano en triunfar de sus enemigos, reunió todas sus fuerzas para vencer y convertir á los hunnos. Este pueblo belicoso estaba dividido entonces en siete tribus ó *círculos* separados entre sí por caminos huecos, valladares de espinos y empalizadas. Sus poblaciones, defendidas por bosques sombríos, ocupaban un pais vasto y montuoso, defendido por selvas y lagunas. En él un inmenso número de hombres, que conservaban las costumbres groseras y feroces de los tártares y escitas; guardaba, sin gozar de ellos, los ricos despojos del mundo romano, conquistados por Atila y amontonados durante dos siglos de invasion. Carlos, resuelto á penetrar en su territorio, dividió las tropas francesas en tres cuerpos. El uno, á las órdenes del duque de

Friul y del rey Pipino, se adelantó por el Tirol. Carlomagno, al frente de otro ejército, siguió las márgenes del Danubio, por el cual navegaba una escuadra numerosa que llevaba los víveres para las tropas. En fin, los condes Teuderico y Magenfrido conducian bajo sus estandartes á los francos orientales, turingios, frisones y sajones, y penetraron en Bohemia. El rey de Aquitania, con la flor de sus tropas, vino á pelear á la vista de su padre. Carlomagno no habria podido lograr que los francos hiciesen tantos sacrificios de dinero y soldados para una espedicion tan lejana y contra pueblos, cuyo nombre despertaba recuerdos espantosos, sino se hubiese servido para alentar los ánimos del entusiasmo religioso. Acaso hubieran resistido al cetro; pero se les dió por estandarte la cruz, y obedecieron. Todos se armaron en defensa de la religion, y el deseo de propagar el Evangelio hizo desaparecer, á los ojos de los franceses, tantos afanes y peligros. La marcha del ejército de Carlomagno presentaba el espectáculo de una mision armada: los sacerdotes animaban á los soldados con el sacrificio de la misa y procesiones solemnes, y los cantos guerreros eran himnos religiosos. Los hunnos, valientes, pero indisciplinados, no pudieron contener este torrente impetuoso: los francos devastaron todo el pais situado entre

el Ems y el Raab, al cual dieron el nombre de Ostorreigh (reino del Este), que despues se trocó en el de Austria. Los vencedores triunfando, de todos los obstáculos, hubieron de detenerse ante un azote mas formidable que el enemigo. Una enfermedad contagiosa hizo perecer casi todos los caballos del ejército, y Carlos se vió obligado á retirarse á Ratisbona, donde pasó el invierno. Allí su trono y su vida fueron amenazados de un peligro imprevisto. Muchos señores, cansados de la guerra que los arruinaba, y principalmente irritados contra la reina Fastrada, que los aborrecia, é insultaba con su orgullo, no esperaban mas que una ocasion y un gefe para manifestar su resentimiento. Pipino el Corcobado, hijo natural de Carlos, notable por la deformidad de su cuerpo, tanto como por la hermosura de su rostro, envidiaba á sus hermanos, reclamaba en balde un estado para sí, y no podia tolerar las chanzas injuriosas de la reina. Este unió su odio al de los descontentos, y formó con ellos una conspiracion contra su padre. Los conjurados se reunieron secretamente por la noche en una iglesia, donde, creyéndose solos y libres de toda sorpresa, concertaron los medios de cumplir su designio, y fijaron la hora de ponerlo en ejecucion: mas oyen de pronto un pequeño estruendo, y temen que los han

oido: examinan el sitio, y ven debajo del altar á un sacerdote lombardo, llamado Fardulfo, que se habia ocultado allí. Cien espadas se desenvainan al momento contra él, é iban á herirle, pero desarmó y aplacó á los conspiradores, jurándoles secreto inviolable: apenas se vió libre, fue á palacio, y descubrió al rey el peligro que le amenazaba. Carlos hizo prender al instante á los conjurados, y convocó el parlamento. Los delincuentes, sorprendidos y convictos, fueron condenados á muerte. En pocos se ejecutó la sentencia; algunos perdieron la vista: el rey perdonó á los mas, y á su hijo parricida le encerró en la abadía de Prom. Fardulfo logró la abadía de san Dionis en premio del importante servicio que habia hecho. El vasto genio de Carlomagno no podia detenerse en sus grandes designios por ninguna intriga, conjuracion ó dificultad. Las circunstancias ni le tiranizaban, ni estraviaban su razon. En el mismo tiempo que el contagio destruyó su caballería, y dió esperanzas á sus enemigos, y cuando en su propia corte un hijo suyo y muchos grandes conspiraban contra su vida, atento siempre á los grandes intereses de los pueblos y de la posteridad; formó el gran proyecto de abrir comunicacion entre el Océano y el Ponto Euxino, formando un canal desde el Reduitz, confluente del

Mein, y hasta el Atmul, que entran en el Danubio. Este canal debió tener trescientos pies de ancho y dos mil de largo. Despues de formado el plan, hizo que se empezase la obra, de la cual quedan vestigios en un lugar llamado *Grossgraben*. Los obstáculos del terreno, y la ignorancia de los ingenieros de aquel siglo, impidieron llevar al cabo tan noble empresa. En aquella época de tinieblas se perdieron muchas grandes ideas, concebidas por hombres de talento, porque para su ejecucion era necesario que cooperasen otros muchos, y la instruccion era muy rara. El poder del rey de los franceses se componia de tantas partes heterogéneas, y de pueblos tan diversos, dominados por señores turbulentos, que apenas pasaba un año sin que fuese necesario sacar la espada para restablecer el órden en algunas partes del reino; en el cual se sublevaban casi periódicamente hombres ambiciosos y siempre dispuestos á sacudir el yugo de la autoridad. Grimoaldo, duque de Benevento, que se habia mostrado tan fiel á Carlos en la guerra contra los griegos, no le fue á la promesa que hizo de desmantelar tres de sus castillos, siendo uno de ellos el de Salerno, asilo ordinario de los rebeldes. El papa, que nunca se fió de él, solicitaba con instancia que se cumpliesen los tratados. Pipino, rey de Ita-

lia, declaró la guerra al duque, le venció, y le obligó á someterse. Los franceses perdieron poca gente en los combates; pero murieron muchos por la grande escasez de granos que afligia toda la península. Eginardo la ponderó con un rasgo que manifiesta el espíritu religioso del siglo. *Dice que las tropas se vieron obligadas á comer carne en cuaresma.*

Invasion de los sarracenos en Aquitania (793). Acaso Carlomagno no esperimentó nunca mayores inquietudes, ni tuvo que triunfar de obstáculos mas terribles que en los años 793 y 794: la guerra de los hunnos habia destruido su caballería: apenas sus tropas fatigadas podian contener la Alemania: sus dos hijos Luis y Pipino luchaban en Italia con grandes pérdidas contra el hambre, la peste y la rebelion de los beneventinos, sostenidos por algunos lombardos.

Al mismo tiempo los condes aquitanos, cuyas fuerzas eran débiles por estar el rey lejos, fueron vencidos por los moros, que los persiguieron, pasaron el Pirineo, derrotaron en batalla campal á Guillermo, duque de Tolosa, gobernador de Aquitania, talaron el Languedoc y amenazaron á las demas provincias de Francia su total ruina. Por otra parte, la juventud sajona, á pesar de los consejos y esfuerzos de Vitikindo, tomó las ar-

mas, enardecida y animada por los hunnos, cuyas tribus se habian sublevado todas.

Carlos, sereno y superior á los peligros que le rodeaban, sostenido por su genio, lo fue tambien por la fortuna. Alfonso el Casto, rey de Asturias, Leon y Galicia, venció en una gran batalla á Hicem, rey de Córdoba, y gefe de los sarracenos: así obligó á los que habian entrado en Francia á volver á pasar los Pirineos, bien que cargados de ricos despojos.

Sumision de los sajones rebeldes (794). El rey de los francos, acompañado de Carlos, su hijo mayor, recorrió toda Sajonia con dos ejércitos, castigó la rebelion con el saqueo, y los asesinatos con suplicios, y trasplantó á Flandes la tercera parte de los habitantes. Este año murió la reina Fastrada, á quien nadie lloró sino el rey: esta pérdida, que tanto dolor le causaba, fue sin embargo uno de los grandes favores que debió á la Providencia; pues con ella pereció el germen de todas las enemistades que turbaban la corte y amenazaban la vida de este gran príncipe. Su pesadumbre fue grande, mas duró poco. Carlos, perseverante en sus designios, era inconstante en sus amores. Poco despues que murió su cuarta muger, casó con Luitgarda, natural de Germánia, que solo fue reina seis años. Despues de su muer-

te, el rey, renunciando al matrimonio, tuvo cuatro mancebas: Maldelgarda, Gesuinda, Regina y Adelaida, que le dieron muchos hijos. Las costumbres de los francos se habian mudado: los hijos naturales de los reyes no tenian ya pretensiones al trono, y aun rara vez lograban grandes estados." Pero la iglesia los adoptaba, elevándolos á las dignidades sacerdotales. Los francos, aunque propensos á la disolucion, querian que su príncipe fuese virtuoso, y censuraban la impetuosidad de las pasiones de Carlos. Amalberga, señora francesa, que no se dejó seducir por el rey, y se rompió un brazo resistiendo á su violencia, mereció ser colocada en el número de las santas. En una obra de aquel siglo titulada *La Vision de Vetin*, se lee que este monge, llevado por un ángel al purgatorio, se admiró de ver en él al rey Carlos. "Este príncipe, le dijo el ángel, no entrará en el cielo hasta que expie, entre las garras de un buitre, su pasion á los deleites criminales."

Al mismo tiempo que la suerte de las armas iba á decidir si Italia sería griega ó francesa; España cristiana ó sarracena; Francia señora de los hunnos y sajones, ó sometida á estos bárbaros, dos obispos españoles renovaron la heregía de Nestorio sosteniendo que Jesucristo era solamente hijo adoptivo

de Dios, é introduciendo un nuevo germen de males con las disensiones religiosas. Carlos atendió con tanto cuidado á cortar esta heregía, que amenazaba al cuerpo social fundado en las doctrinas del cristianismo, como á reprimir las sediciones que se movieron contra la autoridad política. Sin embargo, incapaz de mostrarse en ninguna materia inferior á sí mismo, tomó parte en esta disputa con la dignidad de un príncipe. Reuniéronse por su orden trescientos obispos francos, lombardos y españoles, á celebrar un concilio en Francfort. Carlos, sábio teólogo, y el hombre mas elocuente de su siglo, disputó con los nestorianos, que le habian elegido por árbitro, y esplicó, de acuerdo con el papa Adriano, el sentido en que debian tomarse los decretos del concilio de Nicea acerca del culto de las imágenes. Condenóse la heregía de los obispos españoles; y se empezó á examinar el nuevo error de los griegos acerca de la procesion del Espíritu Santo; error, que á pesar de la prudencia de los pontífices romanos, dió motivo ó pretesto á la separacion entre los griegos y la iglesia latina. Tasilon se presentó en este concilio, vestido de monge, se arrojó humildemente á los pies de Carlos, imploró su clemencia, y logró una pension mas cuantiosa, y mayor libertad que la que tenia en su prision.

Nueva campaña contra los sajones (795).

Despues de terminada esta discordia religiosa, Cárlos volvió á tomar sus terribles armas. Los sajones, sublevados de nuevo, habian sorprendido y derrotado al conde Teuderico, y destrozado á los abrodistas, ausiliares de Cárlos, cuando pasaban el Elba para marchar contra los hunnos. Treinta mil habitantes degollados, y Sajonia otra vez devastada, expiaron este nuevo esfuerzo de la independencia que luchaba contra la tiranía, y del amor de la patria, que pugnaba por sacudir con generosa indignacion el yugo estranjero.

Parecia que en Cárlos se hallaban dos hombres diferentes: en Sajonia solo apareció como si fuese un Atila, con la espada esterminadora en la mano: en Francia solo manejaba el cetro protector. Escitaba la admiracion y el amor, siendo legislador sábio, monarca generoso, clemente y popular, apoyo del pobre y del oprimido; ilustrado sostenedor de la agricultura y comercio; y en fin, restaurador de las letras y amigo de las artes. En medio del tumulto de las guerras, que ocupaba en todas partes sus ejércitos, fundó una nueva capital á sus estados, y una rival de Roma, edificando cerca de Juliers, en un sitio célebre ya por sus aguas minerales, la ciudad de Aquisgran, hoy

Aix la Chapelle, la cual embelleció despues construyendo una nueva basílica y un magnífico palacio. Esta ciudad, que despues de él no volvió á ser capital de su imperio, conserva nombre inmortal por la gloria y sepulcro de su fundador.

Destruccion de los hunnos (796). Los trabajos pacíficos no impedian los de la guerra. Enrique, duque del Friul, aprovechándose de algunas discordias que se habian suscitado entre los hunnos, penetró de improvisto en su pais, forzó sus atrincheramientos, se apoderó de su principal poblacion, y se hizo dueño del famoso tesoro de Atila: una parte de él envió al monarca, y repartió lo demas entre sus tropas; y este botin recompensó tanto los afanes de los franceses, que, segun Eginardo, no hubo soldado que no volviese rico. Teudon, príncipe hunno, se habia sometido, y recibió el bautismo. Dióscle un estado con nombre de reino en las orillas de Raab; pero las demas tribus, que el nuevo rey queria someter, volvieron á tomar las armas, enfurecidas por su defeccion, é invadieron la provincia de Baviera. El rey Pipino, informado de esta sublevacion, marchó contra ellos al frente del ejército francés, y les dió batalla. En vano desplegaron en este último combate todos los recursos del valor, reducido á la desespera-

cion, fueron casi enteramente esterminados; la mayor parte de ellos pereció en el campo de batalla; los demas se ahogaron en el Danuvio. Pipino entró en el pais de los hunnos, lo asoló á sangre y fuego, y lo convirtió en un desierto. De aquella nacion, harto famosa, solo quedó la memoria del feroz Atila y de aquellos hunnos ú ogres disformes y terribles, cuyo nombre espanta todavía á los niños de Europa.

El vencedor Pipino trajo su ejército á Aix la Chapelle, y en su entrada triunfal iba cada soldado francés adornado estravagantemente con las insignias, joyas, mantos de púrpura y túnicas de una multitud de príncipes y grandes, vencidos en otro tiempo por Atila. Carlomagno sabía gobernar los hombres con el estímulo de la alabanza y el freno del temor. Despues de haber abrazado á su hijo Pipino, cubierto de laureles, mandó llamar al rey de Aquitánia, exigió que le diese cuenta estrecha de sus acciones; reprendió sus flaquezas y prodigalidades, y le envió á sus estados con ministros prudentes, encargados de enseñarle el arte de reinar. Al mismo tiempo supo que la ambiciosa Irene, acallando el grito de la naturaleza, se habia apoderado del imperio de Oriente; y no contenta con esto, habia mandado privar de la vista á su hijo Constantino, des-

tronado. Una rival tan envilecida no podia ya ser temible á Cárlos.

La fortuna, fiel á sus armas, continuaba restableciendo el honor de ellas en España. Los sarracenos, discordes entre sí, fueron vencidos; y el musulman Zad, príncipe de Barcelona, hizo homenage de sus estados al rey de Aquitánia. Pero una pesadumbre turbó tantas prosperidades. Cárlos acababa de enviar al papa Adriano una parte considerable de los tesoros de Atila, cuando supo que este pontífice, su amigo mas constante, habia descendido al sepulcro. Las turbulencias que agitaron á Roma despues de su muerte aceleraron la grande revolucion que restauró el imperio de Occidente, y que puso el cetro de los Césares en manos de Cárlos. Como son raros en los príncipes la amistad y el talento de la poesía, la historia nos ha conservado cuidadosamente dos dísticos de Carlomagno, en los cuales espresó su dolor por la muerte de Adriano: son los siguientes:

Post patrem lacrymans Carolus hæc carmina scripsi:
Tu mihi dulcis amor, te modo plango, pater;
Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra:
Adrianus, Carolus rex ego, tu que pater.

«Llorando la muerte de un padre, yo

Cárlos escribí estos versos: tu pérdida lamento, ¡ó padre, mi dulce amigo! Quiero unir para siempre nuestros nombres y títulos, ¡ó esclarecido! yo soy Cárlos el monarca, y tú Adriano mi padre." El pueblo y el clero romano eligieron á Leon III para suceder á este pontífice. El nuevo papa hizo que se llevase al rey el estandarte de Roma, suplicándole, dice espresamente Eginardo, que enviase á Italia algunos grandes de su corte para recibir el juramento de fidelidad del pueblo romano. Cárlos respondió: «Veo con alegría que se me rinde la obediencia debida." Engilberto, entonces abad de san Reichart, tuvo orden de partir á Italia con instrucciones del rey, y grandes presentes para el pontífice.

Ultima campaña de Carlomagno contra los sajones (798). Cárlos tuvo su corte los tres años siguientes á la muerte de Adriano, unas veces en Maguncia y Aix la Chapelle; otras en Sajonia, en la ciudad de Nueva Héristal, que habia fundado en la orilla del Weser. Al mismo tiempo sus generales reprimian una sublevacion en Bretaña, cuyos condes se sometieron sin combatir. Los señores de este pais, en prenda de fidelidad, le enviaron sus armas con sus nombres grabados en ellas: trofeo mas hermoso porque no habia costado sangre. Parecia que mientras

existiese un solo hombre en Sajonia, la idolatría habia de conservar en ella un altar, la independencia un defensor, y la venganza una espada. Los ostinados sajones, semejantes al Encélado de la fábula, hacian siempre esfuerzos para sacudir el yugo que los oprimia. Reuniendo las reliquias de su poblacion, incendiaron las iglesias, degollaron las guarniciones francesas, y asesinaron á Godescalco, embajador de Cárlos en la córte de Dinamarca. La venganza fue pronta y terrible. Los franceses pasaron á cuchillo á cuantos encontraron con armas, y cada familia sajona dió en rehen uno de sus individuos para rescatar las vidas.

Carlomagno, al volver á Aix la Chapelle, supo que el nuevo papa, víctima de una sedicion, habia caido prisionero. Los romanos, *perdido el antiguo valor, conservaban la antigua turbulencia.* Débiles contra todo enemigo, indóciles á toda autoridad, seguian siempre con ardor al primer faccioso que los exortaba á rebelarse.

Sublevacion en Roma (799). Pascual y Cámpulo, sobrinos de Adriano, y envidiosos de Leon, escitaron contra él las sospechas y el odio de la plebe; y conspiraron contra su vida, esperando elevarse con su ruina. En 24 de abril de 799, cuando el sumo pontífice salia de la iglesia en medio de

una procesion solemne, fue insultado, herido, derribado y atropellado por una multitud de furiosos, que lo encadenaron y llevaron á un convento, y quisieron sacarle la lengua y los ojos. El bibliotecario Anastasio dice que efectivamente se los sacaron, y que el papa recobró milagrosamente el habla y la vista. El pontífice tenia amigos y protectores. Albino, su tesorero, con el ausilio de Vinegiso; duque de Espoleto, forzó las puertas de su prision, le libertó, é hizo que se embarcase. Leon se presentó á Cárlos en Paderbonrn, y le pidió proteccion y justicia: al mismo tiempo sus asesinos escribieron al rey, y para justificarse imputaron á Leon crímenes enormes. El rey, reprendiendo altamente las violencias cometidas, declaró que iria á Roma, y juzgaria aquella gran causa entre los nobles, la plebe y el pontífice; pero antes de todo encargó á dos arzobispos, cuatro obispos y tres condes, que acompañasen á Leon á Italia y le restableciesen en la santa Sede. Estos hechos incontestables prueban que Cárlos ejercía en Roma la autoridad soberana en calidad de patricio; porque hasta entonces los patricios y los exarcas eran los representantes de la autoridad imperial en Italia; bien que en Roma los sumos pontífices tenian la autoridad de *hecho*, unas veces por la confianza que de sus virtudes ha-

cía el pueblo; otras por la necesidad de un poder supremo que gobernase la ciudad y la protegiese contra los bárbaros, cuando los emperadores de Oriente la abandonaron á sus fuerzas. Italia, no queriendo ya reconocer á estos emperadores, hubo de someterse á un nuevo soberano; y éste lo fue en lo sucesivo el sumo pontífice, á quien estaba acostumbrada á respetar y obedecer.

Cárlos, antes de pasar los Alpes, atendió principalmente á someter sus mas implacables enemigos. A fuerza de victorias reinaba en Sajonia sobre un desierto cubierto de cadáveres y escombros; pero las ruinas despedian humo. Temiendo reemplazar la poblacion que faltaba con guerreros y señores francos, cuya falta debilitaria sus ejércitos, y cuyo espíritu independiente podria inquietar la tranquilidad pública, envió un gran número de siervos, labradores, artesanos, mercaderes, monges y abades, y algunos obispos, que siendo poseedores de grandes tierras, jueces y gobernadores, lograron en poco tiempo borrar, con la civilizacion y la enseñanza, los vestigios sangrientos de la guerra. En menos de tres siglos se triplicó la poblacion: pues en tiempo del emperador Federico Barbaroja era de doce millones de habitantes. Alemania, civilizada, conservó hasta nuestros dias el espíritu de las leyes y cos-

tumbres de la nacion conquistadora y de las instituciones de Carlomagno. Aun subsiste allí el feudalismo, que durante muchos siglos presentó el espectáculo de una agregacion numerosa de soberanos eclesiásticos, duques, condes y señores poderosos: sistema federativo que podria llamarse un archipiélago de principados independientes.

Cárlos recibió en Aix la Chapelle los embajadores de Irene, encargados de restablecer la paz entre Oriente y Occidente; y los de Alfonso II, rey de Leon, que le enviaba ricos presentes, adquiridos en sus conquistas y victorias contra los moros, en agradecimiento de los socorros que le habia dado su hijo Luis, rey de Aquitánia. El príncipe Cárlos, hijo mayor del rey, pasó el Elba, y terminó por su mediacion la guerra que se hacian los esclavones y dinamarqueses. Entró despues en Pannonia para vengar la muerte del duque del Friul, vencido y muerto por algunas tribus de hunnos; las cuales, mas temibles ya por su desesperacion que por su número, habian vencido tambien y dado muerte al duque Geroldo, gobernador de Baviera. El príncipe derrotó y subyugó estos bárbaros.

Restauracion del imperio de Occidente (800). El odio de los sajones sobrevivia á su ruina: todos los que escaparon del hierro de los francos, se refugiaron en Escandi-

navia, donde sembraron su rencor contra Francia; y bien pronto los habitantes de este pais septentrional, harto famosos despues con el nombre de normandos, embarcándose en un gran número de buques ligeros, infestaron las costas de Frisia y Flandes. Cárlos, á vista de este nuevo peligro, previsto por él, y cuyas consecuencias crueles predijo y lamentó, recorrió las playas de sus estados; y para defenderlas construyó fortalezas, y armó dos escuadras. Entonces fue cuando hizo reedificar en Boulogne la célebre torre llamada *del Orden*, fundada antiguamente por los romanos. Despues de haberse detenido algun tiempo en Ruan, pasó á Tours á visitar el sepulcro de san Martin. En esta ciudad murió entonces la reina Luitgarda. Detúvose poco en Orleans y París. Pasó despues á Aix la Chapelle, que era la residencia mas agradable para él. Convocó en fin en Maguncia la junta de los francos, y les declaró su intencion de pasar á Italia con el ejército para terminar las disensiones de Roma, y restablecer definitivamente la forma de gobierno en aquella península. Antes de emprender la marcha, temiendo que el pueblo romano, escitado por los conjurados enemigos del papa, se entregase á nuevos escesos, le tranquilizó publicando amnistía general, escepto á los gefes de la sedicion. Ningun obstáculo detuvo sus

pasos: no marchaba ya como conquistador, sino como soberano y juez amado. Detúvose algunos dias en Ravena y Ancona. Pipino, de orden suya, marchó con tropas al ducado de Benevento, que se sometió. El papa salió á recibir á Cárlos á Sabinia, y despues de haber conferenciado algunas horas, volvió á Roma á esperarle.

El 24 de noviembre del año 800 recibió por la tercera vez en sus murallas la capital del mundo cristiano al conquistador de Alemánia é Italia. El papa y el clero le esperaban fuera de la ciudad en las gradas de la iglesia de san Pedro, en la cual entró el rey de los francos con las aclamaciones de innumerable pueblo. Roma, invadida y dominada en los cuatro siglos anteriores por tantas naciones diferentes, tenia entonces habitantes de casi todos los pueblos del mundo. Su numerosa poblacion se componia de godos, lombardos, africanos, españoles, alemanes, hunnos, griegos, galos y francos, confundidos con los romanos. Un guerrero del norte, un galo, un nuevo Brennó, se presentaba armado ante sus muros, no para arruinarlos, sino para defenderlos: traía la oliva en lugar de la espada, en la balanza de la justicia: y el dia de esta entrada triunfal fue Cárlos elogiado y celebrado en todos los idiomas y por hombres de todas las naciones. El rey hizo

que le diesen cuenta exacta de las últimas turbulencias, y de la situacion de los ánimos. Despues de haber dedicado ocho dias á este exámen, convocó en la iglesia de san Pedro la junta del pueblo y de los grandes. El papa se sentó á su lado: los obispos y abades ocuparon lugares inferiores; lo demas del clero y los nobles franceses y romanos permanecieron en pie. Cárlos les dijo, que los habia llamado para juzgar, ante el altar de san Pedro, el horrible atentado dispuesto contra el vicario de Jesucristo. "Han acusado, dijo, al soberano pontífice de crímenes horrendos: el papa quiere, por el honor de la iglesia, de la cátedra pontifical y de todos los cristianos, que se examine su conducta en cuanto á todos los artículos de la acusacion. Convidó á los que quieran presentarse como acusadores á tomar la palabra para probar los delitos que se le imputan." Segun Eginardo y Anastasio, nadie se atrevió ni quiso sostener esta acusacion, y todos los prelados declararon que no les pertenecia juzgar al gefe de la Iglesia. El papa, satisfecho con esta deferencia, respondió que, "fiel á la costumbre de sus predecesores, y no queriendo que quedase duda en su inocencia, habia resuelto presentar á la junta su completa justificacion." Levantóse la sesion, y al dia siguiente se reunió de nuevo. La iglesia estaba llena de pueblo in-

numerable. El papa subió á la tribuna, y puesta la mano sobre el libro de los evangelios, habló en estos términos, citados por el cardenal Baronio. "Es notorio á todos, mis amados hermanos, que unos hombres pérfidos, enemigos declarados mios, han procurado manchar mi reputacion, acusándome de crímenes horrorosos. El serenísimo rey Cárlos ha venido á Roma con los obispos y señores de sus estados para cerciorarse de la verdad ó falsedad de estas acusaciones. Y yo, Leon, pontífice de la santa Iglesia romana, sin estar obligado por ningun juicio ni por ninguna persona, sino de mi propia voluntad, juro en presencia vuestra, ante Dios que conoce mi conciencia, á vista de sus ángeles, á los pies del príncipe de los apóstoles, que jamas he cometido ni he hecho cometer los crímenes de que me acusan: tomo por testigo al Señor que nos ha de juzgar á todos. No hay ley que obligue á esta declaracion; ni quiero que mi conducta en esta ocasion se convierta en costumbre de la iglesia, ni que mis sucesores, ni mis hermanos los obispos, se crean obligados en lo sucesivo por mi ejemplo. Mi único fin es disipar enteramente en vuestros ánimos las sospechas que la maldad ha querido infundiros contra mí." El pueblo respondió á este discurso con repetidas aclamaciones; el clero con votos y oraciones por

la prosperidad del pontífice. Pascual y Cámpulo fueron condenados á muerte; pero el papa suplicó al rey que les concediese la vida; y como eran sobrinos de Adriano, y Cárlos estaba dispuesto por sí mismo á ser indulgente con ellos, no les dió mas castigo que el destierro. Así se restableció la tranquilidad en Roma, y la paz en la Iglesia.

Un mes despues fue el rey á la basílica de san Pedro á celebrar la fiesta de Navidad. Se habia puesto, á instancias del papa, las vestiduras de patricio. Inmensa muchedumbre de pueblo asistia á esta solemnidad. Cuando el monarca hincó la rodilla ante el altar, el pontífice se acercó á él, y puso en su cabeza una rica corona, y al punto esclamó todo el pueblo: "Viva Cárlos, siempre augusto, grande y pacífico emperador de los romanos, coronado por Dios, y sea siempre victorioso." Cárlos se sorprende, resiste, reusa el imperio, y así parece mas digno de él: le rodean, le instan y le llevan á un trono que estaba preparado: allí el soberano pontífice unge su cabeza con el óleo santo, y le rinde los mismos homenages que los Césares habian recibido de sus predecesores; es decir, segun la espresion de todos los autores de aquel tiempo, que se postró á sus pies, y le *adoró*; palabra que entre griegos y romanos significaba la veneracion tributada al príncipe. Al

mismo tiempo declaró el papa á Cárlos que en adelante, en vez del título de patricio tendria el de emperador y augusto. Presentóle, en fin, las vestiduras imperiales; y el rey, mas adornado con su gloria que con la púrpura, volvió de la iglesia al palacio, seguido de un pueblo inmenso, que manifestaba el enagenamiento de la alegría, hartas veces fingida; pero en esta ocasion muy sincera. El mismo dia se puso en público la efigie del emperador, á la cual tributó el pueblo veneracion y homenages. Eginardo asegura que "Cárlos ignoraba el designio del papa: que viéndose proclamado emperador, tuvo tanto pesar como sorpresa; y que si hubiese previsto el suceso, á pesar de la santidad del dia no hubiera concurrido á la iglesia. ¡Modestia singular é inverosimil; pues solo se hubiera negado á aceptar el título de emperador, despues de haber conquistado y ejercido el poder imperial! Bien tuviese Cárlos por necesario este disimulo para persuadir á la corte de Bizancio que los romanos le habian obligado á aceptar la corona; bien quisiese manifestar, como piensa Mezeray, que no recibia de la corte de Roma el imperio ganado por su espada, lo cierto es que afectó sorprenderse, y aun se mostró algo enojado; pero no por eso dejó de manifestar al sumo pontífice grande amistad, y de darle ricos

presentes, preparados mucho tiempo habia. Un mosáico de esta época, que se ha conservado hasta nuestros dias, consagró la memoria de la coronacion de Cárlos: representa á *san Pedro sentado en su trono, con las llaves de la iglesia: Leon*, á su mano derecha, *recibe el palio;* y *Cárlos*, arrodillado á la izquierda, *acepta el estandarte de Roma.* Sobre el papa estan estas palabras: *Sanctissimus Dominus noster Leo papa;* y sobre Cárlos, *Domino nostro Carolo regi.* Cuando el nuevo emperador recibió los juramentos del papa y de los romanos, pronunció él el suyo, cuya fórmula halló Sidonio de Padua en el siglo XVI en un ritual antiguo. «Yo, Cárlos, prometo y juro, como emperador, ante Dios y el santo apóstol Pedro, que quiero ser protector y defensor de esta santa Iglesia romana, en todos sus negocios, segun mi saber y poder, y en cuanto Dios me dé su socorro.» Así fue restablecido por Carlomagno el trono de Occidente 325 años despues de su ruina en tiempo de Augústulo. El héroe franco habia sido dotado con todos los bienes de la naturaleza, y escitaba igualmente la admiracion por la magestad de su persona, la capacidad de su ingenio, su elocuencia y su hermosura. Todo era grande en él: así, puede entenderse cuán profunda impresion haría la presencia del nuevo emperador en una ciudad

tan rica en magníficas memorias, y en aquel pueblo rey; que conservando todavía en su degradacion presente el orgullo de su gloria pasada, creía ver á un mismo tiempo en Carlomagno sus reyes, cónsules, dictadores y Césares, sus antiguos triunfos y sus antiguos triunfadores. Cárlos juntaba al valor y genio de los héroes históricos la fuerza prodigiosa y la estatura casi colosal de los fabulosos. Dícese que tenia mas de seis pies, su tez era blanquísima, su nariz aguileña, ardientes los ojos, amable la fisonomía, magestuoso el ademan, graciosa y suave la risa: aunque se habia puesto algo grueso, y tuviese ligeramente achatada la parte superior de la cabeza, la exacta proporcion de todos los miembros de su cuerpo formaba una hermosura varonil, noble y vigorosa, que al primer aspecto inspiraba admiracion y reverencia. Solamente su voz era débil; pero clara y suave, y aquel defecto le producia el mérito de templar la severidad de su continente. Si verle causaba respeto, sus palabras le ganaban los corazones. Nacido en los campamentos, y afecto á las costumbres de su pátria, prefirió siempre el trage sencillo de los franceses al elegante y rico de los romanos. Ordinariamente traía sobre la camisa y calzoncillos de lienzo, tibiales ó pantalones de lana: se ataba los zapatos con cintas que rodeaban la pierna: el

invierno cubria espaldas y pecho con una chaqueta de piel de nutria, y una capa de Venecia, en que se envolvia: su ancha y famosa espada, mas brillante por sus hazañas, que por su empuñadura de oro mal trabajada, pendia de un cinturon bordado: solo en las fiestas solemnes ó en el recibimiento de embajadores usaba la espada guarnecida de diamantes. Toda vestidura estrangera le era incómoda y desagradable; solo dos veces, por complacer á los romanos, y por condescendencia al sumo pontífice, se puso la púrpura imperial, la clámide y los coturnos romanos. En Francia, cuando asistia á las procesiones y grandes solemnidades, llevaba una túnica tegida de oro, calzado bordado de pedrerías y una rica diadema en que brillaba el oro y los diamantes. Su vestido diario se diferenciaba poco del de los franceses de la clase comun. Fue siempre sóbrio, templado y enemigo de la embriaguez, que, como él decia, degrada al hombre; pero su estómago sufria mal la abstinencia y el ayuno: en su mesa solo se servian habitualmente cuatro platos: preferia á los demas manjares la carne asada y la caza que sus monteros le traian sobre el asador: en las comidas solo bebia tres ó cuatro veces. Dió muy pocos banquetes espléndidos; y entonces admitia á su mesa un

gran número de convidados. Mientras duraba la comida, le leian historias de los hombres célebres de la antigüedad, cantos guerreros de los héroes francos y germanos (de estos versos habia mandado hacer una coleccion), y muchas veces las obras de san Agustin. Despues de comer se desnudaba y dormia dos ó tres horas. Se levantaba muchas veces por la noche á trabajar. Entraban á verle mientras se vestia sus mas íntimos amigos. Cuando los negocios eran urgentes, el conde de palacio introducia á todas horas las personas que Cárlos debia oir ó juzgar, y entonces pronunciaba la sentencia, como si estuviese en el tribunal. Desde la mañana daba órdenes para el dia á sus criados, y arreglaba el trabajo de sus ministros. Su elocuencia era copiosa y fácil: hablaba muchas veces en latin en las juntas públicas, y comprendia muy bien el griego. Instruido en las ciencias y letras por Alcuino y Pedro de Pisa, sabía bastante del arte retórica, para que se le pudiese acusar, con razon, de haber abusado de él algunas veces. Esta observacion crítica, acerca de su inclinacion, demasiado ardiente á la controversia, es la única mancha que nos presenta este retrato, hecho por Eginardo, ministro, historiador, amigo y pintor fiel de este gran monarca. La narracion de sus espediciones militares

nos le ha hecho conocer como conquistador: el cuadro de Eginardo nos le presenta como hombre: sus reglamentos y capitulares le muestran como legislador. Erale fácil vencer, porque mandaba una nacion valiente; pero la gloria de la legislacion le ofrecía palmas mas duraderas, y obstáculos mayores; y á pesar de todas las censuras que le han hecho, por lo que ha dejado incompleto ó bárbaro en sus instituciones, todos los sábios de la posteridad le han declarado mas grande por sus leyes que por las armas.

Es mas admirable en Carlomagno el rey ilustrado que corrigió los abusos del clero; el gefe de una nobleza belicosa y sin freno, que emprendió defender contra ella la libertad del pueblo, y el genio que esparció en el seno de la barbarie los gérmenes de la civilizacion, que el capitan feliz de una nacion guerrera y disciplinada, vencedor de tribus selváticas, que solo le oponian masas desunidas, valor sin regla y soldados sin armas. Todos los escritores filósofos han acusado á este gran monarca de fanatismo, juzgando á los hombres de aquel siglo por sus propias ideas, y sin reparar que sus leyes severas, y algunas veces crueles contra los sajones, solo eran represálias de las sangrientas matanzas que hacian en los francos en sus contínuas sublevaciones. O habia de

dejar á los idólatras degollar impunemente á los cristianos, ó era preciso extirpar la idolatría, y esto fue lo que hizo con muy buen consejo. La familia Carlovingia debia el trono y el imperio á la influencia de la santa Sede: Cárlos no lo ignoraba, y debió premiar aquel beneficio y consolidar los cimientos de su monarquía con leyes protectoras de la Iglesia. Su abuelo habia despojado al clero: él le restituyó en el diezmo el equivalente de los bienes perdidos: la admision de los obispos en los parlamentos dió existencia política á la clase mas instruida y virtuosa del estado, sirvió de contrapeso á la ambicion de los nobles, y dió mas dignidad y formas mas legales á las deliberaciones. Los papas, libres del temor de los lombardos, de las vejaciones de los exarcas y del yugo tiránico de los emperadores de Oriente, le debieron su independencia y las primeras bases de su autoridad temporal; pero al mismo tiempo que cumplia sus deberes con respecto á la Iglesia, se dedicó tambien á reformar los abusos que la barbarie del siglo habia introducido en el clero. Muchos de los ministros del altar, en lugar de limitarse, como en tiempo de Clodoveo, á las altas funciones del sacerdocio, y á enseñar á los pueblos la moral santa del evangelio, imitando las costumbres selváticas de los francos, é interviniendo en las intri-

gas de los leudes y palaciegos, se entregaban á la ignorancia y á los vicios groseros de la barbarie. Se ha visto que algunos obispos tomaron las armas en las guerras civiles de los hijos de Clotario I: otros defendieron al frente de sus vasallos los bienes que quería quitarles Cárlos Martel: trocado así el báculo pastoral por la espada, se introdujeron en muchos eclesiásticos relajados el modo de vivir, la ambicion, las pretensiones y los demas vicios que eran propios de los leudes. Llevaban vestidos suntuosos, espuelas de oro, espadas anchas pendientes de magníficos tahalíes; y con este lujo insensato y militar, y con la depravacion de costumbres, que le era consiguiente, se apartaban de la grande obra del cristianismo, y se hacian parte del pueblo bárbaro, cuya civilizacion habia tomado á su cargo el sacerdocio. El desórden llegó á tal punto que excitó el descontento, y quizá la envidia de los grandes, y así se presentaron á Cárlos con memorial contra estos abusos, en el cual decian: "Pedimos de rodillas que los obispos y abades queden dispensados en lo sucesivo de ir á la guerra cuando marchamos con vos contra el enemigo, y que sean obligados á permanecer en sus diocesis, ocupados esclusivamente en su sagrado ministerio, e imitando á Moisés, que levantaba las manos al cielo durante la batalla, y siéndo-

nos mas útiles con sus oraciones que con sus espadas. Sino queremos que los sacerdotes se mezclen con los soldados en los combates, no es por desarmarlos para apoderarnos de sus bienes: al contrario, hacemos juramento solemne de defenderlos." Dichas estas palabras, los leudes, segun el uso, confirmaron sus promesas de no usurpar nunca los bienes eclesiásticos, echando á los pies del rey, las pajas que tenian en sus manos. Carlomagno, atendiendo á las razones del memorial, dictado probablemente por él mismo, prohibió por un capitular, que "ningun sacerdote se presentase en el ejército, excepto los que eran necesarios para la asistencia espiritual de las tropas." Al mismo tiempo declaró, que lejos de querer con esta prohibicion atentar contra la dignidad de los obispos, honraria en sumo grado á los que se limitasen mas escrupulosamente al ejercicio de sus funciones. Por otra disposicion renunció formalmente á disponer, como habian hecho sus predecesores, de los bienes de los monasterios. Otro capitular decidio que "las iglesias no servirian de asilo á los reos condenados á muerte." Es verdad que no permitió arrancarlos de ella con violencia; pero prohibió darles de comer. Conociendo la necesidad de la influencia del clero, para mejorar las costumbres y civilizar los pueblos conquistados, fundó y dotó generosamente

en Germania los obispados de Minden, Verden, Osnabruk, Brema y Paderborn. Un capitular del año 789 condenó á la degradacion al sacerdote que tuviese muchas mugeres ó concubinas; mas no habla de los que tengan una sola; lo que prueba cuánta era la relajacion de costumbres entre los francos. Parece que habia tambien mucho desorden entre las religiosas; pues un capitular de 794 prohibe: "que las abadesas ejerzan las funciones de los obispos, que los abades mutilen á sus monges, ni los alisten por dinero: que los religiosos frecuenten las tabernas: que las monjas escriban cartas de amoríos; y que en los monasterios de hombres ó mugeres entren farsantes ó histriones." En fin, el año de 813 publicó el emperador una ley, prohibiendo á los clérigos vender la administracion de los sacramentos y la predicacion, y á los obispos, echar contribuciones sobre el clero, é imponer multas á los sacerdotes." Las peregrinaciones á los grandes santuarios, cuya devocion empezó en el primer siglo de la Iglesia, daban entonces motivo á algunos desórdenes; porque muchos peregrinos, llamados *mangusos*, atravesaban de una parte á otra de la cristiandad, desnudos y cargados de cadenas. El emperador reprimió este abuso, contrario á la modestia cristiana; y obligó tambien á los benedictinos, cuya regla

estaba muy mal cumplida, á conformarse á las instituciones de su fundador.

Este gran príncipe sabía que las lecciones dadas en tiempo de ignorancia, se hacían inútiles; y así empleó todos sus esfuerzos para que el clero se instruyese: y como el latin estaba casi enteramente olvidado, hizo que los obispos tradugesen al idioma tudesco y al romano las homilías mas estimadas. Prohibió por sus capitulares de 806 y 813, recibir en los conventos novicios sin permiso del emperador, ordenar sacerdotes antes de la edad de 30 años, y admitir monjas antes de la edad de 25. Un capitular de 789 suprimió los gastos que era costumbre hacer en el bautismo de las campanas: prohibió á los obispos pasar de una iglesia menor á otra mas considerable, y mandó que despues de la muerte de un prelado, su iglesia heredase los bienes que no fuesen patrimoniales, los cuales pasarian á su familia. La mayor parte de los obispos solian nombrar *corepíscopos*, á los cuales encomendaban gran parte de su ministerio. Carlomagno se opuso á esta costumbre; pero despues, en lugar de aquellos delegados, se nombraron vicarios. La fuerza principal del emperador consistia en los parlamentos, con cuyo auxilio ejercia grande autoridad. Presidíalos con prudencia: hablábales con afabilidad: escuchábalos con pa-

ciencia, y les mandaba mas bien con la persuasion que con el poder. Los mismos concilios tenian para con él la mayor deferencia, y muchas veces le pidieron que completase ó modificase sus decretos. Confirmó los tribunales eclesiásticos en el derecho que tenian de juzgar causas civiles: y en el capitular 366 declaró: "que en cualquier causa que sea, cuando una de las partes quiera pleitear en el tribunal eclesiástico, el obispo juzgará, á pesar de la oposicion de la otra parte." Otra ley de Carlomagno decidió: "que el testimonio de un solo obispo bastase para justificar á un conde de la acusacion de haber juzgado contra la ley", y al mismo tiempo eran necesarios 17, y aun 72 testigos, para condenar á un obispo. La causa de estos privilegios fue que, conservándose en los tribunales eclesiásticos las antiguas formas judiciales del derecho romano, tenia el rey mas confianza en los obispos, que en sus condes y duques, magistrados con armas, jueces ignorantes y arbitrarios, que muchas veces desataban con la espada los nudos de los procesos. La indemnizacion, concedida al clero por el diezmo, reparó las depradaciones de Cárlos Martel. Antes de Cárlomagno, era costumbre pagar el diezmo, despues fue una obligacion legal. Los franceses se resistieron mucho á ella; pero al fin, obe-

decieron. El diezmo se asimiló á la antigua ofrenda de los fieles, y se dividió en cuatro partes, la primera para el obispo, la segunda para el clero, la tercera para los pobres y la cuarta para la fábrica de las iglesias. Aunque la prohibicion del servicio militar, hecha á los sacerdotes, fuese conforme al evangelio y á la razon, como repugnaba á las costumbres bárbaras del siglo, tuvo Carlomagno que justificarla en una circular que dirigió á los obispos. "Es una perversidad, decia, sugerida por el demonio, la de hombres mal intencionados que me han atribuido la intencion de ofender la dignidad del clero, y hacerle daño en sus intereses temporales, publicando una ley, pedida por él mismo, en que se le prohibe el uso de las armas. Mis sentimientos son contrarios á los que me atribuyen, y creo firmemente que el sacerdocio será mas respetable cuando se aplique esclusivamente á su sagrado ministerio." Para conocer las enfermedades de un pais, basta examinar los remedios que en él se usan; y asi los capitulares, leyes y reglamentos de Carlomagno manifiestan los abusos y vicios de su siglo; y como este príncipe dominaba á los grandes ambiciosos y turbulentos mas bien por el ascendiente de su génio, que por su autoridad, combatia las usurpaciones y desórdenes de la clase superior, no tanto con pre-

ceptos como con exortaciones. A los obispos y abades mundanos les preguntaba ¿de qué servía su abnegacion á el mundo, cuando se les veía solicitar, algunas veces por medios poco honestos, el aumento de sus riquezas y dignidades? Armado así con la fuerza de la religion, renovó sus prohibiciones en un capitular: "con el dictámen, dice, de todos nuestros leudes y obispos, prohibimos á todos los ministros del Señor usar armas y pelear. Ninguno podrá estar en el ejército, sino los necesarios para decir misa y llevar las reliquias de los santos: para lo cual bastan uno ó dos obispos y algunos capellanes ancianos. Los sacerdotes no deben derramar la sangre, ni de los cristianos ni de los idólatras. Les prohibimos tambien entregarse á los placeres de la caza, mantener neblíes y alcones, y correr los bosques con sus perros y caballos." Estas leyes fueron generalmente aplaudidas.

Pero quien mas obstáculo opuso á las reformas de Carlomagno, fue la licencia y orgullo de los grandes, que las eludian sin cesar; y fue necesario toda su firmeza para vencer los obstáculos que le presentaban algunas veces los que eran sus mayores amigos. Alcuino, el mas sabio de ellos, le obligó á hablarle con severidad, á pesar suyo. Teodulfo, obispo de Orleans, habia pronunciado legalmente sentencia contra un eclesiástico de

su diócesis, y condenádole á prision. El reo se escapó, y tomó asilo en la casa de los canónigos de Troyes. El obispo envió órden de volverle á prender, y los canónigos resistieron. Alcuino, su abad, lo defendió, y dijo, que el reo, habiéndose retirado á la iglesia de san Martin, tenia interpuesta apelacion al emperador: pedia que el acusado fuese admitido á la audencia del príncipe, y que éste reprimiese la sacrílega audacia de los ministros del obispo, que habian profanado la santidad de aquella iglesia. Alcuino encargó á dos que habian sido discípulos suyos, validos del emperador, é individuos de su academia, presentarle sus reclamaciones. Cárlos respondió á la congregacion y á su abad en una carta sumamente curiosa, porque pinta las costumbres del tiempo y el carácter del monarca, de la cual copiaremos algunos pasages. "Teodulfo se queja de las ofensas hechas á sus enviados, ó por mejor decir, á él mismo, y del menosprecio con que se han recibido órdenes firmadas por Nos, para que se le entregase un eclesiástico condenado á prision y que se escapó de ella. Nos parece que no hemos mandado ninguna injusticia. Hemos hecho que nos lean segunda vez la carta de Teodulfo, y la vuestra, que nos ha parecido escrita con mas enojo, y no sazonada por la caridad cristiana. Decís

que el culpable, acusando á su obispo, puede ser admitido á dar su querella: pero todas las leyes prohiben que un delicuente sea acusador. A pesar de esto, le habeis protegido y custodiado, de modo, que con el pretesto de apelacion al emperador, habeis dado ocasion á un hombre juzgado y condenado públicamente á formar una acusacion. Citais el ejemplo de san Pablo, remitido por el rey de Judea al juicio del emperador. Este ejemplo no es aplicable. El apóstol san Pablo estaba acusado, mas no juzgado: y vuestro eclesiástico estaba ya juzgado: y puesto en reclusion: él ha violado las leyes, y no será admitido en el tribunal del emperador, como lo fue san Pablo. Mandamos que sea entregado de nuevo á su juez, y vuelto á su prision, sea ó no verdad lo que espone. Solamente su juez tiene derecho de presentarle ante Nos. Lo que nos sorprende mas que todo es que os hayais resuelto á hacer oposicion á nuestras órdenes y autoridad, cuando segun las antiguas costumbres y disposiciones de las leyes, los mandatos del rey deben ser valederos, y nadie tiene derecho de despreciar sus decisiones. Es estraño que hayais tenido menos miramiento á nuestras órdenes que á las súplicas de un malhechor. Parece que con este hombre se han desatado de la prision la discordia y la violacion de las leyes, y de las

máximas de la caridad." Censura despues el estado equívoco del cabildo de Troyes, que llamándose unas veces canónigos y otras monges, no observaban ninguna regla fija, y habian sido inútiles los esfuerzos que Cárlos habia hecho para reducirlos á una disciplina regular, enviándoles un abad sabio: "en vez de corregiros, añade, habeis seducido con vuestro ejemplo al mismo á quien encargué que os reprimiese. Nuestro comisario os lleva nuestra decision. Ninguna disculpa que escribais justificará vuestra resistencia. Obedeced: compareced ante mí, y borrad vuestro delito con una satisfaccion competente." Alcuino se sometió y reparó su yerro. En este tiempo fue cuando los metropolitanos empezaron á usar el título de *arzobispos*, que hasta entonces habian tenido muy pocos. Carlomagno restableció la antigua libertad en la eleccion de los obispos. Unía al celo de la religion el cuidado de hacer respetar su autoridad: y en los seis meses que estuvo en Roma despues de su coronacion, vivió, habló, juzgó, mandó y reinó como soberano. Hasta entonces no tenian los sumos pontífices mas autoridad temporal que la que debian á la confianza del pueblo y á su sagrado ministerio: pero este poder se estendió notablemente desde que Roma se emancipó á los emperadores de Oriente; pues antes los

papas eran mirados como súbditos de aquellos príncipes, excepto el tiempo que dominaron á Italia los hérulos y ostrogodos, cuyos monarcas ejercieron autoridad soberana en los romanos y sus obispos. El historiador Paulo Diácono, hablando de la conquista de Italia, dice que *Cárlos agregó á Roma á su cetro*; y antes de ser coronado emperador, él y su padre Pipino habian mandado en Roma como exarcas y patricios. Los duques de Italia dieron siempre á Carlomagno el título de *dominus* ó señor, que habian dado á su padre. Paulo Diácono, dedicándole un libro, le escribió: "en esta obra hallareis los nombres de las montañas, puertas, calles y tribus de *vuestra* ciudad de Roma." El sello de Carlomagno tenia por un lado su efigie con este mote: *Dominus noster*, y por el otro la ciudad de Roma, con esta inscripcion: *Renovatio romani imperii.* En su nombre se administraba justicia en Roma. Leon III le llamaba *Señor y Augusto*, y en un capitular de 813, cuenta el emperador á los romanos en el número de sus vasallos.

El nuevo emperador empleó toda su gloriosa carrera, todo su memorable reinado en pelear con los bárbaros estrangeros y con la anarquía interior: pero en su lid contra las costumbres feudales, halló resistencia mas invencible que en la de los sajones: desmochó y aclaró el árbol feudal sin poder arrancar sus

raices, y echó abajo las cabezas de la hidra sin conseguir cortarlas todas. Es de admirar que los mismos que han visto con qué dificultades y peligros se han destruido en los últimos tiempos de los restos debilitados de aquel sistema, censuran en Carlos no haberle aniquilado. Si este príncipe hubiese emprendido semejante revolucion, no teniendo mas fuerzas contra los grandes y leudes que los soldados vasallos de estos, que podian negarle la obediencia cuando quisiesen, y aun dirigir contra él sus armas, el cetro se habria roto al pie de un coloso atacado tan temerariamente, y defendido entonces por las costumbres nacionales. Semejantes obstáculos no pueden vencerse sino con ejércitos pagados, y en aquella época ninguna autoridad podia concebir ni realizar la formacion de esta fuerza armada, propia de los tiempos modernos, y tan útil á los gobiernos y á las naciones, cuando se dirige á defender la independencia y las leyes pátrias. La república romana le debió sus conquistas y despues su servidumbre: en la Europa moderna esta misma fuerza libertó á los reyes y á los pueblos de la tiranía feudal. Para crear un ejército regular son necesarias contribuciones; y los francos y germanos creían que su honor y libertad consistian en no contribuir. Los reyes se sostenian con sus rentas, así como los

particulares. Algunos derechos de peage servian para costéar caminos, puentes y barcas. El único gravámen de los propietários libres era el gasto de los príncipes en sus viages, y la provision de víveres y armas para los hombres que iban al ejército: y así el pillage era entonces el único prest de la tropa; y dependia de la fortuna y de la victoria. Los reyes no tenian mas que un medio para aumentar el número de guerreros adictos á su persona; y era desmembrar sus propios dominios para darlos en feudo. De este modo aumentaban su corte; pero se empobrecian: con mas esplendor tenian menos dinero: su fuerza verdadera desminuía, y la ingratitud convirtió muy pronto en rebeldes á los leudes, demasiado ricos y poderosos. Así se arruinaron los merovingios, y fueron destronados y avasallados por los grandes: los sucesores de Carlomagno tuvieron la misma suerte: y si este príncipe gobernó y dominó tanto tiempo pueblos todavía bárbaros, no lo debió sino á la fuerza de su genio, tan prudente como grande, tan hábil como audáz.

"Carlos, dice Mably, fué el único conquistador que entendió cuán peligroso es ser déspota, cuán necio parecerlo: otros reyes abandonaban su autoridad á favoritos: él consolidó la suya, haciéndola nacional. Conociendo mejor que nadie el espíritu y orgullo

de los franceses, en lugar de mandar, persuadia. La política vulgar consiste en dividir: la de Carlos fue reunir. Un tirano ha dicho: *introduciendo la discordia, seré dueño de todos.* Carlos decia á los franceses: *uníos, y seremos todos felices y poderosos.* Lo que inspiraba mayor afecto y mas profunda veneracion al rey era que la masa de la nacion, los hombres libres, y aun los tributarios, los pobres y huérfanos, hallaban en él proteccion y amparo, que en vano habian solicitado antes en el trono. Todos podian recurrir á él y presentarle sus quejas: los oficiales de su palacio tenian encargo de dar socorros y consejos á los desgraciados y oprimidos que de todas partes concurrian á presentar sus memoriales. Queria que se examinasen sus agravios, que se subviniese á sus necesidades, y que á él se le recordasen los servicios olvidados. "Por una especie de prodigio, dice Hincmaro, convirtió los cortesanos en instrumentos del bien público, y en ministros de la beneficencia real." Este monarca, tan benigno, tan popular en Francia, y que, segun dice Eginardo, hablaba con todos los individuos del parlamento, los trataba con familiaridad, y los animaba á decir libremente su dictámen, se mostró en Sajonia altivo, rigoroso, intolerante, terrible, hartas veces cruel: mas no debe olvidarse que despues de

haber subyugado á los sajones, que le habian declarado una guerra de esterminio, les dió leyes humanísimas, y proctectores benévolos, y que puso sucesivamente en libertad á todos los que habian caido en servidumbre por la suerte de las armas. Germánia le debió su civilizacion, y su existencia Francia, amenazada segunda vez de la invasion de los bárbaros. Sus numerosos capitulares son eternos monumentos de su vigilancia y sabiduría: los unos, relativos á la administracion de sus dominios, daban lecciones y ejemplos á todos los señores y propietarios: los otros oponian dique á la arbitrariedad, moderaban las penas, reprimian la tiranía de los jueces inferiores, afirmaban la autoridad real con las apelaciones al trono, organizaban la disciplina militar, sancionaban la religiosa, regularizaban lo que no era posible destruir, y suavizaban las costumbres que era imposible cambiar. Estas costumbres habian establecido en Francia el uso del duelo, tan firmemente, que no se podia abolir: Carlos hizo en los capitulares disminuir el mal de los combates, substituyendo el palo á la espada. Las guerras privadas, que despues conmovieron tantas veces el trono y convirtieron á Francia, durante muchos siglos, en teatro de discordias y matanzas, fueron prohibidas por él. Queriendo dar á entender á sus

nobles y feroces magistrados que el ministerio de la justicia no exigía menos pureza que el de la religion, mandó á los condes que fuesen en ayunas al tribunal. La costumbre bárbara de las mutilaciones, sino se justificaba, se disculpaba al menos con el gran número de crímenes la osadía de los tribunales y la ferocidad de las costumbres. Prohibiólas muchas veces, y logró que fuesen mas raras. Sin embargo, condenó á esta pena á los falsarios y á los ladrones que reiteraban su delito. En un siglo, en que se escribia poco, y las comunicaciones eran lentas y difíciles, no pudiendo saber casi nada por las cartas, era preciso ó ignorarlo todo, ó verlo todo por sí mismo: y así su reinado fue un viage perpetuo. Conocia el poder de la vista del dueño, se informaba con diligencia y escrupulosidad en todas partes de los abusos del gobierno, de las cosechas, del comercio, de las necesidades y de los recursos de los pueblos. En su corte misma, atento á asegurar la ejecucion de las leyes, preguntaba cuidadosamente á todos los que llegaban acerca del estado de los negocios en su ciudad ó aldea. La dignidad imperial que deslumbraba entonces á todos, obligó á los grandes á ser mas respetuosos y sumisos. Los reyes, desde tiempo inmemorial, no fueron para los francos y germanos

sino gefes escogidos entre sus iguales para mandarlos. Ellos mismos, como lo prueba la conducta de Clodoveo, creían elevarse recibiendo las dignidades de patricio y de cónsul. Carlos supo aprovecharse de esta veneracion que el mundo tributaba todavía á los nombres de *Roma*, *César y emperador*. Los destructores del pueblo rey saludaban con respeto su heróica sombra. Los italianos y galos, acostumbrados á luchar contra el poder real, se sometieron humildemente á la autoridad del nuevo Augusto, y le prestaron nuevo juramento. El uso que hizo del aumento de su poder, no imitando á los déspotas de Oriente, sino restableciendo la justicia, haciendo los pueblos mas dichosos, y echando los cimientos de la civilizacion, le mereció justamente las alabanzas de la posteridad. Montesquieu admira el arte y firmeza con que supo enfrenar el poder de los nobles para impedirles que oprimiesen al clero y á los hombres libres. "Contrabalanzeando estas clases, dice, afirmó su autoridad, y unió á todos con la fuerza de su genio. Conduciendo á la nobleza de espedicion en espedicion, y no dejándole tiempo para formar designios peligrosos, la ocupó enteramente en seguir los suyos. La grandeza del gefe mantuvo la del imperio: fue gran príncipe, y mayor hombre. Los reyes sus hijos fueron sus primeros

súbditos; y dieron el ejemplo de la obediencia. Promulgó admirables reglamentos; y aun hizo mas, pues obligó á todos á que los cumpliesen. En sus leyes se nota la prevision que todo lo comprende, y la fuerza que todo lo mueve. Sabía castigar, y mucho mas perdonar: grande en sus designios, sencillo en los medios de ejecucion, nadie poseyó en mas alto grado el arte de hacer las cosas grandes con facilidad, y las difíciles con prontitud. Ningun príncipe supo arrostrar mejor los peligros, ni evitarlos con mas habilidad: de todos se libró, y particularmente de los que con mas frecuencia esperimentan los conquistadores, que son las conspiraciones."

No es posible formar idea exacta de las juntas nacionales de aquel tiempo: nada estaba clasificado con método: todo ofrecia la confusion singular de clases, costumbres, circunstancias y caractéres que variaban al infinito. Los grandes tienen unas veces los títulos de *obptímates* y *magnates*: otras, de *principes nobiliores* y *seniores*: el pueblo, esto es, los francos libres, se designaban con el nombre de *fieles*, *jóvenes* y *multitud*. Lo que mas impresion hace en esta mezcla estravagante es el triste cuadro de una aristocracia militar, compuesta de algunos millares de personas, que eran la nacion libre, y de un inmenso número de tributarios, sier-

vos y esclavos. La Polonia en sus últimos dias era una imágen bastante parecida de este desórden político. En vano se disputa acerca de la significacion que tienen las palabras *noble* y *aristócrata*; aun cuando no las hubiese en los idiomas, su significacion no puede nunca borrarse de las costumbres de un gobierno militar y conquistador. Los vencedores son dueños de los vencidos: el gefe, obligado á contentar sus tropas, se arruina deseando asegurar la fidelidad de ellas con privilegios, dones y prodigalidades; y cuando se le acaban los medios de dar, los grandes se hacen independientes, se ven obligados para defenderse á unirse con las familias ricas de los vencidos, y estienden así el dominio de la aristocracia á costa de la autoridad del monarca y de la independencia de los pueblos.

Pero para llegar á esta tiranía, y gobernar los hombres, les fue preciso usurpar el derecho de juzgar. Al principio fueron los grandes magistrados y jueces de los hombres libres en nombre del rey, y de los tributarios de sus dominios en su propio nombre. Pero la apelacion al rey era de derecho para todos los oprimidos. Los merovingios dejaron perderse este derecho por la falta de su uso: Carlos lo restableció cuidadosamente, y lo mantuvo con vigor, y así afirmó el trono;

mas sus débiles sucesores no le imitaron, y este abandono del primer derecho de los reyes dió un poder monstruoso al sistema feudal. Así Robertson dice que "la fuerza y union, dadas por Carlos á la monarquía francesa, y dignas de la admiracion de los siglos ilustrados, no eran naturales al gobierno feudal, y no podian ser durables."

Prohibicion de las guerras particulares (801). Carlos prohibió las guerras particulares por una ley espresa: llamábalas invencion del diablo para destruir el orden y la prosperidad de los pueblos. Obedeciósele mientras vivió: pero los reyes, sus sucesores, tuvieron que modificar la prohibicion, y declararon que á nadie sería permitido empezar la guerra sin desafiar formalmente los vasallos y parientes de su adversario: fijaron un término de cuarenta dias entre el desafio y las hostilidades, y mandaron suspenderlas en el caso de que el rey de Francia estuviese en guerra. Lo que Carlos ni pudo mudar ni mejorar, fue la triste suerte de los esclavos, sobre los cuales conservaron *de hecho* sus dueños el derecho de vida y muerte; pues que una leve multa bastaba para expiar el homicidio de uno de aquellos infelices. Antes se les habia privado de la facultad de casarse: sus uniones se llamaban *contubernios* y no *matrimonios*: despues lograron el permiso de formar vínculos

conyugales; pero con el consentimiento de su amo, só penas graves que á veces llegaban á la de muerte. En medio de la oscuridad que cubre la formacion de las juntas nacionales de aquella época, lo que manifiestan claramente muchos testimonios auténticos, es que el clero y los nobles deliberaban unas veces en comun, otras con separacion de estas dos clases. Carlos, para indicar en sus capitulares que habla en nombre de la junta, se esplica en estos términos: "ordenamos y mandamos," que se han conservado hasta nuestros dias como monumento de las antiguas franquicias. En los capitulares se habla del pueblo muchas veces, y es dificil esplicar lo que se entendia por esta voz; parece que significaba la coleccion de *arímanos* ú hombres libres.

No admite duda que Carlos, vista la imposibilidad de reunir todo el pueblo, convocaba para representarle en el parlamento doce notables de cada ciudad ó distrito, y estos notables formaban una cámara separada. "Carlos, dice Condillac, dejaba á los tres brazos discutir separadamente los negocios que les pertenecian, y reunirse para tratar de los intereses comunes, y comunicarse los reglamentos que habian hecho. El emperador no se presentaba en medio de ellos sino como mediador: sosegaba las disputas demasiado vivas, y sancionaba las deliberaciones de la jun-

ta." Se puede creer esto, pues Carlos el Calvo citaba como máxima de derecho público de Francia en aquella época que "la ley se hace por la voluntad del pueblo y la *constitucion*; es decir, sancion del rey." Carlomagno, que era el alma de las juntas, sugería y aconsejaba lo que habia de hacerse; pero no mandaba. "Admirable cosa, dice Condillac, era ver á un príncipe revestido de la soberana autoridad, prescribirse límites á sí mismo y respetar la independencia de las deliberaciones." Carlos dividió cada ducado de su imperio en doce condados, y para sobrevigilar la ejecucion de las leyes y el gobierno de las provincias, creó comisarios régios, llamados *missi dominici*. Escogíalos entre los grandes y prelados mas instruidos y celosos por el bien público. Estos censores vigilantes celebraban cada año, en los diferentes condados del reino, juntas y audiencias para conocer la situacion y necesidades de la provincia y el estado del comercio y de la agricultura, para publicar las leyes y hacerlas ejecutar, y para reformar los abusos. Eran los ojos y las manos del príncipe, á quien subian, por medio de ellos, los deseos y quejas de los pueblos. Suplian en un imperio tan estendido la falta de postas y comunicaciones. Así el emperador hacia moralmente en política y administracion lo mismo que habia hecho materialmen-

te en su palacio de Aix la Chapelle, que siendo tan estenso como una ciudad, tenia en el centro el aposento del emperador, dispuesto de tal modo, que desde él podia descubrir lo que pasaba en todo el edificio.

Antes de él solo conocian los franceses la tiranía y la licencia: Carlos les hizo gozar la verdadera libertad: no tenian mas que territorio, y él les dió una patria, y de conquistadores los convirtió en ciudadanos. Su genio dominó los hombres y las costumbres: suspendiéronse las querellas entre la nobleza y el sacerdocio: aliviósе el yugo que sufria el pueblo: todos concurrian al bien general, y en esta época brillante, pero demasiado corta, se mostraron dignos los francos del grande hombre que los gobernaba. Es verdad que Carlomagno no creó como Zoroastres, Licurgo y Numa, un código célebre que durase muchos siglos; pero sembró para la posteridad, estableció la justicia y los derechos de todos, fundó escuelas, llamó á su córte las ciencias desterradas, formó colecciones de leyes de las provincias, y pobló sus posesiones patrimoniales de Francia y Alemania de tantos fabricantes, artistas, comerciantes y artesanos, que llegaron á ser ciudades y centros de civilizacion y de industria. Fue severo contra los vicios, principalmente contra el que era mas comun entre los francos, y privó por una ley

á todo borracho del derecho de pleitear y de ser testigos. Hemos dicho lo que hizo para reformar las costumbres del clero: Bossuet, recordando los servicios que le debió la iglesia, dice: "los romanos imploraron el brazo de Carlos que subyugaba á los sajones, reprimia á los sarracenos, destruía las heregías, protegía los papas, atraía al cristianismo las naciones infieles, restablecia las ciencias y la disciplina eclesiástica, y reunia célebres concilios, en los cuales su profundo saber causaba admiracion. No solo Francia é Italia, sino tambien España, Inglaterra, Germánia, toda Europa, esperimentaban los efectos de su piedad y de su justicia." Carlomagno, no obstante, luchando contra la barbarie de su siglo, semejaba al gigante de la fábula que hace vanos esfuerzos para levantar el monte que le oprime. No solo le fue imposible triunfar enteramente de la ignorancia de su tiempo, sino que á causa de ella cometió faltas en que no habria incurrido en un siglo de luces. Temiendo las invasiones del norte, este gran protector del comercio prohibió vender armas á los germanos: tambien prohibió comerciar con un esclavo sin permiso de su señor. Tratando á los frisones, mas bien como á vencidos que como á súbditos, fijó el precio á que habian de vender sus géneros: en fin, participando de la ignorancia en economía política, de que

se han visto hartos ejemplos en los tiempos modernos, cometió el error de fijar un *maximo* para el precio de los granos en un momento de grande carestía, y redobló con esta resolucion el mal que pretendia evitar. En su reinado las comunicaciones mercantiles eran escasas, y prueban el poco partido que los francos sabian entonces sacar de la fertilidad de su suelo. España los proveía de caballos, Inglaterra de trigo, Frisia de peleterias y tapices, el Oriente de sedas, aromas y objetos de lujo. Los cambios y esportaciones de Francia solo consistian en paños y cueros. Sin embargo, Carlos dió alguna proteccion á la cuna selvática de este comercio é industria: estableció muchas ferias y mercados; mandó que fuesen uniformes los pesos y medidas; fortificó las costas, y dió seguridad al comercio marítimo, construyendo muchos buques de guerra. Al mismo tiempo animó la industria con el lujo de las grandes solemnidades de su corte, cuyo esplendor causaba admiracion y respeto á los estrangeros. Sea vanidad, flaqueza ó razon, todos los grandes monarcas, Ciro, Augusto, Carlomagno y Luis XIV han mirado el brillo como una cualidad inseparable de la diadema. Se lee en Jenofonte que "cuando Ciro se hizo dueño del Asia, á la cual dió leyes despues, tuvo por conveniente, á pesar de la sencillez de las costumbres persianas en que

se habia educado, presentarse á sus pueblos con la mas lucida magnificencia, para inspirarles veneracion, no solo con el ascendiente de la virtud, sino tambien con el adorno esterior, tan propio para deslumbrar, y que produce un efecto muy semejante al de los encantamientos." Carlomagno creyó, pues, que debia el gefe de un gran pueblo y de una gran monarquía presentarse con esplendor, señaladamente en los dias solemnes en que el monarca, á los ojos de los estrangeros, aparecia como caudillo de la nacion y depositario de la fuerza pública. Pero en la vida privada gustaba en gran manera de la sencillez. Su lujo era en las fiestas un sacrificio que hacia á las costumbres y á la necesidad del tiempo. No ignoraba que las leyes no son buenas sino en cuanto se preparan los ánimos á recibirlas. "Los partos, dice Montesquieu, no pudieron tolerar á un rey, que habiéndose educado en Roma, se mostraba afable con todos. La libertad ha parecido insoportable á algunos pueblos no acostumbrados á ella." Un capitular de 808 prueba con evidencia cuánto se esforzaba Carlos en restablecer la sencillez en la nacion, y reformar el lujo de los grandes, tan ruinoso para ellos, como opresivo para el pueblo: y llegó en esta ley santuaria hasta el punto de fijar el género y precio de las telas que cada uno debia usar segun su clase. Los

duques, que entonces aspiraban á la independencia, tenian córtes que competian con la de los reyes. Muchos se habian abrogado ya el derecho régio de labrar moneda. Pero, aunque llevase la efigie de Carlomagno, prohibió este que se acuñase en otra parte que en su palacio. Aun hizo mas: no pudiendo reprimir de otro modo la vanidad de los grandes señores, nombró solamente condes para casi todas las provincias. En este monarca podia descubrir el observador sorprendido muchos hombres diferentes: en los reales se admiraban del soldado endurecido en los trabajos, é intrépido en los peligros: en su casa del padre de familia, tierno y vigilante: en los parlamentos del legislador, benigno: en las solemnidades del monarca, respetable y altivo. Los reyes y emires de España le miraban como soberano, el califa de Oriente como amigo, los reyes de Escocia como protector, el emperador de los griegos como igual en dignidad y superior en poder.

Carlomagno queria que su nuevo imperio fuese tan respetable como el antiguo: y así, imitando las pomposas ceremonias de la corte de Oriente, se presentaba en público rodeado de grandes oficiales y dignatarios, vestidos con tanta magnificencia como los reyes. Las lecciones de lo pasado le habian enseñado á no tener *gobernador de palacio*:

el camarero mayor, el gran senescal ó *dapifer* (maestresala), y el condestable, ejercian las principales atribuciones de aquella dignidad suprimida. El arzobispo Hincmaro, formando minuciosamente el cuadro de la corte, enumera entre los empleos de ella el conde de palacio, el botiller, el mayordomo mayor, el apocrisario ó canciller, el mansionario ó aposentador, cuatro monteros y un alconero. El canciller asistia siempre al consejo del príncipe, y los otros dignatarios cuando se les llamaba. Todos estaban vestidos con tantas riquezas, y llevaban tanto séquito, que los embajadores de Bizancio, cuando se presentaron al emperador, al atravesar las cuatro salas, en que los recibieron honoríficamente cada uno de estos grandes, les hicieron los supremos homenages, creyendo que los rendian al príncipe; y su admiracion llegó á lo sumo cuando vieron en el quinto aposento á Carlos, mas brillante aun por su esplendor personal, que por el de los diamantes que enriquecian su adorno, apoyándose familiarmente sobre el hombro del obispo Haton, su embajador en Constantinopla, insultado poco antes por los griegos. La sorpresa y el respeto los hizo enmudecer, cuando el emperador les dijo con cierta suavidad, mezclada á la altivez: "el obispo os perdona: yo imitaré su generosidad, si expiais

vuestro yerro jurándome que tratareis en adelante á mis embajadores con mas decencia, miramiento y respeto." Los enviados del califa Harun, asistiendo á la solemnidad de una gran fiesta, vieron pasar por delante del palacio, primeramente todos los obispos y el clero en procesion, con tal pompa y magnificencia de ornamentos, que quedaron deslumbrados: despues el heróico ejército, con armas resplandecientes y los ricos despojos del mundo, hallados en el botin de Atila. Los embajadores mahometanos esclamaron: "en nuestros viages no hemos visto mas que hombres de barro; pero estos son de oro." No se admiraban menos los estrangeros de ver la hermosa basílica construida y enriquecida por Carlos, y el inmenso palacio, en cuyo recinto se alojaban todos los grandes de la corte con su séquito, y cuyos salones eran tan estensos, que se celebraban en ellos las juntas nacionales. Los estrangeros de suposicion eran alojados en él, y se les hacía todo el gasto. Los baños calientes tenian tanta estension, que el emperador convidaba á mas de cien personas para que nadasen con él. Pero lo que parecia mas digno de escitar admiracion y elogio, era el contraste entre la grandeza respetable del monarca de los francos, y su sencillez en la vida ordinaria. "Este lujo, segun él decia, es homenage hecho á la gloria

nacional, y necesidad pública: la sencillez en las costumbres familiares es una virtud privada." Siempre procuró persuadir á los grandes esta verdad; pero fueron poco dóciles, porque eran vanos. Un dia, viéndolos á todos vestidos de seda y pieles finas, con soberbias plumas en los bonetes, cuando él solo tenia, segun su costumbre, chaqueta de piel de nutria, túnica de lana y capa de paño azul, se divirtió en llevarlos consigo á cazar: las zarzas los destrozaron; el viento, la nieve y la lluvia los hicieron volver á palacio muertos de frio y en un estado miserable que hacian mas ridículo los vestigios de sus magníficos adornos. Carlos se secó pronto en un gran fuego, y con mucho placer de la comitiva, dijo á los cortesanos mojados, rotos y desfigurados: "insensatos jóvenes, ved la diferencia de vuestro lujo á mi sencillez: mis vestidos me cubren y defienden, cuestan poco y nó temen las injurias del tiempo, y se renuevan con prontitud y facilidad: vosotros gastais tesoros en vuestros vestidos, y un accidente los aniquila." En otra ocasion, habiendo inundado la lluvia la toca del emperador, le instaba su hijo Carlos á que tomase otra. "Yo no sabía, le dijo su padre, que era menester dos bonetes para una sola cabeza." Carlomagno sabía reprimir en sí mismo el vicio del egoismo que los príncipes, superiores á los demas hombres,

suelen manifestar sin vela: y muchas veces se molestaba por complacer á otros. Entonces era el uso general comer á las tres de la tarde; pero el emperador comia á las dos. Un obispo le censuró esta infraccion del uso general, y le aconsejó que se conformase á él. "Pues me dais ese consejo, es necesario que os sometais á sus consecuencias, y que no comais sino despues de los oficiales de palacio." Es de saber que en la corte habia cinco mesas que se servian consecutivamente: los duques servian al emperador, y comian despues de él: los condes servian á los duques, y comian mas tarde: lo mismo hacian los oficiales inferiores con respecto á los condes, y la comida de los últimos era ya por la noche. El obispo comprendió que Carlos no adelantaba una hora su comida, sino para retardar menos la de los demas. Ocupado sin cesar en disminuir las desgracias de los hombres, prohibió la mendicidad, y obligó á cada ciudad á que alimentase sus indigentes. Con el mismo objeto, y para atenuar la concentracion de las riquezas, y multiplicar el número de las familias acomodadas, prohibió que se acumulasen los empleos públicos. Si la mala conducta ó la rebelion escitaban su severidad, los servicios que se le hacian hallaban siempre gratitud. Un señor, llamado Isamberto, habia ofendido á Hermangarda,

nuera de Carlos, declarándole atrevidamente que la amaba: y por queja de ella fue desterrado de la corte, destituido de sus empleos, y privado de sus beneficios. Poco despues Carlos, entregándose con demasiado ardor á su aficion á la caza, fue acometido y herido en una pierna por un búfalo furioso, que á pesar de la resistencia del monarca, le derribó é iba á matarle, cuando de improviso sale del bosque cercano un hombre con la espada desembainada, y tiende muerto en la tierra al animal. Carlos aparenta no conocer á su libertador, que huyó: llegan los cortesanos, é instan al príncipe que se cure la herida. "No, dijo él: quiero presentarme á la reina en la misma situacion que estoy." Vuelve á palacio, entra en el cuarto de Hermangarda, que gimió al ver destrozada la bota, ensangrentada la pierna, y la cabeza monstruosa del búfalo, que llevaba en la mano. "¿Cuánto creeis, le dijo Carlos, que debo al hombre que me ha salvado de tal peligro?" "¡Cuánto le debemos todos!" replicó la reina. "Pues bien, repuso el emperador, pedidme su perdon, porque es Isamberto, desterrado por causa vuestra." El leude fue restituido inmediatamente á sus bienes y dignidades. Casi todos los historiadores han citado con elogios muy justos el capitular del año 800, en que Carlomagno habla con la mayor escrupulosidad y

como un buen colono, de la venta de los huevos, legumbres, frutas, granos y forrages de sus posesiones rurales. Esto era, en efecto, arreglar su *hacienda:* porque no subsistiendo los reyes sino de sus tierras, la cuenta de sus granjas servía de *presupuesto del tesoro.* Prefiriendo siempre el interes general al suyo, limitaba sus riquezas á sus rentas propias, y reservaba para la nacion los tesoros conquistados por sus armas. Sus reglamentos para la administracion de sus bienes servian á los grandes de ejemplo y leccion. "Habia distribuido á sus pueblos, dice Montesquieu, todas las riquezas de los lombardos, y los inmensos despojos del universo amontonados por los hunnos. Un padre de familias podria aprender en este capitular á gobernar su casa: en él se vé la fuente pura y sagrada de donde sacaba sus riquezas Carlomagno."

Apenas hubo restablecido el orden en Roma, y arreglado el gobierno de esta ciudad, volvió á Francia, dejando á la iglesia de San Pedro magníficas señales de su magnificencia en muchos vasos, mesas y cruces de oro y plata macizos, un Evangelio bordado de esmeraldas y una corona de oro de doscientas libras de peso. Aunque Carlos, su hijo mayor, no tenia reino, fué coronado tambien por el papa; y acaso procedió de este hecho el uso, conservado hasta nuestros dias,

de elegir rey de romanos en vida del emperador. A la noticia imprevista del renacimiento del imperio de Oriente, gimió indignada Constantinopla por la pérdida que sufria y la imposibilidad de repararla. La ira general se volvió contra el gobierno, siendo impotente contra el enemigo. Los griegos atribuían su humillacion á la debilidad de Irene. Esta emperatriz se veía espuesta sin defensa alguna al odio y menosprecio general. Acometida por los ejércitos formidables del califa Harun, amenazada por los tártaros que llegaban en sus correrías hasta las puertas de Constantinopla, rodeada de conjuraciones y enemigos en su misma córte, buscaba un protector. Incapaz, en medio de tantos peligros, de volver sus armas contra Carlos, resolvió tomarle por esposo con la esperanza de recobrar, uniendo los dos imperios, el que habia perdido, y de conservar el que temia perder á cada instante. El papa la animó esperando estinguir el cisma naciente y evitar que Italia fuese teatro de una guerra larga y sangrienta entre francos y griegos. Es posible que una ocasion tan favorable para reunir, como Constantino y Teodosio, los dos imperios bajo su dominacion, halagase por un momento el orgullo de Carlomagno; pero la historia de aquel tiempo nos ha dejado acerca de esta negociacion mas probabilidades que

pruebas. Teofánes, autor griego, asegura que Carlomagno fue el primer autor del proyecto de matrimonio: los historiadores franceses lo atribuyen á Irene con mas visos de verdad; pues esta princesa, que se sostenia dificilmente sobre un trono manchado de sangre, debia desear la proteccion de un monarca vencedor y poderoso: cuando esta union solo ofrecia á Carlomagno derechos quiméricos sobre un pais donde la corona era electiva: y por otra parte no podria el emperador mirar sin disgusto la oferta de la mano ensangrentada que le presentaba una muger tan despreciada como aborrecida. Pero sea como fuere, pronto se desvanecieron las esperanzas del pontífice, de Irene y de Carlos. Hicieron traicion á la emperatriz sus ministros y aun el eunuco Aecio, uno de sus mas íntimos validos, que burló su proyecto divulgándolo. Los griegos supieron con indignacion que su pais iba á ser una provincia del imperio franco. Los grandes de Constantinopla, temiendo el dominio de un príncipe que sabia reinar, inflamaron la ira del pueblo. Se sublevaron, destronaron y desterraron á Irene, y dieron el cetro á Nicéforo. Entonces fue cuando el obispo Haton, embajador de Carlomagno, y testigo de esta revolucion, prorrumpió en amenazas. y fue insultado por la plebe. Nicéforo, que no habia podido contener el ímpetu de

un pueblo vano y leve, quiso prevenir las graves consecuencias de un rompimiento que podia ser funesto á su poder mal afirmado, envió embajadores á Carlomagno; le reconoció por emperador de Occidente, le pidió la paz, y solicitó el olvido de la injuria hecha á su enviado. Los embajadores griegos se presentaron á Carlomagno en Seltz, ciudad de Alsacia. El monge de San Gall dice que "para castigar su ligereza, se las fatigó y obligó á grandes gastos, alejándolos por mucho tiempo del término de su viage, y haciéndoles andar por malos caminos, y dar largos rodeos."

Conquista de Bohemia y Cataluña (803). Carlos, como ya hemos contado, despues de recibirlos con altanería, los perdonó con generosidad: la conquista de Oriente demasiado larga, dispendiosa é incierta, no podia deslumbrar á un príncipe tan hábil. Contento con haber inspirado un terror saludable al nuevo emperador de los griegos, y de obligarle á reconocer su elevacion al imperio de Occidente, asentó paces con él, y arregló los límites de ambos estados. En este tratado de repartimiento, firmado en 803, los dos imperios conservaron con poca diferencia sus antiguas posesiones: Istria, Pannonia y Dalmacia entraron en la parte de Carlos. Venecia quedó bajo la soberanía mas aparente que real, del emperador de los griegos. Grimoal-

do, duque de Benevento, sabiendo esta pacificacion, y no esperando ningun socorro de Bizancio, depuso las armas, se sometió, y logró del rey de Italia una gran disminucion del tributo que se le habia impuesto.

Sin embargo, las armas de los francos no estuvieron mucho tiempo ociosas: la Bohemia se rebeló de nuevo, y el hijo mayor del emperador la conquistó segunda vez. Los sarracenos, casi tan temibles por mar como por tierra, desembarcaron en Cerdeña, y amenazaron á Córcega. Bouchard, almirante de Carlomagno, los arrojó de las islas, y derrotó su escuadra; y Luis, rey de Aquitánia, despues de muchos combates con vario suceso, recobró á Lérida y á Tortosa, y se hizo dueño de toda la Marca de España hasta el Ebro.

Colonia de sajones en Bélgica (804). En aquellos siglos siempre se formaban y crecian en el norte las tempestades contra el Occidente. Estalló de nuevo la guerra en Sajonia: los sajones, que se habian refugiado en dinamarca, salieron de los hielos de Escandinavia, como si hubiesen resucitado y dejado sus sepulcros. Su pais, que era ya un desierto con tantas invasiones y derrotas, se volvió á poblar repentinamente de guerreros, cuya ira inflamaban los largos infortunios del destierro. Volvieron á las armas, reanimaron sus esperanzas; pero la fortuna, por lo comun tan in-

constante, se mostro siempre fiel á Carlomagno, siempre tenaz en su rigor contra los sajones: fueron vencidos de nuevo, y se llevaron á Flandes diez mil de ellos; donde conservaron por tanto tiempo sus costumbres belicosas y su turbulencia, que cuando los flamencos se rebelaron en el reinado de Felipe de Valois, se decia como proverbio en Francia: "Carlomagno, mezclando los sajones con los flamencos, hizo de un diablo dos." Segun Eginardo, este último triunfo terminó una guerra de treinta y tres años; pero en realidad, esta guerra continuaba casi sin intermision desde la conquista de Galia por los francos. Todos los reyes merovingios, y los gobernadores de palacio que reinaron en su nombre, emplearon sin cesar sus fuerzas contra aquella nacion guerrera, que pudieron vencer, mas no someter, y que el genio de Carlomagno no subyugó sino esterminándola.

Poco tiempo despues, el temor de nuevas turbaciones, que amenazaban á Italia, obligó al papa Leon á hacer otro viage á Francia. Vino á hablar con Carlomagno en Rheims, donde le informó de las disensiones de Venecia que podian por sus consecuencias encender el fuego de la guerra entre los dos imperios. Cuando los hunnos invadieron á Italia, muchos romanos, fugitivos de la cuchilla, y de las cadenas de los bárbaros, llevaron

á las lagunas que ciñen las playas del Adriático su orgullo, su valor y su independencia. Allí nació, creció y se hizo ilustre la república de Venecia, y no tardó en desplegar la actividad fecunda, que es madre de la industria y de la riqueza, y la constancia intrépida, que es el escudo de la independencia. Venecia, imitando á Roma, creó al principio tribunos: despues en lugar de cónsules, eligió un dux llamado *dogo* por los italianos. Hubo desavenencias entre el patriarca Fortunato, arzobispo de Grado; y el gobierno de la república, y el prelado fue depuesto, á pesar de la proteccion del sumo pontífice. Añadióse á esta desavenencia otro motivo político. Venecia no podia ser por mucho tiempo indiferente á las disensiones, que aunque solapadas, habia entre los dos imperios: los tribunos de las islas venecianas y de tierra firme se declararon á favor de Carlomagno, y el dux á favor de los griegos. Entrambos partidos tomaron las armas: el patriarca, en medio de estas discordias, volvió á su silla, pero el dux marchó contra él, le hizo prisionero y mandó despeñarle desde lo alto de una torre. El emperador, sabedor de estos sucesos por el papa, mandó al rey de Italia que declarase guerra á la republica. El dux imploró el socorro del emperador Nicéforo. Pipino atacó á los ve-

necianos, y si se ha de creer á los historiadores de Italia, sufrió al principio algunas derrotas. Nicétas se presentó poco despues en las costas de Italia con una armada griega, y emprendió apoderarse de Comaquio: pero el almirante Bouchard le derrotó, dispersó sus navíos, y terminó así una guerra poco memorable, cuyos sucesos cuentan con oscuridad los historiadores de aquel tiempo. Lo que parece cierto es que Venecia continuó despues reconociendo la soberanía del emperador de Oriente: Dalmacia, la de Carlomagno, y que en los reinados de Nicéforo y de Miguel Curapalato no se perturbó la paz de los dos imperios.

Division del imperio (806). Aprovechándose Carlomagno de esta paz general que sus triunfos habian en fin adquirido á Francia, creyó necesario asegurar la prolongacion de la tranquilidad pública: y de acuerdo con los grandes y el pueblo, hizo su testamento, y repartió sus estados entre sus hijos. Este capitular ó testamento, que se halla inserto en la obra de Baluzio, contiene una introduccion y veinte capítulos: los tres primeros señalan los límites de los estados de cada príncipe: el cuarto determina cómo habia de repartirse la herencia de cada uno, en caso de muerte, entre los otros dos que le sobreviviesen. El quinto es muy notable: pues de-

muestra sin réplica, contra la autoridad de Cujacio y de Dutillet, que el trono, hereditario *de hecho*, era electivo *de derecho*; y dice literalmente, que "si uno de los tres príncipes tuviese un hijo, á quien el pueblo eligiese para suceder á su padre, los tios quedarian obligados á sostener este orden de sucesion." Los artículos siguientes tienen por objeto impedir las disensiones que podrian suscitarse entre los tres hermanos. El 14.º pinta las costumbres del siglo: prevee el caso en que una disputa sobre los límites de los tres reinos no pueda resolverse por declaracion de testigos: y como solo estos podian suplir entonces la falta de mapas geográficos y documentos, y sin tales medios no se conocia otro para quitar las dudas, sino la guerra, el duelo ó el juicio de la cruz, Carlomagno prohibió á sus hijos toda especie de combate ó violencia, y les mandó atenerse al *juicio de la cruz*, que en aquel siglo se creía equivalente al juicio de Dios.

Para proceder á él, cada una de las dos partes elegía un campeon ó defensor que iba solemnemente á la iglesia: puestos en frente del altar, debian entrambos levantar sus brazos al cielo, ponerlos en forma de cruz uno sobre otro, y conservarlos en aquella postura hasta el fin de la misa; y ganaba aquella parte, cuyo campeon se mantenia

por mas tiempo en aquella actitud incómoda. El artículo 18.º de este capitular memorable bastaría por sí solo para darnos idea exácta de la barbarie de las costumbres y de la inquietud que inspiraban á Carlomagno acerca de la suerte de su familia; pues prohibe á sus hijos dar muerte á los hijos de sus hermanos, mutilarlos, privarlos de la vista ó desterrarlos á un monasterio sin haber éxaminado con madurez las acusaciones intentadas contra ellos. Estas tristes precauciones y la prohibicion espresa de Carlomagno libran su memoria de la mancha indeleble que afeaba entonces los tronos de Oriente y Occidente, y que contagió despues á los emperadores otomanos.

Los políticos modernos reprenden en Carlomagno como un grave yerro la division de sus estados; pero este yerro fue del siglo, no suyo: era forzoso obedecer á la costumbre. Si hubiera dejado toda su sucesion á un solo hijo, los otros dos hubieran hallado, como los príncipes merovingios, un gran número de guerreros resueltos á sostener sus pretensiones y á destrozar á Francia con guerra civil. Ademas, el imperio era entonces muy estenso, y cargando á uno solo un peso tan grande, hubiera sido preciso darle en herencia su genio juntamente con su poder. Este famoso capitular se firmó en un parlamento celebrado

en Thionville: la junta prometió cuidar de que se cumpliese. Eginardo llevó este acto al papa, que lo firmó, ó si se ha de creer á Dom Bouquet, lo confirmó. Los publicistas franceses no creen que Carlomagno, por esta deferencia, sometió los derechos de la corona á la confirmacion de la santa Sede, sino que dió mas autenticidad á las obligaciones impuestas por aquel acto á sus hijos y á sus pueblos. Lo mas probable es, que su intencion fue hacer mas inviolable el testamento, dándole un carácter religioso, única autoridad respetada en aquellos siglos, y que llego á someter las coronas á la tiara.

Guerra contra Gotrico rey de Dinamarca (808). Las victorias multiplicadas de Carlomagno, compradas á precio de tanta sangre y tantos combates, habian disminuido considerablemente la poblacion del imperio, estendiendo sus límites. Los franceses estaban fatigados con sus mismos triunfos, y los ejércitos se reclutaban difícilmente. Gotrico ó Godofre, rey de Dinamarca, creyó que podria aprovecharse de este cansancio y debilidad: uniendo sus armas á las de los esclavones Wilsos, acometió á los abroditas, establecidos en Sajonia por órden de Carlos, los venció, mató á traicion su caudillo, los sometió á un tributo, quemó el puerto de Rerico, se llevó cautiva una parte de la poblacion

se coligó con los livonios, y al mismo tiempo defendió sus fronteras con grandes atrincheramientos. El hijo mayor del emperador marchó contra él, dió muerte á su sobrino en un combate, y consiguió triunfos ilustres y sangrientos; pero debe creerse que fueron poco decisivos, pues Carlomagno pidió una conferencia, y envió doce condes, cuya negociacion fue inútil, y no se pudo hacer la paz. El emperador, para reprimir las correrías de los dinamarqueses, mandó fundar y fortificar la ciudad de Esselfeld en la confluencia del Elba y del Stura. La misma escasez de hombres y de armas hizo que el rey de Aquitánia esperimentase algunas derrotas: los sarracenos saquearon la isla de Córcega: los piratas griegos talaron las costas de Toscana; y en fin, cuando el emperador reunió el parlamento en Aix la Chapelle, y se preparaba á hacer guerra á los dinamarqueses, supo que doscientos bageles de esta nacion abordando á las playas de Frisia, desembarcaban en ella un poderoso ejército. Estos guerreros escandinavos, harto famosos despues con el nombre de normandos, devastando las islas habian vencido á los frisones é impuéstoles tributos.

Eginardo dice que Carlos recibió grande enojo con esta noticia, y mandó alistar tropas en todas partes. Segun su impaciencia,

le parecia que se reunian con mucha lentitud. Cuando las tuvo juntas marchó á su frente, y puso los reales en la confluencia del Weser y del Aller. Allí recibió una noticia, que disipando sus temores, le probó que la fortuna le era favorable libertándole de un peligro en que acaso hubiera naufragado. El rey Godofre, su terrible enemigo, fue asesinado por algunos oficiales rebeldes. Los dinamarqueses se volvieron á embarcar, y su armada desapareció.

Paz general (810). Poco despues llegaron á la corte de Carlos embajadores de Hemmingo, sobrino y sucesor de Godofre, de Nicéforo, emperador de Oriente, y del rey de Córdoba, que le pidieron y obtuvieron paz definitiva: y así, este año, que habia comenzado con todos los síntomas de una guerra general, se terminó con una paz general, y en la primavera de 811 doce condes franceses, y otros tantos dinamarqueses, se reunieron en las orillas del Eider; arreglaron los límites de Dinamarca y del imperio, y confirmaron la paz con sus juramentos.

Carlomagno, aunque muy favorecido de la fortuna, estaba tambien destinado á sufrir sus rigores. Victorioso y feliz hasta entonces, en el mismo momento que daba á sus pueblos la paz por tantos años deseada, esperimentó desgracias tanto mas dolorosas cuanto este

gran príncipe unia al carácter mas firme el mas sensible corazon. Su hijo mayor, esperanza brillante de los franceses, y en el cual veía ya renacer su gloria, murió sin dejar sucesion. Pipino, rey de Italia, célebre ya por sus talentos militares, respetado y querido de sus pueblos, falleció tambien: su hijo Bernardo heredó su cetro. Al mismo tiempo perdió Carlos á su hermana Gisela y á su hija Rotrudis. Los francos, bárbaros aun, confundian el valor y la dureza de tal modo, que se admiraron de ver que su príncipe era hombre; reprendieron sus lágrimas, y censuraron su justo dolor como flaqueza.

Luis, rey de Aquitánia, asociado al imperio (811). El emperador hizo nuevo testamento, que Eginardo inserta entero en su obra. Por él dejó los dos tercios de sus muebles y tesoros á las iglesias metropolitanas y á los pobres, y declaró que Bernardo conservaria el reino de Italia, y Luis, rey de Aquitania, poseería los demas estados.

Las enfermedades de la vejez hacian sentir cada dia con mas fuerza al invencible Carlos, que el tiempo, destrüidor de todas las cosas, iba á triunfar de él. Quiso que Luis, ya su hijo único, le sucediese en el trono imperial y en el de los francos, y para esto no solicitó ni el voto de la santa Sede, cuyas pretensiones no queria estender, ni el del

pueblo romano, harto envilecido entonces para que fuese deseada ó estimada su aprobacion. Determinó pues que su sucesor no debiese su elevacion sino á los votos del pueblo frances. En la primavera de 813 convocó la asamblea nacional á Aix la Chapelle, é hizo venir á esta ciudad al rey de Aquitánia. Presentóle al clero, á los duques, á los condes, á los señores y al pueblo; y despues de haberles recordado en un discurso patético sus afanes y hazañas, la gloria que debia al esfuerzo, valor y lealtad de sus vasallos, les preguntó si para perpetuar esta gloria, asegurar su prosperidad y consolidar el trono imperial que ellos habian vuelto á erigir, querian desde aquel momento asociar á Luis al imperio. La crónica de Moissiac dice que esta proposicion fue recibida con aplauso general, y aprobada con aclamaciones unánimes. El domingo siguiente se celebró el parlamento en la Iglesia. Luis, proclamado por los francos, emperador de Occidente, juró en presencia de los grandes y del pueblo, reinar segun las leyes: y Carlos, despues de haberle recomendado solemnemente sus vasallos y su familia, le mandó que fuese al altar á tomar una corona de oro, que estaba en él, y se la pusiese en la cabeza. Este hecho memorable y no contestado, basta para impugnar la opinion de los historiadores romanos, se-

gun los cuales Carlos reconoció en el papa el derecho de disponer del imperio.

Conforme sentia Carlos disminuir sus fuerzas, era mayor el deseo de conservar la paz, desconocido antes á su alma activa: y así en el último año de su vida solo trató de consolidarla, aunque todas las circunstancias fuesen entonces favorables á su ambicion. El emperador Nicéforo murió peleando contra los búlgaros, y dejó á su sucesor un cetro quebrantado. El Norte, destrozado por facciones, era víctima de dos rivales que disputaban el trono de Gutrico. Los sarracenos y españoles habian agotado sus fuerzas con guerras contínuas: y si Carlomagno no hubiese conservado en esta época el fuego, la energía y la temeridad de su juventud, hubiera podido sin grandes obstáculos, y mas fácilmente que Teodosio, completar la conquista del imperio romano. Pero aquel grande astro se inclinaba hácia su ocaso, y no tardó en desaparecer. Europa, vuelta á sumergir en las tinieblas anteriores, vió caer en breve desmoronada su potencia colosal, sin conservar mas que algunos débiles rayos y grandes recuerdos de su gloria.

Ultima enfermedad de Carlos (813). En todos tiempos han creido los hombres, por un principio de orgullo que les hace olvidar la fragilidad de las grandezas humanas, que

á caida de los héroes debe ser anunciada por prodigios y aberraciones del órden general de la naturaleza. Los contemporáneos de Carlomagno dijeron que habia precedido á su muerte grandes presagios. Poco antes de su fallecimiento, segun ellos, hubo eclipses de luna y sol: cuando Carlos marchaba contra los dinamarqueses, una llama, que salió del cielo, pasó rápidamente de su derecha á su izquierda, y al mismo tiempo se le desató el peto, cayó muerto su caballo, y se rompió el dardo que tenia en la mano. El puente de Maguncia se quemó con incendio repentino: los subterráneos del palacio imperial resonaron con gemidos sordos: se desplomó la galería que iba del palacio á la capilla: el globo de oro, que brillaba sobre la iglesia, fue herido del rayo, el cual borró las palabras *Carlos príncipe*, de una inscripcion que habia en el mismo templo. Pero harto preparados estaban los ánimos para este triste suceso con indicios mas ciertos. El rey tenia setenta y un años: su debilidad se aumentaba diariamente, solo su infatigable actividad, carácter distintivo de todos los hombres célebres, luchaba aun contra los golpes de la muerte próxima. Hasta entonces, negado al descanso, habia emprendido largos viages, dado terribles y sangrientas batallas, preparado leyes, meditado y discutido grandes proyectos de re-

forma y gobierno: unas veces emprendía caminos, formaba canales, levantaba edificios: otras, visitaba las playas y provincias, armaba escuadras, recibia memoriales, reparaba injusticias, y desde una estremidad á otra de su vasto imperio, restablecia ó conservaba el órden con su presencia frecuente y siempre inopinada; pero cuando la edad y la paz le condenaron á la inaccion, solamente la caza le daba algun ejercicio, ofreciendo á su fantasía la última y débil imágen de la guerra.

El 1.º de noviembre de 813 la naturaleza, mas fuerte que él, domó su valor, y no volvió á salir de su palacio. Consagró sus últimos dias á la oracion y limosna, y á una obra que habia emprendido para conciliar los testos griego y siriaco de algunos libros de la Escritura. No tenia fe en la medicina, y así no llamó á los médicos en su socorro. A principios de enero de 814 le acometió la calentura al salir del baño, y mientras la tuvo no tomó ningun alimento. Su limosnero Hildebaldo le administró el Viático, y la señal de la cruz fue su último movimiento. Espiró pronunciando estas palabras: *in manus tuas commendo spiritum meum.* Este grande varon, que dió su nombre á su siglo y á su familia, bajó al sepulcro, llevando consigo la gloria de Francia, el veinte y ocho de enero de 814, á los setenta y dos años de su edad.

Habia reinado cuarenta y siete en Francia, y catorce como emperador de Occidente. Fue sepultado en Aix la Chapelle en una bóveda que se entpaderó. Se le colocó sentado sobre trono de oro, revestido de los hábitos imperiales y del cilicio que llevaba casi siempre, asegurado el manto real á la espalda del cinturon pendia su acero: tenia en la cabeza la corona imperial, sobre sus rodillas el saco de peregrino y el libro de los evangelios, y el cetro y el escudo á los pies. Quemáronse muchos aromas en la bóveda: se pusiéron en ella monedas de oro, y luego la sellaron. Sobre su sepulcro se erigió un soberbio arco de triunfo, en el cual se grabó esta inscripcion noble y sencilla: "Aquí descansa el cuerpo de Carlos, emperador grande y ortodoxo, que estendió con gloria el reino de Francia, y le gobernó con felicidad cuarenta y siete años." Si Montesquieu pagó al genio mas grande de la edad moderna el debido homenage, Gibbon y Voltaire, arrebatados por sus preocupaciones antireligiosas, han tratado de denigrar á Carlos; no porque este héroe careciese de defectos: el rigor de sus edictos contra los sajones, y su inclinacion al bello sexo, son dignas de censura; pero estos filósofos censuraron en él lo que constituye su mayor gloria, que es haber cimentado sobre el principio religioso, que era la única máxi-

ma social de su siglo, el vasto imperio que debió á su valor y á sus armas. M. de Sacy dice que si Carlos hubiera vivido en un siglo menos grosero, se habria igualado con Marco Aurelio.

Su reinado célebre es una era nueva de la Europa moderna. La Iglesia le debió su independencia, el imperio de Occidente su renacimiento, las ciencias y artes nuevo esplendor, su civilizacion la Germánia, y Francia su reposo y su grandeza. Todos los tronos y familias ilustres, todas las instituciones y corporaciones célebres de Europa, se han esforzado con orgullo en probar que deben su orígen á Carlomagno, y aun se le ha atribuido la ereccion de los pares y de la universidad, á pesar de que no fueron conocidos hasta la tercer dinastía de los reyes de Francia. Fue restaurador del orden público, de la justicia y de la disciplina: firme apoyo de la religion, protector de las letras, defènsor del pobre y del oprimido contra los grandes, sostenedor de las leyes y derechos, vencedor de los sarracenos, conquistador de Alemania é Italia. Europa le llamó grande, y la Iglesia le colocó en el número de los santos (1). Su

---

(1) Es cierto que le canonizó el Antipapa Pascual III. Lo es igualmente que algunas iglesias particulares, y en-

genio exaltó la fantasía de los cronistas, poetas y novelistas, y todos le han pintado hasta en nuestros dias como un meteoro colosal y brillante, rodeado de prestigios y de un séquito fabuloso de encantadores, paladines, hadas y mágicos. Su memoria fue amada tantos años, que aun despues de la caida de su dinastía, el matrimonio de un rey de Francia con una princesa, que segun se creía era descendiente suya, causó en el reino júbilo universal. Pero de todos los elogios prodigados á este monarca, acaso el mas honroso es el de un autor contemporáneo, historiador de Luis el piadoso: este elogio, que repitieron todos los pueblos del imperio, escepto los sajones, se reduce á estas palabras: *Murió el hombre justo.* *

---

tre ellas la de Gerona, le han tributado culto, y aun en los libros litúrgicos antiguos de la citada Iglesia se halla el oficio que rezaba, como se ve en el tomo 43 de la España Sagrada: pero ni un Antipapa es la Iglesia, y esto ha confirmado la canonizacion, aunque haya tolerado el culto donde se le tributaba, y hasta la iglesia de Gerona, que tanto cree deber á Carlomagno, hace muchos años que dejó de darle culto. (*Nota del Editor*).

CAPITULO XV.

Luis primero el piadoso.

Luis I, emperador y rey de Francia. Lotario, rey de Baviera. Pipino, rey de Aquitánia. Viage á Francia del pontífice Esteban V. Lotario asociado al imperio: Luis rey de Baviera. Rebelion de Bernardo. Invasion de los normandos en Neustria y Aquitánia. Lotario, rey de Italia. Parlamento de Attigny sobre el Aisne. Coronacion de Lotario en Roma. Rebelion de los bretones. Rebelion de los gascones. Principios de la guerra civil. Carlos, rey de Alemania. Prision y libertad de Luis. Nueva rebelion de los príncipes. Campo de la mentira. Penitencia pública de Luis. Nueva guerra civil. Nueva division del imperio, y nuevas discordias. Coronacion de Carlos. Muerte de Pipino. Sedicion en Aquitánia.

Luis I, emperador y rey de Francia (814). Carlomagno tuvo quien heredase su poder, mas no su fortuna y talento. La Providencia hizo un prodigio en favor de Francia, creando sucesivamente para ella y de la misma familia tres héroes como Carlos Martel, Pipi-

no y Carlomagno. Montesquieu anuncia en estos términos el reinado deplorable del príncipe que sucedió al célebre fundador del imperio de Occidente: "cuando Augusto estaba en Egipto, quiso que abriesen el sepulcro de Alejandro el Grande. Preguntósele si queria ver tambien los de los Ptolomeos, y él respondió, que deseaba ver reyes y no difuntos. Así en la historia de la segunda dinastía se busca á Pipino y á Carlomagno, porque se desea ver reyes y no muertos." Esta reflexion nos parece mas brillante que exacta. Dos clases de ejemplos son útiles á los hombres, los que deben imitar, y los que deben huir: los reinados heróicos obran grandes prodigios: los débiles producen grandes catástrofes. Así la flaqueza y la tiranía ofrecen á los historiadores, como el genio y la virtud, cuadros igualmente dignos de estudio, y dan á los hombres lecciones diferentes, pero de igual utilidad. "Un príncipe, continúa Montesquieu, juguete de las facciones, y víctima aun de su misma bondad: un príncipe que no supo inspirar ni respeto ni amor, que con vicios en el corazon tenía en su cabeza errores de toda clase, tomó en su mano las riendas del imperio, que el gran Carlos habia tenido en las suyas. Cuando el universo lamenta la muerte de su padre: cuando todos sorprendidos preguntan por el héroe, y no le hallan,

apresurando Luis sus pasos para subir al trono, envía delante emisarios y confidentes suyos que prendan á los que habian contribuido á los desórdenes de sus hermanas, y dá motivo á sangrientas escenas. Esta fue una precipitacion imprudente: comenzó á castigar los delitos domésticos antes de llegar á palacio, y á enagenar los ánimos antes de ser dueño del imperio." Sin embargo, este príncipe era la brillante esperanza de la nacion francesa: y hasta el momento en que subió al trono no se habian notado en él sino las cualidades y virtudes que inspiran afecto y veneracion.

Su estatura fue noble y elevada: su mirar, suave y magestuoso: ningun guerrero era mas hábil que él en los ejercicios militares: hablaba con facilidad los idiomas latino, griego y romance (1): peleó muchas veces á vista de su padre; y los enemigos del imperio admiraban su valor. Los pueblos de Aquitánia celebraban su justicia y bondad: el clero alababa su erudicion en teología y su piedad: en fin, era aficionado á la música y á las artes. Carlomagno solo habia censurado

(1) Dábase este nombre al lenguage misto de latin y de las lenguas bárbaras. El romance era diverso en cada nacion, y de él procedieron las lenguas española, francesa é italiana con sus dialectos. (*N. del T.*)

en él su propension á la prodigalidad, y su facilidad en seguir los consejos de algunos validos subalternos; pero dócil á las lecciones de su padre, reparó con una severa reforma los desórdenes que causaba su debilidad; y Cárlos, padre muy amante, quizá para ser buen adivino, esclamó con júbilo: "en fin, tengo un hijo digno de mí." Solo via en su joven heredero al vencedor de los gascones, hunnos y sajones, y al conquistador de Barcelona; é ignoraba sin duda lo que observadores mas atentos vian en Luis, á saber: una devocion mas ardiente que ilustrada, y que le hacia olvidar las obligaciones del trono por cumplir las que son propias del eremita. Parecíale preferible la gloria de su tio Carloмano, que dejó el mundo por el claustro, á la de su padre; y así era á los ojos de la virtud y del cielo; pero no justificó esta preferencia con su conducta: por eso perdió entrambas palmas. Alcuino y San Paulino, notando con imparcialidad sus cualidades y defectos, decian que: "Luis hubiera sido tan feliz como su padre, sino hubiese descuidado las virtudes de rey por cultivar las de monge:" Luis poseía en Aquitánia cuatro casas reales: cada uno de estos dominios bastaba para mantener toda su corte cuatro años. La economía que adoptó por órden de su padre, le dió medios para aliviar al pueblo, y liber-

tarle de una parte de los gravámenes á que estaba obligado por el gasto de los viages de los príncipes. Logró por premio de su bondad el tributo mas glorioso de la gratitud pública. Francia estaba exausta por guerras tan contínuas, que habian reducido los colonos á la servidumbre: la mayor parte de los hombres libres se habian convertido en tributarios: el pueblo no esperaba contra los grandes, ni imploraba mas auxilio que el del cetro, y todos pusieron su confianza en el jóven monarca, cuyas virtudes conocian y cuya debilidad ignoraban.

Recibiendo homenages afectuosos y sinceros, su viage desde los Pirineos hasta las orillas del Rin fue una marcha triunfal; pero los primeros actos de su reinado rompieron el velo de la ilusion, manifestando á un mismo tiempo virtudes muy rígidas, espíritu muy suspicaz, y carácter muy incierto. Adelardo y Vala, nietos de Carlos Martel, y ministros de su padre, fueron los primeros objetos de su desconfianza. Tuvo la imprudencia de no encubrirla, y su temor no se disipó hasta que los vió salir á recibirle, acompañados de todos los grandes de la corte. El palacio de Carlomagno, ilustre por la gloria de este héroe, se habia contaminado á los ojos de la moral y de la religion con los escesos y amoríos de las siete hijas de Carlos y las cinco de

Pipino. El emperador, harto indulgente, se habia desentendido de sus desórdenes, en los cuales tenian por cómplices á sus mas nobles compañeros de armas: y en esta parte, el palacio del monarca cristiano se parecia mucho al del califa Harun Al Rasquild, su rival en gloria, lujo y magnificencia. Luis, demasiado severo en sus costumbres, y olvidando el respeto que debia á la memoria de su padre, quiso castigar ruidosamente lo que debia corregir con prudencia. Cuando su familia esperaba sus abrazos, él meditaba castigos, y antes de entrar en el palacio paternal se creyó obligado á purificarle. Todas las damas, acusadas de amoríos, fueron despedidas; las doce princesas desterradas, y sus amantes condenados á muerte. A uno de ellos, llamado Tulio, se le arrancaron los ojos: Audoino, antes de morir, mató al conde Garnier que fue á prenderle: casi todos los señores que componian la corte de Carlos, fueron echados de palacio. Así, por una precipitacion ciega y un rigor escesivo, Luis, llamado entonces el *Piadoso*, y que merecia mas bien el nombre de *Cruel*, antes de subir al trono, sembró alrededor de él las tempestades que lo derribaron. El nuevo emperador, animado escesivamente del ardor de justicia, que, no sostenido es flaqueza, envió prontamente á todo el imperio comisarios régios, encargados

de restituir á los hombres libres todos los bienes patrimoniales que los grandes les habian quitado. Al mismo tiempo devolvió á los frisones y sajones el derecho de heredar. Todos estos actos de justicia, muy loables, si se hubiese meditado con mas prudencia su ejecucion, descontentaron á los señores francos, que perdian repentinamente una gran parte de riquezas. Los ministros de su padre hubieran podido instruirle en esta y otras materias; pero el obispo de Orleans los habia hecho sospechosos, principalmente á Vala, á quien suponia dispuesto á favorecer las pretensiones ambiciosas de su sobrino Bernardo, rey de Italia. Luis siguió los consejos de Benito, monge respetable por su piedad, pero sin esperiencia en el gobierno. M. Hallam, escritor ingles, cediendo al respeto que le inspiran las intenciones virtuosas de Luis, le defiende, y dice que "los historiadores tienen, por lo comun, mas indulgencia para los crímenes brillantes que para las debilidades de la virtud." Sin embargo, su juicio, sin advertirlo él mismo, no es menos rígido que el nuestro. "Luis, dice, inteligente, valeroso, instruido, deseoso del bien y de las reformas saludables, se mostraba superior aun á su padre mismo en los capitulares: sus infortunios procedieron de su corazon: unía á un carácter muy debil una conciencia muy severa."

El juicio de Mably, acerca de este príncipe, es menos indulgente y mas justo: "la vista de Luis, que hubiera debido estenderse á todo el reino, no pasaba del recinto de palacio: hizo reglamentos provisorios, y quiso poner los decretos de su gabinete en lugar de las leyes." Demasiado pródigo en sus dones, y severo en sus castigos, comenzó á hacer hereditarios los beneficios: concedió uno en el condado de Narbona al leude Juan, para que lo transmitiese á sus hijos y á su posteridad. Iguales beneficios dió á los señores Agenulfo, Sulberto, Ecart y otros muchos. Grimoaldo, duque de Benevento, logró rebaja en el tributo que debia pagar. Bernardo, rey de Italia, á quien ya se le miraba casi como enemigo, vino á Aix la Chapelle. Su sumision calmó los temores del emperador, y volvió á sus estados muy satisfecho del recibimiento que habia debido mas bien al miedo que al cariño.

Lotario rey de Baviera: *Pipino, rey de Aquitánia* (815). A pesar de estos yerros, el respeto que impuso á Europa el reinado heróico de Carlomagno duraba todavía. Leon el Armenio, emperador de Oriente, renovó su alianza con los francos. Herioldo, pretendiente del trono de Dinamarca, y arrojado de este pais por los hijos de Gutrico, vino á reclamar la proteccion de Luis. La junta del

campo de mayo de Paderborn, le concedió socorros: un ejército de sajones y abroditas le auxilió para volver á Dinamarca, é inspiró tanto terror, que los rivales de este príncipe rehusaron el combate. En el mismo parlamento se presentáron los diputados de los Esclavones y de los pueblos de Cerdeña, y presentaron sus homenages al pie del trono del emperador. Al mismo tiempo se supo que los sarracenos de España habian despojado de su patrimonio á muchos cristianos; y las exortaciones de Luis movieron á los francos á declarar guerra contra el califa de Córdoba. Así se conservaban todavía algunos vestigios de la grandeza anterior; pero se veía fácilmente que los intereses particulares comenzaban á triunfar del bien público, carácter distintivo de los príncipes débiles en contraposicion de los grandes monarcas. Hermengarda, reina virtuosa y amada de todos, alimentaba sin embargo secreta é injusta envidia, de la cual no podia defenderse contra Bernardo; porque este, siendo rey de Italia, é hijo del hijo mayor de Carlomagno, afectaba por su nacimiento cierta superioridad sobre los hijos de la reina: la cual procuró irritar las sospechas de Luis, y moverle á que destronase á su sobrino; pero la sumision de Bernardo hizo inútiles por algun tiempo sus intrigas.

Mas feliz fue en otra tentativa, no menos funesta á la tranquilidad de Francia y á la union de la familia real. Luis, impelido por sus consejos, cometió el primero y quizá el mas grave de sus yerros políticos. Desmembró el imperio, y dió el reino de Baviera á su hijo mayor Lotario, y él de Aquitánia á Pipino, su hijo segundo. La ambicion de Hermengarda á favor de sus hijos, y las sospechas que infundia en el emperador contra los demas individuos de su familia, causó mucha inquietud á Adelardo, Bernardo y Vala, nietos de Carlos Martel. La corte se llenó de partidos, y las tempestades amenazaron al trono.

Viage á Francia del Pontífice Esteban V. (816). Roma conoció primero que otros estados la flaqueza del emperador. Los nobles de esta ciudad, antiguos enemigos del papa Leon, no comprimidos ya por el brazo firme de Carlomagno, conspiraron de nuevo contra el soberano Pontífice; pero Leon, descubierta la conspiracion, mandó prender á los gefes de ella, y por su propia autoridad, sin esperar el juicio del emperador, los envió al cadalso. Luis se mostró enojado de este suceso, y envió á Italia al conde Geroldo con el encargo de afirmar en Roma la autoridad imperial. En breve estalló otra conspiracion que fue comprimida por las tropas del rey

Bernardo. Leon, agoviado mas por las pesadumbres que por los años, murió; y los romanos, que ni sabian ser libres ni dejar de ser facciosos, eligieron á Esteban V. sin consultar al emperador. Luis los amenazó con su enojo. Esteban, para aplacarle, hizo que los romanos le prestasen nuevo juramento de fidelidad, y vino á Francia para justificar su eleccion.

Temia encontrar en el emperador un juez severo: mas solo encontró en él un vasallo dócil: Luis salió á recibirle á Reims; desmontó apenas le vió, se postró á sus pies, y esclamó lleno de respeto: "¡bendito sea el que viene en nombre del Señor!" El pontífice coronó de nuevo al emperador y á su esposa, estableció uña alianza íntima entre Roma y Francia, y se volvió á Italia.

Lotario, asociado al imperio. Luis, rey de Baviera (817). Esteban murió poco despues. Los romanos eligieron á Pascual, que se limitó á dar parte de su nombramiento, acompañando el mensage con la esposicion de las causas que impedian esperar su consentimiento. El emperador vino en ello, y así quedó afirmado el derecho de independencia en los romanos para la eleccion del sumo Pontífice. La única virtud que Luis habia heredado de su padre era el valor militar, y la gloria belicosa de este gran monarca resplandecia aun

en el reinado de su hijo. Los sorabos y gascones se rebelaron en los dos estremos de Europa: Luis les domó con las armas, venció á los sarracenos, y obligó al emir de Córdoba á pedir la paz. El emperador concedió á los cristianos, despojados de sus bienes por los moros, algunas tierras en las marcas de España. El acta de esta concesion prueba sin réplica la franquicia de todo impuesto que gozaban entonces los francos, y que algunos sabios han negado, aunque en vano. Luis declara en esta acta que "cede aquellas tierras con el derecho comun á todos los francos de no pagar impuesto. En esta misma época, Leon, emperador de Oriente, temiendo desavenirse con un monarca, cuyas armas coronaba la victoria, arregló con él el repartimiento de Dalmacia.

Este año fue época muy memorable por la nueva division del imperio. Luis, cediendo á las instancias de su muger, y creyendo quizá que no erraba en imitar á su padre, hizo su colega en el imperio á Lotario, quitándole la Baviera y dándola á Luis, el tercero de sus hijos. Los príncipes débiles, dice Mably, cometen á veces yerros gravísimos, haciendo lo mismo que han hecho grandes monarcas. Carlomagno, coronando sus hijos, no hizo mas que nombrar lugartenientes suyos: el débil Luis, imitándole, creó rivales de su poder.

Si fuese posible olvidar la historia de este monarca, y no leer mas que sus capitulares, nos admiraríamos de su sabiduría; pero le faltaba la firmeza necesaria para hacer que se ejecutasen. Tuvo talento, careció de vigor, que es el alma del gobierno, y ningun príncipe ha dado preceptos mas sabios ni ejemplos mas deplorables. "Queremos, decia en sus capitulares, que nuestros comisarios régios ejerzan sus funciones, en invierno por enero, en primavera por abril, en estío por julio, y en otoño por octubre: y que en los otros meses sean los condes los que administren justicia. Queremos que á mediados de mayo cada uno de nuestros comisarios convoque en su legacion junta general de todos nuestros obispos, abades, condes, vasallos, procuradores, vice señores de las abadías y de todos los demas que no tengan razon legítima para escusarse de asistir; pero si es necesario, principalmente por el bien de los pobres, dividir la junta en dos ó tres lugares diferentes, se escogerán los que convengan mejor á todos. Cada conde asistirá con sus vicarios, centuriones y tres ó cuatro de sus primeros jurados. En estas juntas se tratará primero de los negocios relativos á la religion y al clero despues de los intereses generales y particulares. La voluntad de Dios es la nuestra: por tanto, mandamos que nuestros comisarios lo

examinen todo con vigilancia, cumplan sus deberes con equidad, y gobiernen el pueblo con union. Les recomendamos la unanimidad en las deliberaciones, y que se auxilien recíprocamente para la ejecucion." En otros capitulares manda que se pregunte al pueblo acerca de todas las nuevas disposiciones que se añadan á las leyes, y que despues de haber dado su consentimiento, todos los que asistan firmen el capitular. Exacto, como su padre, en respetar las formas protectoras de todos los derechos, emplea la siguiente frase en la promulgacion de los capitulares." El señor Luis, emperador, ha promulgado con la junta general del pueblo en su palacio." Así mostraba sus prudentes intenciones con respecto al órden de la legislacion; pero al mismo tiempo se notaba versatilidad en sus consejos, debilidad en sus actos, é intrigas en su corte. Casi no se celebró junta en que Luis no publicase algunas leyes severas para quitar á los grandes los frutos de sus depredaciones, y reformar las costumbres del clero. Renovó los decretos de su padre, que sometian los monges y canónigos á reglas austeras, é impedian á los obispos, abades y abadesas manejar las armas y marchar al frente de los soldados. Este rigor, mal sostenido, produjo aborrecimiento sin lograr obediencia. "Los italianos, dice Pasquier, que engrandeciéndose con nues-

tros despojos, no fueron escasos de adulaciones, honraron á Luis con el nombre latino de *Pío.*" Los sabios mundanos de nuestro tiempo, que atribuyeron las concesiones del emperador á falta de valor, le llaman *Debonnaire*, de buen alma, palabra que significa algo de estupidez.

Rebelion de Bernardo (818). Haciendo á Lotario colega en el imperio, y dando á Pipino el reino de Aquitánia, y á Luis el de Baviera, cedió el emperador contra su voluntad á la ambicion de sus hijos y á la influencia de su muger. Su debilidad le obligaba á dividir aquellos estados que su razon le aconsejaba conservar unidos: y queriendo disminuir los inconvenientes de este repartimiento, los agravó con su inconsecuencia. Hizo dependientes de Lotario á Bernardo, rey de Italia, á Pipino y á Luis: dispuso que una vez al año se presentasen ante él para recibir sus instrucciones: les prohibió concluir paces, hacer guerra ó casarse sin órden suya: y decidió que no se repartirian sus reinos entre sus hijos, sino que se darian al que fuese designado por su padre, y elegido por el pueblo. Esto era querer á un mismo tiempo dividir y reunir, ensalzar y humillar, hacer reyes que no tuviesen poder, y mudar el beneficio en injuria. Así este acto singular no produjo otro efecto que el de coronar á ingratos y armar á descontentos.

El rey de Italia fue el que sintió con mas vivacidad la injuria. La obediencia á su tio era en él obligacion natural; pero la sujecion á su primo Lotario le pareció un agravio. Muchos señores y obispos, irritados con las reformas severas de Luis, ofrecieron á Bernardo sus consejos, su apoyo y tropas. Bernardo, animado por ellos, tomó las armas, ocupó los Alpes y entró en Francia. El emperador marchó contra él al frente de los francos orientales y llegó hasta Chalons. Pero mientras preparaba las tropas contra su sobrino, Hermengarda se servia para arruinarle de armas mas funestas, y consiguió por sus artificios ganar á los grandes que le rodeaban. Abandonado de sus infieles amigos, vendido por sus oficiales sobornados, se vió obligado Bernardo á someterse, y despues de haber recibido para su seguridad promesas muy poco sinceras, pasó á Chalons á implorar la clemencia del emperador, que mandó ponerle en juicio ante la asamblea de los francos. Este príncipe esperaba indulgencia, y halló implacable severidad: convocada la junta, se formó el proceso. Los cómplices de Bernardo le vendieron infamemente; pero esta bajeza sirvió para envilecerlos, no para salvarlos. Fueron degradados los sacerdotes que habian entrado en la conspiracion; y condenados á muerte Bernardo, Reginardo, conde del palacio de Italia, y

los principales señores de su partido. Luis conmutó la pena en la pérdida de los ojos, suplicio bárbaro, usado entre los pueblos de Oriente. Berthemont, conde de Leon, encargado de ejecutar aquella cruel operacion, la mandó hacer de modo que con los ojos perdiese tambien la vida. El rey de Italia, digno por su valor del nombre de Carlomagno, quitando la espada á uno de los verdugos que le rodeaban, mató á cinco de ellos antes de sucumbir. Reginardo y él murieron á los tres dias de hecha la operacion. Los demas conjurados acabaron en los calabozos ó en el destierro.

Luis, que no mereció en esta ocasion el nombre de *Debonnaire*, manejó con alguna gloria la espada de los Carlovingios. Los bretones se habian rebelado y dado la corona á un caudillo, cuyo nombre era Morvan. Luis acudió á la frontera de Bretaña, venció, y dió muerte á Morvan; sometió la provincia y le dió por gobernador un duque. Al volver á Angers de esta espedicion, halló moribunda á Hermengarda y recibió su último suspiro. La escesiva desconfianza era uno de los defectos principales de Luis. Temiendo la ambicion de sus tres hermanos, hijos naturales de Carlomagno, los obligó á recibir el sacerdocio, y así los hizo mas enemigos suyos, mas inviolables y mas peligrosos.

Invasion de los normandos en Neustria y Aquitánia (819). Luis, despues de la muerte de su esposa, volvió á su primera inclinacion á la vida monástica; pero los monges que consultó, censuraron su amor al retiro, y le aconsejaron que pasase á segundas nupcias. El emperador siguió este dictámen, llamó á su palacio las hijas de los principales señores del imperio, y para su desgracia y la de Francia eligió entre ellas á Judith, hija de Guelfo, conde de Baviera, princesa harto célebre por su ingenio, hermosura y vicios. Con ella entraron en el palacio de Luis el artificio, las malas costumbres, la discordia y la anarquía.

Sin embargo, el cetro de Carlomagno no habia perdido aun en las naciones estrangeras ninguna parte de su fuerza. El emperador recibió de nuevo los homenages del duque de Benevento, de los abroditas, de los esclavones y de los hunnos. En el parlamento de Aix la Chapelle comparecieron Eslaomir, rey de los abroditas, que habia querido sacudir el yugo de Francia, y Lupo, duque de los gascones, á quien habian vencido los duques de Tolosa y Auvernia. A Lupo se le quitó el ducado, y á Eslaomir el cetro: Luis nombró rey de los abroditas al hijo de Trasicon, adicto á la familia de Carlomagno. El duque de Pannonia se rebeló poco tiempo despues; pero los francos le castigaron asolando su pais: en

fin, Hezioldo, protegido por el emperador, logró tener parte en el reino de Dinamarca con los hijos de Gutrico.

Estas últimas vislumbres de la gloria que iba á decaer fueron brillantes, pero muy cortas. Los sarracenos volvieron de nuevo á la guerra, y consiguieron ventajas contra los francos. Los normandos, hallando mal defendidas las playas de Francia, desembarcaron de trece bageles que componian su armada, y asolaron trescientas leguas de tierra de la costa de Neustria y Aquitánia sin que nadie se les opusiese.

Lotario, rey de Italia (821). Luis atendia entonces á las disensiones de su palacio mas que á los peligros del imperio. En un parlamento, celebrado en Nimega, confirmó la division hecha anteriormente entre sus hijos: asignó á los reyes de Baviera y Aquitánia algunos dominios para sostener el esplendor de sus palacios, y dió la Italia y el resto del imperio á su hijo Lotario que debia reinar bajo la autoridad de su padre. Este príncipe casó en el mismo año con Hermengarda, hija del conde Ugon, señor rico, potente y ambicioso. El emperador obligó á los grandes, reunidos en Nimega, á jurar la observancia del acta de repartimiento.

Ningun rey de los francos reunió con mas frecuencia que Luis las asambleas nacionales.

El genio de su padre sabia hacer que le sirviesen de instrumento: la debilidad de su sucesor encontró en los parlamentos escollos peligrosos, Carlos dirigia las juntas: Luis fue dominado por ellas. Para aquel fueron el santuario de las leyes, para éste un tribunal de penitencia pública. Carlomagno anunciaba en ellas sus triunfos. Luis sus errores y pecados. El primero reformó las costumbres de los grandes y sacerdotes: el segundo recibió correcciones. Carlos promulgaba leyes, Luis hacia concesiones funestas: el uno protegia la libertad de los pueblos, el otro legalizaba la tiranía, cada vez mas atrevida, de los grandes.

Parlamento de Attigny sobre el Aisne (822). En medio de los francos, reunidos en Attigny sobre el Aisne, Luis, acongojado por tardíos remordimientos, declaró públicamente que habia pecado contra su sobrino Bernardo, contra los abades Adelardo y Vala, y contra sus tres hermanos naturales: suplicó humildemente á estos y á la asamblea del pueblo frances que le perdonasen sus yerros: distribuyó muchas limosnas con mas prodigalidad que discernimiento, y creyó quizá haber adquirido, por su humildad impolítica, tanta gloria como el emperador Teodosio con su penitencia. Esta primera y voluntaria degradacion de la autoridad real fue, segun muchos historiadores, la causa principal de las desgra-

cias é ignominia del reinado deplorable de Luis. "Un príncipe, dice Condillac, es digno de aprecio cuando reconoce y repara sus yerros; pero se hace despreciable cuando los confiesa por debilidad. Luis, ademas de cometer una gran imprudencia, injuriaba realmente la nacion, censurando como un crímen el juicio que el parlamento habia pronunciado." Este envilecimiento del emperador manifestó enteramente su debilidad, y los grandes se dispusieron á abusar de ella. En la misma asamblea se publicaron leyes severas contra los que violasen los derechos de los obispos y abades, ó les hiciesen algun daño.

Disuelta la junta de Attigny, Lotario partió para Italia, y el emperador nombró presidente del consejo de este príncipe á Vala, antiguo ministro de Carlomagno, y que conservaba muy viva la memoria de su destierro y de las injusticias de Luis. Su talento daba á su odio armas terribles, y él fue quien dispuso el ánimo de Lotario á rebelarse contra su padre. Pipino fue á Aquitánia, donde casó con Ingeltrudis, hija del conde Teodoberto, señor poderoso. Luis, tercer hijo del emperador, partió á Baviera, sosegó algunos alborotos que se suscitaron en Dalmacia, y nombró gobernador y duque de esta provincia á un príncipe llamado Ladislao.

Coronacion de Lotario en Roma (823). La

época de las conquistas y de la gloria de los ejércitos franceses habia pasado ya: sostuvieron, sin ventaja señalada, una guerra contra los abroditas, esclavones y Wilsos. Una nueva potencia se levantaba entonces en las fronteras orientales del imperio: los búlgaros, vencedores de los ábaros y de los hunnos, estendian progresivamente su dominacion en los paises sometidos á los emperadores griegos y francos. Su rey envió á Luis una embajada solicitando su amistad; y este frívolo homenage bastó para desenojarle.

El papa Pascual coronó á Lotario en Roma. Entonces empezó á establecerse como una máxima política que los emperadores no reinaban legítimamente sino con la anuencia de la Santa Sede, como representante del poder y autoridad del pueblo romano. El mismo pontífice castigó de muerte á algunos señores italianos y confiscó sus tierras; lo que causó un grande enojo á Luis, el cual envió comisarios para que examinasen la conducta del papa. Pascual murió durante la contestacion, y Eugenio II, que le sucedió, hubo de restituir los bienes confiscados por su antecesor.

Rebelion de los bretones (824). El año siguiente tomaron las armas los bretones no pudiendo habituarse al yugo. El emperador, acompañado de sus dos hijos Pipino y Luis, devastó la Bretaña: y Viomar, caudillo de

los rebeldes, tuvo que ir á prestar juramento de fidelidad en la junta de Aix la Chapelle convocada en 825. No tardó en violar este juramento forzado, y se rebeló de nuevo; pero Lamberto, conde de Nantes, le venció y dió muerte.

El emperador inspiraba respeto todavía cuando marchaba al frente de sus tropas; pero ya se presentaba pocas veces en los campamentos, y encargaba la guerra á sus generales ó á sus hijos. Entregábase á los egercicios religiosos, descuidando las demas obligaciones; y su piedad no estaba esenta de superstición; pues hacía rogativas y se empleaba en otras obras de devocion, no por los santos fines para que las ha prescrito la Iglesia, sino por evitar los males de que se creia amenazado por algunos cometas que aparecieron. Sin embargo, no carecia de conocimientos astronómicos: conocia las estrellas mejor que á sus vasallos, y él fue el primero que observó uno de los cometas que se presentaron en su tiempo.

Rebelion de los gascones (825). Sus vasallos se iban acostumbrando poco á poco á no fiar en su proteccion y á no temer su resentimiento. Iñigo Arista, señor español, se hizo independiente con el auxilio secreto de Abderramen, rey de Córdoba, y las armas descubiertas de los gascones y navarros. Fue

vencido al principio por un ejército frances, y perdió á Pamplona: pero los francos, tan negligentes en las retiradas como impetuosos en los ataques, fueron sorprendidos y destrozados por los bascos al volver á Francia. Iñigo, aprovechándose de esta victoria, conservó su independencia, y fue el segundo fundador del reino de Navarra.

Al mismo tiempo se celebraba un sínodo en París con asistencia de los enviados de Miguel el Tartamudo, emperador de Oriente. Renovóse la contestacion acerca del culto de las imágenes; pero la prudencia del sumo Pontífice calmó los ánimos y evitó por entonces los funestos efectos de esta disputa. Despues se convocó en Maguncia el campo de Mayo, en el cual se trató de las ceremonias con que debia celebrarse el bautismo de Herioldo, rey de Dinamarca, y se determinó enviar misioneros á Jutlandia y Noruega para convertir á los normandos. Entonces se iban elevando á costa del imperio de Occidente los guerreros del Norte, los búlgaros, los venecianos y el poder temporal de la Santa Sede. La Francia, destrozada poco despues por las divisiones civiles, cuyo germen empezaba ya á manifestarse, no pudo hacer que se respetase su dominacion, y los franceses volvieron contra sí mismos las armas y el valor de que Carlomagno habia usado tan gloriosamente para

estender su imperio desde el Océano hasta el Vístula.

Principios de la guerra civil (828). La emperatriz Judith dió á luz un hijo llamado Carlos, por sobrenombre el Calvo. Su nacimiento fue la alegría de su padre, y una grande calamidad para la patria. Los autores crédulos de aquel tiempo afirman que fueron anunciados entonces grandes desastres por muchos presagios, como temblores de tierra, lluvias de sangre, cometas, y la caida de una parte del palacio de Aix la Chapelle. Así buscaban en la naturaleza las causas de los infortunios debidos siempre á los vicios y errores de los hombres. Judith era bella, ambiciosa y amiga de ganar voluntades. Dominaba con destreza el carácter poco vigoroso de Luis, y entrambos se guiaban por los consejos de su privado Bernardo, duque de Septimania. Este, para aumentar su influencia, lisongeaba la ambicion de Luis, al mismo tiempo que alimentaba en el emperador grande desconfianza contra sus hijos y contra los señores del imperio. Así le condujo á su perdicion inspirándole miedo y aconsejándole providencias rigurosas muy á propósito para producir los riesgos que proponia evitar. La malignidad pública acusaba á la emperatriz y á su favorito de un comercio criminal. Luis dió fuerza á estas sospechas concediendo á Bernardo el em-

pleo de camarero mayor que le proporcionaba frecuentes ocasiones de tratar en secreto á la emperatriz. Los hijos del emperador, envidiosos de la influencia de Judith, adoptaban ansiosamente los rumores injuriosos que esparcian los grandes malcontentos. La calumnia ó la murmuracion llegó hasta el estremo de decir que Carlos era fruto del adulterio, é hijo de Bernardo.

En la junta de Aix la Chapelle comenzaron á descubrirse síntomas funestos de la division que iba á arruinar la Francia. Aison y otros leudes[1], de quienes el emperador sospechaba intrigas y traiciones, huyó precipitadamente á España, y sublevó una parte de Cataluña á favor de los sarracenos. Pipino, rey de Aquitánia, y el duque Bernardo, enviados para reprimir la rebelion, no pudieron avenirse, y su discordia fue útil á los enemigos. Los moros vencieron á los franceses, asolaron á Cataluña, y penetraron en Septimania. En caso semejante Carlomagno hubiera marchado á la frontera del Pirineo: Luis se contentó con enviar á ella comisarios. Helisacar, abad de san Riquier y dos condes tuvieron el encargo de informar sobre las causas de aquel desastre. Los comisarios ganados á favor de Bernardo volvieron á Aix la Chapelle, y acusaron al suegro de Lotario y á un valido de Pipino de haber retardado la mar-

cha de las tropas. El parlamento los condenó á muerte: Luis conmutó esta pena á la de destierro. Este medio término ni contentó á los príncipes ni á Bernardo. No sabiendo el emperador ni reprimir sus cortesanos, ni hacerse temer de ellos, no pudo reinar verdaderamente. Desde entonces los grandes, animados por la flaqueza de Luis, esparcieron en todas partes el grito de odio contra la emperatriz, y el de rebelion contra el emperador. El orgullo nacional tuvo este mismo año un débil resarcimiento. El conde de Luca, con un pequeño número de soldados corsos, desembarcó en Africa cerca de Cartago, taló el pais y sacó de él mucho botin. En todas las demas partes el imperio se vió espuesto á las depredaciones y correrias de los musulmanes, búlgaros y normandos. Se acusaba al débil Luis por los males que hacía y por los que permitia hacer.

El descontento de los príncipes aumentaba de dia en dia. Vala, abad de Corbie, lograba mucha influencia en el clero y en la clase de los magnates: era el alma y director de los malcontentos; y la corte de Roma y los obispos de Francia se mostraban dóciles á sus consejos. El emperador, creyendo calmar estas disposiciones hostiles, las inflamó reuniendo en un solo año cuatro sínodos. Los obispos se quejaron en ellos amargamente del comercio de esclavos que hacian entonces los judíos,

favorecidos, segun la voz pública, por Bernardo. Cuanto mas se manifestaba el odio general contra este valido, tantos mas favores le prodigaba el emperador, dominado por Judith: le nombró primer ministro y ayo del príncipe Carlos. Los descontentos hicieron entonces creer al pueblo que la emperatriz habia dado hechizos á su marido. En las discusiones públicas empezaban ya los oradores á quebrantar los límites del respeto y pudor, y á decir sin miramiento alguno las verdades mas duras. El abad Vala reprendió en público al emperador porque intervenia mas de lo justo en los negocios de la iglesia, y le dijo: "vos quereis dar á vuestro arbitrio los beneficios eclesiásticos, como si tuvieseis facultades para conferir el Espíritu Santo."

Carlos rey de Alemania (829). La emperatriz aterrada con las tempestades que amenazaban, esperó conjurarlas dividiendo á los tres príncipes, y al mismo tiempo creyó que podria, á favor de su discordia, asegurar la suerte de su hijo. Con este fin, mudando repentinamente su plan y su lenguage, hizo que se restituyese á la corte Lotario, separado de ella por consejo suyo. La artificiosa princesa le recibió con amistad, le engañó con pérfidas demostraciones de confianza y abandono, y conociendo la envidia y la ambicion que le devoraba, le persuadió debilitar el poder de

sus hermanos concediendo un infantazgo á Carlos. Lotario vino en ello: su padre, de acuerdo con él, en una dieta convocada en Wormes, declaró á su hijo Carlos rey de Alemania; estado que formó de Suavia, Helvecia y el pais de los grisones. Despues de cometido este grave yerro, causa de tantas calamidades, envió á Italia á su hijo Lotario.

Prision y libertad de Luis (830). El emperador volvió á Aix la Chapelle, donde repartió su tiempo entre los egercicios de devocion y los placeres de la caza. En la primavera de 830 visitó las costas y puertos de los Paises Bajos. En todas partes el silencio ó las quejas del pueblo pudieron hacerle conocer las tristes verdades que se le ocultaban en la corte. Los ánimos estaban agitados, y era visible que los descontentos solo esperaban á tener un caudillo. Su audacia no tardó en manifestarse en un parlamento nacional. El abad Vala, su director y consejero, usó del lenguage altanero de un emperador que reprende á su vasallo, y dirigió al monarca violentas palabras que Luis recibió con la humildad propia de un religioso. Los descontentos aplaudieron esta osadía; y "algunos, dice el abate Vely, afirmaron que estando los obispos puestos por Dios para *gobernar* á los pecadores, podian deponer a los reyes cuando eran indóciles á sus advertencias."

Desde la elevacion de Carlos Martel al poder soberano habia estado libre Francia del azote de las guerras civiles: y no se habia servido de sus gloriosas armas sino para subyugar á pueblos estrangeros. Pero todo se mudó en el reinado de Luis: caducaron las bases del orden social; rompiéronse los vínculos de la obediencia; los franceses se destrozaron unos á otros; y sus enemigos, que antes temblaban, escitados con el estruendo de las tempestades civiles, despreciaron una potencia que ya no temian. Desde entonces no tuvo la corona soldados para defender los intereses generales de la nacion: solo se armaban para las querellas particulares. Cada príncipe y señor dispuso, al arbitrio de sus pasiones, de sus vasallos y milicia. A favor de esta anarquía, los de Bretaña, Frisia y Gascuña, los hunnos, búlgaros y esclavones rompieron el yugo que se les habia impuesto: la corte de Roma obtuvo completa soberanía temporal, y los normandos dominaron el mar y asolaron las costas. El año 830 fue la época fatal en que se desplomó el colosal poder, tan laborioso y rápidamente erigido por Carlomagno. Luis marchaba contra los bretones, y habia dado órdenes á sus tres hijos de reunir sus tropas á la bandera imperial. Esta guerra dificil, peligrosa y poco lucrativa, disgustaba á los grandes: la pobreza y el valor de los bre-

tones solo ofrecian peligros sin indemnizacion.

El rey Pipino, hallándolos dispuestos á favorecer su odio contra Judith y contra Bernardo, persuadió facilmente á los grandes de Aquitánia á dirigir sus armas contra el emperador: marcha al frente de ellos, se acerca al Loira, arroja de Orleans al conde Odon que mandaba un cuerpo de tropas imperiales, y llega hasta Verberie. Allí se le reunió su hermano Luis, rey de Babiera, partícipe de sus resentimientos y designios. Informado el emperador de sus movimientos, acude para castigar á sus hijos rebeldes, y asienta sus reales en las llanuras de Champaña; pero cuando dió la señal del combate, su ejército murmura y amenaza, y pide á gritos el destierro del privado. El duque Bernardo conocia mucho el carácter de Luis para esperar ninguna resolucion vigorosa, y así huyó con prontitud, y buscó un asilo en las murallas de Barcelona.

El emperador, siempre valiente contra los enemigos estrangeros, pero tímido delante de sus vasallos, mandó á Judith separarse de la corte y observar reclusion en el convento de Santa María de Laon. Las facciones se ensoberbecieron con este acto de pusilanimidad: los condes Guarni y Lamberto, enviados por los príncipes, sorprenden y dispersan la escolta de la emperatriz, roban á esta prin-

cesa, la conducen á Verberie, la obligan á tomar el velo, y á prometer que persuadiria á su esposo á entrar en religion, á cuyo fin se la permitió tener una conferencia con él. Este débil monarca consintió en el cautiverio de su muger, mas no consintió en trocar la púrpura por el sayal. Judith partió sola á Poitiers, y vistió el hábito religioso en el monasterio de santa Ragonda.

En esta situacion de cosas, Lotario acudió de Italia con su ejército, y se reunió á sus hermanos. Luis, rodeado de traidores, abandonado de sus soldados, y vencido sin combate, quedó prisionero en poder de sus hijos.

Los tres príncipes usaron con crueldad del poderío usurpado: mandaron sacar los ojos á Heriberto, hermano de Bernardo, rey que fue de Italia, desterraron á Odon su primo y encerraron en un convento á los dos hermanos de la emperatriz. Satisfecho su odio llamaron á la corte á Jessé, obispo de Amiens, á Hilduino, abad de San Dionis, y á Vala, abad de Compiegne, para deliberar acerca de la suerte de su padre. Los prelados querian que se le depusiese: los príncipes, mas tímidos, decidieron que reinarian en su nombre. Lotario se encargó del gobierno del imperio y de la custodia de su padre, y fijó su corte en Francia. Pipino volvió á Aquitánia y Luis el menor á Baviera.

Entretanto el emperador cautivo é indignado de tantas injurias, meditaba secretamente la venganza. No ignoraba que Neustria y Borgoña, tan armadas en otro tiempo de los merovingios, como desdeñadas despues por los carlovingios, eran el verdadero foco de la fuerza de los malcontentos: pero los francos orientales se conservaban adictos á su casa y respetaban siempre en él la sangre ilustre de Carlomagno. Estos dos pueblos eran diversos en afectos, costumbres é idioma. Los francos, mezclados en Neustria con los galos, se habian hecho, por decirlo así, una nacion nueva, y tenian ya el nombre de franceses. Los orientales, que habitaban en las orillas del Rin y en la Franconia actual, se asimilaron poco á poco á los germanos, y se llamaron alemanes como ellos. Luis tuvo bastante habilidad para conocer las ventajas que podia sacar de esta divicion de los francos. Sus hijos no fueron tan prudentes: y queriendo celebrar una reunion del pueblo, accedieron al dictámen de su padre, y la convocaron en Nimega. Asistieron pocos franceses y muchos germanos: la inmensa mayoría de los individuos de la junta manifestó su adhesion al rey cautivo, y su indignacion por las injurias que habia recibido. Es conocida la voluntad de todos: el emperador sale de la prision y recobra su poder: sus enemigos pierden la osadía: el abad Hilduino,

aunque defendido por algunas tropas, cede sin resistencia al deseo general, y es desterrado á Paderborn, así como el conde Lamberto á Bretaña y el abad Vala á Corbie. De este modo volvió á subir al trono el emperador, destituido por sus mismos soldados. Debió principalmente esta mudanza de fortuna á la industria de un monge. Lotario le habia tenido encerrado algun tiempo en San Medardo de Soissons, confiado en que los religiosos de aquella casa le persuadirian que tomase el hábito; pero Gombaldo, prior del convento, le escitó secretamente á recobrar su libertad y poderío, y le aconsejó que pidiese la reunion del parlamento en Nimega: al mismo tiempo escribia á los señores de Baviera y Aquitánia, y dirigia el partido que restituyó la corona al monarca legítimo.

Nueva rebelion de los príncipes (831). Sin embargo, el partido de los descontentos, aunque menos fuerte en Nimega, hizo todavía algunos esfuerzos para recobrar la superioridad, y escitó á Lotario á conservar por medio de las armas la autoridad que se le escapaba de las manos. Este príncipe tuvo con los gefes una conferencia que duró toda una noche; pero sea temor, remordimiento ó inconstancia, rehusó sus ofertas, se echó á los pies de su padre y se reconcilió con él. Los cómplices de los príncipes rebeldes fueron sus victi-

mas. Lotario abandonó á los suyos, y el emperador declaró que serían juzgados en el parlamento de 831, convocado en Aix la Chapelle. Judith se presentó en esta junta: ofreció justificarse de los crímenes que se le imputaban, no tuvo quien la acusase, dejó el velo de religiosa y recobró todos sus derechos. Los gefes de los descontentos fueron condenados á muerte: el emperador les conmutó al principio la pena en la de destierro, y mereció despues el sobrenombre de *Piadoso*, perdonándolos á todos. Mandó á sus hijos que permaneciesen en sus reinos, y aumentó los estados de los dos mas jóvenes quitando alguna parte á los de Lotario.

Para completar su triunfo, y principalmente el de Judith, llamó á su corte al duque Bernardo: el orgulloso valido se presentó armado á la vista de los franceses reunidos en Thionville, arrojó su guante á los acusadores, y ofreció justificarse por medio del duelo: nadie aceptó el desafio, y se le declaró inocente.

Francia, que habia visto con indignacion á señores ambiciosos é hijos ingratos ultrajar á su rey y padre, mostró algun tiempo grande cariño al emperador; el cual lo merecia mas bien por sus intenciones, que por su conducta. Así este entusiasmo fue de corta duracion. Luis, entregándose con nuevo ardor á sus proyectos de reforma, irritó los descontentos y aumentó su número. El espíritu de rebelion

se difundió con rapidez: su objeto era, no el bien del estado, sino el mantenimiento de los privilegios dañosos y la perpetuidad de los abusos. Los facciosos redoblaron sus esfuerzos para armar otra vez á los príncipes contra su padre; y los hallaron harto preparados á hacerlo. El emperador, dominado siempre por su muger, habia puesto toda su confianza en el monge Gombaldo, que reinaba en su nombre. El influjo ilimitado de este religioso escitaba el odio de los cortesanos. Bernardo, ofendido de verse ya sin favor, pasó al partido de los príncipes, de sus antiguos enemigos y de Vala: sus consejos alentaron la ambicion de Pipino y dieron brios á sus criminales esperanzas. Luis, rey de Baviera, quiso levantar el estandarte de la rebelion; pero los bávaros se negaron á seguirle. Lotario se contentó con sembrar en la corte y entre los grandes el germen de la discordia, y solo Pipino se determinó á declarar abiertamente la guerra. El emperador marchó con él, le venció, taló la Aquitánia, le quitó este reino, despojó á Bernardo del ducado de Septimania y lo dió al conde Berenger. Pero Luis no tenia en sus proyectos militares la constancia necesaria para asegurar el triunfo. Adurmióse en el seno de la victoria y perdió el fruto de ella. Pipino reunió sus fuerzas, derrotó en acciones parciales las del rey, y le obligó á retirarse á la

orilla septentrional del Loira. Cuanto mas irritaban los príncipes á su padre, tanto mas se aumentaba el influjo de Judith. Su débil marido, cediendo á sus instancias y á su ciega ambicion, dió la corona de Aquitánia al príncipe Carlos. Esta injuria enfureció á los príncipes: y no poniendo ya límites á su odio, se reunieron todos tres en Colmar, juraron vengarse, é inspiraron á sus pueblos la ira que ardía en sus pechos. El papa Gregorio IV se coligó con ellos y acompañó á Lotario á Alemania, ya creyese injusto el despojo de Pipino, ya se viese obligado á seguir la política de Lotario que mandaba en Italia. El emperador salió al encuentro á sus hijos, y entrambos ejércitos se acamparon en Alsacia en la llanura de Rothfeld, cercana á Colmar. Antes de venir á las manos, se propuso de una y otra parte el medio de las negociaciones. El papa se presentó como mediador; pero amenazando con los anatemas de la Iglesia á los que se oponian á las pretensiones de Lotario. Muchos obispos de Francia y Germánia le respondieron con mas ardor que humildad, *que si venia á escomulgarlos, se iria escomulgado por ellos.* Tal era el espíritu de rebelion que habia pasado entonces del orden civil á la disciplina eclesiástica. El papa les reprendió la altaneria con que se juzgaban iguales suyos, en términos poco apropósito

para restablecer la concordia entre ambos partidos. En la vida de Abogardo, escrita por Balucio y citada por el padre Daniel, se lee, "que el papa, despues de reprender á los obispos de Francia porque no le daban mas título que el de su hermano, los llamó engañadores, perjuros y lisonjeros, y les respondió que ninguna potencia podia juzgarle, y que la autoridad pontifical era superior á la régia."

Campo de la mentira (832). Entretanto los príncipes se aprovechaban de la tregua para seducir á los soldados de su padre, y al mismo tiempo que engañaban al infeliz monarca con falsas apariencias de sumision, lograron con sus intrigas, engaños y promesas, ganar su ejército. El campo de Rothfeld ó *campo rojo*, que fue teatro de estas perfidias, recibió despues de este suceso, y conservó el nombre de Lugenfeld ó *campo de la mentira*.

El emperador, abandonado segunda vez por su corte, sus amigos y soldados, quedó entregado sin defensa al odio de sus enemigos. Judith fue desterrada á Tortona y Carlos á la abadia de Pruym. Se confirmó de nuevo el antiguo repartimiento del imperio establecido en 817: los reyes de Aquitánia y Baviera volvieron á sus estados: Lotario fue dueño del imperio y carcelero de su padre. Llevando consigo á su desgraciado cautivo, visitó la Francia como vencedor, presidió á las juntas,

y encerró despues á Luis en la abadía de San Medardo de Soissons.

Penitencia pública de Luis (833). Al año siguiente convocó Lotario todos los francos al campo de Mayo que se celebró en Compiegne. Luis y Pipino no quisieron asistir á él, ya por compasion de su padre, ya por envidia contra su hermano, cuyo rigor afectaban en público desaprobar. Esta conducta equívoca de los reyes de Baviera y Aquitánia causó grande inquietud á los descontentos. Temian que Luis recobrase el poder y se vengase; y como el miedo es el peor de los consejeros, les dictó las resoluciones mas violentas.

Las costumbres antiguas, los cánones de muchos concilios, y algunos artículos de los capitulares habian establecido como máxima que los que se habian sometido á la penitencia pública no debian presentarse mas en los ejércitos: y como un príncipe degradado no era ya capaz de reinar, los rebeldes, queriendo impedir que el emperador volviese á subir al trono, resolvieron deponerle y despojarle de su cabellera. Esta criminal determinacion, que envilecia no solo al rey, sino tambien á la corona, no fue adoptada en el parlamento sin grande oposicion. Thegan, metropolitano de Treveris, dirigiendo la palabra á Ebon, arzobispo de Reims, el mas ardiente de los

enemigos del rey, le dijo: "Miserable liberto, ¿así agradeces los beneficios de tu soberano? Te ha decorado con la púrpura y tú le ciñes el cilicio: te ha elevado á la silla episcopal, y tú le arrojas del trono. ¿Has olvidado el precepto del apóstol, respetad á los señores del mundo: someteos á las potencias soberanas, porque todas proceden de Dios?"

La voz de las pasiones ahogó la de la razon. Los vasallos rebeldes de Luis fueron sus jueces, y le obligaron á comparecer ante ellos como acusado. Su resignacion, su humildad, sus lágrimas, inspiraron solamente lástima momentánea, á la cual sucedió pronto el desprecio. Echósele en cara el suplicio de Bernardo, las violencias cometidas contra sus hermanos naturales, su perjurio en violar el tratado de reparticion, asegurado con juramento el permiso dado á Judith para dejar el velo y volver á tomar la corona. Se le acusó de haber entregado la Francia á las invasiones de los estrangeros y al azote de las guerras civiles: en fin, se le declaró culpable de los males que habia causado al imperio violando las leyes religiosas y preparando espediciones militares en el santo tiempo de cuaresma. El emperador, intrépido en los peligros de la guerra y timorato por delicadeza de conciencia, atribuía sus infortunios, no al poder de sus enemigos, sino á la cólera del cielo: y así, en

lugar de defenderse, se reconoció delincuente y ofreció someterse á la penitencia pública. Hasta entonces los campos de marzo y mayo, erizados de lanzas y resonando con el estruendo de los escudos, solo habian visto en medio de los francos belicosos príncipes valientes, elevados como en triunfo sobre el pavés y espada en mano, que al sonido de las frameas encontradas escitaban á los combates una juventud turbulenta, codiciosa de peligros, botin y pelea. Pero entonces, por un deplorable contraste, estos mismos francos vieron entrar en la iglesia de San Medardo al sucesor de Clodoveo, al descendiente de Carlos Martel y de Pipino, al hijo de Carlomagno humillado y suplicante: un cilicio se estiende á su vista: póstrase en él ante los prelados de Reims, Leon, Viena, Narbona, Amiens, Troyes y Auxerre. Allí en presencia de Lotario, de los grandes y del pueblo, levantando su voz, no para reclamar sus derechos, reprimir á los sediciosos, proponer leyes ó preparar triunfos, dice: "yo confieso haber llenado indignamente mis funciones reales. Mi negligencia ha escandalizado á la Iglesia: mis pecados han ofendido á Dios: yo he atraido sobre el pueblo todos los azotes del desorden y de la anarquía. Por tanto, he resuelto expiar públicamente mis yerros para lograr del Señor el perdon de mis culpas por la intervencion

de aquellos á quienes Dios ha dado el poder de atar y desatar." Despues de esta confesion los prelados exigen que haga otra mas circunstanciada, y le presentan los ocho artículos que componian el acta de acusacion. Luis los lee en voz alta y confiesa su contenido: pide la penitencia pública, firma la confesion, suplica á los sacerdotes que la depositen sobre el altar, se quita el cinto militar, se despoja de los vestidos imperiales, y se pone el sayal de penitente. Esto era declararse incapaz de reinar. La posteridad se indigna igualmente de la arrogancia de los rebeldes, de la audacia criminal de los hijos ingratos de Luis, y de la inconcebible pusilanimidad del emperador. M. Sismondi dice con razon que el mayor de los crímenes de Luis fue deshonrar con su cobardía á una nacion que le habia confiado especialmente la custodia de su honor.

Esta nacion no tardó mucho en mostrarse humillada é irritada por la degradacion de su monarca. Lotario, gobernado por los consejos de los condes Matfrido y Lamberto, traía en su comitiva al emperador penitente y aprisionado, y daba este vergonzoso espectáculo á la capital del imperio, á la ciudad de Aix la Chapelle, donde la sombra de Carlomagno debió gemir viendo á su hijo envilecido y destronado. Entonces el descontento del pueblo estalló en todas partes.

Un monge, llamado Daniel, dió consuelo y esperanza al infeliz monarca, introduciendo bajo la sagrada hostia, al tiempo de comulgarle, un billete que el príncipe leyó poco tiempo despues retirado á su celda. Por él supo que Judith, ni habia muerto ni habia entrado religiosa, como se lo decian: que se formaban en las provincias muchas reuniones á favor suyo, y que los condes Egebardo, Guillermo, Bernardo y Guarinos, levantaban tropas con el objeto de restituirle la libertad. Luis de Baviera y Pipino, cediendo á los remordimientos, al temor ó al voto general, se reunieron á los partidarios del emperador. Unos marcharon ácia el Loira, otros ácia el Rin; y todos intimaron á Lotario que tratase á su padre y rey con mas respeto y menos rigor. Lotario, atormentado por su conciencia, abandonado de sus cómplices y asustado por la esplosion repentina de la opinion pública, cede á la tempestad, da libertad á su padre, y huye al Delfinado, donde juntó repentinamente nuevas tropas para defender sus estados y su vida.

Nueva guerra civil (835). El emperador, aunque libre, duda todavía en volver al trono. Como príncipe, ningun obstáculo le detiene; pero como penitente, sus escrúpulos religiosos se lo impiden. Resistiendo á las instancias del mudable vulgo, tan entusiasta entonces como sedicioso habia sido poco antes, de-

clara que no volveria á ejercer el poder soberano sino despues de haber recibido la absolucion de la Iglesia. Los obispos adictos á su causa se reunieron, le absolvieron solemnemente, y declararon en nombre de la Iglesia que la incapacidad de reinar cesaba con la penitencia. Todas sus desgracias parecian terminadas: sus dos hijos Luis y Pipino vinieron á implorar su perdon: sus tropas sorprendieron á Tortona y libertaron á Judith que vino á Aix la Chapelle á reunirse con él.

Luis queria desarmar á Lotario y á sus partidarios olvidando generosamente sus delitos; pero la altanera Judith, recobrando su funesto imperio sobre su marido, le escitó al rigor y á la venganza. De este modo prolongó las turbaciones que destrozaban el imperio, y su odio implacable dió á Lotario amigos, fuerzas y esperanzas. Este príncipe combatió valerosamente y rechazó un ejército enviado por el emperador contra él: los condes Matfrido y Lamberto derrotaron otro cuerpo de tropas imperiales. Muchos señores, víctimas del orgullo de una muger vengativa, perecieron en estas batallas obstinadas y sangrientas: en una de ellas murió el abad de San Martin, y recibió el justo castigo por haber trocado la cruz á la espada. Lotario, usando cruelmente de la victoria, entregó á las llamas la ciudad de Chalons, y llegó hasta las murallas de

Orleans; pero allí la suerte dejó de favorecer sus armas impías. Luis de Baviera, atravesando el Rin, habia llegado en socorro de su padre.

Los dos ejércitos enemigos acamparon cerca de Blois. La victoria ofrecia á los franceses de uno y otro partido, laureles horrendos, comprados con el parricidio ó el fratricidio: todos detestan el combate: empiezan las negociaciones, y durante la conferencia, los oficiales y soldados de ambos ejércitos, hablan unos con otros, y manifiestan recíprocamente el horror que les inspira la rebelion de un hijo contra su padre. Lotario se ve repentinamente abandonado de sus tropas: sin recursos ni esperanzas se rinde, y se postra á los pies del emperador. Luis, aplacado con la sumision, le perdona y le manda volver á Italia. Despues de este acto de clemencia, para satisfacer no su resentimiento, sino el de la emperatriz, convocó en Thionville un parlamento, en el cual fueron juzgados los mismos jueces rebeldes que le habian degradado y destronado. Ocho arzobispos y treinta y cinco obispos pronunciaron sentencia de deposicion contra los arzobispos de Reims, Leon y Viena. El orgulloso Ebon tan humilde entonces cuanto se habia mostrado antes violento é imperioso, leyó él mismo la sentencia, y confesó espresamente que era justa. En esta misma

asamblea, el emperador olvidando siempre que la versatilidad de los gobiernos es el síntoma menos dudoso de su flaqueza y la causa mas fecunda de sus peligros, hizo nuevo repartimiento del estado. A Lotario se le dejó el reino de Italia, pero se le quitó el título de emperador, y lo demas del imperio se repartió entre sus tres hermanos. El alma de Luis era demasiado debil para resistir mucho tiempo á esta sucesion inaudita de acontecimientos que le habian arrojado desde el trono á la prision, y restituídole desde el claustro al palacio: su salud se debilitaba sensiblemente: su corazon padecia por las desgracias públicas y por las suyas propias. La fortuna le libertó este año de muchos enemigos peligrosos, como Vala, los obispos de Amiens y Troyes, y los condes Matfrido y Lamberto, gefes de los malcontentos. Todos perecieron por un azote funesto que sucedió al de las guerras civiles. La peste devoraba en Francia los guerreros que la discordia habia perdonado.

Nueva division del imperio y nuevas discordias (837). Entonces asolaba á Francia una invasion de los normandos tan temibles como la peste: estos piratas acometieron las costas de Frisia y Holanda, se apoderaron de la isla de Valqueren y saquearon las playas del Océano. Luis asombrado con tantas calamidades no quiso hacer el viage á Roma

que habia emprendido. Judith, agitada por el miedo, y temiendo la envidia de los reyes de Aquitánia y Baviera, á su hijo Carlos creyó conveniente asegurarle la proteccion de Lotario, hizo que este príncipe volviese á la corte y fuese restituido al cariño de su padre.

El efecto de esta reconciliacion fue un nuevo repartimiento; pero como lo hacía el amor ciego de Judith á su hijo, se volvió á emprender el fuego de la discordia que era tan importante apagar. A Pipino y Luis se les quitaron todos los dominios que poseían fuera de Aquitánia y Baviera: Lotario recobró el título de emperador, pero no se le dejó mas territorio que Italia. Lo demas del imperio fue dado al hijo de Judith.

Coronacion de Carlos: muerte de Pipino (838). El impetuoso Lotario, enfurecido de verse engañado por las falsas caricias de la emperatriz, salió de la corte y fortificó los pasos de los Alpes. Los otros dos príncipes se sometieron por entonces y asistieron á la junta nacional que el emperador habia convocado en Quierzy. Renunciando á las armas, pero no á las intrigas, procuraron irritar los resentimientos de los señores. El débil Luis alimentaba el descontento de estos, queriéndolos obligar á restituir á las iglesias y monasterios los bienes usurpados cuando se ha-

hallaba sin fuerzas para obligarlos á ser justos.

Tal era entonces el estado deplorable de la Francia. Los obispos y grandes deponian á los reyes: los abades se presentaban armados en los campamentos: los nobles, llevando sucesivamente el peto y el sayal, adquirian beneficios eclesiásticos, que se apropiaban mas tarde como leudes, despues de haber gozado de ellos como abades: el territorio de los príncipes unas veces se estendia, otras se estrechaba: nadie sabía lo que debia perder ni conservar: los reyes ignoraban qué paises debian gobernar, y los pueblos cuál soberano debian obedecer.

Sin embargo, á pesar de todos estos motivos de inquietud, y de los artificios puestos en práctica para agravarla, el parlamento convocado en Thierry sobre el Oisa se conformó con la voluntad del emperador, y Carlos el Calvo adquirió las provincias de Alsácia, Sajonia, Turingia, Austrasia y Alemania. En dicha asamblea recibió el jóven príncipe las armas varoniles á la usanza antigua. El emperador le ciñó la espada, puso la corona en su cabeza, y añadió el reino de Neustria á sus muchos dominios. La artificiosa Judith habia conseguido ganar esta segunda vez el afecto del rey de Aquitánia: Pipino, por complacerla, se declaró protector

de Carlos, y obtuvo, en premio de su condescendencia, la provincia de Maine. Mientras que la corona de un niño se engrandecía diariamente por una injusta preferencia, el imperio perdia, no solo su gloria y poder, sino tambien su seguridad. Los normandos volvieron á repetir sus devastaciones: los sarracenos saquearon á Marsella, y Luis, en vez de pelear con ellos, solo pensaba en satisfacer la insaciable ambicion de Judith. Pipino, rey de Aquitánia, murió á fines del año 838, dejando dos hijos. El emperador, sometido al yugo de su esposa, desatendió los derechos de sus nietos, y dió á Carlos el reino de Aquitánia. Esta injusticia aumentó hasta lo sumo la irritacion de los príncipes y el descontento de los pueblos. El rey de Baviera entró en Francia con un ejército de germanos; pero apenas el emperador se acercó á él, cuando sus tropas, poseidas de terror improviso, se pusieron en fuga. Judith, triunfante, persuadió á su marido á que dividiese todo el imperio, escepto la Baviera, entre Carlos y Lotario. Al saber esta noticia, que tan ventajosa le era, acude Lotario á Wormes, se postra á los pies de su padre, le manifiesta síncero arrepentimiento de los pasados estravíos, y le jura fidelidad inviolable. Fírmase el tratado: el Ródano y el Mosa sirven de línea divisoria entre los dos príncipes: la par-

te oriental fue de Lotario, y la occidental de Carlos.

Sedicion en Aquitánia (839). Los aquitanos no llevaron pacientemente el despojo del jóven Pipino, hijo de su rey. Se rebelaron á favor suyo, le colocaron en el trono, y le sostuvieron con las armas. Esta generosa fidelidad fue mirada y castigada como delito, y les produjo grandes calamidades. El emperador marchó contra ellos, los dispersó, y asoló á Aquitánia.

Mientras que añadió esta devastacion á la de los normandos, Luis de Baviera, determinado á continuar la guerra, juntó un numeroso ejército á principios del año 840. El emperador, evacuando prontamente al Aquitánia, marchó á encontrarle. Los bávaros, deseando entretener la guerra, evitaban cuidadosamente dar batalla. El emperador queria obligarlos á pelear; pero rendido á sus contínuas pesadumbres y á una hidropesía del pecho, terminó sus desgraciados dias en el palacio de Ingelheim. Su hermano natural Drogon, obispo de Metz, le asistió en sus últimos instantes, y le aconsejó que mereciese el perdon del cielo usando de clemencia con su hijo rebelde. Si se ha de dar crédito á las crónicas de aquel siglo, Luis, afligido siempre por el temor del infierno, estando á la muerte creyó ver junto á su cama al diablo pronto á

apoderarse de él, y esclamó en lengua teutónica: *¡Aus! ¡Aus!* que quiere decir: ¡Fuera! ¡fuera! Antes de espirar pronunció estas últimas palabras: «Perdono á Luis; pero que no olvide que me obliga á bajar con dolor al sepulcro, y que Dios castiga con severidad á los hijos ingratos." Así acabó este príncipe, cuyo reinado fue tan largo como tempestuoso y deplorable. Su rigor sin fuerzas, su devocion no ilustrada, llenaron su familia de turbulencias, y el imperio de sediciones. Los estranjeros sacudieron el yugo: los vasallos se burlaron de la autoridad: el trono quedó espuesto á los insultos de las facciones, y las fronteras á las correrías de los bárbaros. Luis fue el ludibrio de los grandes, de su muger, de sus validos y de sus hijos. Su pusilanimidad hizo infelice al pueblo, consagró las usurpaciones y la tiranía de los grandes, y precipitó a Francia en la anarquía. Este monarca probó que la ciencia, el valor y la elocuencia, la bondad y el alto nacimiento de nada sirven en un rey si le falta la firmeza de carácter. Justificando con sus vergonzosas flaquezas el sobrenombre de *Debonnaire*, perdió gloria, fama, trono y libertad. Este reinado funesto destruyó para muchos siglos el poder creado por Carlomagno. La debilidad fue mas calamitosa que hubiera sido la tiranía: ésta

hubiera atormentado á los individuos: aquella disolvió la sociedad, y dejó perecer el estado. Luis, virtuoso, instruido y valiente, quiso hacer el bien, promulgó algunas leyes sábias, escribió y habló con elocuencia, y supo vencer algunas veces, pero nunca reinar.

CAPITULO XVI.

Carlos segundo el Calvo.

Guerra civil entre los hijos de Luis. Batalla de Fontenay. Paz con Lotario: nueva division del imperio. Turbulencias en Italia. Nomenoe, rey de Bretaña. Alianza de Lotario y Carlos. Alianza de los tres reyes Carlovingios. Luis, hijo de Lotario, asociado al imperio. Nuevas invasiones de los normandos. Abdicacion y muerte de Lotario. Toma de París por los normandos. Carlos el Calvo pierde y recobra su reino. Juicio de los obispos en la querella de los príncipes. Paz entre Carlos y Luis. Establecimiento de los normandos en el Sena. Edicto de Piste. Fortificaciones contra los normandos. Victoria y muerte de Roberto. Muerte de Lotario: conquista de Lorena por Carlos el Calvo. Repartimiento de Lorena entre Carlos el Calvo y Luis el Germánico. Luis el Tartamudo, rey de Aquitánia. Victoria contra los normandos. Judicael, duque de Bretaña. Carlos el Calvo, emperador y rey de Italia. Muerte de Luis el Germánico, y division de su reino entre sus tres hijos.

G*uerra civil entre los hijos de Luis* (840). Lo-

tario, como hijo mayor y gefe de la familia de los carlovingios, pretendia suceder á todo el poder de Carlomagno y de Luis el Piadoso: esta pretension parecia justa. El título imperial y el derecho de primogenitura la apoyaban, y casi se habia convertido en derecho por último acto del emperador, que al morir envió la corona imperial á Lotario, y confió el destino de Carlos á su proteccion. Mas para prolongar la existencia del imperio francés debian haberse seguido los planes prudentes de su fundador. El imperio fue elevado por la valentía de los francos: en Francia, pues, debia residir el gefe de la familia, y Luis habia cometido el yerro de fijar en Italia la residencia de Lotario. Desde este momento el emperador fue estranjero para los francos y germanos: estos opusieron á sus derechos soberbios desdenes y resistencia ostinada. Cada pueblo no reconoció mas soberano que á su rey, y no pudo sufrir que su territorio volviese á ser, como en tiempo de Cesar, provincia sometida á Roma.

Sin embargo, Lotario, esperando desconcertar con su rapidez los proyectos de sus rivales, acudió prontamente á Francfort, donde creía sorprender indefenso á Luis de Baviera, conocido ya con el sobrenombre de *Germánico*; pero le halló dispuesto á pelear. Al mismo tiempo Carlos el Calvo habia pasado

á Bourges á esperar á Pipino, rey de Aquitánia, cuya alianza y socorros habia solicitado. Pipino le engañó; no acudió al lugar designado, y trató en secreto con Lotario. Carlos, irritado de esta defeccion, llevó rápidamente su ejército á Aquitánia, peleó con Pipino, y le derrotó; pero cuando la victoria coronaba sus armas, la inconstante fortuna le hacía traicion en sus mismos estados: una parte de la Neustria se rebeló, llamó al emperador Lotario, y reconoció su autoridad. Apenas recibe esta noticia, todos los señores franceses que le seguian le juran castigar aquella traicion, y marcha al frente de ellos contra Lotario. Los dos ejércitos se encontraron junto á Orleans, separados por el Loira; pero antes de entregarse á los furores de la discordia que iba á derramar torrentes de sangre francesa, los príncipes entraron en negociacion, y la guerra civil se suspendió por un tratado provisional, feliz para Francia, aunque desventajoso para Carlos. Por esta convencion solo conservaba á Aquitánia, Lenguadoc, Provenza, Bretaña, y algunos condados entre Loira y Sena: se designó á Attigny para celebrar un parlamento en que se arreglasen definitivamente todas las desavencias de los príncipes: entretanto juraron uno y otro no cometer hostilidades. Este juramento se violó muy pronto, porque entonces no se

respetaba ninguno. Los franceses no habian tomado de la civilizacion de Carlomagno mas que un hijo selvático, y su religion estaba envuelta entre tinieblas supersticiosas. Cuando Carlos, despues de apaciguadas algunas turbulencias que ocurrieron en Bretaña, se puso en camino para ir al parlamento de Attigny, Lotario le salió al encuentro con sus tropas, cortó los puentes del Sena, y le disputó el paso de este rio; pero Carlos lo atravesó con suma rapidez cerca de Ruan; y sus enemigos, desconcertados por el feliz éxito de este movimiento, se pusieron en huida. La ambicion de Lotario mudó entonces de plan y de objeto. Siguiendo los consejos del conde de Metz y del obispo de Maguncia, atravesó el Rin, sorprendió á Luis el Germánico, sedujo y ganó con sus promesas el ejército de este príncipe, y le obligó á huir á Baviera. Su ruina era cierta, si Lotario le hubiera perseguido; pero Carlos lo impidió haciendo una diversion poderosa: aprovechándose de la ausencia del emperador, derrotó el ejército imperial que estaba acampado en Montereau, celebró la Pascua en Troyes, concurrió á Attigny, y se mostró fiel á su juramento, y pasó á Chalons á reunirse con su madre Judith, que le traía grandes refuerzos de Aquitánia. Entretanto, Luis el Germánico, hallando recursos en su valor y en la lealtad de

sus pueblos, habia juntado nuevo ejército. Recobró la ofensiva contra Lotario, venció su ejército mandado por Alberto, conde de Metz, mató á este conde, y pasó á Francia á reunir sus fuerzas con las de su hermano Carlos.

Batalla de Fontenay (841). Lotario se creía ya perdido cuando Pipino, rey de Aquitánia, llegó á reunirse con él. Los ejércitos de los cuatro príncipes carlovingios se encontraron en la llanura de Fontenay cerca de Auxene. En este campo demasiado famoso fue donde el 25 de junio de 841 la ambicion mas funesta y el odio mas ciego reunieron bajo opuestos estandartes todos los reyes, grandes y héroes la flor de Francia; y donde se dió la batalla mas sangrienta de que hayan conservado el infausto recuerdo los anales de la historia. Los compañeros de armas de Carlomagno agotaron, para destrozar el seno de su patria, los restos de la sangre, fuerza y valor de que aquel grande hombre habia usado y aun abusado para fundar su vasto imperio. Cien mil hombres, ó cuarenta mil segun otros, perecieron en esta jornada en que el cuchillo de la discordia hizo á la dinastía carlovingia una herida imposible de curar. Despues de un combate obstinado y una lid por mucho tiempo incierta, la fortuna se declaró contra Lotario, que buscó su salud en la fuga.

Los vencedores, demasiado debilitados, no

pudieron ó no quisieron perseguirle: el remordimiento sucedió pronto á la victoria: aquel triste campo de batalla no pareció á los ojos desengañados de Carlos y Luis sino lo que era en efecto, el sepulcro de Francia. Se pusieron luto por su triunfo, lloraron á los muertos, curaron los heridos, publicaron una amnistía general, creyendo deber á Dios el tributo de sus lágrimas mas bien que acciones de gracias, reunieron los obispos, y los consultaron sobre la manera de expiar aquella terrible carnecería. Estos respondieron que si los príncipes habian atendido en sus querellas al orgullo, al odio ó al enojo mas bien que á la justicia, debian confesar este pecado y borrarle con la penitencia. Mandóse además á los vencedores observar un ayuno de tres dias en expiacion de tanta sangre derramada. Carlos y Luis, moderados despues de la victoria, protestaron ante la nacion francesa que solo querian conservar sus posesiones legítimas, y no hacer conquistas: al mismo tiempo pusieron á Dios por testigo de su sinceridad, y absolvieron á los pueblos de todo juramento en el caso de que los príncipes faltasen al suyo. Lotario, exasperado por la desgracia, no respondió á estas protestaciones pacíficas sino con violencias. En todas las provincias por donde pasó entregaba las ciudades á las llamas y los campos al saqueo. Luis

se volvió á Alemania: Carlos persiguió á Pipino, pero la division de sus leudes salvó al rey de Aquitánia. Lotario, refugiado á Aix la Chapelle, juntó nuevas fuerzas, volvió á entrar en Neustria, taló todos los campos hasta el Maine y se volvió á San Dionis, donde asentó sus reales. Carlos vino á pelear contra él, pero su ejército huyó poseido de un terror pánico; y el emperador, tranquilo despues de esta victoria que no le habia costado sangre, envió á Aquitánia á Pipino, cuyo socorro no le parecia entonces necesario.

Carlos y Luis teniendo por conveniente celebrar una conferencia para tratar de los medios de defender sus tronos y sus personas, se reunieron en Estrasburgo al principio del año 842, y despues de haber pasado muchos dias segun la costumbre de aquel siglo en fiestas, banquetes y torneos, firmaron un tratado, y juraron uno y otro no separar nunca sus intereses ni sus fuerzas. Este acto, famoso en los anales de Francia es uno de los monumentos mas curiosos de la historia antigua de este pais, porque hace conocer con exactitud las costumbres y el lenguage de aquella época. Debemos la narracion circustanciada de esta guerra civil, de la batalla de Fontenay, de la conferencia y tratado de Estrasburgo á Nitardo, nieto de Carlomagno, guerrero valiente é historiador estimable,

distinguido por su prudencia en los consejos y su intrepidez en el campo de Fontenay, y mas célebre aun por su pluma que por su espada. Dice que Luis y Carlos eran igualmente valerosos, de bella presencia, elocuentes, generosos, diestros en los egercicios militares: y si les faltaba el talento de su abuelo, por lo menos tenian las prendas marciales que para los francos eran todavía las primeras de todas. Pero aun estas ventajas fueron perniciosas á la dinastía, asegurándoles la lealtad de sus leudes y prolongando la guerra civil. Mucho mejor habia sido para el imperio que solo Lotario supiese mandar, y que los demas reyes hubiesen sido súbditos obedientes y vasallos coronados; pero apenas hubo igualdad entre ellos, se rompió el haz de los carlovingios: los emperadores se sucedieron, pero el imperio faltó.

Los dos reyes, dice Nitardo, se hicieron recíprocamente magníficos regalos, estipularon con franqueza sus intereses privados y los de sus pueblos. La alegría reinaba en sus convites, la cordialidad en sus conferencias: habitaban el mismo palacio, comian, dormian y trabajaban juntos; y todos los dias descansaban del despacho divirtiéndose en juegos guerreros. En medio de un vasto recinto, rodeado de barreras y á la vista de inumerables espectadores, muchos jóvenes guerreros acos-

trios, gascones, austrasios, sajones, germanos y bretones, divididos en dos cuerpos marchaban unos contra otros en ligeros caballos, y en su choque fingido presentaban la imágen de un combate verdadero. Unas veces acometian con ímpetu: otras, cubiertos con sus escudos, huían prontamente. Los dos reyes iban á su frente, y soltando las riendas á sus caballos y dando enormes gritos se arrojaban con ardor á la pelea. Los clamores, la rapidez de las evoluciones, la velocidad del ataque y de la fuga, la destreza de los ginetes, en fin, el choque estruendoso de sus lanzas y escudos escitaban el entusiasmo de los espectadores: y lo que el historiador observa con mucha razon es que estos juegos militares, que algunos siglos despues fueron tan sangrientos casi como las batallas, no turbaron entonces la alegría pública con ninguna desgracia. Entre tantos combatientes de naciones diversas y rivales ninguno fue herido: toda aquella juventud mostró tanta moderacion en su amor propio como ardor en sus movimientos, y como si estuvieran todos unidos por antigua amistad cuidaban tanto de no hacer daño los unos á los otros, que no hubo sangre derramada.

Los dos reyes consagraron su union con un juramento que pronunciaron en la lengua llamada *romana* ó latin corrompido; la cual suavizándose poco á poco y admitiendo reglas

vino á ser la lengua francesa. Los originales de este juramento, y del juramento del pueblo, tales como Nitardo los publicó, son los siguientes: *Juramento de Luis el Germánico.* "Pro Deo amur et pro xristian poblo et nostro commun salvament, d' ist di en avant, ni guant Deug savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon frade Karlo et in ajudha et in cadhuna cosa, si cum om per dreit son frade salvar dist, in oquid il mi altrezi facit et ab Ludher nulplaid nunquam prindrai qui meon vol, cist meon frade Karlo in damno sit." *Traduccion*: Por el amor de Dios y por la comun salud del pueblo cristiano y la nuestra, desde este dia en adelante, con cuanto saber y poder Dios me dá, defenderé seguramente á este mi hermano Carlos auxiliándole en todo como es justo que todo hombre lo haga con su hermano, y como él lo haría conmigo: y nunca haré con Lotario ningun tratado en perjuicio de este mi hermano Carlos. *Juramento del pueblo francés*: "Si Lodhuwigo sagrament, que son frade Karlo jurat, conservat et Karlus, meos sendra, de suo part non lo stanit; si io returnar non l'int pois, ne io, ne neuls cui eo returnar int pois, in nulla ajudha contra Lodhuwig nun li iver." *Traduccion:* "Si Luis cumple el juramento que ha hecho á su hermano Carlos, y Carlos mi señor no lo cumple por su parte, si yo no

puedo impedirlo, ni yo ni ninguno de los que yo pueda impedir, le ayudaremos en ninguna cosa contra Luis."

Paz con Lotario: nueva division del imperio (843). Estos mismos juramentos se repitieron en lengua tudesca que era la de los antiguos francos y que hablaban entonces los francos orientales. Lotario, abandonado de los neustrios y amedrentado de la tempestad que se formaba contra él, se retiró precipitadamente á Leon, abandonando á sus hermanos los reinos de Austrasia y Borgoña. Los obispos de Francia convocados por los dos reyes á Aix la Chapelle, llamaron á juicio á Lotario, le condenaron por haber pecado contra la Iglesia, infringido la última voluntad de su padre, y usurpado los derechos de sus hermanos. Por tanto le declararon destituido de todas las soberanías que poseia fuera de Italia; y antes de darlas á los dos reyes les preguntaron si prometian gobernarlas segun los mandamientos de Dios. Carlos y Luis lo juraron, y los obispos les adjudicaron solemnemente las posesiones de Lotario. Esta decision no fue observada: los tres hermanos, cansados de guerra tan impía, se reunieron en una isla del Saona, y convinieron en hacer nuevo repartimiento del imperio: mas careciendo de los datos y nociones geográficas, necesarios para arreglar definitivamente la di-

vision, solo decidieron por entónces que, á escepcion de Baviera, Lombardía y Aquitánia, lo restante del imperio se dividiese en tres porciones, de las cuales el emperador Lotario elegiría la que quisiese: y encargaron á ciento veinte señores que se reunieran el año siguiente en Thionville para fijar el tamaño y límites de dichas porciones.

Poco tiempo despues casó Carlos con Hermentrudis, hija de Odon y nieta de Adelardo. Los ciento veinte señores que los reyes habian escogido por árbitros, arreglaron con su consentimiento la division del imperio de este modo: el emperador Lotario tomó para sí, con Italia y Provenza, todas las tierras comprendidas entre el Escalda, el Mosa, el Rin y el Saona. Este pais se llamó en tudesco *Lotherreich*, ó reino de Lotario, y en latin corrompido, *Lohierreguum* ó *Lotharingia*, de donde provino despues el nombre de Lorena. Carlos quedó con la Francia occidental desde el Océano hasta el Mosa, el Languedoc, la marca de España y Bretaña, ademas de la Aquitánia, que sin embargo quedó de hecho en poder de Pipino. Baviera, Germánia, antigua cuna de los francos, y Bélgica compusieron el reino de Luis. Entonces se destruyó el vasto plan de Carlomagno que quiso formar una sola nacion de todos los habitantes del imperio. Solo su genio podia luchar con-

tra la naturaleza: la debilidad de sus sucesores hizo independientes y separó todos aquellos pueblos, naturalmente opuestos entre sí por las diferencias de climas, costumbres é idiomas. En esta época memorable comenzó la desavenencia singular que siempre ha existido y existe hoy, entre franceses, alemanes é italianos. Así cayó el vasto imperio romano que Carlos el grande procuró inútilmente resucitar y que volvió con él al sepulcro. En esta época se estableció el sistema feudal bajo el cual han gemido tantos años la humanidad y la justicia: porque el siglo que vió á los grandes deponer á los reyes y ajustar sus diferencias, produjo necesariamente la decadencia de la autoridad real y la ruina del derecho público.

Despues del tratado de Thionville pasó Carlos con su ejército á Aquitánia con la esperanza de conquistarla. Pero Pino defendió contra él la ciudad de Tolosa, le derrotó en batalla campal cerca de Angulema, y conservó algun tiempo por su valor la corona de que le habia despojado la voluntad de los grandes. Al favor de esta guerra civil se rebeló Azenardo, conde de los gascones; pero murió poco tiempo despues. Sucedióle Sancho, y sostuvo su independencia con el auxilio de los bascos y navarros. En vano procuró someterle el duque Totilon, enviado por Carlos: las

conquistas de Carlomagno, los combates obstinados de sus hijos, y en fin, el desastre sangriento de Fontenay, habian agotado los soldados de Francia, y casi no se hallaban hombres libres para el ejercicio de las armas. Los sajones y dinamarqueses, conocidos en el Occidente con el nombre de normandos, se aprovechaban de esta debilidad para satisfacer su antiguo odio y hartarse de venganza: sus numerosos buques infestaban las costas de Francia: el duque Oscar, su caudillo, subiendo por las orillas del Sena, habia tomado y saqueado dos años antes la ciudad de Ruan, y llevado la devastación y ruina hasta las cercanías de París. Nadie se presentaba á pelear contra ellos. Solo se libertaban de su furor las reliquias de los santos, guardadas por el celo de los monges. En ninguna parte habia espíritu público: los enemigos eran favorecidos por la traicion y la codicia. Nomenve, que aspiraba al poder soberano en Bretaña, llamó los bárbaros á esta provincia, y fueron saqueadas las ciudades de Rennes, Nantes y Vasmes, que permanecian fieles á Carlos. La Turena y el Anjou, Saintes, Burdeos, Agen, Tarbes, Oleron y Lescars cayeron en poder de los normandos, como tambien Limoges y Perigueux. En fin, el duque Seguin, sucesor de Totilon, reunió algunas fuerzas, se atrevió á pelear, y dió batalla á los bárbaros

cerca de Burdeos; pero fue vencido y muerto. Parecia que entonces se juntaban todas las calamidades para afligir á Francia: hubo frecuentes terremotos, y una enfermedad contagiosa y la aparicion de algunos cometas añadió á los males verdaderos todos los terrores de la supersticion. En 843 murió Judith, madre de Carlos, reina desgraciadamente célebre, cuya liviandad y ambicion habian sido la causa primera de tantas desgracias. El conde Bernardo, su valido, privado de proteccion, fue acusado, juzgado, condenado á muertè, y ajusticiado.

Al año siguiente marchó Carlos contra los bretones, y encontró cerca de Chartres á Nomenoe, que le derrotó. Una tregua fue el resultado de este combate. Ragnario, Hastings, Biere y Aurico, príncipes normandos, arrojados de su patria por una faccion, acometieron las playas de Francia, subieron por el Sena, saquearon sus orillas, y robaron la abadía de san German de los Prados: pero París y san Dionis resistieron á sus furores. Establecieron sus reales en Melun. Los franceses, arruinados y tímidos, no se atrevieron á pelear con ellos. Si los bárbaros avanzaban, decian que el diablo era su caudillo; y si se retiraban, que huían de la cruz. El rey Carlos compró vergonzosamente la retirada de los normandos con un tributo cuantioso: al

irse devastaron las provincias de Picardía, Flandes y Frisia, y se apoderaron de Hamburgo, de donde fueron arrojados por los alemanes despues de muchos y porfiados combates.

Turbulencias en Italia (845). Italia no era mas feliz: los duques de Benevento y Capua, despreciando el carácter poco firme del emperador Lotario y de su hijo Luis, quisieron sacudir el yugo, y llamaron en su socorro á los sarracenos y á los sardos. Llegaron hasta las puertas de Roma, y robaron los arrabales. El papa Leon IV fortificó las murallas, y confió su defensa á tropas de Córcega. Los señores que se habian conservado fieles á Lotario, peleaban á favor suyo; pero se resarcian de su dependencia pasagera con insolente orgullo. El conde Gisalberto, uno de ellos, robó á la hija del emperador, la llevó á Francia, y se casó con ella.

Leon murió: y el clero y pueblo de Roma eligieron por sucesor suyo á Sergio II, sin pedir el consentimiento del emperador. Lotario irritado envió á los romanos una embajada de veinte obispos, cuyo presidente era su tio Drogon: un cuerpo de tropas mandado por Luis, hijo del emperador, acompañó á los embajadores, y saqueó los arrabales de Roma para apoyar la negociacion. El papa recibió con magnificencia y respeto á los en-

viados de Lotario, coronó á Luis por rey de Lombardía, le dió el título de emperador, y mandó que los romanos jurasen fidelidad tanto al príncipe como á su padre. Ademas, nombró á Drogon legado suyo en Francia y Germánia. Esta condescendencia terminó por algun tiempo la querella entre el sacerdocio y el imperio.

Mientras que el poder de los francos caía por la discordia, los españoles aumentaban el suyo con triunfos señalados. El rey de Córdoba habia exigido de ellos el ignominioso tributo de doncellas. Los españoles indignados marcharon contra él bajo las órdenes de su rey Ramiro, y le derrotaron completamente en una batalla sangrienta que costó setenta mil hombres á los sarracenos. Los vencedores atribuyeron este gran triunfo á su patron el apóstol Santiago, al cual habian visto á su frente en un caballo blanco con un estandarte del mismo color. Ramiro, para consagrar la memoria de este prodigio, mandó á todos los propietarios de su reino que diesen á la iglesia del apóstol una porcion de trigo, llamada hasta hoy el *voto* de Santiago. Así los pueblos y los reyes de España agradecian los esfuerzos del celo religioso, sin el cual les hubiera sido imposible reconquistar la patria.

Nomenoe, rey de Bretaña (847). Carlos habia reunido tropas para pelear contra los

bretones; pero una nueva acometida de los normandos le obligó á diferir esta espedicion. Cuando se hubieron alejado, entró en Bretaña y llevó sus conquistas hasta Renny.

Nomenoe habia pedido al papa el permiso para coronarse rey de los bretones, pero el clero de su pais se opuso á ello. El guerrero arrojó á los prelados de sus sillas, nombró otros y se coronó en Dol. Debe confesarse que los príncipes franceses de esta época no se entregaban como los de la primer dinastía al ocio y la molicie. Casi siempre se les veía al frente de los ejércitos. Sabian pelear, mas no reinar: y acaso la indolencia de los merovingios fue menos fatal á Francia que la inútil actividad de los descendientes de Carlomagno; pues la ociosidad de los primeros por lo menos dejaba el cetro en manos dignas de llevarle. Carlos venció en Aquitánia á Pipino y á los normandos; pero apenas se retiró, tomaron la ofensiva, se apoderaron de Burdeos y se establecieron en esta ciudad. Su escuadra llevó al norte al duque Guillermo, á quien habian hecho prisionero.

Alianza de Lotario y Carlos (849). El año siguiente se reunieron Lotario y Carlos en Perona, y contrajeron estrecha alianza. Al mismo tiempo el hermano de Pipino, sorprendido en las tierras de Carlos, fue preso y recluso en el monasterio de Corbié, Despues

llegó á ser arzobispo de Maguncia. En esta época convocó el rey un concilio en Quierry para juzgar al monge benedictino Gotescalco, que impugnaba las doctrinas de su arzobispo Hincmaro en materias de gracia y predestinacion. Gotescalco fue condenado á la pena de azotes.

Era llegado el momento en que Pipino debia perder por sus vicios el trono que habia conservado por su valor. Los señores aquitanos, fatigados de su lujo, injusticias y deshonestidades, se rebelaron, llamaron al rey Carlos, y le entregaron las plazas de Tolosa y Limoges. Poco despues se reconciliaron con su príncipe: pero semejantes vínculos, relajados una vez, no se volvieron á estrechar sólidamente, y Pipino no tardó en esperimentarlo. Nomenoe, el nuevo rey de Bretaña, justificando su usurpacion con la osadía, recobró á Rennes, y se apoderó del Anjou; pero la muerte le atajó en medio de sus triunfos. Su hijo Herispux, mas pacífico, se presentó á Carlos en Angers; le reconoció por su soberano, y le rindió homenage. El rey le dió en feudo las ciudades de Nantes, Rennes y Retz.

Alianza de los tres reyes Carlovingios (851). Los peligros que sin cesar amenazaban á Francia obligaron á los tres reyes Carlovingios a reunirse de nuevo en Mersen, sobre el

Mosa, donde convocaron un parlamento general, y firmaron una nueva alianza. Prometieron, bajo juramento, proteger mútuamente á sus hijos, y negar todo asilo á los rebeldes proscritos por cualquiera de los tres.

Pero á pesar de sus esfuerzos reunidos no hallaron medio alguno para oponerse á los estragos contínuos de los normandos. Estos bárbaros saquearon segunda vez á Ruan, Tréveris y Colonia, y entregaron á las llamas el palacio de Aix la Chapelle, cuyas riquezas habia recogido Lotario, cuando despues de la batalla de Fontenay se vió obligado por sus hermanos á retirarse á la parte meridional del reino. Francia entera parecia helada de temor al aspecto de los normandos: solo se encontraban hombres despavoridos y brazos sin armas. Los bárbaros estuvieron acampados sin obstáculo doscientos ochenta y siete dias en las orillas del Sena. Los historiadores de aquel tiempo, enmudecidos de vergüenza ó de miedo, no dan noticia de estas calamidades. Solo algunos sacerdotes, contra los cuales ejercian los sajones crueles represalias de las conversiones sangrientas de Carlomagno, han conservado la memoria de tantos estragos; y cuando los franceses sufrian tan grandes desgracias, los nobles, en vez de reunirse contra las tribus bárbaras del Norte por la salvacion comun, solo se empleaban en destrozar-

se mútuamente, en alistar tropas por su cuenta, en usurpar los derechos reales del fisco y de la justicia, en derribar la monarquía para fundar el poder de los señores, y en levantar el monstruoso sistema del feudalismo sobre las ruinas del orden y de la libertad.

Luis, hijo de Lotario, asociado al imperio (852). Carlos el Calvo, siempre amenazado por los rebeldes de Bretaña, marchó contra ellos, fue vencido de nuevo, y obligado á aceptar una paz poco honrosa. La fortuna compensó este revés poniendo en su poder la Aquitánia. Los señores de este pais le entregaron al rey Pipino, y lo encerró en un convento. Pipino poco despues salvó los muros de la prision, se escapó á los reales de los normandos, volvió con ellos al Poito, y asoló esta provincia. Pero cayó otra vez en poder de las tropas de Carlos, y murió preso en el castillo de Senlis. Este mismo año Lotario asoció solemnemente al imperio á su hijo Luis.

Nuevas invasiones de los normandos (853). La historia del reinado de Carlos, de sus hermanos y sobrinos, solo ofrece al lector entristecido la repeticion fastidiosa de los mismos desórdenes, discordias y desastres. Nada grande se vé en ella, ni virtudes ni maldades: tratados sin buena fé, guerras sin planes ni resultados, supersticion sin verdadera piedad, ambicion sin honor, trono sin auto-

ridad, parlamento sin gloria, leyes sin poder: tal es el triste cuadro de aquel siglo bárbaro, tanto mas sombrío cuanto sucedía á una época muy brillante y gloriosa. El valor era la única prenda estimable que habia quedado á los franceses; pero solo servia para prolongar el desorden y hacerlo mas sangriento. En vano Carlos suplicaba á los nobles que suspendiesen sus querellas, y se reuniesen contra los normandos. Ningun soldado acudia á su voz para pelear con los bárbaros, y la Francia, así dividida, ofrecia una presa facil á los piratas.

En vano el trono habia confiado en el apoyo del sacerdocio: estaba la disciplina del clero casi tan destruida como la del ejército: Ebon, aquel prelado tan famoso por sus violencias y por la deposicion de Luis el Piadoso, se burló de la autoridad de Carlos, y protegido por Lotario, se apoderó del arzobispado de Reims. Carlos hizo armas contra él, le arrojó de la usurpada silla, y colocó en ella al célebre Hincmaro el historiador.

El peligro comun que amenazaba á los príncipes Carlovingios no pudo moverlos á que ahogasen sus discordias. Luis el Germánico, llamado á Aquitánia por los señores de este pais que se quejaban de Carlos, rompió las paces con su hermano, y envió su hijo á Burdeos; pero esta espedicion no produjo re-

sultado alguno. Los aquitanos estaban entonces dispuestos á rebelarse contra toda autoridad, y no querian obedecer á nadie. Carlos, irritado de esta traicion, se reunió con Lotario en Valenciennes, y convocó un parlamento en Lija, al cual fue citado Luis el Germánico; pero este príncipe no se atrevió á comparecer. Carlos llevó sus tropas á Aquitánia, restableció el órden, y se coronó solemnemente en Limoges rey de aquel pais.

En esta época han supuesto algunos historiadores, en odio de la Iglesia romana, que una muger llamada Juana ocupó el trono pontifical. Por mas absurda que fuese esta fábula, cuya falsedad se ha conocido despues, se le ha dado crédito durante cinco siglos.

Abdicacion y muerte de Lotario (855). En este año una nueva desmembracion del imperio aceleró su decadencia. Hasta entonces todos los esfuerzos de Lotario se habian dirigido esclusivamente á recoger y reunir bajo su poder el imperio todo de Carlomagno: pero convencido de que jamás podria elevarse al poder y gloria de su abuelo, cambió de objeto su ambicion: y en vez de emular la fama del grande emperador, siguió el ejemplo de Carlomano, abdicó, tomó el hábito de monge, y dejó la Italia y el imperio á Luis, el mayor de sus hijos: al segundo, llamado Lotario, la Lorena; y á Carlos, que era el ter-

cero, la Provenza y una parte de Borgoña. Despues se retiró á la abadía de Prom, donde murió dentro de pocos meses.

Toma de París por los normandos (856). El repartimiento del imperio dió motivo á nuevas querellas y nuevas obligaciones entre los príncipes franceses. El emperador Lúis unió sus tropas á las de su tio Luis el Germánico, y Lotario, rey de Lorena, hizo alianza defensiva con Carlos el Calvo. Los ejércitos de los cuatro reyes se encontraron en las fronteras de Suiza; y al dar la señal del combate, los grandes de los dos partidos se opusieron á que se derramase sangre, y se suspendió la guerra por medio de una tregua.

Carlos el Calvo era entonces aborrecido y despreciado de los suyos. Este príncipe, receloso del poder de los grandes, que se aumentaba cada dia, habia elevado á los empleos mas importantes á muchos hombres libres, pero de estraccion vulgar y de cortas riquezas. La orgullosa nobleza le acusaba de colocar en su clase hombres sin valia, y los pueblos de la debilidad con que sufria las invasiones de los bárbaros. Formóse, pues, contra él una terrible conspiracion; y mientras estaba ocupado en reprimir las turbulencias de Bretaña, los neustrios llamaron á Luis el Germánico, y le ofrecieron la corona de la Francia occidental.

Todas estas discordias eran favorables á

las armas de los normandos, y así al favor de ellas asaltaron y tomaron á París. En el historiador Aimoin puede verse cuánto desprecio inspiraba á aquellos bárbaros la cobardía de los señores franceses. El duque Ragnario, gefe de los normandos, dando cuenta al rey de Dinamarca de la toma de París, despues de describir la grandeza de esta ciudad y la fertilidad de sus campos, habla con acerbidad y desden de la flaqueza de sus habitantes. «En esta ciudad, dice, los muertos tienen mas valor que los vivos: solo nos ha hecho resistencia la sombra de un santo, llamado German, cuya aparicion milagrosa obligó á la retirada á nuestros soldados vencedores."

Carlos el Calvo pierde y recobra su reino (857). Convocóse en Quierzy un parlamento general, al cual concurrieron pocos señores y muchos obispos. Promulgáronse en él algunos capitulares para la reforma de la Iglesia: pero no se adoptó ningun plan militar para la defensa del pais, y las instrucciones que se dieron á los duques, condes y gobernadores de las provincias, se redujeron á algunos consejos relativos á introducir el cristianismo entre los bárbaros; único medio de templar su ferocidad nativa, y que surtió buen efecto.

La fermentacion que reinaba entre los neustrios, despertó en el alma de Luis el Germánico la ambicion, no estinguida por la

edad. Un capellan de Carlos, llamado Venilon, á quien este monarca habia colmado de favores, entregó á Luis la ciudad de Sens. Allí recibió el homenage de los leudes franceses, y corrió el Orleánes y la Champaña, seguido de los aplausos del pueblo. Carlos acudió á Brienne con su ejército para pelear contra él; pero á la vista del enemigo le abandonaron sus tropas, y hubo de retirarse solo á los bosques, donde buscó su salvacion en la fuga. Tal era entonces la turbulencia de los francos y la inconstancia de sus ánimos que esta revolucion repentina fue seguida en breve de otra contraria. El orgullo y dureza de los germanos vencedores despertó en los neustrios el antiguo odio: todos se indignaron de verse sometidos á un pueblo que miraban como bárbaro; y todos conspiraron para entregar á Luis en poder de su hermano. Luis, aterrado por esta insurreccion, y sabiendo al mismo tiempo que los esclavones venedos habian hecho una invasion en sus estados, renunció á las quiméricas esperanzas de reinar en Neustria, y volvió aceleradamente á Alemania. Carlos volvió á hallar sus leudes con su fortuna, y sostenido por la alianza de Lotario, rey de Lorena, recobró en pocos dias el reino que habia perdido.

Juicio de los obispos en la querella de los príncipes (859). Se convocó un parlamento,

y se intimó á Luis que compareciese en él para ser juzgado. Luis se negó á ello, y declaró que someteria su conducta al juicio de los obispos. Los prelados de doce provincias se reunieron en Salvonieres, villa cercana á Toul. Carlos se sometió á este concilio, y le presentó humildemente una peticion quejándose de que habiendo sido elevado al trono por la voluntad del sacerdocio, se le hubiese depuesto sin el consentimiento de los obispos. Su enviado acusó de traidor al ingrato capellan Venilon. Huémaro, al frente del clero, se presentó al rey en Viormes. "Carlos pidió á los obispos que olvidasen lo pasado, los veneró como tronos de la Divinidad, y prometió ser siempre sumiso á sus correcciones paternales." Los obispos le perdonaron sus injurias privadas, y le prometieron, por las que habia hecho á la Iglesia, completa absolucion si seguia constantemente sus consejos.

Paz entre Carlos y Luis. (860). La amnistía fue general: Luis, Carlos y Lotario, reconciliados por la intervencion del concilio, se reunieron en una isla del Rin cerca de Andernach. Alli se juraron amistad, convinieron en celebrar otra conferencia en Basilea, y no pudiendo concurrir á esta ciudad, convocaron un parlamento en Coblensa, donde se consolidó la paz por un tratado.

Este año fue notable por el rigoroso frio.

Helóse el mar Adriático, y una lluvia roja como sangre sucedió á una gran nevada, y aterró á los pueblos que veían teñido de solo aquel color el cielo y la tierra.

Los nobles caminaban rápidamente á la independencia. Un capitular del parlamento de Quierzy declaró hereditarios los empleos de duque y conde, amovibles hasta entonces. Así perdió la corona su prerogativa mas noble y su apoyo mas firme, perdiendo el derecho esclusivo de administrar justicia. Los condes y duques delegaron tambien este derecho á los señores que eran vasallos suyos: y los nobles, jueces ya de los pueblos y comandantes de las tropas, formaron en Francia aquella inmensa gerarquia de autoridades independientes que se llamó sistema feudal. Cada señor fue soberano: el rey mismo no tuvo poder sino como señor, con una soberanía mas aparente que verdadera: y por un contraste estravagante el trono se hizo electivo á voluntad de los grandes y obispos, cuando los gobernadores, amovibles por su naturaleza y nombrados por los reyes para ejecutar sus órdenes, eran hereditarios. Hasta entonces se podia decir que no habia entre los franceses verdadera nobleza, pues que jamas habian querido imitar á los romanos ni usar los nombres de familia: pero la herencia de los feudos y de los empleos mudó bien pronto la

costumbre en esta parte: se añadió al nombre de bautismo, que era el que antes distinguia esclusivamente las personas, el del ducado, condado, baronía ó pueblo propio: y así solo en esta época puede buscarse con alguna certidumbre el orígen de la nobleza de Francia. Pasó cerca de un siglo antes de que se estableciese alguna orden en este caos que daba á los señores el poder régio, y entregaba los pueblos y los reyes á la servidumbre y opresion. Mientras la dinastía Carlovingia prolongó su calamitosa existencia, fue tal la confusion, que la triste época anterior al reinado de Hugo Capeto merece el nombre de interregno: y no debiera dividirse en reinados, que solo presentan imágenes pálidas de las sombras reales aparecidas sucesivamente en el palacio de los reyes, llevando un cetro que los oprimia y no los condecoraba.

Establecimiento de los normandos en el Sena (862). Parecia que la Francia iba á perecer sin resistencia á manos de los normandos cuyas numerosas cuadrillas se señalaban todos los años con nuevas devastaciones. Los señores franceses, sin valor contra el estrangero, no conservaban su humor turbulento y guerrero sino para entregarse al furor de las discordias civiles. Los reyes hallaban muchos soldados para pelear entre sí, y los buscaban en vano cuando querian rechazar los bárbaros

del Norte. Carlos no podia conseguir de estos ninguna tregua sino á precio de dinero; y tal era la penùria del tesoro público, que para pagar estos ignominiosos tributos que se renovában de tiempo en tiempo, y que ascendian á tres mil ó cuatro mil libras de plata, los condes y duques empleaban las exacciones mas insoportables, despojaban á los hombres libres y á los tributarios, disipaban los fondos consumales de las curias, dejaban sin reparar las murallas de las ciudades abiertas, y robaban muchas veces, como los normandos, las abadías é iglesias.

En aquella época de infortunio fue preciso en fin anteponer el mérito al favor. Carlos, amedrentado por los establecimientos que iban formando los normandos en las orillas del Sena y en los fértiles paises que median entre este rio y el Loira, resolvió, contra el gusto de sus cortesanos, confiar el gobierno de aquel territorio al menos poderoso, pero al mas valiente de sus guerreros. Llámabase Roberto: su valor y la fuerza de sus golpes le habian merecido el renombre de *Fuerte*. De este héroe descendió la familia de los Capetos, que restableció el trono, y supo conservar á Francia, hasta nuestros dias, el primer puesto entre las potencias de Europa. Al mismo tiempo Carlos, con eleccion no menos feliz, dió el gobierno de las provincias del Nor-

te á un señor llamado Thierry, del cual descendieron los condes de Olanda.

Roberto el Fuerte, justificando muy en breve la confianza del rey, marchó contra los bárbaros seguido de un corto número de guerreros valientes á toda prueba; peleó con los bretones y los derrotó, venció á los normandos, apresó doce de sus buques y pasó á cuchillo las tripulaciones.

Edicto de Piste (864). Este triunfo pareció despertar en Carlos el vigor propio de su familia: y queriendo poner freno á los desórdenes interiores, convocó en Piste, villa cercana á Nantes, el parlamento, en que se publicó un edicto de reforma, notable como un rayo de luz en medio de las tinieblas, y así es célebre en nuestros anales como el único acto de aquella época de anarquía en que brillaba alguna prudencia y vigor. Allí consagró Carlos y proclamó de nuevo el gran principio del antiguo derecho público de los franceses, á saber: "que la ley se hace por el consentimiento del pueblo y la institucion del rey."

La codicia de los señores habia alterado las monedas. Carlos mandó refundirlas, y fijó de esta manera su valor: una libra de oro equivalió á doce de plata: cada libra se dividió en veinte sueldos, y cada sueldo en doce dineros. Estableció casas de moneda en doce ciudades.

Los condes, obispos y abades, durante la guerra civil, se habian quitado unos á otros muchos vasallos, no solo tributarios sino tambien libres. Mandóse que cada vasallo volviese á su domicilio.

Fortificaciones contra los normandos (865). Se prohibió á todo frances vender su libertad á las iglesias: se mandó hacer nuevo censo de los hombres libres. El rey hizo construir fortalezas en las embocaduras de los rios para defenderlas contra los normandos, se prohibió á los señores fortificar sus castillos, que eran ya focos de tiranía y asilos de ladrones. Carlos confirmó á los pueblos del Mediodia la legislacion de que gozaban, y recordó formalmente en esta ocasion que los capitulares de sus predecesores no habian abolido la legislacion romana preferida en aquellos paises.

Debe creerse que estos sábios decretos fueron violados ó eludidos por la turbulenta nobleza que cada dia mostraba mayor desprecio á la autoridad real.

El ultraje hecho á Judith, hija de Carlos, lo probó evidentemente. Habia sido esposa de Etelvolfo, rey de Inglaterra, y muerto su marido, volvió á Francia. Balduino, conde de Flandes, la vió en Senlis, ardió en su amor, y la robó del palacio de su padre. Carlos salió á perseguirle, pero fue vencido por el raptor. El papa, informado de este crímen, escomul-

gó á Balduino: mas le perdonó despues y aplacó el enojo de Carlos que se reconcilió con el rebelde.

Otro amor encendió nueva discordia entre los príncipes Carlovingios. El joven Lotario, rey de Lorena, estaba casado con Teutberga, hija de un duque frances: el fastidio siguió al casamiento y se enamoró de Valdrada, sobrina y hermana de Gontier y de Tietgaldo, arzobispo de Treveris y Colonia: la ambicion cerró los oidos de estos prelados á los preceptos del evangelio, anularon el primer matrimonio y el rey, creyéndose libre, casó con Valdrada.

El papa Nicolao I no solo amenazó á Lotario con el castigo del cielo, sino escitó contra él á Carlos el Calvo, dispuesto siempre á aprovecharse de todos los pretestos para estender sus dominios. Luis el Germánico se declaró á favor de Lotario: pero este príncipe, confiando poco en este protector, se sometió al juicio de la Iglesia; por tanto se convocó en Metz un concilio: la influencia de los dos arzobispos hizo que se confirmase en él el nuevo matrimonio, y los dos prelados satisfechos enviaron á Roma el decreto del sínodo. El papa convocó otro concilio en el palacio de Letran, anuló las actas del de Metz, y escomulgó á los dos arzobispos y á sus partidarios. Estos se retiraron á Milan, y protegidos

por el emperador Luis fulminaron una ridícula y osada escomunion contra el papa: ademas unieron su causa á la del arzobispo de Ravena, y á la de Focas, patriarca de Constantinopla, indispuestos entonces con la santa Sede.

El espíritu de rebelion dominaba en Europa. Los sarracenos, llamados por algunos facciosos, saqueaban el territorio romano: y el emperador Luis era insultado por sus indóciles vasallos. En Sajonia los hombres libres tomaban las armas, derribaban los altares de Jesucristo, y restablecian los de los ídolos. En Francia, una parte de los señores, descontentos de Carlos, se coligaban contra él para destronarle, mientras los demas reunian sus esfuerzos para sostenerle. Era necesaria, pues, en Europa una nueva potencia que restableciese el orden, y esta fue la temporal de los sumos Pontífices, que entonces empezaba á hacerse superior á los mismos reyes. Los obispos acostumbrados á los goces y desorden del régimen feudal, no eran ya á propósito para representar y ejercer soberanamente el poder político del cristianismo: porque sus fuerzas eran pequeñas con respecto á las de los barones. La santa Sede, reasumiendo todo el poder temporal de la Iglesia, protegió y contuvo al sacerdocio, enfrenó á los reyes y señores, y ligó con un solo vínculo, que era el de su au-

toridad todas las monarquías cristianas. Arcenio, legado del sumo Pontífice, obligó al arzobispo Hincmaro á restituir á la silla de Soissons un obispo destituido por él, y al mismo tiempo mandó á Carlos y á los demas príncipes Carlovingios que obligasen á Lotario á volver á sus primeros vínculos. Lotario era valeroso y ardiente en sus amores; pero religioso: obedeció pues á la voz de su conciencia, alejó á la nueva esposa de palacio, y volvió á reunirse con Teutberga. Valdrada pasó á Italia con la esperanza de aplacar al soberano Pontífice: mas no pudo conseguirlo y volvió á Francia escomulgada. Su hermano Heberto enfurecido resolvió vengarla, tomó las armas, asoló á Lorena y pereció en fin á manos de un señor llamado Conrado, cuyo hijo Rodulfo fue el primer rey de la Borgoña transyurana.

Victoria y muerte de Roberto (867). El occidente de Francia no estaba mas tranquilo, y nuevas turbulencias agitaban sin cesar á Bretaña, indocil siempre al yugo de los francos, Salomón, sobrino de Nomenve, se rebeló contra el duque Herispux, le mató, tomó el título de rey de Bretaña, y se apoderó de algunas provincias vecinas. El mismo año los normandos reunidos en gran número, invadieron á un mismo tiempo la Bretaña, el Poitou, el Anjou y la Turena. Los franceses marcharon contra ellos á las órdenes de Ro-

berto el Fuerte, duque de Francia, y de Ramulfo, duque de Aquitánia. Estos dos héroes les dieron una gran batalla, en que los bárbaros fueron completamente vencidos; pero entrambos perecieron en ella. Roberto dejó por herederos de su fortuna á dos hijos, Eudes y Roberto, que ascendieron despues al trono de Francia.

La escandalosa discordia producida por los amores de Lotario, continuaba siempre causando en Lorena las mayores turbulencias. Aquel príncipe, impelido del odio á su primer muger, y del amor á la segunda, se habia reunido otra vez con Valdrada. Tres sínodos se declararon sucesivamente en su favor. En esta causa, que duró quince años, Teutberga, no solo se defendió mal de la acusacion de un comercio infame con su hermano, sino llegó hasta declararse en favor de su rival, y pedir ella misma al papa el permiso de romper un lazo que la hacia tan desgraciada como á su esposo. Nicolao, firme en su resolucion y escitado contra Lotario por el arzobispo Hincmaro, desechó las súplicas de la reina y la reprendió severamente su engaño, su condescendencia en dejarse envilecer, y de llamarse libre cuando era víctima de la opresion mas odiosa. "En vano sostienes, la dijo, que Valdrada es muger legítima de Lotario: tu testimonio es inútil. Solo á mí pertenece decidir

entre sus derechos y los tuyos: y aun cuando murieses, jamas permitiria yo que la concubina adúltera del rey llegase á ser esposa suya."

Muerte de Lotario: Conquista de Lorena por Carlos el Calvo (868). Nicolao murió al fin del año 867. Su sucesor Adriano II se vió sitiado á un mismo tiempo por los musulmanes y por las tropas del duque de Benevento. El emperador Luis, demasiado débil para libertarle, imploró el socorro de Lotario, que aprovechó con presteza esta circunstancia para reconciliarse con la Santa Sede. Los dos príncipes rechazaron á los enemigos del papa, el cual al principio se mostró mas indulgente que su predecesor, y aun consintió en levantar el anatema fulminado contra Valdrada. Pero Teutberga pasó á Roma, y no pudo lograr la disolucion de su matrimonio á pesar de la proteccion de la emperatriz Ingelberga; y cuando Lotario se presentó en la iglesia de San Pedro á recibir la comunion, no le hicieron honores ni el clero ni el pueblo.

Pero algunos dias despues invitado por el Sumo Pontífice á una ceremonia solemne, Adriano presentándole la hóstia, le dijo: "Si has renunciado al adulterio, y separádote de Valdrada tu manceba, recibe con confianza este sacramento, prenda de salvacion; pero si el pecado reina todavía en tu corazon, piensa

que este mismo sacramento, en vez de ser remedio saludable para tu alma, será juicio y castigo." Lotario, turbado por la reverencia, comulgó sin proferir una palabra: los señores de su comitiva, advertidos por las mismas amenazas, imitaron el egemplo de su príncipe. Pocos dias despues se difundió una enfermedad contagiosa en el campamento frances, y murieron de ella Lotario y casi todos los que habian comulgado con él. Este suceso estraordinario, atribuido á la ira del cielo, aumentó el espíritu religioso del siglo. Carlos, hermano menor de Lotario, le sucedió; pero vivió poco, y su herencia fue nuevo motivo de guerra entre los príncipes de la dinastía Carlovingia.

Cuando Carlos el Calvo supo la muerte de su sobrino, convocaba un parlamento en Poissy. Dispuesto á aprovechar aquella ocasion oportuna de engrandecerse, y favorecido por los consejos belicosos del arzobispo Hincmaro, hizo que los obispos de Francia le declarasen rey de Lorena, condujo sus tropas á este pais, y se apoderó de él.

Su hermano el germánico y el emperador Luis, sostenidos por el sumo pontífice, se armaron para disputarle aquella conquista. Lotario habia tenido de su segunda muger Valdrada un hijo, llamado Hugo, y dos hijas: la primera casó sucesivamente con el con-

de de Provenza y con el marques de Toscana. La segunda dió su mano á Godofre, príncipe normando, que conquistó la provincia de Trina. Hugo, al frente de un partido poco numeroso aunque valiente, disputó en valde á Carlos el reino de Lorena. Este monarca perdió el año siguiente á su esposa Hermentondis y coronó á su concubina Richilde, hija del conde Beauvais y de una hermana de Teutberga, reina que fue de Lorena. El papa, empleando las armas espirituales contra la usurpacion, amenazó escomulgar á Carlos, si no cedia inmediatamente la Lorena al legítimo sucesor, que era el emperador Luis. Carlos respondió á esta amenaza con moderacion, pero sin prometer obediencia. Los prelados franceses y el arzobispo Hincmaro, mas atrevidos, escribieron cartas violentas al soberano pontífice, y le amenazaron con el anatema. Solo el obispo de Laon, sobrino de Hincmaro, abrazó la causa de Roma; Hincmaro hizo que fuese juzgado, condenado, depuesto y que se le sacasen los ojos. El papa indignado rompió entonces abiertamente con Carlos, y le mandó con imperio que se sometiese y enviase los obispos de Francia al tribunal de Roma. Carlos, acordándose del inmenso poder que habia ejercido su abuelo Carlomagno en Roma misma, le escribió: "Sabed que los reyes no son lugartenientes de

los papas, sino soberanos en sus tierras. Despreciamos los decretos de Roma, y haremos castigar severamente á los que se atrevan á intimárnoslos." Esta disputa no tuvo por entonces consecuencia.

Repartimiento de la Lorena entre Carlos el Calvo y Luis el Germánico (870). Luis el Germánico y Carlos celebraron una conferencia en Mersen, y arreglaron el repartimiento de Lorena entre los dos; y habiendo sabido despues que el emperador Luis, vencidos los sarracenos, era víctima de una traicion y estaba prisionero en poder del duque de Benevento, marcharon entrambos hácia Leon con el pretesto de consultar al papa; pero con el designio verdadero de aprovecharse de la desgracia de su sobrino para estender su poder en Italia.

Carlos enamorado de su nueva esposa la dejó ejercer un poder absoluto sobre su ánimo: gobernado por sus consejos colmó de favores á su hermano Bozon, le confió el gobierno de Viena y el ducado de Aquitánia, le dió el empleo importante de gran maestre de los porteros de palacio, y le hizo tan poderoso que pocos años despues se le vió en la primer clase de los ambiciosos y rebeldes que consumaron la desmembracion de la monarquía. El poder de Bozon escitó la envidia de los hijos del rey: el mayor, llamado Carlo-

mano, se rebeló dos veces contra su padre, y ambas fue perdonado; pero su tercer rebelion fue castigada, no solo con dureza, sino con crueldad. Carlomano se habia aprovechado para tomar las armas del tiempo en que su padre viajaba por el Mediodia de Francia. El inflexible Hincmaro encargado de la regencia del reino, peleó contra el príncipe rebelde, le hizo prisionero, mandó encerrarle y juzgarle; y siendo condenado, le concedió la vida, pero ordenó que se le sacasen los ojos. Dos monges compadecidos de la suerte de aquel infeliz, le salvaron de la prision y le llevaron á Alemania, donde Luis el Germánico le dió una abadía. Los señores franceses, indignados de aquella venganza atroz, resolvieron en fin abolir un uso tan bárbaro; y desde esta época, en los juramentos prestados á los señores superiores ó á los reyes, añadieron la cláusula de no permitir que ninguno de ellos sufriese aquel vergonzoso suplicio.

Luis el Tartamudo, rey de Aquitánia (871). Los pueblos no se manifestaban mas pacíficos y obedientes que la familia real. Aquitánia, tantas veces conquistada, sufría impacientemente el yugo de los francos. Carlos creyendo que la presencia de un príncipe enfrenaría las turbulencias, nombró á su hijo Luis rey de Aquitánia. Los gascones tomaron

las armas contra el nuevo rey, y eligieron por caudillo á uno de los antiguos duques de la familia merovingia.

Su nombre era Lupo Léntulo y peleó con felicidad por la independencia de los suyos. Su hijo Sancho se hizo célebre triunfando de los sarracenos, mereció que estos le diesen el renombre de Matara, ó azote, y fundó en aquella parte de la Guiena un estado que duró cerca de dos siglos. Sancho II su hijo, fue padre de Sancho el encorvado, que tuvo tres hijos. Uno de ellos, nombrado conde de Fesensac, fue orígen de los Armagnac y de una ilustre familia, que subsiste aun y que afirma descender de la primera dinastía de los francos.

Los carlovingios se degradaban con mas rapidez que la familia de Clodoveo. El emperador Luis, aunque estimable por su valor y piedad, era despreciado por la debilidad de su carácter. Sus vasallos echaron de palacio á la emperatriz su esposa, porque era esteril. El duque de Benevento, coligado con los griegos, le habia hecho traicion y tenido prisionero, y no consintió en darle libertad hasta que hubo pagado un rescate ignominioso y de mucho valor. Luis el germánico, el mas distinguido de los nietos de Carlomagno, no fue siempre respetado de su familia. Carlos el gordo, su hijo, se rebeló contra su autoridad,

pero se vió obligado á someterse, y por desgracia de sus pueblos, el remordimiento que sucedió á la rebelion trastornó para toda la vida su débil cerebro.

Victoria contra los normandos (873). En este tiempo los normandos, cansados al parecer de su vida errante, se habian establecido en Anjou. Carlos y Salomon reunidos, los vencieron, los sitiaron en la ciudad de Angers, los obligaron á capitular, y les hicieron jurar que no volverian á invadir á Francia; pero no tardaron en violar este juramento, y continuaron por muchos años sus depradaciones.

Otro azote, mas comun en Africa que en Europa, se añadió entonces al de los bárbaros para desolar á Francia, que vió sus campos devastados por innumerables nubes de langostas.

Judicael, duque de Bretaña (874). En este mismo año el fuego de la rebelion y de la anarquía, mas bien cubierto que estinguido, se manifestó de nuevo en Bretaña. El rey Salomon fue atacado por sus primos, que le hicieron prisionero y le privaron primero de los ojos y despues de la vida. Los rebeldes se disputaron con furor su herencia: cada señor se declaró independiente y soberano, y así aquel pais perdió el nombre de reino. Despues de largas guerras civiles, Bretaña toda reconoció

por duque á un señor llamado Judicael, que pereció combatiendo con los normandos.

Carlos el Calvo emperador y rey de Italia (875). En el año de 875 se añadió un nuevo cetro á los que Carlos debia la fortuna; pero no dió nueva fuerza á su carácter ni aumentó su poder. El emperador Luis terminó entre pesares su corta vida y su reino inglorioso. Carlos el Calvo, mas pronto que sus rivales, le sucedió.

La debilidad ó ferocidad de los príncipes francos, la barbarie de los pueblos del Norte, la opresion de las naciones vencidas habia hecho necesaria en el siglo V la intervencion de la Iglesia en los negocios políticos, y de aquí nació el poder temporal de los obispos en todas las naciones cristianas de Occidente. Pero este poder no bastó bajo los débiles sucesores de Carlomagno á mantener la justicia en la sociedad. Los prelados á pesar de las virtudes y del saber que distinguieron á muchos de ellos, eran, digámoslo así, hombres aislados, sometidos á la accion de los nobles, partícipes del poder feudal, muy á propósito para corromperlos, sumergiéndolos en la ignorancia y en los vicios de la profesion militar. Los reyes y los pueblos oprimidos volvieron los ojos á Roma, centro perpetuo de la unidad religiosa, y que entonces lo era de las grandes ideas políticas y de las pocas luces

que habia en Occidente. Así es que en solo tres generaciones hubo tan gran revolucion, que cuando el papa ciñó á Carlomagno la corona imperial, fue el primero de sus súbditos, y cuando Carlos el Calvo ascendió al imperio, ejercia ya la tiara una influencia indeclinable sobre la política de los reyes: influencia que salvó la civilizacion; que restituyó la unidad política en Europa, que minó el feudalismo: influencia en fin debida no á la violencia, sino á la conviccion general de cuán útil era sustituir á los poderes débiles y efímeros que dividian el mundo cristiano, fundados todos en la fuerza y en la opresion, la autoridad única y fuerte del Sumo Pontífice, fundada en la creencia de los pueblos y en las máximas santas del Evangelio. A la verdad, este nuevo poder no se ejerció siempre ni con la misma habilidad ni con igual justicia. Siendo una autoridad meramente política, estuvo espuesta como las demas de su clase á la versatilidad de las pasiones humanas, á diferencia de la autoridad religiosa independiente de los caractéres de los hombres y de las vicisitudes de los negocios, y eterna é invariable como su divino autor. Pero si se estudia atentamente la historia de la edad media, se conocerá que en general la influencia del poder temporal de los pontífices en el orbe cristiano, hizo el bien inapreciable de remediar con

las máximas de justicia en que se fundaba, las calamidades que la violencia de los unos, la esclavitud de los otros, y la ignorancia de todos, habian causado á la sociedad Europea.

Para que se conozca cuán grande y pronta fue esta revolucion, basta leer la carta escrita por el papa Adriano II á Carlos el Calvo, acusándole de la usurpacion de la Lorena y de la persecucion contra su hijo rebelde Carlomano: "tú no temes, le dice, destrozar tus propias entrañas: tú imitas al avestruz de que habla el santo libro de Job: tú endureces, como él, tu corazon contra tu hijo Carlomano, como sino hubiese nacido de tu sangre; tú le has privado de sus derechos y arrojado de su patria; pero él implora nuestro auxilio, y en virtud de nuestra autoridad apostólica queremos enfrenar tu osadía. Te mandamos, pues, por tu propia salvacion, que restituyas á tu hijo tu afecto y sus honores, por lo menos hasta que nuestros legados, tomando conocimiento de la causa, la hayan juzgado. Merece el perdon apostólico por tu obediencia: nuestras reprensiones no cesarán hasta que hayas expiado tus crímenes" Carlos respondió á esta carta con altivez y entereza. Cuando Adriano se vió amenzado por el duque de Benevento, coligado con los griegos y sarracenos, escribió al rey afectuosamente, abandonó la causa de Carlomano, que

en la realidad era injusta, y le prometió que si moria el emperador Luis no reconocería por sucesor á otro príncipe sino á él.

Sin embargo no fue este pontífice el que cumplió la promesa: habia fallecido ya cuando murió Luis. El papa Juan VIII, su sucesor y amigo del rey, le llamó á Italia y le ofreció la corona imperial. Por otra parte los duques, condes y marqueses italianos, reunidos en Pavía, y mas ansioso de tener un protector que decididos acerca de su eleccion, propusieron al mismo tiempo la corona de Italia á Carlos el Calvo y á Luis el Germánico, resueltos á darla al primero que llegase como si fuese el premio de un certámen de carrera. Luis el Germánico mandó á sus hijos que pasasen á Italia; pero Carlos se anticipó, atravesó el San Bernardo, é hizo su entrada en Roma el diez y siete de diciembre de 875. El papa le recibió con respeto, le coronó solemnemente el dia de Navidad y escribió al sínodo de Pavía que: "con el consentimiento de los obispos, ministros de la santa Iglesia, y del senado y pueblo romano, habia elegido emperador á Carlos." El sucesor de los césares mostró á la santa Sede obediencia y adhesion ilimitada: por lo cual el pontífice le elogió sobre todos los príncipes de su familia.

El nuevo emperador, con la actividad que

le distinguia, salió pronto de Roma y fue á las orillas del Pó, donde los lombardos le proclamaron rey. Queriendo asegurar la tranquilidad de Roma á Italia, dió los ducados de Espoleto y Friul, á Guido y Berengano, señores poderosos de Francia. Dispersó con sus tropas á algunos nobles rebeldes que el papa escomulgó; y dominado siempre por su muger, confió el gobierno de Lombardía, y por decirlo así, el vireinato de Italia á su cuñado Bozon, cuya ambicion insaciable se aumentaba á cada nuevo empleo.

Despues de haber dado estas disposiciones, volvió con su ejército á Francia, donde habia entrado á mano armada Luis el Germánico llegando hasta Atigni, y ejerciendo su venganza con talas crueles en los paises por donde pasaba. Todos los anuncios eran de una guerra cruel; pero desde la batalla de Fontenay los franceses degenerados no sentian ardor sino para el saqueo, y no gustaban ya de batallas. Apenas supo Luis que Carlos se acercaba, pasó al otro lado del Rin y volvió á sus estados. El emperador convocó en Ponthion un parlamento, que vino á ser un concilio, porque desde algunos años los nobles y guerreros, ignorantes y no reconociendo mas derecho que el de la fuerza, no concurrian á estas juntas donde se hablaba en lengua latina que no entendian, y de leyes y justicia que

no querian entender: y así solo concurrian obispos á las asambleas nacionales.

El emperador, enteramente adicto entonces á la santa Sede, propuso al parlamento en ejecucion de las órdenes del papa, dar la dignidad de primado de Galia y Germánia al arzobispo de Sens; pero el intratable Hincmaro y los demas obispos franceses resistiendo á la autoridad real y añadiendo el desprecio á la osadía, no quisieron levantarse cuando el emperador introdujo en el concilio á su muger, que acababa de ser coronada: en fin, condenando la ambicion de Carlos, exigieron de él con imperio que cediese la Lorena á Luis el Germánico.

Muerte de Luis el Germánico, y division de su reino entre sus tres hijos (876). Carlos no consintió en ello: Luis, informado de estas disensiones favorables á su causa, sublevó toda Alemania contra Francia, armó sus condes y marchó hasta Franfort; pero murió en esta ciudad. Este príncipe, único heredero de una parte de las virtudes de su abuelo, fue llorado sínceramente en Germánia, y logró la fama de rey generoso, justiciero, hábil, piadoso é ilustrado. Su muger Ema, venerada de los grandes y querida del pueblo, le habia dado tres hijos, Carlomano, Luis y Carlos el gordo que repartieron su herencia.

El emperador, aprovechándose de la tur-

bacion que causaba en Alemania la muerte súbita de su hermano, concebia esperanzas de quitar á sus sobrinos sus posesiones. Primero acometió á Luis rey de Francia oriental, que se hallaba mas cercano, y le acusó ante la asamblea de los francos de haber violado sus juramentos. Luis ofreció probar con treinta testigos y por los medios entonces acostumbrados, que él y sus hermanos no habian roto la tregua. El juicio de Dios se declaró en favor suyo, y sus testigos salieron triunfantes de la prueba. Mas no por eso abandonó Carlos sus designios. Al frente de su ejército, llegó á las orillas del Rin, y en la llanura de Andernach se dió una batalla sangrienta: la vanguardia de Carlos, compuesta de tropas valientes, pero mal dirigidas, fue desordenada, y cayendo sobre el cuerpo principal, lo hizo partícipe de su derrota. Este combate costó la vida á muchos condes y á algunos obispos y abades que los paisanos persiguieron y mataron en la fuga. Carlos vencido entró en negociacion, y se arregló el repartimiento del imperio entre los príncipes carlovingios. Carlomano reinó en Baviera, Pannonía, Moravia, Carintia y Bohemia. Luis en la Francia oriental, esto es, en las dos orillas del Rin, Franconia, Turingia, Westfalia, Sajonia y una mitad de Lorena. Carlos el gordo en Alemania: así se llamaba entonces el territorio

compuesto de Suiza, pais de los grisones, Suavia y la otra mitad de la Lorena. Lo demas del imperio, esto es, la Francia occidental, Bretaña, Aquitánia, Borgoña, Provenza é Italia, quedó sometido al emperador Carlos el Calvo.

Este príncipe adquiria nuevas coronas; pero sin poder asegurar su tranquilidad ni afirmar su poder. Los sarracenos continuaban asolando á Italia, y los normandos á Francia: y si hubiesen sabido obedecer á un solo gefe, y en lugar de devastar hubiesen conquistado, como los francos, lombardos y visigodos, habrian formado nuevas posesiones en Occidente. Su division fue el único obstáculo que les impidió engrandecerse. Italia estaba acostumbrada á ser sometida y repartida entre los bárbaros. Galia, despoblada, oprimida, saqueada y dominada por los nobles, ni era libre, ni monárquica, ni belicosa. Su gobierno era una aristocracia anárquica: sola Germánia conservaba el carácter guerrero de los antiguos francos; y gobernada cada provincia por sus príncipes, fue siempre formidable como una plaza de guerra y como un semillero de soldados. El nombre de Francia, que despues fue tan ilustre, se aplicaba entonces casi esclusivamente al pais situado entre el Océano, el Mosela, el Soma y el Loira. París, que fue mas tarde émula de la antigua Roma, y capital de gran

parte de Europa, todo era el pequeño espacio que se llama hoy la ciudad. Esta ciudad estaba mas cubierta que defendida por dos brazos del Sena, por malas murallas guarnecidas de torres y por dos puentes fortificados, que no impidieron que fuese tomada y saqueada por los normandos. Sin embargo, como la magnificencia romana y gala habian desaparecido mucho antes del reino, París tenia en aquella época cierto esplendor comparada con las demas ciudades, ó por mejor decir, lugarones de Francia. Abon, opispo y poeta, la celebró en sus versos. "Dichosa ciudad, decia, un rio te estrecha suavemente entre sus brazos, y circula noblemente alrededor de tus soberbias murallas. Sin embargo, esta dichosa ciudad fue muy despreciada de Carlomagno, que tenia aversion á los neustrios, y confiaba muy poco en sus armas y en su afecto. Así los historiadores de este gran reinado hablan muy poco de París, y solo recuerdan que aquel príncipe envió á esta ciudad sus capitolares, y que Esteban, conde de París, los publicó en la asamblea de los parisienses en presencia de los escabinos ó regidores. Cuando los grandes invadieron el poder real, y aniquilaron las libertades del pueblo, se vió al conde Conrado, y á Gofelin, abad de San German de los Prados, concertarse para hacer traicion á Carlos, y reunir sus vasallos y

sus armas para favorecer las de Luis el Germánico. Cuando Eudes y Roberto, hijos de Roberto el fuerte, gobernaron el ducado de Francia, primero como duques, y despues como reyes, aumentaron el poder de sus señoríos usurpando las dignidades y tierras del clero regular, y haciéndose temibles, no solo como señores, sino tambien como abades. Hugo el grande, por sobrenombre el abad, y Hugo Capeto, eran tan ricos en abadías como en tierras patrimoniales. En este tiempo los condes, duques, abades y obispos tenian palacios y cortes que competian con los de los reyes. En breve el pequeño número de hombres libres que no tenian señoríos cayó en la semiesclavitud del terruño; cuando la turba innumerable de esclavos que componian la masa del pueblo era mirada como un rebaño de viles animales, y los señores los prendian, mutilaban ó mataban á su voluntad. Este orden de cosas, en que todos querian mandar y nadie obedecer, arruinaba la industria y aniquilaba la agricultura y el comercio: y así, en el espacio de un siglo fue asolada la Francia por doce años de hambre, á los cuales siguió un nuevo y funesto contagio, llamado entonces el de los *ardientes*. Estas calamidades y las invasiones de los bárbaros dejaron despobladas muchas ciudades. Carlos se vió obligado á transferir por algun tiempo la silla episcopal de Bur-

deos á Bourges, porque toda Guiena estaba desolada y sin poblacion. Cuando en 866 logró el rey que los normandos se retirasen en virtud de un tratado vergonzoso, en que sin ninguna reciprocidad se obligaba á pagar una composicion por cada normando muerto en la guerra, echó una imposicion sobre los mansos libres de seis dineros, y sobre los tributarios, de tres: sujetó á diezmo las mercaderías; estableció una contribucion sobre los sacerdotes, y se cobró de los francos la antigua contribucion de guerra llamada *heriban*. Solo los esclavos que nada poseían quedaron sin pagar. Pues á pesar de tantos tributos costó mucha dificultad juntar la suma de cuatro mil libras de plata que los bárbaros exigian. Este hecho prueba evidentemente hasta qué punto habia disminuido el feudalismo la poblacion de los hombres libres: pues que si hubiera habido en Francia siquiera treinta mil ciudadanos, se habria pagado con mucha facilidad la deuda de los normandos. El reino era pobre, pero algunos hombres eran ricos: y en nuestros dias hemos visto en Polonia, monarquía feudal, un ejemplo de la concentracion de las riquezas, y del contraste singular de miseria y lujo que presentaba la Francia antigua bajo los reyes carlovingios.

Así, en medio de la pobreza general, el poeta Abon reprende á los parisienses el lujo

de sus vestidos, el oro y la púrpura que los cubrian, la magnificencia de sus ciuturones, su fausto orgulloso, sus deshonestidades, los deleites á que se entregaban y la infamia de sus incestos. «Arroja de tí, dice, ó desgraciada Francia, todos estos vicios, fuente de tantos crímenes y desastres." En su poema hace completa descripcion del trage de los parisienses: llevaban zapatos dorados, sujetos con correas, y sus botines eran pedazos de tela rodeados de cintas cruzadas. Su túnica ó vestido, del cual pendia la espada sostenida por un rico tahalí, y atado con correas blancas barnizadas, estaba cubierto de una gran capa cuadrada, de color blanco ó azul, corta y abierta por los lados, pero que bajaba por delante y detras hasta los pies. Era uso general de los habitantes de esta ciudad llevar en la mano un baston de madera de manzano, adornado de una empuñadura de oro ó de plata. A pesar de los esfuerzos de Carlomagno, las costumbres se corrompieron mas cada dia, y las tinieblas se aumentaban gradualmente. Ningun noble, y muy pocos eclesiásticos, sabian leer; y en el reinado de Carlos el Calvo, Frotier, obispo de Poitiers, y Tuldrado, obispo de París, no hallando en sus diócesis sacerdotes que supiesen abrir un libro, encargaron al monge Abon que enseñase de memoria al clero algunas oraciones y fórmulas de lecciones y ser-

mones. Tal era al fin del siglo XI el estado deplorable de esta monarquía. Los últimos dias del emperador Carlos no fueron menos tempestuosos que los primeros de su reinado. El papa imploró su socorro, avisándole que los sarracenos invadian de nuevo á Italia, juntaban grandes fuerzas en Tarento, y desde allí llegaban con sus correrías hasta las puertas de Roma. Carlos pasó segunda vez los Alpes al frente de sus tropas. El papa salió á recibirle, y coronó á la emperatriz en Tortona. Mientras que sus ejércitos reunidos rechazaban á los sarracenos, y que un parlamento convocado en París trataba de los medios de asegurar la tranquilidad general, Carlomano, rey de Baviera, hizo una invasion en Italia con el designio de apoderarse de Lombardía; pero el terror pánico que á un mismo tiempo se apoderó de él, del emperador y del Pontífice, obligó á cada uno á retirarse á sus estados. Otros peligros mas reales amenazaban á Carlos en Francia. Los señores de este pais, irritados y animados por la flaqueza del emperador, le censuraban porque les imponia pesados tributos, porque no daba disposiciones para rechazar á los bárbaros, porque ensalzaba los plebeyos á la clase de nobles, dejaba las costumbres nacionales para adoptar las de Italia y preferia el trage de los griegos al de los francos. Habian formado una gran conspira-

cion para destronarle: y el ingrato Bozon, olvidando al mismo tiempo sus deberes y los beneficios de Carlos, se habia puesto al frente de los rebeldes. El emperador aceleró su marcha para pelear con él y reprimirle; pero al pasar el monte Cenis fue asaltado de una violenta enfermedad y llevado á la aldea de Brios, donde murió á los cincuenta y cinco años de edad, treinta y ocho de reinado y dos despues de coronado emperador. La corrupcion rápida de su cadáver obligó á los que le llevaban á enterrarle en Verceil. Siete años despues fue trasladado á San Dionis. La brevedad y violencia de su enfermedad, y el odio del pueblo contra los israelitas, hicieron creer al vulgo que Sedecias, judío de nacion, médico del rey, y que era tenido por mágico, se habia dejado sobornar por los enemigos de Carlos, y envenenado á este príncipe. El reinado de Carlos ocupa ámplio y funesto lugar en los anales de Francia, y no merece ninguno en los fastos de la gloria. No tuvo hijos de su segunda muger Richildi; pero Hermentridis le habia dado muchos, de los cuales solo vivian dos cuando murió: Luis el Tartamudo, que le sucedió, y Judith, casada con el conde de Flandes.

CAPÍTULO XVII.

Luis segundo el Tartamudo. Luis tercero. Carlomano. Carlos tercero el gordo. Interregno.

Luis el Tartamudo, rey de Francia. Coronacion de Luis II. Alianza de Luis el Tartamudo con Luis de Germánia. Luis III y Carlomano, reyes de Francia. Luis de Germánia, rey de Baviera: Carlos el gordo, rey de Lombardía. Carlos el gordo, rey de la Francia oriental. Carlomano, rey de Francia. Carlos III el gordo, rey de Francia.

Luis II el Tartamudo, rey de Francia (877). Todos los enemigos de Carlos el Calvo se reunieron para disputar el trono á su hijo. A su frente se distinguia el ingrato Bozon, hermano de la emperatriz Richilde, dos Bernardos, uno marques de Lenguadoc ó de Gocia, y otro, conde de Auvernia, el abad Goselin, poderoso por sus riquezas, y famoso en aquel tiempo de degradacion, por haber defendido valerosamente la ciudad de Paris contra los normandos. Todos estos señores,

aspirando realmente á la independencia, sublevaban sus vasallos y una gran parte de la Francia en favor de Luis el jóven, rey de la Francia oriental, llamado Luis de Germánia, para distinguirle de su padre el Germánico, al cual pensaban venderle el cetro mas bien que dárselo.

Bozon tenia pretensiones mas altas. Diestro, ambicioso, atrévido, gobernador de Provenza y virey de Lombardía, enriquecido con los beneficios de Carlos, y favorecido por el pontífice, solicitaba la corona, ó al menos separar de ella una parte considerable para formar en el mediodia un reino separado. Ya habia tenido el atrevimiento de robar á Hermengarda, hija del emperador Luis. Esta princesa, no menos ambiciosa que él, le excitaba continuamente á subir al trono no queriendo ser esposa de un súbdito.

Por otra parte, el arzobispo Hincmaro, reuniendo en defensa de Luis II los principales señores de la Francia septentrional, Lorena, y Neustria, sostenia la causa legítima: mas no pudo conservar la corona á Luis sin degradarle: y así le recomendó que lo sacrificase todo por aplacar á los *príncipes*; nombre que entonces se daba á los grandes.

El rey, docil á sus consejos, distribuyó con profusion dones, promesas, feudos y empleos; dió á Goselin la abadía de san Dio-

nís: y sin embargo, proporcionó motivo con estas prodigalidades á las quejas de los descontentos, que le acusaron de hacer por sí mismo decretos que no podia promulgar sino con la anuencia de las asambleas nacionales. Ya habian entrado todos los rebeldes armados en la provincia de Champaña; pero Luis, prefiriendo las negociaciones al combate, halló medio de satisfacerlos á costa de la autoridad real, asegurándoles la posesion de todos los privilegios que habian usurpado, y confirmando el decreto de Quierzy que hizo hereditarias las magistraturas.

Coronacion de Luis II (877). Richide, su madre, le trajo el testamento de su antecesor y los ornamentos reales. Todos los señores se reunieron en su corte y reconocieron su débil autoridad. El arzobispo Hincmaro le coronó en la ciudad de Reims el 18 de diciembre de 877, y Luis tomó en sus actas el título de *rey por la misericordia de Dios y por la eleccion del pueblo.*

Italia estaba entonces mas alborotada que Francia con discordias civiles. El papa Juan VII se inclinaba á reconocer por emperador al nuevo rey de Francia; pero Lamberto, duque de Espoleto, y Alberto, marques de Toscana, sosteniendo las pretensiones al imperio de Carlomano, rey de Baviera, marcharon rápidamente, forzaron las

puertas de Roma, ultrajaron al clero, hicieron prisionero al Sumo Pontífice, y obligaron al pueblo á prestar juramento á Carlomano. Informados poco despues de la sublevacion de Lombardía contra ellos, hubieron de salir de Roma con la mayor parte de sus tropas. El papa, aprovechándose de su ausencia, sale de la prision, manda cubrir los altares de silicios y cerrar las iglesias, publica un manifiesto en que enumera circunstanciadamente los ultrages que ha recibido, convoca un sínodo, y fulmina contra el duque de Espoleto y el marques de Toscana sentencia de escomunion.

Alianza de Luis el Tartamudo con Luis de Germánia (878). Temeroso de las armas de sus enemigos, huyó de Italia, y evitando los destacamentos que se oponian á su paso, se refugió en Génova, se embarcó, y tomó tierra en Provenza, celebró la pascua de Pentecostés en Arlés, pasó por Leon, llegó á Troyes, y convocó en esta ciudad un concilio, al cual invitó á los cuatro príncipes carlovingios. Mas solo asistió á él el rey de Francia, que fue coronado y consagrado por el papa el 7 de setiembre de 878. Algunos autores dicen que recibió despues la corona imperial, y citan, en apoyo de su opinion, un acta del concilio. Pero ninguno de los historiadores de aquella época, incluso Hincmaro, ni el papa

en sus cartas, dan á Luis mas título que el de rey.

El sumo Pontífice presentó en este concilio una donacion de las abadías de san Dionís y de san German de los Prados, hecha por Carlos el Calvo á la santa sede; pero el concilio desechó el documento como nulo, porque carecia de la aprobacion del parlamento, necesaria para esta clase de enagenaciones. Juan, desterrado de Italia, y que habia sido prisionero en Roma, reinaba en Francia, y dictaba, aun mas que el monarca, las decisiones de la asamblea nacional. Uno de sus decretos fue que ningun frances pudiera sentarse en presencia de un obispo sin su permiso. Luis el Tartamudo deseaba que su esposa Adelaida, ó Alix, fuese coronada; pero el papa, no reconociendo la validez de este segundo matrimonio, no consintió en ello; y por eso una parte de los nobles franceses miró como bastardo á Carlos el Simple, hijo de Adelaida y Luis. La autoridad, hasta entonces muy poderosa, del famoso arzobispo Hincmaro, se eclipsaba ante la del papa: Juan, á pesar suyo, restituyó á la silla de Laon el obispo que Hincmaro habia depuesto y privado de la vista. En este mismo año Hugon, hijo de Lotario, rey de Lorena y de Valdrada, se apoderó de muchas ciudades de aquel reino al frente de un numeroso partido. El papa le declaró ilegiti-

mo, le escomulgó, y aterró así á sus partidarios. Tambien escomulgó á Bernardo, marques de Gocia, que fue depuesto de sus beneficios. Gotfrido, conde de Mans, para evitar la misma condenacion, entregó al rey los castillos y ciudades que habia usurpado; pero á condicion que se le darian en feudo para poseerlos hereditariamente. Con estos actos de debilidad la monarquía desmembrada se iba transformando en existencia feudal. Juan VIII, despues de haber restablecido el orden en Francia, volvió á Italia. El rey queria acompañarle; pero el mal estado de su salud no se lo permitió. Encargóse á Bozon esta comision; y mostró tanto celo y devocion al sumo Pontífice, que Juan le adoptó por hijo, le prometió una corona, y consiguió del rey de Francia que casase á su hijo Carlomano con una hija de Bozon. Despues de la partida del papa, Luis creyó necesario, para afirmar su autoridad vacilante, adquirir, á cualquier precio que fuese, el apoyo de Luis de Germánia, rey de Sajonia y de la Francia Oriental, que era el mas terrible de sus rivales. Luis de Germánia, dispuesto por su parte á hacer una alianza que le parecia útil, le escribió que "la posicion respectiva de entrambos, exigia que se uniesen íntimamente. Solo tenemos un medio para contener la turbulencia de nuestros vasallos, defendernos contra los estranjeros, y

comprimir á los descontentos, y es vivir unidos como cristianos y hermanos. Es necesario que todos vean en nosotros, no dos príncipes sino uno solo. Os envio un caballo, mas notable por su fuerza que por su belleza, para probaros que prefiero en todas materias la utilidad al lujo. Os suplico tambien que acepteis ese solio que os envio, y deseo que celebreis bajo él vuestro consejo, para que el espectáculo de este presente imponga respeto á los malintencionados, recordándoles la amistad que os profeso. A estos dones añado aromas y medicinas, deseando que prolonguen vuestra vida, tan cara para mí como la mia propia." Con semejantes disposiciones no era dificil hacer la paz: los dos reyes se reunieron en Mersen, y firmaron un tratado por el cual dividieron entre sí la Lorena. Sin embargo, no todos los rebeldes estaban reprimidos en Francia. Bernardo, marques de Gocia, dirigiendo bajo sus estandartes los principales señores de las provincias meridionales, reusaba someterse á la autoridad real.

Luis, reuniendo los vasallos que le eran fieles, marchó contra él al frente de su ejército; pero al llegar á Autun cayó gravemente enfermo. El arte de los médicos no fue suficiente á sanarle, y se le creyó envenenado. Si esta sospecha era infundada, las costumbres del tiempo la hacian problable. El rey, vien-

do próxima su muerte, hizo venir á su presencia á su hijo Luis, y lo encomendó á Bernardo, conde de Auvernia, al gran camarero Teodorico, y á un señor muy poderoso, llamado Hugo el Abad, hijo del conde Conrado, y sobrino de la famosa reina Judith, madre de Carlos el Calvo. La enfermedad del rey se agravaba diariamente. Mandó que le transfiriesen á Conipiegne, y allí murió á los treinta y cinco años de edad, y despues de reinar treinta y nueve meses. Antes de espirar encargó al obispo de Beauvais que llevase á su hijo su espada y su corona, y le mandó que se consagrase inmediatamente. Luis el Tartamudo habia casado, siendo jóven, con Angrada, hija del conde Harduino, de la cual tuvo dos hijos, Luis III y Carlomano; pero Carlos el Calvo desaprobó este casamiento, y obligó á su hijo á separarse de su muger y á casarse con Adelaida, hija de un rey de Inglaterra. Este divorcio dió orígen á nuevas discordias, y sirvió de pretesto á los enemigos de los hijos del Tartamudo. Cuando falleció, estaba en cinta su muger Adelaida; y el 17 de setiembre siguiente dió á luz un hijo póstumo, llamado Carlos, que justificando el sobrenombre de Simple que le dió la posteridad, reinó muchos años en Francia para oprobio y calamidad de su patria. En el reinado de Luis II se consolidó el poder de los condes de

Anjou, fundado por un breton llamado Yugelgero, cuyo hijo Fulgues *el Rojo* se hizo célebre peleando contra los normandos. Luis el Tartamudo y Carlomano, rey de Baviera, pretendieron el trono imperial; pero como ninguno de ellos lo poseyó en el tiempo cuya historia hemos descrito, puede decirse que en estos dos ó tres años estuvo vacante.

Luis III y Carlomano, reyes de Francia (879). Con la muerte de Luis el Tartamudo quedó Francia entregada á las turbulencias que multiplicaba la ambicion de los grandes, la degradacion del trono, la servidumbre de los pueblos y las invasiones de los bárbaros. Cuando reinaba Carlomagno, los duques de Aquitánia, Bretaña, Frisia, Baviera, Friul, Espoleto y Benevento eran los únicos que se atrevian algunas veces á insultar el poder del cetro y resistir el yugo de las leyes. Pero despues, en los tristes reinados de Luis el Piadoso, Carlos el Calvo y Luis II, los duques, obispos, condes y abades, y los gobernadores de provincias, distritos y ciudades violaban descubiertamente las leyes, y reunian en su partido los propietarios y tributarios que se ponian bajo su dependencia para ser protegidos. Echaban contribuciones sobre las villas, oprimian la poblacion rústica, reducian á esclavitud los plebeyos, reusaban muchas veces dar al monarca las tropas que

debian conducir á su ejército, ó dejaban sus estandartes despues de haberse presentado en los reales: ó en fin, si prolongaban su existencia, el rey se veía obligado á comprar sus servicios con nuevos privilegios ó vergonzosas concesiones; de modo que las mismas victorias eran tan costosas y desgraciadas para el trono como las derrotas. Los vestigios de la disciplina y táctica romana, puestas en vigor por Carlomagno, habian desaparecido enteramente. La nobleza turbulenta, desdeñándose de combatir á pie, solo oponia á los bárbaros una *pospolita* fogosa y desordenada, valiente y sin disciplina; y la infantería, compuesta de tributarios oprimidos y de labradores esclavos, arrastrada mas bien que conducida al combate, indiferente al éxito de él, porque ni tenia derechos ni pátria, «presentaba, dice enérgicamente Simondi, al cuchillo de los normandos víctimas, no enemigos." Sin embargo, en medio de este caos anárquico, y en un pais en que el pueblo esclavizado contaba tantos soberanos como duques, condes, vizcondes, barones, obispos, abades, vidames y nobles, se respetaba aun la dinastía Carlovingia: se sentia vagamente la necesidad de trono: á todos estos señores, ambiciosos de poder y dinero, parecia la corona un vínculo central y necesario; y no obstante, el mismo rey que deseaban conservar, pero cu-

yos derechos eran en parte electivos, en parte hereditarios, venía á ser casi siempre elemento de discordia, y no agente de tranquilidad. Casi todos los vasallos, á escepcion de los grandes señores que aspiraban á fundar monarquías, deseaban un rey de la familia Carlovingia; pero cada uno pretendia gobernarle, y escoger, dentro de la misma familia, el príncipe mas conveniente para sus intereses; de modo que en vez de unirse para defender el imperio francés contra los bárbaros, lo desmembraban con sus divisiones, y reunian para destruirle todos los furores de las guerras civiles á las calamidades de las naciones estranjeras.

En la época que describimos estaba dividida la nobleza en dos facciones para dar un sucesor á Luis II: los gefes de la primera, que eran Bozon, gobernador de Provenza é Italia, Hugo el Abad, el camarero mayor Teodorico, y Bernardo, conde de Auvernia, sostenian las pretensiones de Luis III y de Carlomano, hijos del último rey. Por otra parte, Conrado, conde de París, el famoso abad Goselin, que despues fue obispo de esta ciudad, Bernardo, marques de Gocia, y otros muchos señores y abades, se declararon en favor de Luis de Germánia, rey de la Francia Oriental, creyendo, no sin apariencia de razon, que solamente la union de los franceses era ca-

paz de salvar la monarquía, y que era mejor dar el cetro á un monarca ya poderoso y de edad madura, que confiarlo á las manos de dos príncipes jóvenes, de los cuales el mayor no tenia mas que diez y siete años. Este partido se reunió en Meaux, y ofreció la corona á Luis de Germánia, que la aceptó. Habia entrado entonces en Lorena, de que habia cedido parte el año anterior á Luis el Tartamudo; pero ahora, en desprecio de sus juramentos, queria quitarla á los hijos de aquel príncipe. El bastardo Hugo, hijo de Valdrada, le disputaba esta conquista. Goselin, Conrado y sus vasallos se presentaron á Luis de Germánia en Verdum, y le prestaron homenage y juramento. Al mismo tiempo, los partidarios de Luis III y Carlomano se reunieron; y aunque Luis III era el único á quien su padre habia designado por sucesor, la junta, temiendo disgustar á Bozon, cuya hija estaba casada con Carlomano, dió la diadema á entrambos.

Considerando despues que la fuerza de las armas no bastaria probablemente para sostener á los dos príncipes jóvenes contra los ejércitos numerosos del rey de Franconia, se resolvió, con buen suceso, abrir negociaciones; y el obispo de Orleans, acompañado de dos condes, fue enviado á Luis de Germánia para prometerle la cesion definitiva de toda Lo-

rena si consentia en no disputar el trono de Francia á los hijos del Tartamudo. El rey de Franconia, contra el cual se habian suscitado nuevas lides al otro lado del Rin, aceptó la oferta, firmó la paz y se retiró á sus estados, con grande indignacion del conde de París, del abad Goselin y sus partidarios, que se veían abandonados y vendidos.

Estos acudieron inmediatamente á Franconia á buscar asilo en el palacio de Luitgarda, muger de Luis de Germánia, princesa altanera, cuya ambicion era favorable á sus miras, y alentaba todavía las esperanzas engañadas. Luitgarda censuró agriamente la debilidad de su marido, que dejaba perder el cetro ofrecido. Luis, dominado por ella, siguió sus consejos, y dió socorros á Conrado y á Goselin. Ausiliados por sus tropas, y sostenidos por sus promesas, volvieron á Francia el conde y el abad, la asolaron, y despertaron las esperanzas de su partido. Pero el rey de Franconia tuvo que renunciar á los designios ambiciosos de su muger; porque supo que su hermano mayor Carlomano, rey de Baviera, estaba enfermo de apoplegía, y que Arnoldo, hijo bastardo de este príncipe, sin esperar su muerte, solicitaba apoderarse del reino. Luis de Germánia marchó contra él, dispersó sus tropas, y halló á Carlomano vivo aun, pero moribundo, el cual puso bajo la

proteccion de su hermano sus estados y su familia. Al mismo tiempo Hugo, hijo de Valdrada, con numerosa gabilla de gente vulgar, hacía rápidos progresos en Lorena, Luis de Germánia pasó el Rin, le acometió, le venció, y recobró á Verdum. Los partidarios de los hijos de Luis II, aprovechándose de la tranquilidad que le permitian las turbulencias de Germánia, hicieron reconocer en toda Francia occidental la autoridad de Luis III y Carlomano, que fueron consagrados y coronados por el obispo de Sens.

Sin embargo, al mismo tiempo que se les ceñia la diadema, la ambicion de un vasallo poderoso le quitaba una de las mejores partes del reino. Bozon, cuñado de Luis el Tartamudo, y suegro del nuevo rey Carlomano, era el mas insigne de los barones franceses por su valor y habilidad: afable con el pueblo, condescendiente con los obispos, protector de todos los nobles arruinados, se habia hecho amable á todos los que le conocian, escepto á su muger; pero habiendo enviudado, casó con Hermengarda, hija del emperador Luis II y de Ingelberga: Hermengarda, nacida en el solio, y habiendo sido prometida á Constantino, emperador de los griegos, no podia sufrir la humillacion de ser súbdita, y su activa ambicion escitaba sin cesar al impetuoso Bozon á apoderarse del trono de Italia Siendo

gobernador de aquel reino de Provenza, del Delfinado y de una parte de Borgoña, era superior en poder á casi todos los monarcas Carlovingios; pero este poder no bastaba para satisfacer el orgullo de Hermengarda ni de su madre Ingelberga: exigian que fuese rey, y ya habian conseguido escitar los ánimos de los normandos á favor suyo. Pero un ejército que envió á Italia Carlomano, rey de Baviera, impidió sus designios. En vano sostuvo el sumo pontífice las pretensiones de su hijo adoptivo. Roma cedió al terror que le inspiraban las armas de los bávaros: Carlomano, cercano al sepulcro, fue proclamado rey de Lombardia, y Bozon solicitó otra corona. El vigor y prudencia de su gobierno le habian hecho amado de los obispos, condes, nobles y pueblo de Provenza y Borgoña. Todos le miraban como apoyo tutelar y muro inexpugnable contra los ataques de sarracenos y normandos, cuyas tribus feroces asolaban con tanta frecuencia las demas provincias de Francia é Italia. Estos señores y prelados, movidos por tan fuertes consideraciones, y escitados por las ardientes instancias del pontífice, se reunieron en Nantes, villa pequeña situada entre Viena y Tournon, y eligieron á Bozon, rey de Provenza. Le escribieron pidiéndole que aceptase el cetro, y recomendándole que justificase la eleccion con su piedad. Bozon,

humillándose para elevarse, prometió á los obispos gobernar segun sus consejos, oráculos, decia, de sabiduría divina. Al mismo tiempo confirmó y amplió los privilegios usurpados por los señores, y prometió mantenerlos. Las firmas puestas al pie del acta del concilio de Nantes bastan para manifestar cuál era la estension de este nuevo reino, llamado unas veces reino de Arles y otras de Provenza. En dichas firmas se ven los nombres de los arzobispos y obispos de Leon, Tarentaña, Aix, Valencia del Ródano, Grenoble, Vairon, Die, Maurienne, Gap, Tolon, Chalons sobre el Sena, Lausana, Agde, Macon, Arles, Besanzon, Viviers, Marsella, Orange, Aviñon, Usez y Riez. El infeliz estado de la salud de Carlomano, la posicion, incierta aun de los reyes de Francia, las pretensiones de Luis de Germánia, y las invasiones de los bárbaros, impidieron á los príncipes carlovingios turbar la empresa de Bozon y oponerse á esta desmenbracion del imperio, aunque los dos reyes franceses no carecian ni de actividad, ni de valor, ni de destreza, por lo que puede creerse que en otras circunstancias hubieran reinado con gloria.

Estos príncipes despues de haber concluido un tratado de alianza con Carlomano, rey de Baviera y de Italia, al cual contemplaban todos y le daban una corona en la margen del sepulcro, reanimaron con reprensiones el celo

de sus vasallo; despertaron el ardor frances con su ejemplo, reunieron tropas, y consiguieron contra los normandos en las orillas del Viena una brillante victoria. Este suceso obligó á Luis de Germánia á hacer paces con ellos despues de una conferencia en que se celebró el tratado, se le dió posesion de la Lorena: y los hijos de Luis II conservaron, sin contestacion, los demas estados de su padre. Otro ejército normando habia invadido los estados del rey de Sajonia. Este príncipe les dió batalla cerca de Thin, y los derrotó. Despues emprendió tomar por asalto esta ciudad; pero habiendo caido prisionero en el combate su hijo natural, Luis, por salvarle, suspendió el ataque y entró en negociaciones. Mientras se deliberaba acerca de los artículos de la capitulacion, los normandos se escaparon por la noche, y al rayar el dia solo encontró el rey el cadáver de su hijo. A estas pérdidas se siguió un desastre mucho mayor. Otras cuadrillas de normandos, precedentes de Dinamarca, asolaron á Sajonia: el ejército que Luis de Germánia envió contra estos bárbaros, fue destrozado con muerte de dos condes, dos obispos, diez y ocho oficiales de la casa real y el cuñado del rey.

Luis de Germánia, rey de Baviera: Carlos el gordo, rey de Lombardía (880). Este mismo año murió Carlomano, rey de Baviera,

segun los cronistas de aquella época, fue el mas valiente y hermoso príncipe de su tiempo. Luis de Germánia entró en posesion pacífica de la herencia de su hermano, dejando á su bastardo Arnoldo el ducado de Carintia, y prometiendo á Carlos el gordo, rey de Alemania, que no le disputaria ni el reino de Lombardía ni la dignidad imperial. Así Luis reunió bajo su cetro á Germánia, Franconico, Sajonia, Lorena, Baviera, Pannonia, Esclavonia y Bohemia.

Carlos el gordo habia disputado la corona de Italia á su hermano Carlomano. Despues de muerto este, pasó los Alpes é hizo reconocer sus derechos en Lombardía. El papa le instaba á que fuese á Roma para ser coronado; pero volvió á Alemania llamado de otros negocios. Los dos reyes de Francia, por consejo de los señores franceses arreglaron este año el repartimiento de sus estados. Carlomano reinó en Aquitánia, y Luis III en Neustria. Poco despues se convinieron los príncipes carlovingios en celebrar una conferencia en Gondreville, á donde todos concurrieron, escepto Luis de Germánia detenido mas allá del Rin por el mal estado de su salud; pero envió sus plenipotenciarios. En esta conferencia todos los príncipes concluyeron un tratado de alianza, y prometieron reunir sus armas para rechazar á los normandos, destronar á Bozon, y arro-

jar de Lorena á Hugo el bastardo. Este fue vencido y auyentado en un combate sangriento. Despues de esta primer victoria, reunidos Luis III, Carlomano y Carlos el gordo, dirigieron sus fuerzas contra el nuevo rey de Provenza y Borgoña: Bozon, temiendo confiar al trance dudoso de una batalla su trono y su fortuna, ocupó los montes con una parte de sus tropas, y puso las otras en las fortalezas de sus estados. Los reyes carlovingios forzaron las puertas de Macon y sitiaron á Viena; pero la reina Hermengarda, tan intrépida como ambiciosa, defendió valerosamente contra ellos la ciudad durante dos años. La lentitud del sitio movió á Carlos á dejarle y separarse de los sitiadores para ir á Roma, donde el papa le coronó y consagró emperador el dia de Navidad.

Bozon, acometido por todas las fuerzas de la familia Carlovingia, fue poderosamente socorrido en este riesgo por una invasion formidable de normandos. Estos bárbaros, acudiendo en número mayor que los años anteriores, se hicieron fuertes en Gantes, y reforzados por numerosas tropas procedentes de su pais, se derramaron como un torrente por el Artoix, Picardia y Neustria: tomaron y quemaron las ciudades de Tournay, Courtrai, Sanomer, Cambrai, Ternana, Amiens y Corbie. Francia asolada sufria entonces la

misma suerte que la Galia cuando en 406 fue invadida por los bárbaros. Luis III informado de este triste acontecimiento, dejó el sitio de Viena y acudió á defender á París y demas territorios que riegan el Soma y el Sena. Apenas llegó, marchó contra los bárbaros, les dió batalla en Saucornt, los derrotó completamente y les mató siete mil hombres: Luis de Germánia por su parte dirigió sus tropas contra otro ejército normando que habia entrado en Nimega; pero en vez de servirse noblemente de la espada para combatir, compró con un tributo la retirada de los enemigos. Esta paz solo fue una tregua pequeña. De allí á poco volvieron estos mismos normandos, talaron las orillas del Rin y del Mosa, y entregaron á las llamas á Colonia, Aix la Chapelle y Tuliers. Ningun baron ni guerrero franco se atrevia á oponerse á sus furores: los paisanos, indignados de la cobardía de los militares, viendo abrasados sus tugurios, sus campos destruidos, sus mugeres insultadas y sus hijos llevados en cautiverio, buscan su salud en el esceso de su desesperacion, se forman en cuadrillas, toman armas, pelean con rabia, pero sin caudillos ni disciplina, y son destrozados por los bárbaros, que hicieron en ellos espantosa carnicería, Este desastre dió vergonzoso fin al reinado de Luis de Germánia, que murió en Francfort. La fortuna habia aumentado

sucesivamente sus dominios; pero su debilidad degradó su poder é infamó su nombre.

Carlos el gordo, rey de la Francia oriental (882). Cuando Luis murió, el emperador estaba en Italia: Carlomano, rey de Aquitánia, continuaba el sitio de Viena, y Luis III rey de Neustria, se hallaba opuesto á los normandos que le acosaban con ardor por todas partes. Sus cuadrillas, victoriosas de las tropas germánicas, se apoderaron de Treveris y marcharon contra Metz, donde los lorenenses, á las órdenes del obispo de aquella ciudad y del conde Adelarte, procuraron detenerlos y pelearon con ellos, pero infelizmente: porque fueron vencidos, y el obispo quedó muerto en la batalla. La Lorena afligida ofreció su cetro á Luis III: mas este príncipe, temiendo el enojo del emperador, rehusó la corona, que era digno de llevar y que prometió defender, y así envió á aquel reino un cuerpo de tropas mandadas por su camarero mayor Teodorico. Entretanto Carlos el gordo tomaba posesion de los estados de su hermano Luis de Germánia.

El valor y actividad de Luis III daban á Francia justas y brillantes esperanzas, cuando la muerte le arrebató. Murió en Tours á la edad de veinte y dos años, y fue enterrado en San Dionis. Era valiente, justo, generoso, moderado en su ambicion, pero impetuoso en sus

amores. La violencia de esta pasion fue, segun se dice, causa de su muerte. Los historiadores de aquella época cuentan, que enamorado ardientemente de la hija de un señor, llamado Germont, habiéndola encontrado, solicitó en vano que le escuchase, fue tras ella, y su caballo, pasando rápidamente por una puerta baja, le rompió la cabeza y las costillas. Los obispos y señores neustros, despues de celebradas sus exequias, prestaron juramento de fidelidad á su hermano Carlomano, rey de Aquitánia, el cual, dejando su ejército junto á las murallas de Viena, pasó inmediatamente á tomar el mando de las tropas que estaban cerca del Loira.

Carlomano, rey de Francia (883). Pocos dias despues de la partida de Carlomano, Viena, habiendo perecido sus defensores por la hambre, los combates y los afanes de una guarnicion constantemente sobre las armas, se vió obligada á rendirse. Hermengarda, justamente célebre por haber lidiado dos años contra tres ejércitos y tres reyes, consiguió una capitulacion honrosa, y se retiró á la ciudad de Autun, bajo la proteccion del gobernador, que era su cuñado Ricardo. La corte de Roma abandonó la causa de Bozon, y el emperador Carlos el gordo retuvo prisionera á Ingelberga, emperatriz viuda, madre de Hermengarda y suegra de Bozon, á cuyos manejos

ambiciosos y actividad atribuía el desmembramiento de Provenza, hecho á costa del imperio.

Las diversas partes de la monarquía de Carlomagno estaban entonces reunidas bajo la autoridad del emperador Carlos y de los dos reyes Carlomano y Bozon. Este solicitaba reconciliarse con el gefe de la familia Carlovingia, y el rey de Francia, que era su yerno, favorecia sus negociaciones.

Los normandos, temiendo la reunion de todas las fuerzas francesas contra ellos, ofrecieron la paz á Carlomano: su gefe Hastings pedia que se le diese una parte de las provincias del Norte que habia conquistado, para residir en ella. Carlomano, jóven, altivo y belicoso, respondió que no firmaria tratado alguno hasta haber arrojado á los estrangeros de Francia. Esta negativa puso fin á la conferencia, y ambas naciones tomaron las armas.

El emperador Carlos convocó una dieta general en Wormes, donde se reunió de orden suya el ejército mas numeroso que los francos, hasta entonces indóciles y divididos, habian visto marchar bajo unas mismas banderas desde veinte años antes. Dividió este ejército en tres cuerpos: Arnoldo el bastardo, duque de Carintia, mandaba el primero compuesto de tropas bávaras: los francos orienta-

les, que formaban el segundo, tenian un gefe franco llamado Enrique, famoso ya por sus hazañas en Sajonia: el emperador dirigia el tercero, en el cual brillaban las enseñas de todos los señores del imperio. Tan grandes preparativos anunciaban nobles esfuerzos, y hacian esperar victorias decisivas; pero la debilidad del príncipe, la discordia de los gefes, la desconfianza é indisciplina de los soldados destruyeron en breve aquella esperanza quimérica. Los normandos habian reunido sus cuadrillas en las riberas del Mosa, y estaban acampados cerca de Harlon á las órdenes de sus dos reyes Godofre y Sigefredo. Estos bárbaros, confiados en sus fáciles triunfos y en la flaqueza de sus enemigos, se entregaban al saqueo y á la crápula, y descuidaban la guardia de sus puestos. El emperador, habiendo tomado todas las disposiciones para sorprenderlos, marcha rápidamente contra ellos y los rodea; pero en mengua del siglo y de la nacion, muchos señores codiciosos y desleales, que seguian correspondencia secreta con los estrangeros, les habian advertido el peligro que les amenazaba. Carlos halló á los bárbaros prevenidos, los acometió, y despues de doce dias de combates contínuos, no logró que se decidiese la victoria. Los normandos, temiendo mas el número que la fuerza de los enemigos que les rodeaban, tenian solicitud

por sus víveres, la cual debia presagiar al emperador segura y completa victoria; pero Carlos ni tenia el genio que prevée ni la firmeza que persevera. Sigefredo vino á hablar con él, y le ofreció la paz, á condicion de pagarle un tributo, cederle el territorio de Harlon, y dar á Godofre la provincia de Frisia y la mano de Gisela, hermana de Hugo el bastardo, con las rentas del obispado de Metz en dote. A estas condiciones Godofre prometió reconocerse vasallo del imperio y abrazar la religion cristiana. Carlos aceptó estas ignominiosas proposiciones sacrificando el honor de Francia al cobarde deseo del descanso. Apenas la conclusion de este tratado reveló la deplorable flaqueza del emperador, sucedió al respeto el menosprecio, los lazos de la obediencia se relajaron, y en todas partes empezaron á manifestarse rebeliones.

Carlomano, rey de Francia, indignado de la pusilanimidad del emperador, reclamó la cesion de la mitad de Lorena: el bastardo Hugo volvió á tomar las armas para apoderarse de esta provincia: los turingios se sublevaron, y los condes de Italia, insultando la autoridad del imperio y de la santa Sede, se hicieron independientes en sus señoríos. Carlos, informado de estos desórdenes, paso apresuradamente á Italia; pero ya el pontífice habia muerto, envenenado

segun dice, por uno de sus parientes, que teniendo por demasiado lento el efecto del veneno le mató á martillazos. Marino le sucedió en la santa Sede; y vió á Italia asolada por las invasiones de los sarracenos. La anarquía, la licencia, la traicion de los señores y la debilidad de Carlos entregaron aquel hermoso pais á la cuchilla de los musulmanes. Los normandos no tardaron en aprovecharse de la fuga de Carlos y del abandono en que dejó la mayor parte de Francia y abrasaron las ciudades de Leon, Noyon y Soissóns. Apenas se acercaron á Reims, luego el célebre arzobispo Hincmaro, llevando consigo el cuerpo de san Remi, y murió en Epernay, oprimido de los años y mucho mas de los pesares. Francia perdió en él el único hombre de estado que poseía, y el único historiador que la daba gloria en aquella época de decadencia: redactaba los anales de san Bertin, única luz que ilustró todavía la historia. Esta luz se apagó con Hincmaro, y no dejó otra guía en las tinieblas de aquel caos, que los indigestos anales de Fulda y Metz, y algunas correspondencias, dignas por su aridez y oscuridad, de la ignorancia y barbárie del siglo. La sangre de Carlomagno no conservaba ya vigor sino en las venas del jóven rey Carlomano. Este príncipe abandonado de los austriácos,

de los franceses orientales, del emperador y del rey de Provenza, se atrevió á hacer frente él solo á los normandos que invadian á Francia por todas partes. Convocó los franceses á las armas; pero los mas de los señores reusaron unirse á sus banderas ó las desampararon, sea por cobardía, ó porque el rey no quiso comprar sus socorros con los vergonzosos sacrificios que exigian su orgullo y su codicia. No teniendo á sus órdenes mas que un corto número de condes valientes y fieles, marchó atrevidamente contra los bárbaros, los acometió de improviso, los derrotó con muerte de mil de ellos, y persiguió á los fugitivos hasta sus bageles. Poco tiempo despues desembarcaron los normandos en mayor número; subieron por el Soma y se apoderaron de Amiens. Carlomano, víctima de la traicion, y obligado á ceder al número, logró que se alejasen los bárbaros pagándoles doce mil libras de plata. Para asegurar la ejecucion los siguió en su retirada con su pequeño ejército. Un funesto acaso terminó el reinado y la vida de este príncipe. En el intervalo de los combates se entretenia cazando: un jabalí acosado y furioso le derribó é hirió mortalmente. Los anales de Metz dicen que pereció atravesado por el venablo de un montero suyo que queria salvarle y dar muerte al jabalí. El rey, para

libertar á este hombre de toda acusacion, afirmó antes de morir que solo habia sido herido por los colmillos de la fiera. El carácter noble y belicoso de Carloniano daba justas esperanzas á los franceses, y honraron su memoria con lágrimas sinceras. Este príncipe no dejó hijos. Carlos el simple, su hermano é hijo de Luis el tartamudo, solo tenia entonces cinco años, y en medio de tantos peligros no podia Francia confiar las riendas del estado á un niño, ni esponerse á las tempestades de una menor edad. Estos motivos obligaron á los obispos y señores á ofrecer la corona al emperador Carlos el gordo; el cual reunió bajo su flaco cetro todo el vasto imperio de Carlomagno, á excepcion de la Provenza y de una parte de la Borgoña, que conservaba todavía Bozon.

Carlos III el gordo, rey de Francia (884). La fortuna aumentó los estados de Carlos: mas no supo conservarlos porque le faltó prudencia y valor. Carlomagno y Carlos el gordo poseyeron el mismo imperio, el primero con suma gloria, y el segundo con ignominia.

Apenas Carlos fue reconocido rey de Francia, supo que los normandos, rota la paz, volvian á comenzar sus incursiones. Hugo el abad, el mas poderoso de los señores franceses, tutor de Carlos el simple, y tio de Eu-

des, conde de París, quedó encargado por el emperador de abrir negociaciones con los normandos y echarles en cara su falta de fé. Los bárbaros respondieron que habian contratado con el rey difunto y no con su sucesor: y que si el nuevo monarca de Francia queria la paz, debia comprarla con segundo tratado. Incitábalos el deseo de adquirir nuevas sumas de oro, pagado por la debilidad al enemigo á quien era menester rechazar con el hierro.

Los normandos adelantándose siempre, se apoderaron de Lobayna y Colonia y favorecieron los movimientos de Hugo el bastardo, que volvió á hacer guerra en Lorena. Carlos reconoció entonces, aunque tarde, los funestos resultados de la cesion de Holanda y Frisia, hecha á Godofre, rey de los normandos. El emperador era cobarde y astuto: su pusilanimidad, obligada á combatir contra enemigos valerosos, prefirió, para librarse de ellos, la traicion á la audácia, y el puñal á la espada. El duque Enrique de Sajonia, enviado por él para tratar con Godofre, le convidó á una conferencia en Betaw, isla del Rin, donde habia hecho apostar hombres armados que asesinaron al bárbaro y á toda su comitiva. Hugo el bastardo, víctima de otra perfidia semejante, fue preso en Gondreville y le sacaron los ojos. Este

infeliz, hijo de Lotario el jóven y de Valdrada, fue encerrado en el monasterio de Prum. Hegiro, abad de este convento, y autor de una crónica de aquellos tiempos, cuenta que él mismo cortó el cabello al príncipe. Tales fueron las primeras hazañas del indigno sucesor de Carlomagno.

La fama de una venganza tan cobarde y cruel llegó á los reinos del norte, é inflamó en ira á sus belicosos habitantes. Los normandos acudieron de todas partes y tomaron las armas: entraron en Francia á sangre y fuego, y no hallaron oposicion alguna. Su principal ejército, que segun algunos autores ascendia á ochenta mil hombres, y segun otros á cincuenta mil, tomó á Pontoise y rodeó á Paris. Segefredo, rey de los normandos, entró en la ciudad para conferenciar con el conde Eudes y el obispo Goselin: pidióles que dejasen pasar por la plaza las tropas que deseaba conducir á Borgoña: y como los parisienses se negasen á abrir sus puertas, el insolente bárbaro les respondió "el acero sabrá romperlas." La flor de los guerreros mas valientes de Neustria defendia la capital, cuyo recinto se reducía entonces á la isla. Todo el vasto terreno situado mas allá de las dos riberas del Sena solo presentaba selvas, lagunas y campos cultivados: las murallas y puentes de la ciudad estaban guarnecidos con fuer-

tes torreones. Eudes, hijo de Roberto el fuerte, era gobernador y conde de París. El, su hermano Roberto, el conde Ragnario, y Aledran, que habia sido gobernador de Pontoise, resueltos á sostener la honra del nombre franco, y á perecer antes que rendirse á los bárbaros, inflamaban con su intrepidez y ejemplo el valor de los parisienses: y mucho mas que todos, el obispo Goselin y su sobrino el abad Ebre. Estos dos prelados, llevando sucesivamente el yelmo y la mitra, se presentaban con tanta frecuencia en la brecha como en el templo, y tan ardientes en la pelea como en la oracion. En los primeros ataques el obispo, adelantándose á sus compañeros de armas, fue herido de una flecha; y su escudero cayó muerto á sus pies, atravesado de una lanza. El emperador permanecia en Italia: Francia afligida, se hallaba sin guerreros: París acometida por todas partes, separada del resto del mundo, rodeada de cuadrillas feroces y empeñadas en arruinarla, privada en fin de toda comunicacion y socorro por setecientas barcas de los enemigos que cerraban el paso del Sena, resistia sola á los nuevos destructores de Galia.

Los normandos, aunque bárbaros, habian aprendido de los vencidos algunos principios de táctica. Llevaban en su ejército mu-

chas máquinas de guerra, y de entrambas partes se hizo uso en el ataque y defensa de arietes, balistas y catapultas; opusiéronse torres fabricadas por los normandos á las de las murallas de París; lanzábanse unos á otros fuegos y dardos encendidos: los sitiados y sitiadores se inundaban recíprocamente de pez inflamada: los normandos se acercaban á los muros bajo galerías cubiertas que los parisienses incendiaban muchas veces ó destruian lanzando sobre ellas piedras y vigas. Los sitiados hacian frecuentes salidas mandadas por su valiente conde, y llevaban el terror al campo enemigo: otras veces las murallas desplomadas y las torres caidas abrian ancho paso á los bárbaros vencedores; pero al momento, reunida toda la poblacion de París, heróica por desesperacion, arrojaba, derribaba y daba muerte á los que acometian: las mugeres ayudaban á los hombres en sus afanes. Cuando la noche habia terminado el combate, al dia siguiente aparecian cerradas las brechas, los muros reparados, las torres reedificadas, y los franceses preparados á nuevos asaltos. Los normandos volvian al ataque con obstinacion, y pasaban otra vez las murallas, cegando los fosos con los cadáveres de sus caballos y aun de sus prisioneros. Entonces el obispo Goseln, invocando la ira celeste contra tan feroces enemigos, prometia á

los cristianos el auxilio de Dios, y se arrojaba con la cruz en la mano en medio de los bárbaros. Favorecido de sus sacerdotes, que peleaban entre los soldados, libraba del peligro su iglesia y su patria. Su sobrino Eble, no menos intrépido, mató con su mano en una salida á muchos bárbaros, persiguió á los vencidos, y puso fuego á las tiendas enemigas. Este sitio memorable duró mas de tres años. El abad Abon compuso un poema del sitio y salvacion de París. Esta ciudad, que mereció por su valor ser capital de Francia, y la poblacion mas célebre del mundo moderno, hubiera gozado de la gloria debida á su heróica constancia, á haber hecho tantos prodigios de valor en otro siglo, y á haber tenido un Homero menos ignorante y desconocido. En todo el imperio era célebre el valor y pericia del conde Eudes, y la constante firmeza de los parisienses, y todos se indignaban de la cobarde inaccion del emperador. Carlos en fin, despertando al grito general, envió á Francia un cuerpo de ejército á las órdenes del duque Enrique de Sajonia. La llegada de estas tropas causó al principio algun temor en el campamento de los normandos; pero Sigefredo, imitando la perfidia de Carlos, convidó á una conferencia al general franco, y mandó á sus soldados que le asesinasen. Cien espadas se levantaron contra En-

rique; pero el intrépido guerrero se abre paso por en medio de ellos con sable en mano, y se reune con los suyos, favorecido de una salida que hicieron los parisienses para salvarle. Sigefredo desalentado quiere levantar el sitio: los normandos atribuyen su prudencia á cobardía, prorrumpen en murmuraciones, y á pesar de su caudillo, dan nuevo asalto á la ciudad. Eudes los rechaza y destroza: dos de sus príncipes perecen en la accion: muchos bárbaros se ahogan en el Sena; y Sigefredo con las reliquias de su ejército se volvió á Frisia, donde en breve murió asesinado, dejando cubiertos de gloria á París y á sus defensores. Este mismo año perdió Eudes á su tio Hugo, el abad, que se habia hecho famoso por sus hazañas. Así esta familia se elevaba poco á poco por su valor sobre la de los carlovingios, á la cual sucedió. La fuga de Sigefredo no habia libertado á París de todos los peligros que la amenazaban. La escasez y mala calidad de los alimentos y el gran número de cadáveres infestaron el aire; y una peste cruel inmoló mas víctimas que el enemigo. Ademas, no todos los normandos se retiraron con su gefe; muchos cuerpos numerosos de estos bárbaros rodeaban aun la ciudad, cortaban sus comunicaciones, talaban sus campos y recibian contínuamente nuevos refuerzos. Eudes, cuya constancia era su-

perior á todos los peligros y afanes, atravesó con tanta felicidad como osadía los cuarteles del enemigo, acudió á donde estaba el emperador, le advirtió del inminente riesgo que amenazaba á la capital por su indolencia, y volvió á anunciar á sus conciudadanos el socorro prometido por Carlos. Pero al volver halló un numeroso ejército normando que se oponia á su tránsito. Los parisienses instruidos por las señales de que se acercaba su general, hicieron á las ordenes del abad Eble una vigorosa salida. Eudes, favorecido por este tumulto, llevando su caballo á rienda suelta con tanta rapidez como temeridad, atraviesa el campo de los bárbaros, se abre para lo sucesivo un brillante camino al trono, y entra por las puertas de París, que vió aparecer con él otra vez la fortuna y los triunfos. Las promesas de Carlos iban á realizarse, segun parecia. Enrique de Sajonia llegó con el ejército; pero cayó en un lazo que le habian tendido los normandos, cubriendo de ligero césped unos fosos profundos: Enrique y muchos de sus capitanes se abismaron en ellos y fueron muertos por los bárbaros: las tropas aterradas se desmandaron, y la esperanza de los parisienses desaparecio.

Los bárbaros, animados por este suceso, se arrojaron con furia á las murallas y dieron un violento asalto: ya habian pasado los mu-

ros y esparcido el terror en las calles; pero la intrepidez de un parisiense, llamado Gerbaut, salvó la patria. Seguido de cinco hombres resueltos, é imitando al célebre Horacio Coeles, que defendió un puente contra un ejército, detuvo á los vencedores, derribó con su espada á los enemigos mas valientes, y despertó el valor de sus conciudadanos aterrados. Todos siguieron los pasos de Gerbaut, rechazaron á los normandos, rompieron sus escalas, y llenaron los fosos de sus cadáveres. Al mismo tiempo Eudes, poniéndose al frente de sus mejores soldados, salió de las murallas, acometió á los bárbaros por el flanco, é hizo en ellos gran carnicería.

Poco despues de esta brillante victoria vieron en fin los parisienses, desde sus altas murallas llegar al emperador con ejército númeroso, alistado en todas las provincias del imperio. Asentó sus reales en las alturas de Montmartre. El franco creía que era llegada la hora de su triunfo: los normandos solo pensaban en vender caras sus vidas; pero el tímido monarca, aterrado á la vista del enemigo, no se atreve á pelear: entabla negociaciones, permite á los normandos que se acuartelen en Borgoña, les paga porque se retiren, compra así una tregua ignominiosa, y se vuelve con prontitud á Italia, dejando su nombre, su cetro, su ejército y el imperio, manchados

con oprobio eterno. Despues que partió, los normandos pidieron con insolencia que París dejase libre el paso á su escuadra, pero los parisienses se negaron á ello. Entonces los bárbaros, con perseverancia y osadía casi increibles, arrastraron sus setecientas barcas por tierra en un espacio de dos millas, y las volvieron á botar al agua mas arriba de la ciudad. Entraron despues en Borgoña, la saquearon, y sitiaron á Sens. Pero esta ciudad, imitando el noble ejemplo de París, se defendió valerosamente, é hizó inútiles sus esfuerzos. Carlos, huyendo de los normandos, habia perdido todo derecho á la veneracion y amor de sus vasallos. Su autoridad, espuesta al desprecio, fue insultada: ningun príncipe era menos á propósito que este pusilánime emperador, para ocupar el trono fundado por un héroe. Maltratado por la naturaleza, su enorme cuerpo no podia sostenerse sobre sus piernas torcidas: entregado á la crápula, no conocia mas pasion que las mas desenfranada glotonería: cuando en su juventud se rebeló contra su padre, se le habia creido energúmeno, se le escomulgó, y los remordimientos trastornaron su juicio. Carlos, incapaz, segun se decia, de perpetuar su nombre, como lo era de hacerle famoso, habia inspirado grande aversion á su muger Ricarda, de la cual se manifestaba muy celoso. Semejante príncipe

no hubiera podido conservar algunos años el cetro, á no haber confiado el gobierno del imperio á un hombre que no carecia de luces. Su favorito y primer ministro era Liutwardo, obispo de Verceil. Los príncipes y grandes de Italia, que pretendian entonces hacerse independientes, se reunieron para derribar á este prelado, unos con intrigas y otros con violencia. Berengario, duque de Friul, y hombre ambicioso y audaz, despreciando la autoridad de Liutwardo, le insultó públicamente y saqueó su diócesis. Los cortesanos mas diestros sabian que Carlos era tan desconfiado y crédulo como cobarde, y acusaron al ministro de trato adúltero con la emperatriz. El emperador, sin examinar si estas sospechas eran fundadas, mandó prender á su esposa, la desterró á un monasterio, le ordenó que se justificase, y echó de la corte á Liutwardo. La emperatriz protestó que era inocente, y aun afirmó para probarlo que, en todo el tiempo que habia estado casada con el monarca, habia conservado su virginidad. El emperador, privado de los consejos y del apoyo de su ministro, manifestó en breve á todos la flaqueza y mezquindad de su alma. Habia convocado una dieta general en Tribus, villa situada sobre el Rin no lejos de Maguncia. Los grandes de Germánia acudieron á ella, no para obedecerle, sino para destro-

narle. Su autoridad cayó desde que sus ambiciosos vasallos miraron como honrosa la rebelion y la obediencia como una ignominia. Toda Germánia se sublevó en favor de Arnoldo, escluido del trono por su nacimiento ilegítimo, pero digno de ocuparle por su valor. Carlos busca en vano quien le defienda: ni aun halló quien le adulase. En pocos dias se vió abandonado de sus oficiales, soldados, sirvientes, y aun de su misma hermana Hildegarda: el palacio del señor de Europa se convirtió en un desierto. Toda piedad se alejó de Carlos, y se halló sumergido en la mayor miseria. Este príncipe, ejemplo memorable de las vicisitudes humanas, hubiera perecido de hambre, si el arzobispo de Maguncia, movido de la caridad, no hubiese cuidado de proporcionarle la subsistencia. Carlos, por consejo de este prelado, se sometió al bastardo Arnoldo, que le concedió algunas tierras en Alemania para que viviese como simple particular. Diez meses despues de este convenio falleció el desgraciado príncipe, dejando el imperio conmovido y arruinada su dinastía. Fue enterrado en una isla del lago de Costanza.

Carlos el gordo careció de todas las prendas de un buen rey, mas no de las virtudes de hombre y de cristiano, si hemos de juzgar por los elogios desinteresados que le prodigaron algunos escritores. Regino, abad de Prum,

dice de él: « Carlos era un príncipe religiosísimo, y sumiso á los preceptos de la Iglesia. Daba muchas limosnas, y se ocupaba incesantemente en la oracion. Poniendo toda su confianza en el favor divino, miró su última tribulacion como una prueba que purificando su alma le preparaba la corona eterna. Los anales de Fulda cuentan que se vió abrirse el cielo para recibir su alma, y mostrar á los pueblos que el monarca mas despreciado de ellos era el mas agradable á Dios. »



CAPITULO XVIII.

Interregno. Reinados de Eudes, Radulfo, Carlos el simple, Roberto y Radulfo.

Interregno. Eudes, rey de Francia. Guerras de Eudes con los normandos. Victoria de Arnoldo, rey de Germánia, contra los normandos. Victoria de Eudes contra Carlos el Simple. Carlos abandonado de Arnoldo. Arnoldo, emperador: su muerte. Carlos el Simple, rey de Francia. Conquista de Lorena por Luis, rey de Germánia. Lamberto, emperador. Rolon, duque de Normandía. Tratado de paz entre Rolon y Carlos. Guerra entre Carlos y Conrado, rey de Germánia. Enrique de Sajonia, rey de Germánia. Rebelion contra Carlos el Simple. Batalla de Soissons. Radulfo, rey de Francia. Prision de Carlos el Simple. Guerras de Radulfo con los normandos y aquitanos. Victoria de Radulfo cortra los normandos en el Artois. Victoria de Radulfo contra los húngaros. Muerte de Carlos el Simple.

INTERREGNO (886). La muerte de Carlos el

gordo dió orígen en Francia é Italia á las discordias mas violentas. No quedaba otro descendiente legítimo y directo de Carlomagno que Carlos el simple, hijo de Luis II y de Adelaida: pero este príncipe era un niño incapaz de sostener sus derechos; y la legitimidad del matrimonio de su madre, disputada por sus competidores, no habia sido reconocida por el pontífice. Muchos príncipes y señores, descendientes de Pipino, Carlomagno, Luis el piadoso y Carlos el Calvo, por línea femenina, se disputaron entonces con ardor el cetro de Francia, al cual tenia tambien pretensiones el bastardo Arnoldo, rey de Germánia. Algunos de ellos peleaban ya de muchos años antes por el trono imperial, y entregaban á Italia á todos los furores de la guerra civil. Berengario, duque de Friul, deseando terminar estas contestaciones, ofreció á Guido, duque de Espoleto, cederle la corona de Francia, con tal que renunciase á toda pretension sobre el cetro de los césares. Guido aceptó la proposicion, atravesó los Alpes, y llegó á Francia, donde le llamaban muchos señores poderosos; pero halló competidores formidables. Tales eran Rodulfo, hijo de Conrado, el antiguo conde de París, y gobernador de la Borgoña transyurana; Luis, hijo de Bozon, que habia perdido á su padre el año anterior, y que esperaba dominar en

Neustria como ya dominaba en Borgoña; Heberto, conde de Vermandois, descendiente de Bernardo, hijo de Pipino, rey de Italia, el cual fue despues harto famoso por la parte que tuvo en las discordias civiles y en la caida de la dinastía carlovingia, y Arnoldo y los germanos, que sostenian contra Guido la causa de Carlos el simple. En fin, los intentos ambiciosos de Guido fueron atajados por Eudes, el mas temible de sus competidores, que en la opinion comun descendia de Childebrando, hermano de Carlos Martel. Este orígen era dudoso; pero la gloria de Eudes y la gratitud de los franceses le llamaban al trono, y le hicieron subir á él. Entretanto, mientras Berengario era proclamado sin obstáculo rey de Italia, Guido, á quien el papa habia ya coronado en Roma rey de Francia, llegó al frente de un ejército á la ciudad de Langres, é hizo que allí le consagrasen. Fulques, arzobispo de Reims, y los señores de Lorena, se declararon á favor suyo. Rodulfo se sostuvo en la Borgoña transyurana; Luis, hijo de Bozon, en Provenza, y el conde Eudes en todos los paises situados entre el Sena y los Pirineos.

A favor de tantas discordias y pretensiones de los príncipes por apoderarse de un cetro quebrantado, los normandos, cuyas incursiones no reprimia ya ninguna fuerza, sa-

quearon horrendamente las costas y el centro de Francia. Las ciudades estaban sin defensa, los campos sin cultivo, todos los ánimos abatidos, las leyes sin vigor, las propiedades sin garantía: y no se conocian ya ni deberes, ni derechos, ni vínculos.

Esta epoca ignominiosa de ruina y anarquía produjo una gran revolucion: el esceso de las calamidades y peligros hizo que aun los que tenian intereses mas opuestos concurriesen á la salud general; y la necesidad, la mas imperiosa de las leyes, hizo nacer de aquel caos un nuevo orden de cosas: orden estravagante en sus consecuencias, que oprimió la tierra durante muchos siglos, y que podria llamarse justamente la confederacion de las tiranías y la gerarquía del desorden. Este fue el sistema feudal que mutiló los cetros, encadenó los reyes, cubrió la tierra de ignorancia y la inundó de sangre. Sin embargo, cuando este bárbaro sistema se estableció, no solo salvó á Francia de la destruccion inminente y total, sino fue al principio favorable á la humanidad, que habia descendido, cuando murió Cárlos el gordo, al último grado de miseria y degradacion. Como el hierro destructor de los normandos amenazaba en todas partes, y no habia ni trono, ni fuerza central, ni ejército considerable que pudiese detener aquel torrente, cada propietario estaba obligado á

tomar las armas, á defenderse, y á no esperar su salud sino de su valor. Cada señor, despreciando útilmente las prohibiciones de Carlos el Calvo, fortificó su castillo, y así libertó de las sorpresas y del saqueo su familia, sus bienes y su pequeña corte.

Hasta entonces estos señores, pensando solamente en enriquecerse, habian arruinado á los hombres libres de su vecindad, gravado á sus tributarios con impuestos, condenado sus siervos al celibato, los campos á la esterilidad y el comercio á la inaccion. Abusando de las magistraturas que acababan de hacer hereditarias, solamente se habian ocupado en amontonar en sus propios dominios el fruto de sus rapiñas, conducir sus desgraciados vasallos á los ejércitos reales, y aumentar sus tesoros con el botin que hacian en sus enemigos. Pero las guerras intestinas sucedieron á las estranjeras. Los reyes no podian ya ni conquistar, ni proteger, ni regalar nada. Entonces los duques, condes, obispos y abades, obligados á defenderse por sí mismos, conocieron que no podian ser poderosos sino á proporcion del número y bienestar de los habitantes de sus señoríos, libres, tributarios ó siervos: así el interés les mandó ser justos y clementes. Los señores menos poderosos, los propietarios menos ricos y los tributarios sin protector, imploraban el ausilio de los grandes, ofreciéndoles

en paga sus brazos y servicios á título de vasallaje; y la necesidad que unos tenian de otros hizo durables estos vínculos. Los innumerables reyezuelos que se habian repartido la Francia, gobernaron al principio como soberanos justos y paternales: mitigaron la servidumbre: arreglaron los tributos de modo que no dañasen al aumento de la poblacion, agricultura é industria, y aun distribuyeron como feudos una parte de sus dominios: libertaron á los esclavos, y en cierto modo los convirtieron en ciudadanos para que fuesen soldados. Así, en pocos años, Francia, que antes estaba indefensa y casi reducida á un desierto, vió los muros de sus ciudades guarnecidos de torres, las aldeas armadas, cada montaña y altura protegida por un castillo y defendida por un fortin, y la tierra poblada de soldados cultivadores. En vano M. de Montlosier, en vez de justificar la desmembracion de Francia por la fatal necesidad de los sucesos, sostiene que el nuevo orden de cosas no fue una usurpacion de la nobleza. Es verdad que en todos tiempos habian gozado en Galia los propietarios, desde antes de la invasion de los francos, el derecho de juzgar á sus tributarios y siervos; es verdad que este derecho fue confirmado por los Merovingios; pero en estos juicios debian seguir las leyes nacionales, romanas ó sálicas, y conformarse á los

decretos dados en las juntas generales, y proclamados por los reyes. Ademas, los hombres libres no eran juzgados sino por los duques y condes; magistrados que nombraba el rey, al cual se apelaba de sus sentencias.

Pues todos estos lazos rompieron, todos estos derechos usurparon los señores bajo los débiles herederos de Carlomagno y de Luis el Piadoso. Arrancaron de sus flacas manos las magistraturas, y se hicieron jueces hereditarios de los hombres libres. Desconocieron la autoridad de los enviados *dominicos*: los capitulares y leyes antiguas cayeron en desuso, y les sucedió una legislacion tradicional de costumbre, que variaba al infinito segun los lugares y el carácter del nuevo soberano: en fin, usurparon el derecho de labrar moneda y de hacerse guerra unos á otros. Cada duque ó conde, reconocido por señor de los vasallos nobles y menos poderosos, y que ejercian tambien autoridad soberana sobre sus vasallos inferiores, no rendia al monarca sino el homenage de vasallo, ni contraía con él mas obligacion que la de seguir sus banderas en caso de guerra durante cierto número de meses ó semanas. Variaron en toda Francia las obligaciones del vasallo con respecto al señor, y las prestaciones pecuniarias ú honoríficas, segun el carácter mas ó menos suave, mas ó menos áspero de los señores, y segun la ma-

yor ó menor docilidad y timidez de los súbditos. Tal fue la hidra monstruosa de mil cabezas que devoró la noble, grande y gloriosa monarquía de Carlomagno. No es posible negar que este régimen era fuerte para la defensa; su duracion lo prueba: pero lo que es dificil de concebir es que haya escitado la admiracion de escritores ilustrados. Si este sistema terrible y estravagante salvó accidentalmente á Francia del furor de otros monstruos no menos peligrosos, como eran los normandos, sarracenos y húngaros, no por eso dejó de dividir para siglos un hermoso reino en mil tiranías aglomeradas, y de sujetar bajo el yugo de la humillacion á un pueblo valeroso. Esta nacion oprimida no tuvo durante algunos siglos mas ciudadanos que á los nobles, cuando toda ella trabajaba, comerciaba, combatia y derramaba su sangre por los señores altaneros, rencillosos, y ocupados siempre en destrozar la patria con sus discordias perpetuas. Sea como fuere, esta época es una de las mas importantes de la historia francesa. Desde entonces no encontraban ya los normandos en Francia una presa facil; y si todavía hicieron muchos daños, á lo menos hallaban en todas partes guerreros, peligros y batallas. Esta resolucion repentina de defenderse despertó en todas partes el valor frances. La fortuna, el poder y el

trono mismo fueron premio del valor, de la osadía, de la habilidad; y si no se puede dar á esta edad de Francia el nombre de heróica, fue por lo menos la aurora de los tiempos de aventuras y caballerescos, en que la nobleza francesa ilustró la patria con su gloria, y preparó, sin conocerlo, por la altiva independencia que solo queria para sí sola, los tiempos en que se estendiese á todos los demas ciudadanos.

Eudes, rey de Francia (888). La incertidumbre entre tantos pretendientes que aspiraban á la corona no podia ser duradera. Eudes triunfó de sus rivales. En aquella época en que los peligros se multiplicaban y no habia ciencia militar, las prendas corporales debian tener la preferencia sobre las del ánimo.

Eudes brillaba entre sus contemporáneos por su alta estatura, por la belleza de sus facciones, por la magestad de su continente, y por la fuerza de su brazo. Era atrevido en sus empresas, audaz en los combates, y prudente en su política: era duque de Neustria, conde de París, y habia salvado la capital: era finalmente el héroe de Francia. La mayor parte de los señores franceses le dieron sus votos: fue proclamado rey por ellos, y el arzobispo de Sens le consagró. Aceptó el cetro; pero declarando que solo le recibia para entregarlo á Carlos el simple cuando fuese capaz de llevarlo.

Esta aparente modestia le ganó el afecto de muchos; pero fue causa de la diversidad de opiniones que hay con respecto á él entre los analistas de aquella época. Unos le consideran solo como regente, y otros como monarca; pero los hechos resuelven la cuestion. Existe una medalla, acuñada entonces en Tolosa, con èsta inscripcion: *Odo, gratia Dei Rex*: y Baluzio inserta muchos capitulares que le dan el mismo título. Fue reconocido en una parte de Aquitánia: la otra quedó independiente bajo la autoridad de Ranulfo, que tuvo algun tiempo el nombre de rey, y despues se contentó con el de conde de Poitiers. Los normandos poseyeron largo tiempo á Burdeos y Saintes. Sancho, duque de Gascuña, no se sometió; pero los sarracenos ocupaban demasiado sus armas para que interviniese en los negocios de Francia.

Hermengarda, tan hábil y activa en las intrigas, como intrépida en la guerra, ganó de tal manera los ánimos de todos, que su hijo Luis fue reconocido por rey de Provenza y Borgoña, con el consentimiento de todos los príncipes carlovingios. Su tio Ricardo, dueño de la otra parte de Borgona, hizo homenage por ella al rey Eudes, que logró así conciliarse la amistad del poderoso Balduino, conde de Flandes; el mismo que en su juventud robó á la hija de Carlos el Calvo. Eudes

venció en fin el obstáculo mas terrible que se oponia á su elevacion; mas para superarlo, sacrificó, no muy decentemente, la dignidad de su corona. Se presentó en la dieta de Wormes á Arnoldo, rey de Germánia, ganó su afecto con grandes deferencias, y se reconoció su vasallo: resolucion vergonzosa, solo escusable, pero imposible de ser justificada por la anarquía y debilidad de la Francia occidental, y por el poder, entonces formidable, de los francos orientales y de los germanos, que conservaban alguna union, disciplina, y carácter belicoso de los francos de Carlomagno. Sea como fuese, la convencion de tantos reyes y señores para reconocer el cetro de Eudes, desanimó hasta tal punto á su rival el conde de Espoleto, que aunque ya coronado, como digimos, se retiró sin combatir, y volvió á pasar los Alpes sin ser perseguido.

Rodulfo, gobernador de la Borgoña Transyurana, reinó pacíficamente en Saboya y Suiza, y en los paises de Ginebra y de los Gutones. Así quedó por entonces tranquilizado todo el imperio, escepto Italia, que fue teatro de nuevas lides entre Arnoldo, Guido y Berengario.

Guerras de Eudes con los normandos (890). Entretanto los normandos continuaban asolando á Francia, y lo que prueba cuán despoblado y débil estaba entonces el reino es que

los bárbaros, en vez de reunir contra él ejércitos innumerables, semejantes á los que Germánia presentó tantas veces contra el imperio romano, corrian atrevidamente la Galia francesa con cuadrillas mal armadas, que rara vez llegaban á veinte mil hombres. Al verlos, todos huían. Los campos quedaban sin cultivo, las ciudades desiertas, y solo se conservaban, en medio de bosques solitarios, algunos monasterios y castillos, en que los abades y señores concentraban las últimas reliquias de la riqueza nacional y del valor francés.

Eudes, que debia la corona á su espada, conocia que no le era fácil asegurarla sino con nuevas hazañas. Llamó á los franceses á las armas contra los bárbaros: pero los señores, ó indóciles ú ocupados en sus lides personales, no respondieron á su voz. Fuele imposible juntar infantería, y solo mil ginetes acudieron á sus estandartes. El rey marchó al frente de una tropa tan pequeña para pelear con los normandos, que estaban entre el Marne y el Asme. Encontrólos en el bosque de Montfaucon en número de mil novecientos hombres. Parecía temeridad atacar á un enemigo tan superior en fuerzas. Eudes se atrevió á ello: la astucia y el valor suplieron por el número. El rey dividió en pelotones sus mil caballos, y los ocultó en los bosques; y desde allí, dada la señal, acometieron por

todas partes, y dando terribles gritos á los normandos, los cuales se creyeron atacados por un ejército. El intrépido monarca se arroja á los enemigos y penetra en medio de sus filas: y mientras su espada derriba á los que le resisten, un caballero normando, acometiéndole por la espalda, le dá un hachazo en la cabeza: el yelmo resiste: Eudes se vuelve y mata al bárbaro: los normandos aterrados huyen, y los vencedores hacen en ellos gran carnicería. Esta brillante hazaña obligó al conde de Flandes á reconocer por rey al héroe frances, aumentando el número de sus partidarios. Otras tribus normandas, se presentaron poco despues y sitiaron á Ailleaux. Cuando el rey volaba á socorrer esta ciudad, tuvo que marchar al otro lado del Loira para reprimir una sedicion escitada por el duque de Aquitánia. Meaux capituló, y los habitantes salieron de la plaza: pero los bárbaros, en desprecio de la capitulacion, persiguieron á los fugitivos, los asesinaron, y abrasaron la ciudad. Orgullosos con este triunfo atroz, se acercaron despues á París. Eudes volvió contra ellos: pero le era mas fácil atreverse á sus enemigos que gobernar á sus vasallos. Los señores franceses no le favorecieron, y hubo de entablar negociaciones. Los normandos recibieron tributo y se retiraron al Océano cargados de botin. Durante dos años de-

vastó la provincia de Picardía otro ejército normando. Arnoldo, al frente de los francos orientales y de los germanos, acometió á los bárbaros cerca de Amiens, y los derrotó: pero apenas volvió á sus estados, se reunieron, marcharon contra Eudes y le sorprendieron. El rey hizo vanos esfuerzos para reanimar el valor de sus tropas: no pudo impedir que se desmandasen. Los vencedores penetraron como un torrente en Champaña y Lorena. Troyes, Verdum y Tul fueron saqueadas.

Victoria de Arnoldo, rey de Germánia, contra los normandos (891). Por otra parte, las tribus normandas que ocupaban á Normandía penetraron en Bretaña. Apenas supieron esta invasion los duques bretones Judicael y Alano, suspendieron sus sangrientas discordias, y se reunieron para marchar contra el enemigo comun. Judicael, mas ardiente, llegó primero, acometió á los bárbaros sin esperar á su aliado, los desbarató y murió peleando. Alano sobrevino en aquel momento, y completó la victoria: de quince mil normandos solo escaparon cuatrocientos. Alano, despues de este triunfo, quedó sin rivales, y fue universalmente proclamado duque de Bretaña. Este príncipe, antes de pelear, habia ofrecido á la iglesia de Roma la décima parte de su botin.

Los normandos se mantenian siempre en Lorena; un ejército aleman se atrevió á presentarles batalla, y fue vencido y destrozado con pérdida de los reales.

Arnoldo, apresurándose á reparar este reves, marchó desde las orillas del Rin al enemigo, y le halló en un campamento, cercano al Dile, donde se habia atrincherado y fortificado con fosos, barricadas y costas de árboles. La nobleza y los hombres de Germánia adoptaban poco á poco las modas y preocupaciones de los francos occidentales: así todos querian pelear á caballo, y cuando llegó Arnoldo á los reales de los bárbaros no halló en sus tropas bastante infantería para asaltar los atrincheramientos. En esta situacion crítica reunió los señores y guerreros; y dirigiéndoles la palabra con el ascendiente de un caudillo que los habia conducido muchas veces á la victoria, les dijo: "Francos valerosos, que amais vuestra patria y vuestro Dios, considerad que estamos enfrente de los paganos, de esos enemigos feroces que han derribado vuestros altares y vertido la sangre de vuestras familias. Hoy podeis levantar vuestros templos, vengar á vuestro Dios, lavar vuestras injurias, hacer que expien el asesinato de vuestros camaradas, y castigar á estos ladrones que han ultrajado vuestras esposas, degollado vuestros hijos y

asesinado vuestros sacerdotes. Yo, el primero de todos, bajaré de mi caballo y marcharé delante de vosotros con el estandarte del imperio en la mano. Guerreros, imitad mi ejemplo: seguidme, soldados: acometamos á los bárbaros: no es sola nuestra injuria la que vamos á vengar, sino tambien la del Dios Omnipotente, que modera á su arbitrio la suerte de las naciones, de los reyes y de los ejércitos." A estas palabras respondieron con ardientes aclamaciones y con el choque de los escudos. Todos, viejos y jóvenes desmontan: todos se exortan mútuamente á la pelea: todos juran seguir y defender al rey y pelear á pie: solo exigen que un cuerpo de caballería de reserva les cubra el flanco y los proteja contra toda sorpresa. Arnoldo, sin dar lugar á que se amortiguase su ardor, los conduce con rapidez al combate: los normandos oponen á su furia resistencia ostinada, y durante todo el dia se cubre la tierra de cadáveres ensangrentados, de armas destrozadas: de entrambas partes esperan y proclaman la victoria. Pelean cuerpo á cuerpo: todos ó perecen ó triunfan sin abandonar el lugar que ocupaban. Mueren innumerables soldados. Al fin, la fortuna se decide por los francos: las trincheras son tomadas: dos reyes bárbaros perecen: diez y seis de sus estandartes caen en poder de los vencedores: los normandos

buscan inútilmente su salvacion en la fuga casi todos perecen á la espada de los francos ó ahogados en el rio.

En esta misma época Hermengarda, protegida por Arnoldo, reunió en Valencia del Ródano los obispos de Provenza y Borgoña que declararon al jóven Luis, su hijo, digno del cetro y de la consagracion real.

Victoria de Eudes contra Carlos el simple. (892). Eudes, rey de Francia, se veía entonces obligado á sufrir las usurpaciones de los grandes, y á capitular con los bárbaros, á quienes podia, si le hubiesen auxiliado los suyos, acometer y destruir. La anarquía despreciaba el trono, minado por ella, y culpaba al príncipe por los reveses que causaba por la insubordinacion. Arnoldo era obedecido y auxiliado, y así venció; cuando los neustrios, no queriendo dar tropas al valeroso Eudes, ó abandonando sus banderas, le echaban en cara sus derrotas. Una parte de los señores, indócil á sus órdenes y envidiosa de su elevacion, se sublevó á favor de Carlos el simple. El conde Vatgario se puso al frente de los rebeldes, y se apoderó de Laon. Eudes, informado de este movimiento, marchó rápidamente contra Vatgario, le derrotó, le hizo prisionero y mandó cortarle la cabeza. Entonces se vió, para ignominia del siglo, al obispo de Laon, por congraciarse con el

rey, negar al reo el sacramento de la penitencia, único consuelo que imploraba en su calamidad. Sin embargo, el rey no pudo consolidar su triunfo. Obligado á reprimir la Aquitánia, sublevada de nuevo, volvió á pasar el Loira, y apenas se alejó de Neustria, Tulques, arzobispo de Reims, Herberto, conde de Vermandois, y Pipino, conde de Senlis, proclamaron rey á Carlos el simple, que á la sazon tenia trece años.

Hiciéronle venir de Inglaterra, donde se habia refugiado con su madre Adelaida, y se le coronó en Reims. Al mismo tiempo los gefes de su partido escribieron á todas las cortes de Europa, y solicitaron su apoyo á favor de una revolucion, que era la causa de los reyes y de la autoridad legítima, pues Carlos era el único descendiente directo del rey Pipino. La mayor parte de los príncipes que reinaban entonces fundaban su derecho en su descendencia de la dinastía Carlovingia por las mugeres, y estaban poco dispuestos á respetar la legitimidad que se les exortaba á defender. Arnoldo era el único que vacilaba. Deseaba que no pudiesen ser atacados en lo sucesivo los derechos de sus hijos al trono. Sin embargo, al principio disimuló su pensamiento, reprendió severamente al prelado de Reims, echándole en cara que infringia sus obligaciones, y esperó para decidirse la sen-

tencia de la fortuna. Eudes la tuvo en su favor, salió al encuentro del ejército de Carlos, peleó con él, y lo disipó, dice el poeta Abon: "como el sol disipa las tinieblas." Carlos, abandonado, se refugió á la corte del rey de Germánia y solicitó su proteccion, sometiéndose á reconocerle vasallage. Arnoldo vacilaba aun; pero el fogoso arzobispo de Reims, fijó su irresolucion, representándole que no debia perder aquella ocasion de reunir bajo su autoridad los miembros esparcidos del imperio, y que sirviendo de tutor á Carlos, reinaria en Francia como reinaba en Germánia.

Carlos abandonado de Arnoldo (894). Sin embargo, Arnoldo no pudo por entonces seguir con eficacia sus ambiciosos designios. Otros negocios llamaban su atencion: Guido, duque de Espoleto, y su hijo Lamberto, privados de toda esperanza de reinar en Francia, revocaron su renuncia al trono de Italia, acometieron á Berengario, ya reconocido en Roma por emperador, sobornaron sus tropas y le hicieron huir cerca de Plasencia. Arnoldo, protector entonces de los príncipes vencidos, prometió á Berengario sostenerle contra Guido, y midió sus socorros de modo que se arruinasen los dos competidores, para elevarse sobre sus ruinas.

Al mismo tiempo se sublevó Zuentiwoldo,

duque de Moraosa. El rey de Germánia marchó contra él, le sometió y le restituyó su amistad. Zuentiwoldo habia sido uno de sus privados, y padrino de un hijo bastardo de Arnoldo, el cual por esta razon tenia el mismo nombre que el duque. Arnoldo llevó despues sus tropas hácia los Alpes, pasó á Italia, se apoderó de una parte de Lombardía, y volvió á las cercanaís de Ginebra con el designio de sorprender á Rodulfo, rey de Borgoña; pero este príncipe defendió con tanta felicidad como intrepidez su trono y sus montañas.

Poco tiempo despues el rey de Germánia convocó un concilio en Tribur, en el cual publicó un decreto que mandaba á todas las iglesias respetar la de Roma.

Despues reunió una dieta en Wormes, á la cual asistió Eudes. Este príncipe, tan diestro en las negociaciones como activo en la guerra, hizo inútiles los esfuerzos de Foulques y de la reina Adelaida, y volvió á ganar la amistad del rey de Germánia, que le prometió no dar á Carlos ningun socorro contra él; Con esta condicion, Eudes reconoció por rey de Lorena á Zuentiwoldo, hijo bastardo de Arnoldo.

Arnoldo, emperador: su muerte (896). Tomadas estas disposiciones, y concluido el tratado, el rey de Germánia declaró pública-

mente su pretension al trono de los césares. Entró en Italia y llegó á las puertas de Roma donde los partidarios del duque de Espoleto tenian prisionero al Pontífice. El ejército germano habia hecho rápidas y largas marchas: sus gefes pedian descanso; pero los soldados no querian otro sino el asalto. En medio de esta contestacion sucedió que una liebre, huyendo del campamento, se refugió en la ciudad: los germanos la persiguen: su ardor, su carrera y sus gritos amedrentan á los romanos: estos huyen, sus adversarios escalan la ciudad, rompen las puertas, y se apoderan de Roma.

El papa libre dió á Arnoldo la corona, é hizo que el pueblo le prestase juramento redactado del modo siguiente: "Yo juro por todos los Santos Misterios, que salvos mi honor, mi ley y la fidelidad que debo al papa Formoso, mi señor, soy y seré fiel toda mi vida al emperador Arnoldo." Era ya pues, reconocido en Roma el señorío temporal del sumo Pontífice. El nuevo césar marchó algunos dias despues contra Espoleto, donde se habia refugíado Agiltrudis, madre de Lamberto, y viuda de Guido. Atribuíase á su ambicion la prision del papa y la proclama del pueblo romano que habia elegido emperador á Lamberto antes de la espedicion de los germanos. Agiltrudis viéndose sitiada y sin medios para resistir á un enemigo tan poderoso, opuso la perfidia

á la fuerza, capituló y dió un veneno al emperador. Arnoldo no pereció en el momento; pero se puso paralítico y murió al año siguiente.

Carlos el simple, rey de Francia (898). Este príncipe, activo y valeroso, fue el último emperador de la sangre de Carlomagno. Durante su ausencia en Italia, Carlos el simple habia vuelto á Francia favorecido por las tropas del duque de Borgoña y de los señores de Champaña. La guerra civil iba á devastar de nuevo la Europa; pero Eudes la preservó de esta desgracia. Fatigado de la indocilidad de sus súbditos, de la infidelidad de sus aliados y de la indolencia de sus tropas, cansado de pelear y vencer sin soldados, y de reinar sin autoridad, hizo paces con Carlos, guardando para sí los paises situados entre el Sena y los Pirineos, y dejándole los que están situados entre el Sena y el Mosa.

Sobrevivió solo un año á este tratado, y fue enterrado en san Dionis. Su hijo Arnoldo fue proclamado rey; pero murió á los pocos dias, y toda Francia reconoció la autoridad de Carlos el simple. Eudes, á pesar de su ambicion, era dominado por un sentimiento, muy raro siempre, y casi desconocido en aquel siglo bárbaro, cual es el amor de la patria, supo en sus últimos momentos, que el famoso Rolon, héroe de los normandos, proseguia

sus victorias en Francia, y se habia apoderado de la provincia marítima y occidental que aun hoy lleva el nombre de aquellos fieros conquistadores. Queriendo, pues, evitar que Francia se debilitase de nuevo con otra guerra civil, sacrificó los intereses de su familia á los de su patria, y recomendó, segun se dice, con grandes instancias á su hermano Roberto que no disputase el trono á Carlos el simple, como tenia intencion de hacerlo. Roberto juró respetar la voluntad del moribundo: mas no cumplió su juramento.

Apenas Carlos se vió con el cetro en las manos, quiso probar que lo merecia, y quitarle el trono de Lorena á Zuentiwoldo. Favorecia sus designios el duque Requier, ministro de Zuentiwoldo y traidor á su soberano; pero desde los primeros pasos manifestó Carlos que si era valiente y ambicioso, carecia de firmeza, y merecia por la debilidad de su carácter el sobrenombre de *simple* que se le dió. Esta corta guerra, vergonzosa para entrambos partidos, pues uno y otro huyeron sin pelear, se terminó con una tregua de dos años.

Conquista de Lorena por Luis, rey de Germánia (900). Al mismo tiempo, muerto el emperador Arnoldo, subió al trono de Germánia su hijo Luis, que reinó bajo la tutela de su cuñado Oton, duque de Sajonia. Man-

daba el ejército Leopoldo, duque de Baviera, y del cual se cree descendiente la actual dinastía bávara. Este general entró en Lorena, y el año de 900 dió una batalla contra Zuentriwoldo, que perció en ella. El resultado de esta victoria fue la de sumision completa de toda Lorena al cetro de Germánia.

Carlos y Luis, únicos descendientes directos de Carlomagno, poseían entonces la mayor parte del imperio. El primero reinaba en Francia, y el segundo en Germánia y Lorena. El resto de los grandes dominios que señoreó el fundador del imperio, estaba dividido entre cuatro príncipes que descendian por mugeres de la familia carlovingia: Rodulfo, rey de la Borgoña transyurana; Luis, hijo de Bozon, rey de Provenza; Lamberto, hijo de Guido, y Berengario, que disputaban entre sí el trono de Italia.

En Francia no se negaba á Carlos la autoridad real; pero las pretensiones de los grandes vasallos á la independencia iban restringiéndola poco á poco. Los barones destrozaban continuamente el pais con sus discordias y guerras privadas: despojaban las iglesias de sus bienes, se apoderaban de las abadías, y robaban unos á otros, por sorpresa ó violencia, las granjas, los vasallos, los castillos y las ciudades. Herberto, conde de Vermendois, pelcaba contra Balduino, conde de Flandes.

El rey, dirigido entonces por Foulques, arzobispo de Reims, concedió su favor y socorro á Herberto. Fulques escomulgó á Balduino, y las tropas reales y del Vermandois tomaron á Arras. Los condes y vasallos se creían entonces obligados á tomar parte en las rencillas de sus señores. Lillers, vasallo de Balduino, vengó la injuria de su gefe, cometiendo un horrible crímen. Asesinó alevosamente al arzobispo.

No bastaban tantos alborotos y calamidades. En esta época de anarquía se estendió por Europa un nuevo azote que la llenó de sangre, desorden y espanto. Algunas tribus belicosas y selváticas, procedentes de las riberas del Don, pasaron á la Europa central, llamadas por el emperador Arnoldo, que quiso castigar con estos bárbaros una rebelion de los habitantes de Parmonia. Estos pueblos feroces tenian el nombre de húngaros ú ogres. Fijáronse en la provincia, que su fiereza habia pacificado, es decir, reducido al silencio de los sepulcros, y numerosas cuadrillas de sus compatriotas vinieron á reunírseles y á poblar aquel pais, que recibió de ellos el nombre de *Hungría*. Los húngaros, semejantes en todo á los hunnos, por la deformidad de sus facciones, por la crueldad de sus ánimos y por su modo errante de vivir, estaban en todo tiempo armados y á caballo. No podian tole-

rar la quietud. La guerra era su elemento, las matanzas sus espectáculos, y el saqueo su ocupacion. Los romanos y galos afeminados, no se aterraron tanto á la vista de los hunnos, como los francos y germanos á la de los húngaros. Los hijos degenerados de los guerreros de Carlomagno, en vez de creerse seguros con sus gruesos arneses y sus bien templadas armas, huían cobardemente de estos guerreros selváticos, medio desnudos, mal montados, y que solo tenian arcos y flechas. Al primer choque derrotaron los húngaros el ejército de Luis, rey de Germánia; y no encontrando ya ninguna tropa que se atreviese á resistirles, corrieron y saquearon sin obstáculo á Baviera, Suavia, Franconia y Sajonia, quemando las ciudades, robando los monasterios, ultrajando las mugeres, asesinando á los hombres, y llevándose cautivos á los adolescentes. Aun hoy asustan en Francia á los niños llamando al *ogre*, renovando con fábulas el terror, por desgracia demasiado verdadero é histórico los antepasados. El órden, la buena fe y el amor de la justicia, paz y humanidad parecian entonces desterrados de Europa: y aun Roma, capital del mundo cristiano, era teatro de continuos desórdenes y crímenes.

Lamberto, emperador (902). Luis, rey de Provenza, deseando apoderarse de Italia, acometió vigorosamente á Berengario; pero

hecho prisionero á traicion por los mismos que habia llamado en su socorro, fue entregado á su bárbaro enemigo, que le quitó el imperio y le mandó sacar los ojos. El vencedor Berengario obligó á los romanos á que le proclamasen emperador, y al pontífice Juan IX á que le consagrase; pero apenas salió de Roma, el papa, rompiendo el yugo que se le habia impuesto, llamó á Lamberto, duque de Espoleto, y le dió la corona imperial. Despues reunió un gran concilio en Ravena, en el cual el clero romano declaró nula la consagracion de Berengario y confirmó la de Lamberto.

El emperador depuesto continuó sosteniendo sus derechos con las armas, y reinó en Lombardía veinte y dos años; pero la anarquía habia hecho patente á los bárbaros todas las puertas del imperio; los húngaros, asolada Alemania, pasaron los Alpes, entraron en Italia, quemaron á Aquileya, Verona y Bergamo, y se aproximaron á Pavía. Allí, castigada en fin su temeridad, se vieron espuestos á su ruina, al parecer inevitable. Berengario, informado de su marcha, reunió un numeroso ejército, cuyas columnas rodearon de todas partes á los bárbaros. Los húngaros, puestos entre enemigos atrincherados, no pudieron al principio ni acometer ni huir: se hallaban sin víveres y oprimidos del cansancio. En este estremo pidieron paces, prometiendo

abandonar á los vencedores su inmenso botin. Berengario rehusa sus proposiciones, y no les dá mas opcion que entre la muerte y la esclavitud. La desesperacion los puso furiosos: arrojáronse sobre los lombardos y destrozaron el ejército del rey, que hubo de comprar su retirada con un cuantioso tributo.

Rolon, duque de Normandía (911). En este tiempo esperimentaba Francia desastres no menos crueles. Erico, Areco, Guerlao y el famoso Rolon, caudillos de los normandos, saquearon durante cinco años enteros las costas del ducado de Francia, la Picardía, la Champaña y la parte septentrional de Lorena. Torrentes de fuego y sangre eran las señales de su triunfo.

Los franceses intimidados huían ante ellos como viles rebaños: sola la ciudad de Chartres defendió sus murallas. Su resistencia dió en fin la señal de haberse despertado el valor. Ricardo, duque de Borgoña, llegó en socorro de la plaza sitiada, y al tiempo de acometer á los bárbaros. Gaussaume, obispo de Chartres, seguido de los sacerdotes y soldados, y llevando por estandarte la túnica de la Vírgen, que se veneraba en aquella ciudad, sale de las murallas, ataca por el flanco á los normandos y los ahuyenta. Ricardo derrotó otro de sus cuerpos cerca de Tonnerre.

Rolon, cansado de estragos é incendios, y

fastidiado de mandar cuadrillas de bandidos, queria reinar en un pueblo de ciudadanos; y así dejó de correr por Francia como aventurero, y concibió el noble designio de fijar la inconstancia de su pueblo, y civilizarle. Imitando á los godos y francos, repartió entre sus compañeros de armas las tierras que habian conquistado en las playas del Océano y del Sena, y fijó su residencia en Bayesux. Entonces robó á Popa, hija de un baron frances, y la recibió por esposa. Es probable que muchos guerreros le imitasen, y que muchas francesas tuvieron la suerte de las sabinas; pero estos lazos, formados por la violencia, produgeron poco á poco otros mas agradables y duraderos entre vencedores y vencidos.

Esta época fue fecunda en grandes sucesos. Sancho Abarca, rey de Navarra, venció en una gran batalla á los sarracenos, y consolidó aquella monarquía naciente. Al mismo tiempo empezaron los condes de Aragon, cuyos pequeños estados dieron orígen á uno de los reinos mas célebres de la edad media. Rodulfo, primer rey de la Borgoña transyurana, murió, y le sucedió pacíficamente su hijo Rodulfo II. El mismo año salió la corona de Germánia de la familia de Carlomagno, por muerte del rey Luis, que solo dejó dos hijas, Plácidia y Matilde, casadas, una con Conrado, duque de Franconia, y otra con Enrique

el Pajarero, hijo de Oton, duque de Sajonia. La junta de obispos y señores queria coronar á éste, ya muy anciano; pero él les hizo presente que la edad no le permitia ya manejar ni la espada ni el cetro: y prefiriendo el bien de su patria á la elevacion de su hijo, aconsejó á los germanos que eligiesen por rey á Conrado, su antiguo rival, mas capaz por su esperiencia y hazañas de mantener con esplendor el poder y gloria de los franceses orientales. Todos adhirieron á este dictámen; nadie se acordó de los derechos de Carlos el simple, único descendiente que quedaba ya de Carlomagno, y se proclamó á Conrado rey de Germánia.

Tratado de paz entre Rolon y Carlos (912). Carlos, reinando sobre ruinas, mandando tropas tímidas y desalentadas, y rodeado de vasallos facciosos, que le escedian en poder, recibió con alegría la nueva inesperada de los designios pacíficos de Rolon, y de una tregua que ajustaron el héroe normando y el arzobispo de Ruan. Este prelado esperaba entonces convertir á la religion cristiana al duque y á su pueblo. Roberto, conde de París, que ambicionaba el cetro, se coligó íntimamente con Rolon, cuya amistad creía útil para sus proyectos: y el rey, que no podia contrarestar á un enemigo tan formidable, se creyó muy dichoso en tenerle por vasallo. Do-

cil á los consejos interesados de Roberto, y mirando en aquellas circunstancias la desmembracion de una provincia como un medio de salvar el reino, ofreció al duque de los normandos cederle la parte de Neustria cercana al mar y la mano de su hija Gisela, con tal que él prometiese abrazar el cristianismo y prestarle fé y homenage. Rolon exigió mas: pidió la soberanía de Bretaña, cuyo duque Alano habia muerto poco antes. El rey consintió en ello, y los condes bretones, vencidos despues de alguna resistencia, se sometieron.

El nuevo duque de Normandía cumplió sus promesas y recibió el bautismo. Su padrino fue el conde Roberto: los fieros sajones, ostinados perseguidores del cristianismo, enemigos ardientes del descanso y la paz, feroces incendiarios de tantas ciudades, iglesias y monasterios, dóciles á la voz y ejemplo de su gefe, se redugeron sin oposicion á ser cristianos, ciudadanos y agricultores, á someterse á las leyes, y á reconocer la autoridad de los señores que Rolon nombró entre los mas valientes adoptando el sistema feudal que estaba en vigor en Francia,

Rolon era superior á su siglo, y la posteridad le ha tributado la admiracion que inspiró á sus contemporáneos. Este guerrero, dotado por la naturaleza de estatura heróica y ademan magestuoso, mostraba en medio de

un campamento bárbaro la urbanidad y mansedumbre desconocidas entonces en todas las cortes de Europa. Arrojado de su pais por un partido poderoso, y refugiado en Escandinavia, se cuenta que un sueño le prometió fortuna y gloria en Occidente. Su atrevimiento realizó este sueño: se emboscó con algunos hombres intrépidos, logró brillantes victorias en Inglaterra, Frisia y Galia, y escedió en valor á todos sus compañeros de armas en el famoso sitio de París. Favorecido por la confianza que en él tenian sus tropas, rápido en sus movimientos, y generoso despues del triunfo, le sostenian en los reveses el amor del pueblo y de los soldados. Apenas se estableció en Neustria, llamó á todos los estrangeros que querian someterse á las leyes, y así, el que fue azote de Francia, vino á ser su defensa contra las nuevas invasiones del Norte. Despues de haber dado en feudo á sus capitanes una parte de las tierras conquistadas, dió seguridad á los habitantes del pais por la imparcial justicia con que borró toda distincion entre normandos y neustrios. El comercio resucitó, desmontáronse muchas tierras: se levantaron los muros y fortificaciones de las ciudades: las embocaduras de los rios fueron defendidas con castillos. Su vigorosa rectitud reprimia á los señores y protegia á los pueblos: y estableció tan buena policía, que

segun se cuenta, estuvo colgado dos años de una encina un brazalete de oro sin que nadie se atreviese á tocarle. El nombre de este príncipe inspiraba tanto temor á los opresores y tanta confianza á los oprimidos, que el grito *Haa*, palabra corrompida de Rolon ó Harold, fue, mucho tiempo despues de su muerte, el acento de una queja siempre escuchada, y el orden, siempre obedecido por los magistrados, de acudir en socorro del pobre y desvalido. Cuando el poder se hizo arbitrario, la autoridad mandaba que se obedeciesen sus órdenes, *no obstante cualquier clamor de haro*, es decir, cualquiera reclamacion, por justa ó necesaria que fuese. La mezcla de la civilizacion francesa con las costumbres belicosas de los hombres del Norte dió á los pueblos de Normandía el carácter aventurero y caballeresco, que adquirió á los guerreros de este pais tantos principados y tanta gloria y fortuna en Italia, Sicilia, Grecia y Asia. El tratado de que hemos hablado se firmó en Santa Clara sobre el Epte. Roberto advirtió á Rolon que debia prestar al rey el homenage estipulado, y que segun la costumbre, era menester que se arrodillase ante el monarca. "Jamas, respondió el altivo normando, jamas besaré los pies de un hombre, ni me postraré ante él." En vano los señores franceses, acostumbrados á estas demostraciones cortesanas, quisieron

doblegar el orgullo del guerrero: todo lo que pudieron conseguir á fuerza de instancias, fue que un soldado normando cumpliese por él esta formalidad. Rolon, seguido de sus belicosos capitanes, se presentó ante el trono, donde estaba sentado Carlos rodeado de la nobleza francesa. Por orden del normando llega un soldado, se arrodilla, coge la pierna del rey, y la levanta tan alto y con tan poca destreza, que derribó al príncipe de la silla. Todos los bárbaros se rieron de esta caida que escitaba la indignacion de los franceses; pero Carlos, que deseaba sobre todo la paz, no se formalizó por esta injuría.

Cinco años despues falleció Rolon: su hijo Guillermo *larga espada* le sucedió bajo la tutela de Herberto, conde de Vermandois, que estaba casado con su hermana. Ya quedaba pues, sólidamente establecida la herencia de los grandes feudos. Al mismo tiempo murieron dos señores muy poderosos, Balduino, conde de Flandes, y Foulgues, conde de Anjou; les sucedieron sin oposicion sus hijos.

El derecho de herencia en los hijos constituía la verdadera nobleza, y por eso los señores conocian ya la necesidad de distinguirse de los que tenian el mismo nombre de bautismo. En la epoca de que hablamos, los sobrenombres de *larga espada*, Fierabras (brazos fieros), *cabeza torcida*, *corta hierro* y

otros relativos á las cualidades físicas y morales, eran ya comunmente usados. Algunos años despues, Enrique de Sajonia supo su eleccion al trono de Germánia, cuando estaba cazando con un halcon, y por eso se le llamó el *Pajarero*. Esta costumbre de los sobrenombres fue un poco anterior á la de los apellidos, ó nombres de familia.

Guerra entre Carlos y Conrado (915). El reinado de Conrado, nuevo rey de Germánia, no fue largo tiempo pacífico. Arnoldo, duque de Baviera y Enrique de Sajonia se rebelaron contra él. Conrado los venció; pero estas disensiones dieron esperanzas al rey de Francia, de aprovecharse de ellas para que volviese á su familia el cetro de Germánia. Llamado como descendiente del fundador del imperio por los enemigos de Conrado, se apoderó de Lorena, pasó el Rin, entró en Germánia y tomó gran número de plazas.

Enrique de Sajonia, rey de Germánia (918). Conrado venció en otros puntos á los rebeldes; pero murió de las heridas que habia recibido en un combate, y antes de morir, imitando la generosidad del anciano Oton, envió á Enrique de Sajonia, su rival, la corona que le habia dado el padre de este príncipe.

Los grandes aprobaron su eleccion. Enrique el Pajarero reunió todos los votos, y

Carlos el simple, en cuyo débil carácter solo cabian veleidades de ambicion y gloria, le restituyó sin resistencia las ciudades conquistadas, hizo paces con él, y en el tratado de Bona confirmó vergonzosamente y para siempre la renuncia de la familia Carlovingia al trono de Germánia.

Un rey tan débil contra sus enemigos no era á propósito para reprimír á sus vasallos turbulentos que le despreciaban. Regnier, duque de Lorena, y Roberto, conde de París, hermanos del rey Eudes, esparcieron en todas partes el espíritu de la sedicion. Carlos había negado la abadía de Chelles á Hugo el blanco, hijo de Roberto, por darla á Attaganon, su valído, que á la sazon le dominaba enteramente: hombre ambicioso, de talento, y aun bastante hábil; pero cuyo oscuro nacimiento é insoportable vanidad daban motivo á que los señores franceses no pudiesen sufrírle. Este hombre hacía inaccesible al rey: el portero respondia á todos los que solicitaban hablar con el monarca, que estaba encerrado con Haganon. Un duque de Sajonia recibió cuatro días seguidos esta misma respuesta, sin poder lograr audiencia: é indignado dijo en alta voz que en breve reinaria Haganon en lugar de Carlos, ó caería con él.

Rebelion contra Carlos el simple (920).

Este dicho se estendió é hizo ridículo al rey. No tardó en ser insultada su autoridad. En medio de una junta, celebrada en Soinssons, el conde Roberto, dirigiendo osadamente la palabra á Carlos, le reprendió su ceguedad á favor del ministro, la injusticia de sus favores y la pusilanimidad de su carácter. Al mismo tiempo él y sus amigos, siguiendo el uso antiguo, rompieron las pajas que tenian en las manos, y echaron al suelo los pedazos, declarando así que renunciaban á la obediencia y á todos los vínculos que los unian con el rey. Carlos procuró conjurar la tempestad con una sumision que solo sirvió para alentar á los temerarios. Prometió enmendarse, y no logró mas que una tregua de siete meses.

Apenas se cumplió el término, Roberto tomó las armas, se hizo dueño de Laon, y se apoderó de los tesoros del rey, ó mas bien de los de Haganon, que estaban guardados en la plaza. Con este dinero compró los votos de muchos señores que se reunieron á él, le proclamaron rey, y obligaron á Hervé, arzobispo de Reims, á que le consagrase.

Poco despues murió este arzobispo envenenado, segun se cree, por el conde de Vermandois, que logró aquella mitra para su hijo Hugo, de edad entonces de cinco años. Las leyes eclesiásticas eran tan mal respetadas como las civiles. El papa Juan X hubo

de confirmar este nombramiento, y confió la administracion de la diócesis á Abon, poeta y obispo.

Batalla de Soissons (922). Carlos, resuelto á defender su corona y su honor, fue auxiliado en esta guerra por Guillermo, conde de Auvernia y Raimundo, conde de Tolosa. Fortalecido con sus socorros, marchó contra Roberto, y le dió batalla cerca de Soissons. Roberto, creyendo aquella jornada decisiva para su fortuna, y deseando escitar con su intrepidez el celo de sus partidarios, marchó al frente de ellos, armado de todas armas, dejando fuera del peto su barba cana y poblada, por la cual era conocido. Carlos le descubre, se arroja á él, y le derriba muerto de una lanzada. Algunos historiadores aseguran que el golpe fue dado por el conde Fulberto que peleaba al lado del Rey.

Sea como fuere, Carlos tuvo su enemigo á sus pies; pero la victoria se le escapó de las manos. Hugo el blanco, hijo de Roberto, reunió los fugitivos, los escitó á la venganza, restableció el combate, y favorecido por el conde de Vermandois, derrotó enteramente el ejército real. Esta victoria le adquirió el nombre de *Grande*. Despues del triunfo quisieron proclamarle rey los señores de su partido; pero este príncipe, hábil y prudente,

aunque jóven, se contentó con ser vencedor de reyes, desdeñó la corona, y prefirió el estado de un duque poderoso de Francia al de un monarca débil, gefe ilusorio de una aristocracia anárquica. Sin embargo, no queriendo someterse al enemigo de su padre, aconsejó á los señores de su partido que diesen la corona á su cuñado Radulfo, duque de Borgoña, marido de su hermana Ema. Cuéntase que consultando á esta señora si tomaria el cetro para sí ó lo daria á su esposo Radulfo, Ema respondió sinceramente, "que le agradaria mas doblar la rodilla á su marido que á su hermano." Radulfo fue elegido y proclamado rey.

Radulfo, rey de Francia: prision de Carlos el Simple (923). Carlos no supo hacer respetable su desgracia. Fue odioso á los franceses, comprando con humildes súplicas y sumisiones el socorro de los estrangeros y la proteccion de Enrique de Sajonia. Casi todos sus partidarios le abandonaron; pero un numeroso ejército germano se disponia á restituirlo al trono, y hacia vacilar en la cabeza de Radulfo la corona usurpada, cuya autoridad aun no habian reconocido ni el duque de Aquitánia, ni el de Normandía, ni otros muchos señores.

En peligro tan grande, Radulfo no de-

bió su salud á su gran valor tanto como á la astucia de un aliado pérfido, que le libertó de Carlos por medio de una alevosía. La hermana de Herberto, conde de Vermandois, era viuda de Roberto, hermano del rey Eudes: este lazo unia al conde con el partido de Radulfo, y viendo á este nuevo rey amenazado y ostigado por los normandos y germanos, fingió mudar de dictamen, se sometió á Carlos, le juró la mas leal fidelidad, y ganó su confianza. Cuando se creyó enseñoreado de su ánimo, le propuso que viniese á Perona, capital de su condado, á recibir los homenages de sus vasallos. Carlos, á pesar de su simplicidad, mostró justa desconfianza, vaciló y se quedó en sus reales; pero el traidor vino á buscarle, abrazó sus rodillas, y viendo que el hijo que habia traido consigo esperaba en pie el ósculo del rey, le golpeó fuertemente, diciéndole que no debia recibir sin arrodillarse un favor tan grande de su soberano y señor. Carlos, engañado por estas demostraciones pérfidas, se separó de su guardia, y siguió á Herberto á Perona. Apenas entró en la plaza, el traidor, quitándose la máscara, le detuvo prisionero, y poco despues le encerró en la fortaleza de Chateau Thierry.

La reina Ogena, sabida la desgracia de su esposo, huyó precipitadamente á Inglaterra

con su hijo Luis, que era de corta edad. Por esta fuga se le dió despues el nombre de Luis de Ultramar.

Guerras de Radulfo con los normandos y aquitanos. (924). Herberto degradaba su nombre y su clase con tan infames perfidias; pero Radulfo ennoblecia su usurpacion con su valor, destreza y actividad. Acudió á Lorena para oponerse á Enrique antes que se le hubiesen reunido todos los germanos, y le venció completamente. Habiendo conseguido despues, con hábiles negociaciones, la neutralidad de los normandos, marchó rápidamente contra Guillermo II, duque de Aquitania, le sorprendio por lo repentino del ataque, le obligó á prestarle homenage, y en premio de su sumision le restituyó los señoríos de Bourges y Berry.

Habia mucho tiempo que Italia, separada de Francia como el reinado de Germánia, no llamaban á los reyes franceses para socorrerla y gobernarla; y apenas se hablaba al otro lado de los Alpes de aquellos débiles monarcas, ocupados constantemente en lidiar contra sus vasallos. Los italianos, tiranizados por Berengario, le aborrecieron de tal modo, que llamaron en su socorro á los húngaros. Estos bárbaros los obligaron muy pronto á arrepentirse de su confianza con horribles devastaciones; pero cuando cargados de bo-

tin se retiraban á Pannonía, fueron acometidos, dispersados, y esterminados por Rodulfo, rey de la Borgoña transyurana, socorrido eficazmente por Hugo, conde ó rey de Arles y de Provenza. Rodulfo, despues de esta espedicion, volvió sus armas contra Berengario y le venció. Berengario escapó huyendo de la batalla; pero poco despues fue asesinado por sus propios vasallos. El imperio estuvo vacante treinta y siete años, y Rodulfo solo gozó la dignidad de rey de Lombardía que le quitó despues Hugo, rey de Arles, convertido de aliado en enemigo.

Victoria de Radulfo contra los normandos en el Artois (926). El reinado de Radulfo fue una lid contínua: derrotó en Artois un ejército normando venido de Dinamarca: poco despues una nueva rebelion del duque de Aquitánia le obligó á pasar el Loira. Los pueblos de las provincias meridionales permanecian fieles á la memoria y familia de Carlomagno. Se halla en Baluzio un cartulario, hecho en Brionde, y contiene estas palabras: "hecho el dia 5 antes de los idus de octubre, el cuarto año despues que el rey Carlos fue degradado por los franceses, y Radulfo elegido contra ley. En el testamento del duque de Aquitánia se lee esta espresion: *spectante rege*, esperando el rey su restitucion.

Pero esta fidelidad á los príncipes carlovingios era á su nombre, no á su autoridad como solo poseían á Reims, Laon, algunas casas reales y alquerías en diversas partes de Francia, no tenian sino una vana apariencia de poder sobre señores, mas grandes que ellos por la vasta estension de sus posesiones y que ejercian en sus feudos todos los derechos reales: y era imposible que un rey de Francia, señor de Reims y de Laon pudiese hecerse obedecer largo tiempo de príncipes tan poderosos como los duques de Aquitánia, Borgoña, Normandía, y Francia, y los condes de Flandes y Anjou. Lorena, Provenza y la Borgoña transyurana eran ya reinos separados: casi todos los vasallos del rey habian cesado de depender inmediatamente de él, y aprovechándose de la eleccion que se les habia permitido hacer, estaban bajo la proteccion de los duques y condes ya nombrados. Los condes de Poitiers, Auvernia, Linnoges, Chartres y Senlis fueron vasallos del duque de Aquitánia: otras ciudades dependian del duque de Francia, y aun algunas del conde de Vermandois. No obstante cierto número de pequeños señores y hombres libres se obstinaron con altivez en depender inmediatamente del monarca; pero este partido, verdaderamente realista, diseminado en toda Francia, se estingió poco á poco por la opre-

sion de los grandes varones. La anarquía hacia necesaria la revolucion: porque era preciso ó que Francia fuese dividida en tantos reinos como grandes feudos contenia, ó que, para conservar el vínculo comun, diesen los señores la corona á un varon, bastante poderoso por sí mismo para defenderla. Esta imperiosa necesidad fue la que destronó, poco despues, la dinastía Carlovingia, y elevó al trono la familia de los duques de Francia.

Victoria de Radulfo contra los húngaros (927). Mientras Radulfo marchaba á Aquitánia y la sometia, un ejército húngaro saqueó la provincia de Champaña. Radulfo volvió á Neustria y arrojó á los invasores.

Todos estos triunfos aumentaban su gloria sin consolidar su poder. El conde de Vermandois le habia pedido la ciudad de Laon en premio de sus infames servicios, mas no pudo lograrla; y traidor á todos los partidos, rompió la alianza con el príncipe á quien habia coronado, dió libertad á Carlos, y le restituyó á Reims.

Carlos se vió de nuevo rodeado do numerosos amigos que volvian con su fortuna. Radulfo hacia entonces la guerra en Lorena contra Rosgario, arzobispo de Tréveris, y Gilberto, recien nombrado duque de aquella pro-

vincia. Carlos y Herberto, aprovechándose de su ausencia, sitiaron á Laon, y se apoderaron de la ciudad: pero Ema, esposa de Radulfo, defendió valerosamente el castillo en el cual se habia encerrado.

El partido monárquico, protegido por la santa Sede, comenzaba á tomar alguna consistencia. El papa lanzó excomunion contra todos los que se opusiesen al restablecimiento del rey: pero las esperanzas fundadas sobre la cooperacion de Roma se desvanecieron. El pontífice fue depuesto por las intrigas de Marozia, viuda del celebre Guido, duque de Espoleto, y casada entonces con Hugo, rey de Arles, hermano de su primer marido: muger ambiciosa, audaz y deshonesta, que gobernó largo tiempo el pueblo de Roma. Su talento le dió poder, y sus costumbres la hicieron despreciable: para oprobio del siglo, ella y otra muger, llamada Teodora, tan pervertida como Marozia, mandaron con dominio absoluto en Roma, y dieron y quitaron la tiara.

La guerra continuó algun tiempo entre Carlos y Radulfo. Aquí se apaga enteramente la antorcha de la historia en medio de la anarquia: desaparecen hasta los anales de Fulda y de San Vaast. Solo se halla un corto número de narraciones oscuras, conservadas en los

antiguos anales de la iglesia de Reims. Algunos años despues dió Frodoardo una guia, y esa no muy cierta para conducirnos en medio de tantas tinieblas. Pero quizá hay bastante con saber que el duque de Normandia, uniendo sus armas á las de Radulfo, obligó á Herberto á poner otra vez en prision al infeliz Carlos, y que Enrique, rey de Germánia, á favor de estas discusiones, volvió á conquistar toda la Lorena.

Muerte de Carlos el simple (929). Radulfo, libre de la competencia de Carlos, inspiraba á todos el respeto y temor que acompañan siempre á la victoria. Hugo, rey de Arles, que tenia pretensiones al trono de Italia, vino á su corte, y solicitó su alianza. Radulfo le confirmó la posesion de Provenza á condicion que cediese el territorio de Viena al hijo del conde de Vermandois. Carlos, aunque no reinaba, vivia aun, y esta sombra de monarca podia ser un estandarte peligroso. Radulfo y Herberto, mas rivales que amigos, trataban á su prisionero con aparente veneracion, y aun le daban la esperanza quimérica de restituirle al trono. En fin, le prometieron, para suavizar su desgracia, dejarle gozar tranquilamente del palacio y dominio de Attigny: pero solo la muerte pudo libertarle del cautiverio.

Terminó su vida en Roma á los cincuenta años de edad y treinta de reinado, de los cuales pasó seis en prision. Este príncipe no dejó mas hijo que Luis de ultramar.



CAPITULO XIX.

Continuacion del reinado de Radulfo de Borgoña. Luis cuarto de Ultramar. Lotario, Luis quinto el Indolente. Fin de la dinastia de los Carlovingios.

Victoria de Radulfo contra los normandos del Loira. Guerra contra Gilberto, duque de Lorena. Paz entre el rey y el conde de Vermandois. Luis IV de Ultramar, rey de Francia. Oton el Grande, rey de Germánia. Primer tratado entre Francia é Inglaterra. Guerra entre Luis y Oton: derrota de Luis. Paz entre Luis y Oton. Asesinato del duque de Normandía, y guerra que de él se sigue. Fin de la guerra de Normandía. Guerra de los reyes de Francia y Germánia contra los duques de Francia y Normandía. Paz entre Luis y Hugo. Victorias de Oton en Italia. Lo-

tario, rey de Francia. Hugo Capeto, conde de París y Orleans. Regencia de Gerberga y Hedurigis. Coligacion contra el duque de Normandía. Guerra entre el duque de Normandía y el conde de Chartres. Paz con los normandos. Oton II, emperador de Alemanía. Invasion de Lotario en Lorena: batalla de París. Paz entre Lotario y Oton. Luis V el Indolente, rey de Francia. Fin de la dinastía de los Carlovingios.

Victoria de Radulfo contra los normandos del Loira (930). Radulfo, único dueño del trono, acometió á los normandos de Loira que habian entrado en el Limosin, é hizo en ellos terrible carnicería. En este tiempo estaba dividida Provenza entre Hugo, rey de Arles, y Constantino, hijo del rey Luis y nieto de Bozon, que disputaban aquel cetro; pero ninguno de ellos lo poseyó.

Guerra contra Gilberto, duque de Lorena (931). Herberto, siempre bullicioso, abrazó en vano el partido de Constantino; Radulfo entra en Provenza con su ejército, precedido del terror de su nombre y seguido de la victoria; y obligó á los dos rivales, á los señores principales del Languedoc, y aun á los duques de Gascuña á rendirle homenage.

Sin embargo; esta marcha triunfal dió oportunidad á Enrique, rey de Germánia, y á su vasallo el duque Gilberto, para afirmarse en la posesion de Lorena. Despues de una paz poco duradera entre Hugo el grande, Radulfo y Herberto, la inconstancia de éste renovó la guerra. Él, Arnoldo, conde de Flandes, y Gilberto, duque de Lorena, se declararon vasallos de Enrique el Pajarero, se coligaron entre sí, é hicieron guerra ál rey de Francia. Radulfo y Hugo el Grande los vencieron, obligaron al rey de Germánia á permanecer en inaccion, y se apoderaron de casi todos los estados de Herberto.

Como en este tiempo la mayor parte de los obispos eran señores de sus ciudades episcopales, é intervenian en todas las guerras, Radulfo depuso á los de Reims y Chalons, y dió sus mitras á otros prelados.

Paz entre el rey y el conde de Vermandois (935). Por mediacion de los reyes de Germánia y de la Borgoña transyurana, hizo Radulfo paz con Herberto, á condiciones mas ventajosas de las que este vasallo podia esperar; y á pesar de las prudentes representaciones de Hugo el Grande, volvió á aquel traidor todas las plazas que habia perdido. Es verdad que una nueva invasion de normandos en Berry y Turena, y de los húngaros en Borgoña, parecia justificar esta condescendencia.

Pero ya Francia no presentaba á los bárbaros una presa facil y tímida. La nacion habia despertado de su letargo y era belicosa: el territorio estaba lleno de soldados y fortalezas: y las milicias derrotaron en todas partes á los enemigos.

Radulfo logró una victoria completa contra los húngaros, y esta hazaña fue la última de su vida y de su reinado: murió de tísis, y no dejó hijos. Este príncipe mereció y obtuvo el renombre de político habil, guerrero valiente y capitan activo y feliz. Se mantuvo por la firmeza de su caracter en un trono usurpado, obligó los mayores vasallos del reino á confirmar su elevacion, y los ánimos mas turbulentos, á sometérsele. No le era posible destruir el monstruo de la anarquía; pero su genio superior logró ponerle freno: y es justicia contarle en el corto número de grandes reyes que brillaron con algun esplendor en aquellos siglos de tinieblas.

Luis IV de Ultramar, rey de Francia (936). Los recuerdos y la fuerza de las habitudes monárquicas esplican la singular constancia de los barones franceses en buscar y nombrar un rey, aun cuando estaban ya resueltos á no obedecerle: pero aunque el trono conservaba todavía algun prestigio, la familia real iba gradualmente perdiendo el suyo. Tres veces se habia perdido la sucesion al

trono, y el cetro de Carlomagno pasó sucesivamente á las manos de Eudes, Roberto y Radulfo.

Estos ejemplos escitaban la ambicion de los grandes, y todos se creían con méritos para aspirar al trono, que de esta manera venia á ser mas bien obstáculo que apoyo de la tranquilidad pública. Despues de la muerte de Radulfo, pretendieron la corona Herberto, conde de Vermandois, descendiente de Carlomagno por Bernardo, hijo bastardo de Pipino, y Hugo el Grande, duque de Francia, hijo del rey Roberto. Los antiguos partidarios de Carlos el simple favorecian á su hijo desterrado Luis de Ultramar. Herberto, aunque poderoso y valiente, era muy despreciado por sus alevosías para competir ventajosamente con sus rivales.

Hugo el grande parecia, tanto por sus prendas como por su poder, el mas digno del trono, y en cierto modo lo probó rehusándole. Creía mas glorioso hacer reyes que serlo. De acuerdo con Adelstan, rey de Inglaterra, y hermano de la reina Ogina, hizo que los barones se inclinasen á favor de Luis. Entonces consiguió Adelstan dos grandes pruebas de deferencia de Guillermo, duque de Normandía; la elevacion de Luis en Francia y de Alano en Bretaña. Herberto cedió por no ser poderoso á otra cosa: los señores reunidos pro-

clamaron rey á Luis de Ultramar; y dieron á Guillermo, arzobispo de Sens, el encargo de llevarle esta noticia y de acompañarle á Francia: pero Adelstan, teniendo los mismos recelos que Ogina, no consintió en la partida del jóven monarca sino cuando los barones le aseguraron su fidelidad con un juramento pronunciado en nombre de todos los pueblos del reino.

Luis, restituido por los votos unánimes de la nacion, desembarcó en Bonlone, donde halló á Hugo el Grande y á muchos señores, que le prestaron homenage. Fue coronado en Laon por Artaldo, arzobispo de Reims, en presencia de veinte obispos. La vuelta del heredero de Carlomagno renovó momentáneamente el antiguo afecto á la dinastía Carlovingia. La madre del rey se habia quedado en Inglaterra, y el jóven príncipe tenia tanta necesidad como su reino de ser gobernado. Hugo el Grande fue su tutor y su primer ministro. Marchó con Luis á Borgoña, al frente de un ejército, para someter á Hugo el Negro, hermano del rey Radulfo, que pretendia hacerse independiente. Todo el provecho de esta guerra fue para Hugo el Grande, pues habiendo sometido á los rebeldes, obligó á Hugo el Negro á cederle la mayor parte del ducado de Borgoña. Este engrandecimiento, que le hacía rey de hecho, mien-

tras que su pupilo lo era solamente de derecho, escitó la envidia de Luis, el cual, dando oidos á los consejos de cortesanos inhábiles é imprudentes, procuró atraer á su partido á Ebolo, conde de Poitiers, dándole el Velay y el Limonir, é hizo venir de Inglaterra á su madre Ogina. Hugo, alejado de la corte, y no pudiendo conseguir que el rey le oyese, solo pensó en hacer que le temiese. Herberto, con la esperanza de ser auxiliado por él, se rebeló. Los normandos invadieron la Bretaña y los húngaros el Berry. Luis, temeroso, se reconcilió con Hugo, aterró á Huberto y le perdonó. Esta paz no fue mas que una corta tregua: el conde de Vermandosis se rebeló de nuevo, y se coligó con los duques de Francia y de Lorena. Luis, con el auxilio del duque de Aquitánia y del conde de Poitiers, sostuvo por algun tiempo esta lid, que se terminó en una tregua hecha por mediacion del conde de Flandes.

Oton el Grande, rey de Germánia (938). Este año fue notable por la muerte de Enrique el Pajarero, y la elevacion de su hijo Oton al trono de Germánia. Oton favorecido con los dones de la naturaleza, conquistó la Italia, adquirió la dignidad imperial, visitó muchas veces en triunfo una parte de Francia, fue árbitro de los reyes, terror de los conquistadores, protector de los vencidos,

y á pesar de muchos defectos, mereció el renombre de *Grande*, en un siglo en que todas las grandezas se desplomaban á los golpes de la anarquía. Rodulfo II, rey de la Borgoña transyurana, habia vencido á Berengario y coronádose rey de Italia. Hugo, rey de Arlés, le quitó la conquista, le echó de Lombardía, y en el tratado de paz le cedió la mitad de Provenza, que fue unida á la Borgoña transyurana.

Muerto Rodulfo, reinó su hijo Conrado bajo la tutela de Oton: Hugo el Grande, duque de Francia, solicitando tambien el apoyo de este príncipe, casó con su hermana; y el duque de Normandía procuró tambien su alianza. Esta brillante clientela, adquirida por Oton al principio de su reinado, anunciaba ya el esplendor futuro del nuevo monarca de Germánia.

Primer tratado entre Francia é Inglaterra (939). Para balancear esta liga terrible, formada contra el único descendiente de Carlomagno, se unió íntimamente Luis de Ultramar con el conde de Flandes, con Hugo el Negro, duque de Borgoña, con el conde de Poitiers y con el rey de Inglaterra. El tratado de alianza entre Adelstan y Luis, firmado en 939, es el primer acto de esta especie que se halla en los anales de las dos naciones.

Guerra entre Luis y Oton: derrota de Luis (941). Luis de Ultramar no pudo desvanecer las tempestades siempre renovadas que los barones formaban contra su trono: pero tuvo el mérito de arrostrarlas; y así no puede contársele en el número de los príncipes haraganes. Casi siempre estuvo con las armas en la mano, y si no poseyó bastante genio para dominar su siglo, á lo menos brilló por su valentía.

En su primera lid contra Oton y sus aliados, el clero se unió á la corona para defenderla, y la excomunion que lanzó aterró á los enemigos del rey, que temieron la sublevacion de los pueblos, y por eso hicieron treguas con Luis. Otras circunstancias le favorecieron tambien á Enrique, hermano de Oton, de acuerdo con el duque de Franconia, hermano de Conrado, el antecesor de Enrique el Pajarero, escitaron una revolucion en Germánia, y ocuparon lejos de Francia una parte de las fuerzas de Oton.

Luis, aprovechándose de estos alborotos, se dejó llevar, despues de alguna vacilacion, por el raudal próspero y engañador de la fortuna, que parecía alentar su ambicion. Los loreneses y su duque Gilberto le ofrecieron homenage, y rompió la tregua, aceptando esta soberanía, antigua herencia de sus abuelos. Al mismo tiempo el conde de Flandes,

auxiliando sus movimientos, sorprendió y venció al conde de Pontieu, é hizo prisionera á su esposa. Oton informado de estos sucesos pasó el Rin, saqueó á Lorena, y se vió obligado á volver á Alemania para reprimir sus rebeldes. El duque de Normandía volvió á tomar las armas contra el rey; pero una sublevacion de los bretones, y la aparicion de la escuadra inglesa en sus costas, detuvieron su marcha. Luis asegurado por esta parte, tomó la ofensiva otra vez, se apoderó de Verdum y de toda la Alsacia, que al retirarse entregó á los dos duques de Lorena y Franconia: pero estos justificaron mal su confianza, y sufrieron por ser negligentes un gran desastre.

Un sacerdote, á quien habian maltratado, dió aviso á los generales de Oton de que el campamento de los duques estaba sin guardias. El ejército germano acudió y le halló indefenso La sorpresa y el terror hicieron imposible toda resistencia. El duque de Franconia, que estaba comiendo tranquilamente en su tienda, fue degollado por las tropas de Oton. El de Lorena, buscando su salud en la fuga, se ahogó al atravesar el Rin, y todo su ejército quedó muerto ó prisionero.

Esta derrota fue la principal causa de la fortuna de Oton y de las desgracias de Luis. Oton se apoderó de Brisac. Su hermano En-

rique y los franconios rebeldes imploraron su clemencia. En vano Luis, para inspirar confianza á los loreneses, casó con Gerberga, viuda de su duque, y hermana de Oton y reunió sus tropas para defenderlos. Oton, prosiguiendo con actividad el curso de su victoria, esparció en todas partes el terror, y reconquistó á Lorena. Solo le faltaban algunas marchas para arrojar del trono á los francos al último vástago de Carlomagno: pero Hugo, duque de Francia, mereció entonces el renombre de *Grande*, inmolando sus resentimientos privados á la salud de la patria y á los intereses futuros de su hijo, deteniendo á los germanos, y volviendo al partido de Luís. El duque de Normandía imitó su ejemplo y se sometió al rey.

Paz entre Luis y Oton. (943). Solo Herberto persistia en la rebelion. Antes habia hecho elegir arzobispo de Reims á su hijo Eudes, niño de cinco años. El rey, oponiéndose á este escándalo, habia dado la mitra á Artoldo; y el conde de Vermandois, indignado, procuraba derribar el trono de su rey en venganza de la que suponia injuria hecha á su hijo. Hugo el Grande, auxiliado por el duque de Normandía, le quitó la plaza de Reims, y Luis sitió á Laons.

Entretanto Oton, favorecido por estas discordias, y siguiendo el consejo de Herberto,

llegó sin obstáculo hasta Atigny, donde fue proclamado rey de Francia por los vasallos y amigo del traidor conde de Vermandois. No pudiendo Luis resistir á su formidable enemigo, y no queriendo cederle, tomó la prudente determinacion de retirarse de Borgoña, donde convocó todos los señores que aun le quedaban fieles. El mediodia de la Francia se armaba: los normandos se mostraban resueltos á defender al rey: Hugo el Grande entablaba con buen éxito negociaciones, y persuadió al rey de Germánia que renunciase á un cetro cuya posesion le sería muy disputada. Oton hizo jurar á Hugo el Negro, duque de Borgoña, que no emprenderia nada contra Hugo el Grande, y así adquirió la importante amistad del duque de Francia. Despues volvió á Alemania, habiendo dado el ducado de Lorena á su hermano Enrique. Luis de Ultramar vió con placer alejarse la tempestad. Aunque habia entrado con tropas en Lorena, se retiró de este país en virtud de unas treguas que hizo con Oton. Un concilio que en este tiempo se reunió en Soissons, sostenia las pretensiones del hijo de Herberto al arzobispado de Reims, y se negaba á reconocer á Artaldo. El rey persistia en defender á éste, á pesar de las instancias de Hugo el Grande, que se desavino con Luis. Así la guerra civil sucedia á la estran-

gera. Hugo y Gerberto sitiaron á Laon: el rey acudió en defensa de la ciudad, pero fue rodeado, vencido, y no escapó de la muerte sino huyendo con prontitud. Los señores de Aquitánia le enviaron tropas, y con ellas renacieron sus esperanzas. En este tiempo su esposa Serberga dió á luz un hijo. Luis, conociendo el poder de la Iglesia sobre los príncipes, imploró el auxilio del papa. Esteban VIII envió á Borgoña al legado Dámaso para exortar los pueblos á la paz, y amenazarlos con la excomunion, si se resistian á ellas. Al mismo tiempo escribió á Oton moviéndole á restablecer con su influencia la paz del Occidente. Oton consintió en ello; el duque de Normandía le auxilió en esta mediacion: en fin, el rey, habiendo recibido en Ruan el homenage de los normandos y bretones y del conde de Poitiers, tuvo una conferencia con Oton en Lorena, en la cual se concluyó la paz: y como no se fiaban mucho de Herberto, le obligaron á que diese en rehenes al rey el mas jóven de sus hijos.

Asesinato del duque de Normandía, y guerra que de él se sigue (945). La tranquilidad que gozaba entonces Francia no duró mucho. Era imposible en medio del conflicto, entre los derechos régios y las pretensiones de los barones, conservar ni una sombra de órden ni de union. Cuando al acabarse una

guerra general empezaban á respirar los pueblos, nacian las rencillas particulares de los señores, y destrozaban el reino con nuevas discordias.

Arnoldo, conde de Flandes, no menos díscolo que Herberto, tomó las armas contra el conde de Ponthien, y le quitó algunas villas. Este imploró el auxilio del duque de Francia, su señor inmediato. Hugo, por motivos que se ignoran, no quiso socorrerle, y á falta suya el duque de Normandía tomó á su cargo la defensa del conde: Arnoldo no supo oponer á este enemigo formidable sino la traicion, demasiado comun en aquel siglo feroz y de pasiones violentas. El conde de Flandes, fingiendo miedo al normando, le pide una conferencia en la frontera: Guillermo vá á ella con doce caballeros, y Arnoldo lleva cuatro solamente. Despues de una corta conversacion se separaron: los caballeros del duque atraviesan el rio en una barquilla: el duque iba solo en otra con los marineros. Apenas se separa de la ribera, oye que le llaman los cuatro caballeros flamencos. El buen duque baja á tierra sin temor, y al punto los cuatro asesinos se arrojan sobre él y le degüellan á vista de Berenguer, conde de Rennes, de Alano, conde de Dol, y de otros muchos señores normandos, cuyo barco estaba ya muy lejos de la orilla para poderle so-

correr: Guillermo *Larga Espada* fue universalmente llorado de sus vasallos, cuyo amor mereció por sus virtudes. Este príncipe infeliz, fastidiado del mundo y de sus efímeras grandezas, pensaba, cuando murió, en terminar el resto de sus dias en el retiro de un claustro; y despues de su muerte se halló en sus vestidos la llave de su gabinete, en el cual guardaba el sayal religioso que tenia intencion de ponerse.

El niño Ricardo, su hijo, fue reconocido, sin oposicion, heredero suyo por los normandos y bretones, que juraron vengar su injuria y castigar al asesino de su padre. Luis le prometió su proteccion, y pasó á Ruan. Apenas llegó á esta ciudad, mandó al ayo del príncipe que lo trajese á su alojamiento. Luis le detiene en él: el ayo recela: los ciudadanos se alborotan: el tumulto llega á ser general: el rey se presenta en un balcon con el duque en los brazos, y jura solemnemente que no le tiene en su poder sino para proteger su infancia. Estas palabras no sosiegan al pueblo: se alborota, grita, amenaza. El rey, obligado á ceder, entrega el príncipe á sus vasallos, le dá la investidura del ducado, y recibe su homenage. Entonces la muchedumbre, pasando con su versatilidad ordinaria del furor á la alegría, y de las sospechas mejor fundadas á la mas ciega confianza, aprueba que el rey lle-

ve consigo al duque, y le dé educacion en su palacio. En este tiempo el alevoso conde de Flandes aconsejaba al rey que hiciese á Ricardo inhábil para combatir y gobernar, atándole el tendon del brazo, y agregase despues la Normandía á su corona. Luis no respondió á este indigno consejo sino jurando vengar la muerte de su duque, reuniendo sus tropas y marchando contra Arnoldo. Este le opuso solamente astucias y artificios. Sus enviados dijeron que nadie era culpable sino los cuatro asesinos que cometieron el atentado sin orden de su señor; y aun cuando se persistiese en atribuir al conde el delito, no era justo hacer á sus pueblos víctimas de su culpa: en fin, el conde prometió al rey someterse ciegamente á su decision, expiar sus yerros con un tributo, y asistirle con todas sus fuerzas en caso de que emprendiese apoderarse de Normandía. Los consejos de Luis le movieron á reconciliarse con el conde, y retener á Ricardo prisionero: la generosidad cedió á la ambicion: declárase guerra á los normandos, y el rey entró en su pais con un ejército. Algunos señores amedrentados le prestaron homenage, muchos vendieron su sumision, y aconsejaron en secreto al duque que fingiese resignarse con su desgracia, y esperase mejores tiempos. Otros, mas generosos, buscaban asilo en los estados del duque de Francia. Luis, vencedor

por un momento sin pelear, dió el gobierno de Ruan á Herluino, conde de Ponthieu. Cuando el rey de Francia, estraviado por funestos consejos, perdia su honor creyendo aumentar su poder, recibió de los sucesos una nueva leccion, que no debió olvidar. El famoso Herberto terminó su vergonzosa vida en el seno de los remordimientos; y toda la Francia supo que, atormentado por su conciencia, esclamó al morir: «¡Ay! doce fuimos los que hicimos traicion al rey Carlos." Sus hijos fueron condes del Vermandois, de Ham, de Chateau, Tierry, de Troyes y de Meaux: el menor era arzobispo de Reims. Luis añadió al primer yerro otros graves: para asegurarse de la neutralidad de Hugo el Grande, le dió todo el ducado de Borgoña, reuniéndolo al de Francia, y allanando el camino á la familia de los Capetos para elevarse sobre las ruinas de la Carlovingia. Despues de haber afirmado de esta manera su reino por algunos instantes, marchó á Aquitánia, y obligó á Raimundo, conde de Tolosa, á rendirle homenage. De allí volvió contra los hijos de Herberto, determinado á despojarlos de su herencia. Esta conducta mostraba á las claras el temerario proyecto que habia formado de restituir á la corona su antiguo poder, destruyendo sucesivamente á los grandes vasallos, pero su talento y sus fuerzas no eran proporcionadas

á empresa tan grande. Hugo conoció fácilmente su intencion; y para frustrarla se coligó con Oton, que no deseaba ver tan poderoso al rey de Francia. Los normandos, escitados por sus emisarios, se rebelaron; pero fueron vencidos por Luis y el conde de Flandes. Hugo, fingiendo favorecer al rey, sitió á Bayeux, que Luis habia prometido cederle; pero el rey, mudando de dictámen, le mandó levantar el sitio. En este tiempo estaba Ricardo prisionero en Laon. Osmando, su ayo, persuadió á toda le ciudad que el niño estaba gravemente enfermo, y á favor de esta falsa noticia se descuidaron los guardias. Disfrázase de palafrenero, oculta al príncipe en un saco de heno, carga con él, lo lleva fuera de la ciudad, monta en un caballo, y se escapa con su preciosa carga al castillo de Couci, que pertenecia á Bernardo, conde de Senlis, y tio del duque. Bernardo pasó inmediatamente á París para suplicar al duque de Francia que protegiese á su sobrino. Hugo lo prometió; pero su carácter, aunque noble, no carecia de los vicios del siglo. Luis prometió á Hugo cederle la Normandía baja, y el duque de Francia, deslumbrado con este soborno, abandonó por un infame interés al huérfano oprimido. No obstante, muchos señores acudieron con el conde de Senlis á las banderas de Ricardo: otros, mas hábiles, y disimulando sus

designios, emprendieron romper el fragil vínculo que unia contra ellos á Luis y Hugo, que eran sus enemigos mas poderosos. Para lograr este objeto, Bernardo el danés, que era uno de los señores, seguido de muchos condes, se presentó al rey, le aseguró de su lealtad, y le dijo que todos se daban la enhorabuena de ver la Normandía sometida á su dominio; pero que al mismo tiempo se quejaba amargamente de que el duque de Francia repartiese con él aquella rica provincia: que esta division indignaba á todos, y les obligaba, á su pesar, á buscar en el Norte, su antigua patria, nuevos y formidables socorros.

El rey intimidado por estas amenazas, y queriendo calmar su ira, mandó al duque de Francia que evacuase inmediatamente el condado de Bayeux, y desde este momento fue Hugo enemigo de Luis. No tardó en saberse que una escuadra numerosa de normandos desembarcaba á las órdenes de Haigroldo. Ricardo se reunió á sus nuevos ausiliares: su ejército y el de Luis se encontraron. Conviniéronse unos y otros en celebrar una conferencia; pero cuando estaban en ella, algunos soldados dieron muerte al conde de Ponthieu, causa primera de la guerra. Empéñase la batalla general, para la cual estaba preparado Haigroldo, y el rey no. Los franceses sorprendidos, fueron derrotados: diez y ocho condes

perecieron en el combate: el rey huyó; pero un normando le cortó las riendas del caballo: y Luis, no pudiendo dirigirle, fue hecho prisionero y conducido á Haigroldo, que le envió con escolta al campamento. La escolta, compuesta de soldados sin disciplina, se entretuvo en saquear por el camino: el rey se aprovechó del desorden para escaparse; pero como estaba desarmado, un soldado le persiguió, y volvió á apresar á Luis, que no tenia espada para defenderse, se valió del oro para sobornarle, y lo consiguió. El soldado promete llevarle á Laon: al pasar cerca de Ruan no se atreve á tener escondido en su casa al real cautivo; y le oculta en las lagunas de una isla del Sena. Entretanto, los que perseguian á los fugitivos llegan, prenden á los hijos y á la muger del soldado, y le amedrentan de tal modo, que descubre la guarida del rey. Este príncipe, prisionero de Ricardo ahora, fue puesto en el castillo de Ruan. En vano se esperaba que Hugo el Grande marchase en su socorro: el duque de Francia declaró que su cautiverio era justo, y que no se debia poner en libertad hasta que restituyese á Ricardo la Normandía. En vanó la reina Gerberga pidió socorro á su hermano Oton. El rey de Germánia le respondio que en nada le habian ofendido los normandos, y que Luis habia merecido su infortunio.

Fin de la guerra de Normandía (646). Gerberga, cuyos consejos ambiciosos habian estraviado al rey, se vió obligada á abatir su orgullo, á ir á París, é implorar la mediacion del duque de Francia. Haigroldo habia recobrado sucesivamente y sin obstáculos casi todas las ciudades de Normandía. Hugo pidió la libertad del rey; y los normandos la concedieron, á condicion de que les diese en rehenes á Carlomano, su hijo segundo. Luis vino en ello, y fue entregado en poder de Hugo, el cual, semejante á los antiguos gobernadores de palacio, le conservó cautivo algun tiempo en el castillo de Chartres, y no le permitió salir libre hasta que le hubo obligado, á pesar de las amenazas del rey de Inglaterra, á ceder al conde de Chartres la ciudad Laon, único dominio que quedaba ya al heredero de Carlomagno. Luis, acompañado de Hugo, fue á donde estaba el duque de Normandía, y juró sobre las reliquias de los santos dejarle en quieta posesion de todas las tierras que habian sido de Rolon. El mismo año murió Carlomano, que estaba en rehenes por su padre Luis, y Haigroldo se volvió á Dinamarca.

Guerra de los reyes de Francia y Germánia contra los duques de Francia y Normandía (948). Luis conoció el peligro inminente que corrian su cetro y su familia. Hugo no queria subir al trono; pero abria á sus

hijos el camino para usurparlo. Cón el objeto de fortificar su casa con un aliado poderoso, solicitó casar al duque de Normandía con su hija Emá. El rey, temeroso de esta negociacion, se ligó mas íntimamente con el conde de Flandes, y logró el apoyo de Oton, renunciando para siempre á Lorena. El rey de Germánia, al frente de cien mil hombres, vino á reunirse con él, trayendo consigo á su pupilo Conrado rey de la Borgoña transyurana. El duque de Francia, acometido por una tempestad tan terrible, opuso la prudencia á la fuerza, evitó las batallas, y se redujo á defender sus plazas. Reims abrió sus puertas á Luis: el arzobispo Artaldo fue restablecido en su Sede: Luis y Oton despues de haber bloqueado á Senlis, y devastado el ducado de Francia, entraron en Normandía. Pero en las puertas de Ruan el valor de los normandos hizo que sufriesen una derrota, y un sobrino de Oton pereció en el combate. El rey de Germánia estimaba la traicion como habilidad política segun las costumbres del siglo. Pidió una conferencia á Ricardo, y para atraerlo al partido de Luis, le prometió que se le entregaria al conde de Flandes homicida de su padre. Arnoldo, informado de esta alevosía que tramaban los reyes sus aliados, se retiró inesperadamente con sus tropas en la oscuridad de la noche. Este movi-

miento imprevisto, cuya causa era ignorada, hizo creer á los ejércitos del rey y de Oton que los normandos venian á acometerlos; y sobrecogidos de un terror pánico, huyen desordenadamente, son perseguidos por Ricardo y sufren gran pérdida.

El conde de Flandes, viendo la traicion que se le hacía, se reconcilió con Hugo el Grande, y le dió por su alianza los medios de resistir á sus enemigos, y recobrar á Reims. Siendo entonces las fuerzas mas iguales y la fortuna mas incierta, los partidos se cansaron de pelear y asentaron treguas.

Poco despues, para terminar definitivamente estas disensiones, se reunió un concilio en Maguncia, al cual asistieron Luis y Oton sentados en un mismo trono. Tambien concurrió á él un legado del papa. Luis de Ultramar se quejó de las usurpaciones de los Grandes, de la opresion de los pueblos, de las injurias que su familia habia sufrido, de su primer destierro, de su cautiverio, de las persecuciones y poca lealtad del conde de Francia: concluyó sometiendo su causa á la justicia del concilio y del rey de Germánia, y desafió á todo príncipe ó señor que pusiese duda en sus derechos ó le acusase. El concilio dió un decreto que prohibia á todos ofender la autordad real, y escomulgaba al

conde de Flandes en caso de que no se presentase al concilio dentro de un término señalado. Al mismo tiempo se leyó una carta del sumo Pontífice, que confirmaba el restablecimiento de Artaldo, y anulaba la eleccion de Eudes, hijo de Herberto, al arzobispado de Reims. Eudes fue escomulgado por el concilio, á pesar de que presentó letras contrarias, que el antecesor de Esteban VIII habia escrito á favor suyo, y que Herberto habia obtenido subrepticiamente por sus amaños.

Paz entre Luis y Hugo (950). Luis, habiendo conseguido lo que deseaba, volviò á Francia. Las milicias de los obispos se reunieron á su ejército y se apoderó de Reims. Pero despues de esta victoria, se volvieron á sus casas y dejaron en libertad al duque de Francia para tomar la ofensiva. Peleose con varia fortuna; sin embargo Luis consiguió su triunfo bastante señalado cerca de Soissons, cuya consecuencia fue recobrar á Laon. Reuniose finalmente otro concilio en Tréveris, al cual asistieron Luis y Hugo, y se hizo la paz por mediacion de Oton.

Victoria de Oton en Italia (951). El rey de Germánia, cuyos designios ambiciosos se dirigian entonces á Italia, deseaba con sinceridad la paz de Occidente. Lotario, rey de Italia, é hijo de Hugo, rey de Arles, murió en 951. Su viuda Adelaida, famosa por su

hermosura, su valor y sus infortunios, defendió intrépidamente la plaza de Pavía contra Berengario; pero al fin se vió obligada á rendirse, y tuvo por prision el castillo de Garda. Halló medio de escaparse y de huir á la fortaleza de Canola, donde fue sitiada por Berengario; pero Oton, cuyo auxilio habia implorado, pasó los Alpes, la libertó, se enamoró de ella, la tomó por esposa, y obligó á Berengario á reconocerle por soberano.

Al mismo tiempo murió Hugo el negro, rival del duque de Francia que le disputaba constantemente la posesion de Borgoña. Luis de Ultramar estaba destinado á no gozar nunca ni de felicidad ni de descanso. Los húngaros invadieron de nuevo la Aquitánia: el rey salió contra ellos y los venció. En la misma época, su madre Ogina, á la edad de ochenta y cinco años, se enamoró perdidamente de Herberto, conde de Meaux, é hijo de su perseguidor, se dejó robar por él, y le tomó por marido. Esta aventura estravagante fue la última pesadumbre del rey. Persiguiendo un dia cerca del rio Aisne á un lobo rabioso, su caballo cayó, y Luis murió del golpe que recibió en la caida á los treinta y tres años de edad y diez y ocho de reinado. Este príncipe tuvo dos hijas y cinco hijos, de los cuales murieron tres en sus primeros años. Lotario, el mayor de los otros dos, tenia ca-

torce años cuando subió al trono, y sucedió á su padre Carlos, el último de todos, no tuvo parte en la herencia; porque el dominio real era ya tan limitado, que no era posible dividirlo. Matilde, una de las hijas de Luis, casó con Conrado, rey de la Borgoña transyurana.

Lotario, rey de Francia (954). La dinastía Carlovingia acababa, y al espirar veía gradualmente elevarse y crecer la casa de Roberto el fuerte, que iba dentro de poco á arrojarla del trono. La ambicion de Hugo el grande, dirigida, no á su engrandecimiento propio, sino al de su familia, era manifiesta, y Gerberga temia, no sin razon, que quisiera apoderarse de la corona recientemente ocupada por Eudes, Roberto y Radulfo. En efecto, todos los vasallos y amigos del duque de Francia le ofrecian proclamarlo rey; pero por la tercera vez se negó á sus deseos: era mas hábil que moderado, y no creyó prudente arriesgarse á una empresa que solo añadiría á su poder la vanidad de un título, y podia atraerle enemigos temibles. Lotario habia sido asociado al trono en vida de su padre. La reina Gerberga, su madre, era hermana de Oton el grande, que naturalmente protegia á su sobrino. Bruno, hermano tambien de la reina, acababa de ser nombrado duque de Lorena, lo que daba al rey nuevo apoyo. Ricardo, duque de Normandía, envidioso de Hugo, se ha-

bia opuesto á su elevacion. En fin, el duque de Aquitánia y el conde de Flandes, no estaban dispuestos á reconocer como soberano al duque de Francia que era su igual.

Hugo, previendo prudentemente todos estos obstáculos, no se empeñó en vencerlos, y prometió á la reina sostener la corona de su hijo. Todos los señores de Francia, Borgoña y Aquitánia se reunieron y proclamaron rey á Lotario, que fue consagrado en Reims. Hugo, que ya era duque de Francia y de Borgoña, recibió tambien el título de gobernador por el rey de Aquitánia. Esto era reinar bajo el nombre de monarca. Este último acto hecho en el detrimento del duque de Aquitánia, prueba que entonces los reyes tenian pretensiones al derecho de gobernar á su arbitrio los grandes feudos de la corona, aunque de mucho antes los poseedores de estos feudos los miraban como propiedad suya.

Lotario y su madre no gozaron largo reposo en la ciudad de Laon, único patrimonio y plaza de seguridad que les quedaba. Guillelmo, duque de Aquitánia, tomó las armas para defender sus ducados. Hugo y Lotario se pusieron en campaña contra él, y sitiaron á Poitiers; pero estando acampados al pie de las murallas, cayó un rayo en la tienda del rey y la hizo pedazos. Los soldados miraron supersticiosamente este suceso como de mal

agüero, y obligaron sus gefes á retirarse. El duque de Aquitánia los persiguió con ardor: entonces Hugo, reanimando el valor de las tropas, le dió batalla, y consiguió una victoria completa. La mayor parte de los señores aquitanos fueron muertos ó hechos prisioneros, y el duque Guillelmo, reducido por esta derrota al título de conde de Poitiers, evitó huyendo la muerte y el cautiverio.

Hugo Capeto, conde de París y Orleans (956). Este triunfo terminó gloriosamente la carrera militar y la vida de Hugo. Murió poco tiempo despues de su vuelta á París. Los franceses dieron á este príncipe muchos sobrenombres. Llamábanle el *abad*, porque poseía las abadías de San Martin, San Dionis y San German: el *blanco*, por lo albo de su tez; y el *grande*, por respeto á su poder y valor. Sin reinar en Francia, la gobernó casi siempre durante diez años. Fue cuñado de Luis el Tartamudo y de Oton, yerno de Eduardo, rey de Inglaterra, y suegro del duque de Normandía. Dejó cuatro hijos: Hugo Capeto, á quien tomó bajo su tutela Ricardo, duque de Normandía, y que tuvo en herencia los condados de París y de Orleans; mas tarde fue duque de Francia y despues rey. Sus hermanos Oton, Eudes y Enrique fueron sucesivamente duques de Borgoña; pero Guillelmo recobró de ellos la Aquitánia.

Regencia de Gerberga y de Heduvigis (957). Lotario y Hugo Capeto eran demasiado jóvenes para gobernar por sí mismos. Gerberga y Heduvigis, sus madres y tutoras, tomaron las riendas del gobierno bajo la inspeccion del duque de Normandía, de Bruno, duque de Lorena, y principalmente bajo la influencia de Oton el grande, que de este modo sometía á su cetro la Italia, la Francia y la Germánia. Lotario necesitaba de su proteccion, porque todos los vasallos de la corona eran mas ricos y poderosos que él. A Laon estaba reducido el dominio real, y solo las querellas y rencillas de los grandes les impedian coligarse para destronarle.

Estos señores ambiciosos y turbulentos, sin freno ni fé, se robaban y despojaban alternativamente: el resultado de sus guerras contínuas era la opresion de las ciudades, la ruina del pueblo, y el engrandecimiento progresivo de un corto número de vasallos de la corona. La autoridad real no era mas que una sombra con cetro. El rey no tenia fuerzas momentáneas sino con la reunion de las milicias; pero estas dependian de los señores que las traían al estandarte real, ó las negaban, ó las vendian, ó las retiraba ó las dirigian contra él segun su capricho.

Gerberga queria dar algun vigor al trono; pero por desgracia, para conseguir este

objeto, se valió de artificios mugeriles, en lugar del talento baronil. La envidia de los señores franceses contra los normandos le dió esperanza de reunir la Normandía á la corona. Segun el tratado humillante concluido con Rolon, los duques de Normandía solo estaban obligados á la ceremonia del homenage, y no al servicio cuando el rey ló exigia como los demas señores. Este privilegio hacía independiente del reino de Francia aquella parte de Neustria. La reina antes de ejecutar sus designios, persuadió con astucia al duque de Normandía que permitiese á Hugo Capeto, su pupilo, alejarse de sus estados; despues procurando ganar á éste príncipe y á su familia, aconsejó á su hijo que le diese el título de duque de Francia, y aun añadió á este ducado el condado de Poitiers, y reconoció á Oton, hermano de Hugo Capeto, por duque de Borgoña. Esta fue la última vez, hasta el reinado de Luis el jóven, que un rey de Francia ejerció el antiguo derecho de nombrar para los feudos situados fuera de sus dominios.

Lotario y Gerberga pasaron á Colonia para conferenciar con Oton. Este gran príncipe vió entonces reunidos alrededor de su trono, con su madre Matilde y sus hermanas Gerberga y Heduvigis, á su hermano el duque de Lorena, y á sus sobrinos el rey y el duque de Francia. Allí se resolvió que Lota-

rio casase con Ema, hija de Oton, y Hugo Capeto con Adelaida, hermana de Guillelmo Fierabras que tenia pretensiones al condado de Poitiers.

Coligacion contra el duque de Normandía (961). Todos estos príncipes se confederaron para engañar al duque de Normandía y apoderarse de su persona, y cada uno tomó diferente papel en esta pérfida escena. Teobaldo, conde de Chartres, con un pretesto frívolo declaró la guerra al duque Ricardo: el rey prometió sostenerle: el duque de Lorena ofreció su dolorosa mediacion á las partes beligerantes que convinieron en celebrar una conferencia en Amiens.

Guerra entre el duque de Normandía y el conde de Chartres (962). Ricardo prometió asistir al congreso: su ruina estaba jurada, y se hubiera verificado, si dos caballeros, vasallos del conde de Chartres, y descontentos de él, no hubiesen salido al encuentro al duque de Normandía, y avisádole de la traicion dispuesta contra él. Ricardo, agradecido, regaló á uno de ellos una espada muy hermosa, y al otro magníficos brazaletes de oro, y se volvió precipitadamente á sus estados. Lotario desaprobando altamente el proyecto cuando fue público, reprendió sin embargo al duque su desobedencia y su injuriosa desconfianza, y le ofreció al mismo tiempo la

paz, con tal que se sometiese al servicio militar como los otros vasallos. Se convocó una nueva conferencia que habia de celebrarse en Dieppe, sobre el rio Aulne, para concluir el tratado: Ricardo vino á ella, pero muy bien acompañado, y se acercó al rio. El rey estaba en la otra orilla con dos condes de Flandes, Chartres y Anjou; pero al empezarse la conferencia, supo el duque de Normandía que le engañaban segunda vez, y que el ejército del rey estaba en movimiento para sorprender el suyo. Al punto acude á sus reales, dispone y anima sus tropas, rechaza á sus enemigos, y se retira.

Lotario tomó á Evreux y la dió al conde de Chartres. Ricardo taló el territorio de sus enemigos y venció cerca de Ruan el ejército del conde Teobaldo. No tardó en venir del norte un enjambre numeroso de guerreros para vengar al duque de Normandía: sus cuadrillas asolaron la Francia, robaron las iglesias y quemaron las mieses. Una espantosa hambre afligió al reino. Estas calamidades, causadas por la perfidia del rey y del conde de Chartres, los hizo odiosos.

Paz con los normandos (966). Lotario se vió obligado por la indignacion pública á pedir la paz y pagar un tributo á los normandos para que se volviesen á su pais. El conde de Flandes, envidioso de los privilegios

que este tratado aseguraba al duque de Normandía, declaró que no queria ya continuar sujeto al servicio militar; pero el rey, despues de haberle quitado muchas plazas, entre ellas la de Arras, le obligó á someterse.

La Bretaña no habia tomado parte en estas disensiones; pero estaba devorada por el incendio de la guerra civil. Los hijos del duque Alano disputaban la herencia de su padre. Un señor llamado Conan, descendiente de Salomon, rey antiguamente de aquel pais, se aprovechó de las discordias de estos príncipes, para elevarse sobre su ruina. Sorprendiólos, asesinó á uno de ellos, dió un veneno al otro, y fue duque de Bretaña. Treinta años despues murió en una batalla que se dió en el Anjou, y le sucedió su hijo mayor.

Desde el año 966 hasta 976 gozó Francia de una tranqüilidad, mucho tiempo antes desconocida. Lotario merece que un juicio imparcial distinga en él dos hombres diversos. Mientras estuvo bajo la tutela é influencia de la reina Gerberga su madre, todas sus acciones tuvieron el sello de la debilidad y de la astucia, y Francia padeció todos los males que produce una política pérfida; pero desde que gobernó por sí mismo fue verdadero rey, se mostró justo, activo y firme, y caminó directamente al noble fin que se habia propuesto establecer en Francia la gloria

nacional, el poder de las leyes, el órden público y la autoridad real.

Celebróse solemnemente su casamiento con Ema, hija de Oton. El rey de Germánia, habiendo vuelto á Italia, fue proclamado emperador en Roma. A su coronacion asistieron Hugo Capeto y Lotario, porque entonces estaba tranquilo el reino de Francia. Cuando Oton salió de Italia, el sumo Pontífice, á quien no agradaba el dominio de los germanos en la península, se coligó con Berengario. Oton convocó un concilio, depuso al papa Juan, y puso en su lugar al antipapa Leon VIII, el cual reconoció solemnemente el derecho de los emperadores para confirmar los nombramientos de los pontífices y obispos, como tambien para darles la investidura de sus dignidades. Pero apenas se volvió á Alemánia, Juan entró en Roma, recobró la tiara, y castigó con severidad á los partidarios del antipapa. Este Pontífice murió asesinado poco despues á manos de un marido celoso. Los romanos le dieron por sucesor á Benito. Oton volvió á Roma, le destronó, y le envió prisionero á Hamburgo. Despues marchó contra Berengario, le venció é hizo prisionero, y le desterró á Germánia. Así acabó el segundo reino de Italia, que pasó entonces al dominio de los alemanes.

Oton II emperador de Alemania (973).

Oton sobrevivió poco á esta conquista, y dejó la pesada herencia de su imperio y poder á su hijo Oton II.

Bruno, tio del nuevo emperador, habia despojado injustamente de sus posesiones á dos condes del Henao con el favor de Oton. El rey Lotario abrazó la causa de los dos condes, y á pesar del emperador, los restituyó á sus estados. Uno de estos condes casó con una hija de Hugo Capeto, y otro con la de Carlos, hermano de Lotario. El valor y los triunfos del rey hacian temer á Oton II que se apoderase de toda Lorena, donde los deseos del pueblo llamaban al trono á aquel único descendiente de Carlomagno; y para obviar este riesgo, ofreció al príncipe Carlos, hermano del rey, el ducado de la baja Lorena, con tal que le rindiese homenage. Carlos, que se hallaba sin señorío, arrostrando la ira del rey, aceptó el don del emperador: y los historiadores dicen que desde entonces incurrió en el menosprecio de los franceses: es verdad que estuvieron bajo la influencia de los que derribaron la dinastía Carlovingia.

Invasion de Lotario en Lorena. Batalla de París (978). Lotario, irritado de este vasallage, que le parecia afrentoso para su familia y para Francia, tomó las armas, se apoderó de Lorena, volvió á Aix la Chapelle y sorprendió al emperador que estaba comiendo, y

que solo tuvo tiempo para escapar: Lotario se hizo dueño de la ciudad y de la comida. Oton escribió al rey que en breve le pagaria su inesperada visita.

El efecto se siguió á la amenaza, y al frente de sesenta mil germanos devastó las provincias de Lorena y Borgoña; y aun se dice que envió al rey Lotario á Godofre, conde de Ardennes, para proponerle un desafio, y que el conde de Anjou, que estuvo presente á la embajada, esclamó: "eso es lo que debe hacerse; y nosotros, en lugar de verter tanta sangre por la querella de dos reyes, hariamos bien en dejar que combaticsen y dar la corona al vencedor." "Vosotros los franceses, replicó el conde de Ardennes, despreciais ir á vuestros príncipes; pero los germanos respetamos al nuestro, y le seremos fieles mientras pelee al frente de nosotros." No obstante, el desafio de Oton mas caballeresco que político, no fue aceptado. Continuando su rápida marcha, llegó hasta París y quemó los arrabales. Su ejército triunfante entonó, como himno de victoria, una *Aleluya*, que oyeron todos los habitantes de la ciudad, y que les causó mas enojo que miedo. Un sobrino de Oton se jactaba de que clavaria su lanza en una de las puertas de la ciudad, y en efecto lo hizo; pero fue muerto. Hugo Capeto salió de la plaza al frente de los pa-

risienses: su impetuosidad aterró á los germanos, y huyeron: al mismo tiempo Lotario, el duque de Borgoña y su hermano Godofre *Ropilla parda* se arrojan sobre el enemigo y hacen grande estrago. Godofre Ropilla parda se distinguió tanto por sus hazañas en estos combates, que el rey le dió el empleo de gran senescal de la corona, equivalente entonces al de condestable

Paz entre Lotario y Oton (980). Oton se retiró vencido á sus estados é hizo la paz. Conservó la Lorena, pero como feudo de Francia, y rindió por este ducado homenage al rey.

Hugo Capeto y su hermano, creyéndose mal vengados, se mostraron muy descontentos de esta paz. Cuatro años despues murió Oton II, dejando el imperio á su hijo Oton III, cuyo reinado fue turbado al principio por una rebelion del duque de Baviera. Lotario se preparaba á aprovecharse de estos desórdenes para reconquistar á Lorena; pero la muerte atajó sus designios á los cuarenta y seis años de edad y treinta y dos de reinado. Este príncipe activo y valeroso dió el último rayo de gloria á su dinastía moribunda. En las crónicas del tiempo, y en una inscripcion hallada en su tumba, se le alaba de haber restablecido la autoridad real, reunido y sometido á los grandes y formado el noble proyecto de restituir al imperio frances sus antiguos

límites. El famoso Gerberto, que despues fue arzobispo de Reims y sumo Pontífice, dió grandes elogios al reinado de Lotario. Se creyó que la reina Ema habia abreviado con un veneno los dias de su esposo; pero las cartas de esta princesa á su madre Adelaida refutan al parecer semejante rumor: pues en ellas manifiesta grande amor á Lotario. El príncipe Carlos, enemigo de Ema, fue uno de sus mas ardientes acusadores.

Luis V el indolente, rey de Francia (986). Luis, hijo de Lotario, le sucedió á la edad de diez y nueve años. Habia casado para desgracia suya, con Blanca, hija de un señor de Aquitánia. Todos los grandes prestaron homenage al rey, confirmaron su elevacion con votos unánimes, y declararon regente á su madre Ema.

Las intrigas de palacio indispusieron muy pronto al hijo con la madre. La acusaban de favorecer los intereses de Oton y mantener con él correspondencia peligrosa. Adalberon, obispo de Laon, dirigia á esta princesa con sus consejos. Carlos, duque de la baja Lorena y tio del rey, irritaba al monarca contra su madre, acusándola de trato criminal con aquel prelado. Gerberto ha conservado una carta de Ema á la emperatriz, en la que manifiesta con cuánta crueldad era perseguida. "Mis penas, dice, se han agravado con la muerte de

un esposo: mi hijo, que era mi única esperanza, me es ya enemigo, aquellos en quienes mas confianza tenia me abandonan y cubren mi familia de oprobio, calumniando la lealtad del obispo de Laon, le persiguen para deshonrarme: ¡Ay madre mia! dadme socorro."

Se sospechó, y no sin motivo, que Hugo Capeto sembraba estas divisiones en la familia real; pero si no fue el autor de ellas, supo hacerlas útiles á sus designios. Las cartas de Gerberto escritas en esta época hablan misteriosamente de grandes mudanzas que amenazaban, de grandes negocios que se trataban secretamente, y de grandes proyectos formados contra el cetro de Luis. Carlos, enseñoreado del ánimo del rey, se mostró mas atrevido en su odio. Acusando públicamente de adulterio al obispo y á la reina, se apoderó de sus personas y los encerró en una fortaleza. La ciudad de Reims queria declararse á favor de ellos; pero Luis marchó contra la plaza y la redujo á su poder. El emperador, irritado, sostuvo la causa de Ema, y amenazó al rey que le declararia guera. Hugo Capeto esperaba aprovecharse de estas disensiones; pero contra su esperanza; su propia hermana Beatriz, esposa del príncipe Carlos, no participando ni de la ambicion de su hermano ni de los odios de su esposo, oyó los consejos de la

religion y de la virtud, medió pacíficamente y reconcilió al hijo con la madre.

La tranquilidad duró poco: solo la mano vigorosa de Lotario habia podido encadenar por algun tiempo la anarquía, y retardar la caida acelerada de la familia Carlovingia, cuyo poder desde un siglo antes estaba minado y despedazado por el sistema feudal. La herencia de los ducados y condados, que los grandes habian conseguido violentamente de Carlos el Calvo, no fue la sola causa de tantos desórdenes, y su capitular no hizo mas que sancionar abusos ya antiguos. Este mismo príncipe pronunció en el concilio de Donzy las siguientes palabras: "he sabido que hombres libres de mi reino, pertenecientes á Hincmaro, me son infieles. Mandé á mis condes y comisarios que me los enviasen; pero el obispo armando los hombres libres y aun los siervos, resistió abiertamente á mis órdenes." Al mismo tiempo los abades de San Dionis y San Quintin usurparon el derecho de acuñar moneda. Y así cuando Carlos el Calvo permitió en 855 á todos los hombres libres escoger, entre él y sus vasallos, el señor que quisiesen, y les dió con esto fuerzas para pelear contra él y sus sucesores, no hizo mas que permitir lo que no era posible evitar. Desde entonces la magestad ilusoria de los reyes desapareció ante el poder verdadero de los señores:

las vastas posesiones de los duques de Francia rodearon y aprisionaron, por decirlo así, al monarca frances en los mezquinos dominios de Reims y de Laon. En fin, durante la menor edad de Lotario decian generalmente los señores "que el rey lo era solo en el nombre y Hugo el grande lo era de hecho; y que teniendo amistad con el duque de Francia, se podia arrostrar inpunemente la indignacion del soberano." Estos hechos demuestran cuán dificil era al jóven Luis sostener en su flaca mano el heredero cetro. La reina su muger, cuya intimidad con Hugo Capeto no fue favorable á su reputacion, mostraba aborrecimiento á su esposo, y aun le abandonó por algun tiempo y se volvió al castillo de su padre. Despues dirigida por consejos, quizá funestos, se reconcilió con su marido.

Fin de la dinastía de los Carlovingios (987). De allí á pocos dias falleció Luis, despues de un reinado de catorce meses. Se creyó que se le habia dado veneno. No tuvo hijos. Carlos, su tio, fue proclamado rey: mas no pudo conservar la corona. Hugo Capeto se la quitó. Así la familia Carlovingia se elevó, floreció y desapareció, como todas las dinastías: la espada de la victoria las ensalza; la flaqueza de las manos que sostienen el cetro, las arruina. Daniel, Mezeray, y Vély observan que esta familia célebre, cuya domina-

cion duró doscientos treinta y siete años, se extinguió en las tres partes del imperio frances bajo tres príncipes del nombre de Luis, que fueron Luis II en Italia, Luis, hijo de Arnoldo, en Germánia, y Luis V en Francia. La mala fe, compañera inseparable de la debilidad, fue quizá una de las causas inmediatas de la caida de los sucesores de Carlomagno: ella les hizo cometer y autorizar injusticias, bajezas y crímenes. No supieron ni hacerse amables en la felicidad, ni respetables en el infortunio, y así se desplomó en un momento el inmenso edificio, que solo podia conservarse en pie, siendo sus basas la buena fe, la equidad, la virtud y la valentía.

Fin del tomo III de la historia de Francia, VI de la moderna, XIV de la obra.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

ña contra los sajones: batalla del Torrente. Conquista de Lombardía. Guerra de Vitikindo y del Friul. Espedicion de Carlomagno á España: batalla de Roncesvalles. Batalla de Lipa. Luis, rey de Aquitánia, y Carlomano, rey de Italia. Batalla del Sontal. Batalla de Dietmall. Batalla de Draïgny. Pacificacion de Sajonia. Guerra contra bretones y lombardos. Guerra contra los griegos. Reunion de Baviera á Francia. Guerra de los esclavones. Guerra de los hunnos. Invasion de los sarracenos en Aquitánia. Sumision de los sajones rebelados. Nueva campaña contra los sajones. Destruccion de los hunnos. Ultima campaña de Carlomagno contra los sajones. Sublevacion en Roma. Restauracion del imperio de Occidente. Prohibicion de las guerras particulares. Conquista de Boemia y Cataluña. Colonia de sajones en Bélgica. Division del imperio. Guerra contra Gutrico, rey de Dinamarca. Paz general. Luis, rey de Aquitánia, asociado al imperio. Ultima enfermedad de Carlos.

CAPITULO XV.

CAPITULO XVI.

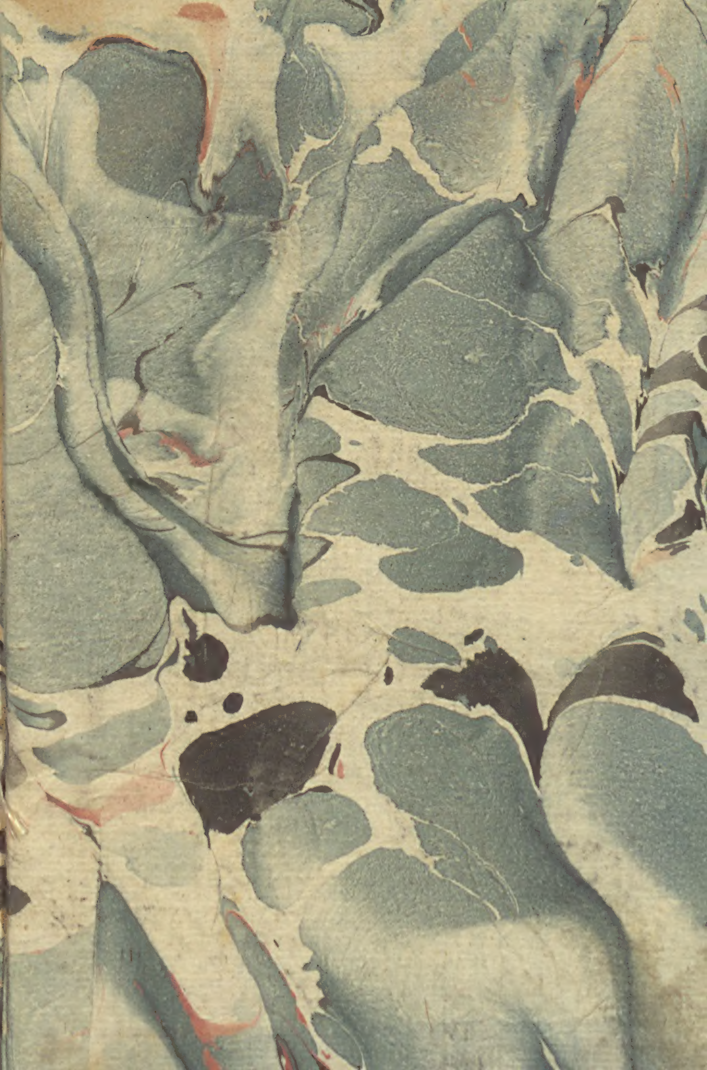
CAPITULO XVII.

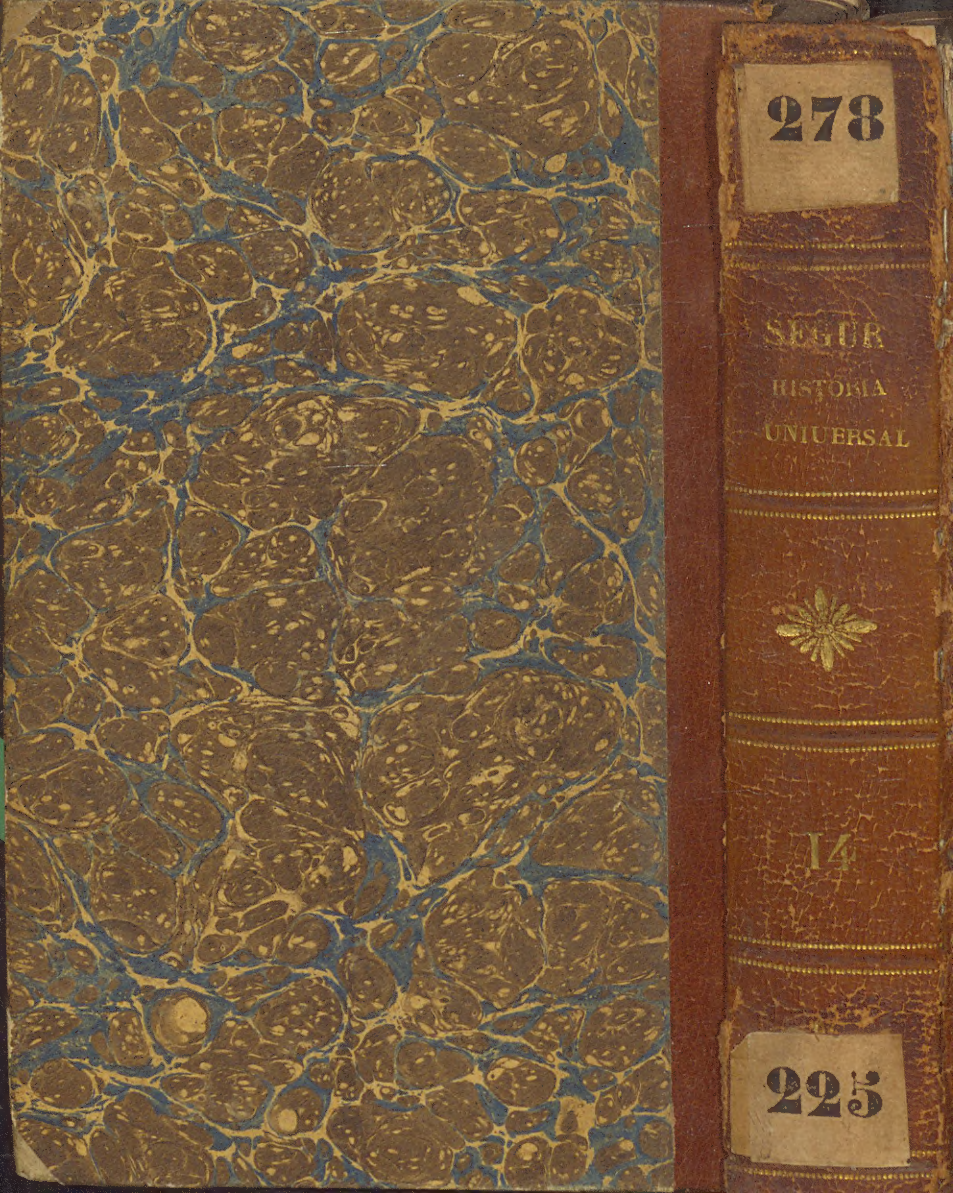
CAPITULO XVIII.

CAPITULO XIX.

de Gerberga y Heduvigis. Coligacion contra el duque de Normandía. Guerra entre el duque de Normandía y el conde de Chartres. Paz con los normandos. Oton II, emperador de Alemania. Invasion de Lotatio en Lorena: batalla de París. Paz entre Lotario y Oton. Luis V el indolente, rey de Francia. Fin de la dinastía de los carlovingios.






278
SEGUR
HISTORIA
UNIUERSAL
14
225


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm